

# Crónica de la Ciudad: Primer Concurso de Crónica sobre la ciudad de México

Grupo Parlamentario del PRD  
LXI Legislatura  
Cámara de Diputados  
H. Congreso de la Unión

Manuel Oropeza Morales  
Presidente  
Partido de la Revolución  
Democrática en el D.F.

#### MESA DIRECTIVA

- Alejandro de J. Encinas Rodríguez  
*Coordinador*
- Guadalupe Acosta Naranjo  
*Vicecoordinador*
- Mary Telma Guajardo Villarreal  
*Administración Interior*
- José Luis Jaime Correa  
*Proceso Legislativo y Jurídico*
- Leticia Quezada Contreras  
*Comunicación Social*
- Florentina Rosario Morales  
*Derechos Humanos e Igualdad*
- Samuel Herrera Chávez  
*Finanzas Públicas, Comunicación y Transportes y Economía*
- César Francisco Burelo Burelo  
*Medio Ambiente*
- Indira Vizcaíno Silva  
*Política Exterior*
- Obdulia Magdalena Torres Abarca  
*Política Social (Desarrollo Social, Vivienda, Salud, Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología)*
- Ilich Augusto Lozano Herrera  
*Presidente de Debates del Pleno*
- Nazario Norberto Sánchez  
*Reforma del Estado, Política Interior y Seguridad Nacional*
- Dolores de los Ángeles. Názares Jerónimo  
*Seguridad Pública y Procuración de Justicia*
- Juanita Arcelia Cruz Cruz  
*Vigilancia de la Administración Interior y Transparencia*
- Domingo Rodríguez Martell  
*Vinculación con Gobiernos Locales*
- Rigoberto Salgado Vázquez  
*Vinculación con Organizaciones Sociales*

**Crónica de la Ciudad:  
Primer Concurso de  
Crónica sobre  
la ciudad de México**

*Agustín Guerrero Castillo*

*(Compilador)*

Grupo Parlamentario del PRD  
LXI Legislatura  
Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión  
Av. Congreso de la Unión No. 66  
Col. El Parque  
15960, México, D.F.

*Crónica de la ciudad: Primer Concurso de Crónica  
sobre la Ciudad de México.*

Editor  
*Edgar Piedragil*

Diseño y formación  
*Federico Anta Colmenero*  
*Josué Fabian Mireles Zuñiga*

Fotografía  
*Argelia Valles*



## AGRADECIMIENTOS

Por su tiempo, dedicación, comentarios y experiencias compartidas durante la evaluación de los trabajos participantes, hacemos un especial reconocimiento a los integrantes del Jurado:

Cristhian Chavero López.  
Editor y Periodista.

Manuel Garcés Jiménez.  
Cronista de la Delegación Milpa Alta.

Alfonso Hernández Hernández.  
Cronista de la Delegación Cuauhtémoc.

Jorge Marinero.  
Periodista.

## PRÓLOGO

El novelista y cronista brasileño Joaquim Machado de Assis, comentó hace más de 123 años en un apunte titulado “El origen de la Crónica”, que existe la posibilidad de que este género periodístico o literario date antes de Moisés y Noé, desde la existencia de las dos primeras vecinas que este mundo haya dado cabida.

El notable escritor, nacido en 1839, explica de forma amena y trivial, que estas vecinas en algún momento entre el almuerzo y la cena empezaron a quejarse del calor, y mientras que un tema llevaba a otro, “Pasar de las hierbas a las plantaciones del vecino próximo, y después a las vicisitudes amorosas del vecino y al resto, era la cosa más fácil, natural y posible del mundo. He aquí el origen de la crónica”, sentenciaba Machado de Assis.

El calor, el frío, las lluvias, las inundaciones y los terremotos, tan naturales y tan cercanos han marcado el tiempo del mundo, determinando, afectando y trastocando las historias de sus hombres, mujeres y niños.

De esta forma, el oficio de recrear a través de las letras la realidad, la actualidad y el pasado de la vida de nuestros barrios y colonias, hoy se ve plasmado en la compilación de los 49 trabajos que participaron en el Primer Concurso de Crónica sobre la Ciudad, voces noveles de gran talento y plumas de larga experiencia, que se han dado cita en el marco del 22 Aniversario del Partido de la Revolución Democrática, para dar testimonio a hechos y acontecimientos que han tenido como escenario la gran ciudad de México.

Agustín Guerrero Castillo  
Diputado Federal  
Grupo Parlamentario del PRD  
LXI Legislatura

## FINALISTAS

## ANITA

Adrián González Reséndiz

En un atardecer de la primavera de 1941, por avenida Juárez, madre e hija caminaban entreveradas con un gentío. Cruzando la calle, sobre la exuberante Alameda, una bandada de golondrinas bullían en el crepúsculo añil.

La mujer, con el rebozo terciado, cargaba a las espaldas un niño pequeño. Y en las manos, una bolsa de yute medio llena de bastimentos.

Atrás, menuda y descalza, Catalina la seguía; sus brazos infantiles apenas podían sostener una reluciente estufita de petróleo. El pequeño artefacto de dos quemadores, era la fortuna de un vuelco de azar, obtenido en una rifa de tres pesos el papelito.

Al cruzar San Juan de Letrán (hoy Eje Central Lázaro Cárdenas), extraviado el pensamiento en su hermana Ana y oscilando ante el peso excesivo, la niña volteó distraída hacia donde se propalaba en una misma sensación, el pregón de una anciana y un suculento aroma de castañas asadas. Catalina, trastabilló, sin poder evitar que el depósito para el combustible cayera, reventado en una carcajada vidriosa contra el empedrado de la calle.

—Escuincla zopenca— gritó la mujer—. No fuera pa'ndar de marimacho—. Soltó su carga y plantó tres manazos en los brazos de la chiquilla, que aferraba su azoro contra la estufita.

—Pu's se cayó— Catalina sollozó un reclamo.

El pequeño niño, se sobresaltó en su regazo de trapo y comenzó a berrear con una desesperación de hambre. La madre le dio una nalgada, aventando el golpe por detrás de su espalda. Recogió sus víveres, y desatando una letanía de improperios arreció su andar entre la muchedumbre.



Gimoteando, la niña avanzó con un trote disparejo.

Oscurecía al atravesar Garibaldi. La plaza resplandecía con su atmósfera de asueto y penas empapadas en alcohol. Algunos comerciantes ya recogían sus manteados, pero permanecían abiertos, muchos localitos de madera rascuache, iluminados con ambarinas luces de quinqué. En ellos, con alegre diligencia, surgía una diversidad de antojitos grasientos, acompañados de agua de fruta, té o café con piquete. En otros, en familia, se jugaba a la lotería mexicana. Y en los menos, por unas monedas, los hombres podían coquetear con una suerte de femenina veleidad, en un albur de baraja que, ocasionalmente, puñal en mano, los arrebatava en una riña a muerte.

Al escuchar su desbordada musicalidad y, al contemplar la filigrana oro y plata de los mariachis, Catalina, se detuvo, sonrió embebida, imaginando la fortuna de los músicos, consagrados a festejar con sus instrumentos y sus falsetes, la alegría de una fiesta perpetúa. Pero al observar detenidamente sus trajes empolvados y ajados por la fatiga de infinidad de noches aguardentosas. Y, al asemejar esos rostros morenos con el de su padre; precozmente, Catalina intuyó un sentimiento que algunos lustros después, durante una matinée del cine Morelos, le arrancaría un suspiro de muchacha enamorada, al redescubrirla en un grito desgarrador de Pedro Infante: "...también de dolor se canta, cuando llorar no se puede."

Al reaccionar la chiquilla, su madre se hundía en la somnolienta penumbra de una calle henchida de vetustos portales. Catalina se apresuró y tras una azarosa persecución, logró emparejarla, guardando siempre una recelosa distancia, a tres pasos de su ira.

—Vamos a pasar primero al puesto, por los otros escuincles.

—Sí—, rezongó la niña.

Los otros escuincles eran sus hermanos más pequeños, amén de los mayores: Ambrosia, Carlos y Fernando. Pero de los últimos, los barones deberían permanecer ayudando al padre a recoger los haberes de supuesto de frutas.

Desde el amanecer, por primera ocasión, Catalina había pasado el día completo en el negocio familiar. Y por la tarde, su padre le ordenó ir en busca de su mujer, a la tortillería donde trabajaba.

Dicha situación se suscitó, porque la víspera, tras una recurrente

discusión con la niña. La madre decidió ya no dejarla sola durante la mañana, ocupada en los quehaceres y el cuidado de su casa, en una vecindad de la calle de Pintores.

—Mamá, otra vez vino a jugar Anita.

A la mujer se le encendió la ceniza de la mirada, zarandeó a la chiquilla y le gritó al santiguarse.

—Muchacha endemoniada. Con esas cosas no se juega.

—No...— replicó Catalina—, Anita sí vino.

Pero la madre, tildándola de mentirosa, amedrento a la chiquilla irguiendo la gran amenaza de su mano. Para después, ordenar a su primogénito:

—Carlos, mañana tempranito jalas también con la Cata pa'l puesto. Y me la traes bien cortita.

Así, rayando las cinco de la mañana, Carlos levantó a Catalina junto con Fernando, y adormilados los arreó a las calles de Argentina. Sus padres se habían marchado antes. Ella, a sudar la dura jornada alrededor de un ardoroso comal, palmeando tortillas, en bulliciosa cofradía con un quinteto de rijosas mujeres. Él, a proveerse al mercado de La Merced, entonces ubicado en las farragosas calles tras del Palacio Nacional. Antes de separarse, el matrimonio hacía una habitual paradita en el tendejón de don Andrés, a beber su mañanita o chorreadito de vainilla, un brebaje alcohólico que tomaban caliente.

Al llegar los muchachos frente al 108 de la calle de Argentina. Carlos separó a la Bartola, esperó que abrieran la carnicería para pedir la escoba y arañar la basura de su pedazo de acera; al terminar, desfachatadamente, se sentó en los bancos del local y se puso al platicar con don Guillermo, el dueño.

Mientras, Catalina y Fernando acarreaban las cosas del puesto. En una vecindad cercana le permitían a su padre guardar los tabloncillos, las mantas, unas ollas de barro, el brasero y otros útiles. Los guacales con la fruta rezagada, se quedaban en la carnicería.

Ya que arrimaron todo, con aires de gran capataz, Carlos dispuso: “ponle ahí, agarra acá, haz esto y lo de más allá”, soltando un coscorrón por aquello y otro por si acaso. Cuando al fin colocaron la sombra, Carlos regresó a platicar con el carnicero.

Y Catalina, desmañanada y ociosa, rumió su primer pensamiento

del día sobre su hermana. Imaginó que Ana llegaría a su casa y, sin encontrarla, desesperaría en ese cuarto solitario, entre los difuminados recuerdos que aun podía poseer.

Entre el multicolor y dulce fruterío, Fernando se entretenía levantando montoncitos de ciruelas y Catalina se acercó a ayudarlo con los chabacanos; intentaba, sin saberlo, disipar su perniciosa añoranza de Anita.

Cerca de las ocho, los alertó la melodía de *la Zenaida ingrata*, interpretada por el alegre rechiflar de su padre. El hombre llegó perlado de sudor, cargando con su mecapal dos guacales rebosantes de frutas frescas.

Carlos, presuroso, lo ayudó a descargar y aseguró.

—Ya termine de acomodar todo—, muy orondo.

Entonces, Catalina se vio abrumada, atizó el brasero y en una olla echó a cocer una medida de frijoles negros, aderezados con ajo, cebolla y sal, con el rebozar del último hervor les agregaría unas ramitas de epazote fresco. Martajó una salsa picante de tomate con chile cascabel y tuvo lista otra olla.

Su hermana Ambrosia pasó a dejar a los niños más pequeños, también llevó café con leche y unos bizcochos para el desayuno. Luego se marchó, a su papá, le pagaban en una fonda por tenerla prestada hasta el anochecer, ahí la ocupaban en la cocina e iba por los mandados.

Los viejos de la carne, como les mentaban los niños, llegaron después de las once. Eran tres hombres que actuaban con una misma familiaridad feroz y se expresaban a punta de léperas ocurrencias. Desde su destartalado camión, los matarifes maniobraron a la carnicería cargando un sanguinario cortejo de reces y puercos abiertos en canal. Y después se sentaron a almorzar con el padre de los niños.

De un cuarto de res, los hombres tasajearon generosas y jugosas porciones, las rayaron y las salaron puestas a las brasas. También se arrimó don Guillermo su chamorro de la carnicería, y un güero trajeado que administraba la gasolinera de la esquina.

A Catalina la mandaron por el pulque. Y esa fue la única circunstancia feliz de aquella mañana. Por un rato abandonó la tutela de sus hermanos y en la pulquería, le obsequiaron de pilón, un cucurucho con lagrimitas de anís y corazoncitos de grosella.

Al volver, la sed de embriaguez de los hombres le arrebató la olla. Bajo los tablones, Catalina comió con sus hermanitos. Y no tardó en ir por más bebidas, cuando con el beneplácito de los hombres, el joven Carlos, degustó los asientos de la olla.

Desde la puerta de su casa, ocupada en la planta baja por su negocio para pieles de calzado, el ruso Abraham, un inmigrante con apariencia mesiánica de viejo patriarca sin pueblo, sonreía y meneaba la cabeza, sin participar ni entender aquella pagana comilona, amenizada con pulque y un parloteo que él juzgaba licencioso.

Pero más tarde, cuando cada hombre hubo satisfecho su gula y vuelto a sus oficios, la esposa de Abraham, una mujer enjuta, de diáfana presencia albina y que sólo balbuceaba un español sucinto. A hurtadillas de su esposo, dio al padre de Catalina una porción de sus insípidas comidas sin sal, a cambio de un plato de frijoles con epazote, tortillas, mucha salsa y un jugoso trozo de carne asada. Se escurrió a su morada, y oculta en una recámara, sin ningún pudor, tragó las viandas deleitándose con un extremo placer de culpa.

Moroso transcurrió el resto del día para Catalina; con animosidad agónica intentó distraer a sus hermanos. Se precipitó en una sudorosa siesta, su modorra sacudida por el estrépito continuo del paso de los automóviles y los tranvías eléctricos. Fue por algún esporádico mandado. Siempre bajo los tablones, se hartó del interminable desfile de pies. Y enjugó con rencor sus sentimientos contra Ana, cuyas visitas habían ocasionado la pérdida de su plácida soledad matutina.

Amparado bajo un farol, un último vals, *El Dios nunca muere*, agonizaba en el silbo doloroso de un cilindro. Eran las nueve de la noche y, tras la madre, arrastrando la fatiga de ese día inocuo y sordos al llanto hastiante del niño más pequeño. Catalina, llevándolos de la mano, azuzó el paso menudo de sus hermanos, Benito y Emidio. Ambrosia, cargaba y acariciaba la estufita, feliz, soñando que pronto dejaría de lidiar con el fogón de leña.

Todavía ayer —rememoró Catalina—, Anita aparecía cuando ella ya se encontraba sola; y religiosamente, considerándolo aún sus obligaciones o la penitencia expiatoria de un pecado, ayudaba con los quehaceres de ese cuarto que parecía enorme, provisto con una elevada bóveda catalana y un tapanco. Donde, a excepción de los

enseres cerámicos de cocina pendiendo de clavos en el muro sobre el fogón, se escombraba sin orden, pues a falta de muebles suficientes para contenerlos, los objetos erraban cotidianamente. Anita, laboriosa, barría el piso con una escobita de popotillo de cambray. Escarmenaba a Catalina y con listones de colores le liaba una gruesa trenza.

Cumplidas las tareas, Ana, sonriendo con una expresión de ángel exiliado del paraíso, pedía a Catalina el rebozo que alguna vez le perteneció, envolvía a la muñeca que fue suya, una negrita con cara y manitas de barro, y cuerpecito de trapo relleno de aserrín. Así, Anita se debatía en quebrantados arrullos... Más tarde, inclinando la cabeza, Ana insinuaba que debía partir.

—¡No, Anita. No te vayas! —Suplicaba Catalina—. Espera a mi mamá, ella te quiere ver.

Pero Ana, con una sonrisa de Gioconda infantil, entregaba su rebozo y abandonaba su muñeca.

—Mamá, Anita regresó —, juró en muchas ocasiones Catalina.

—Escuincla mentirosa. Le voy a enchilar el hocico.

—Mamá... —, sollozaba la niña.

Pero la mujer, a manazos, la metía en juicio.

En la esquina, Catalina soltó a sus hermanitos y rompió en tropel hasta un enorme zaguán despostillado. Al fondo del ensombrecido traspatio de la vecindad, empujó la pesada puerta de su cuarto. Ya dentro, a tientas, prendió una vela y en la inquietante penumbra, buscó sin encontrar la muñeca de Ana. Un par de rebozos estaban a la vista; el de Catalina tenía la apariencia común del uso dominguero del medio año. Por el contrario, el que perteneció a su hermana, se hallaba luído con la súbita decrepitud de una mortaja.

Sonriente, Catalina intuyó que Ana no habría de regresar. Y pensó en ella, como la recordaba antes, sin el resplandor lunar que ahora poseía.

Remoto en la percepción de Catalina, sólo siete meses atrás, Anita, era la encargada del cuidado de los niños y de las labores hogareñas. Con una insólita pulcritud, precoz y severa para sus trece años. Siempre mantenía bien arreglados a los chiquillos, los encaramaba encuerados en los lavaderos y los bañaba a jicarazos de agua fría. Ella

misma, se ataviaba con una minuciosidad casi ritual hacia su cuerpo y, el orgullo de su belleza adolescente, era una cascada de cárteles cobrizos que rompía hasta su cintura, la cual, escarmenaba con el morbo dilatorio de la soberbia.

Por esa época, Catalina enfermó de gravedad; su semblante se amorataba por accesos sofocantes de tos, escupía cuajarones de sangre y durante semanas, una fiebre la mantuvo en el umbral de la existencia.

Recién, a las dos niñas, además de guaraches, su madre les había comprado los rebozos, para galanearse en la verbena del Zócalo la noche del grito de Independencia. El calzado era una tortura para sus pies ariscos, habituados al sabor de la tierra. Pero el primor de rebozos, eran de un turquí sedoso y constelado por mínimos lunares, que al usarlos, las niñas se sentían estrechadas por un límpido trozo de cielo nocturnal.

—¡Ay, mamá! —reclamó Anita, con inocente impiedad—, ¿por qué también le mercó rebozo a Catalina? Si, ya se va a morir...

—¡No te apures, mi'jita! —la hizo maliciar su madre—. Sí la Cata se muere, tú tendrás ambos.

Pero aquella tos que la postraba en agonía, no logró que Catalina escupiera sus deseos de vivir, y la niña, se levantó sana de su prematuro lecho de moribunda.

En abrupto contraste, Ana, sólo pudo lucir su rebozo bajo el estrépito de los fuegos artificiales de aquella lejana fiesta. Se contagio de la enfermedad, que al atacarla fulminante, le hizo la gracia de evitarle una larga agonía. Y al hervor de una sola noche febril, su vida se marchitó.

SEGUNDO LUGAR

CRÓNICA DE LA CIUDAD FANTASMA

Fernando Guerrero Benítez

*La locura es el miedo de dejar de ser uno mismo...*

*Y para siempre.*

César Pérez de Francisco.

*En ti se juntan España con la China,*

*Italia con Japón, y finalmente*

*un mundo entero de trato y disciplina...*

Balbuena describiendo la Nueva España en un terceto.

**Nueva España, 16¿ ?**

Alto. Despacio. Atento. Las puertas del altivo carruaje se abren de par en par a la orden del paje. “Cuidado. Señora. ¡No caiga!” Sus dedos aferrados a la caja de rapé apenas si consiguen arreglarle el rebozo que le cae sobre los hombros. A escasos pasos, se alza, vigorosa, la puerta de madera. Dos caras de gesto congelado le sonríen —en una ruginosa y perturbada mueca— desde su ingrávica altura. Es el rostro de dos infantes suspendidos, tallados cuidadosamente sobre la rugosidad de la madera, donde en su concentro de azulejo se lee: “Hospital del Divino Salvador para Mujeres Dementes”. Sus facciones de querubines caídos le advienen el panorama de su nada prometedor futuro. La encerrarán. Pronto. Para siempre en una cárcel densa y nublosa donde caerá a los escabrosos precipicios de su mente. Su mente desecha, según dicen. Y mientras el esclavo negro la encamina a su destino; María se lleva una mano a la boca y la otra al corazón, aún con la caja de rapé firmemente asida entre sus dedos. No sabe cuáles voces callar, si las que hierven en su lengua, o las que retumban en su pecho. Es la primera vez que desciende

de su silla de mano en medio de la calle; adornada con espejos y cojines carmíneos en su adentro, restallando de maque y pintura fina en su disfraz. Hacia el cielo, muy por encima del lujoso furlón que la traslada, amenazando los hermosos jardines de las azoteas y sus asoleaderos de tezontle; están las nubes, hinchadas como grotescas ciruelas negras a punto de reventar. —María Elena— le quiero decir a la dama, oculto en la esquina de la calle de Canoa<sup>1</sup>. La intuyo, fría y distante, abrigada por el desconsuelo que le anega la mirada. Su crimen es tan aberrante que ninguno de los dioses —ni el de ella, ni los míos— pueden perdonar. Tal vez su hermano, el precioso Ricardo, el que cuentan es refinado hasta en el sueño, tenga un poco de razón al condenarnos. Lo veo también a él, como un perro de Fo, erguido en su casaca engalanada con valonas y gorgueras; esparciendo su mayestático legado como un perfume tóxico. Hace años que el Hospital del Divino Salvador fue fundado por un carpintero tan pobre como yo, y tan bueno como Elena; su nombre era José Sáyo y ganándose la simpatía del arzobispo al prestar su casa para el cuidado de mujeres desvalidas, éste financió un nuevo establecimiento para albergar a las enfermas. Sólo las vagabundas, harapientas y leprosas van a parar a este lugar, o bueno, eso es lo que dicen... Arrastrando las sotanas, dos monjas y un clérigo salen a recibir a su neófita inquilina; veo a Ricardo entregarles una bolsa amarrada con cordel que se mira convenientemente pesada y ostenta dibujado el blasón de los Vetancourt. El suspiro de las enaguas de María todavía queda tendido en el aire cuando las puertas de madera se cierran tras sus pasos. Silencio. Silencio. El cielo estalla entonces. La Plaza Mayor, bulliciosa de comerciantes, mercaderes y destinos, pronto será el refugio idóneo (bajo sus gigantescos portales), contra la tormenta. Ahí correrán plateros con cálices, vajillas y ornamentos. Cardeleros que trenzan cuerdas y mecates. También chinos intentando resguardar sus cojines de fundas de cotense, pasamanos de oro y bellotas de lo mismo. De las cuatro acequias fluyen las canoas inquietas intentando refugiarse, y por tierra, en la calle de San Andrés empiezan a correr los panaderos. Los mercaderes españoles intentan proteger sus damascos y brocados, mientras que los mulatos se preocupan más por sus verduras, sus granos y su valiosísimo café. El

<sup>1</sup> Hoy calle Donceles.



ruido llega por el poniente, por el callejón de Betlemitas, donde la masa de aire negro se ha condesado y cae contra la tierra en forma de ventisca, trueno y lluvia. Yo corro hacia Ricardo, con el cuchillo de obsidiana al vuelo, mirando palpitar la vena que bombea su ripiosa sangre azul a todo el cuerpo. La cortina de agua que se desploma de las nubes, me frena, me detiene. Grito sin ser oído contra el viento. Contra todo. La yugular de Ricardo Vetancourt late, apenas un ligero temblor en el nevoso cuello del hidalgo. Mi cuchillo parpadea iluminado por los rayos. Dudo, por un pequeño instante. Entonces advierto en los esclavos, dioses de ébano tan mudos como el oro que visten sus grilletes, alejándose calle arriba con su amo descansando a sus espaldas, protegido dentro del cupé que se tambalea fugándose entre los jirones de la lluvia.

Demente. Loca. Maniática. Enferma transnatural. Desquiciada e incongruente. María Elena Vetancourt, primogénita del marqués Alfonso Eduardo Vetancourt y la marquesa Iginia de Vetancourt viuda de Benítez. Hermana de Ricardo, varón único en la descendencia familiar. Escarchado. Fementido y criollo. Moisés. Indígena. Mecapalero del convento. Alarife. Pobre. Y novato. La vi por primera vez contemplándose en la fuente del claustro bajo; su abanico le embozaba el rostro protegiéndolo del sol. Quizá de mí. Sobre el claustro alto, asomado por el óculo octagonal de los sillares, el pobre indio desafiaba al abanico para intentar domeñar un poco su mirada.

—Vengo a entregarle la donación que mi padre les hace cada año— habló de pronto, sin avisar, tendiéndole la mano al sacerdote que se acercaba por el atrio. —Mi señor padre les ruega dispensen la demora, pero la enfermedad lo mantiene atado al lecho. Es por eso que he venido personalmente a hacerle entrega del presente.

—Señorita Vetancourt, usted siempre es bienvenida en esta casa— respondió el deán, equiparando su dignidad cardenalicia con la de la hidalga. —¿Pero por qué no vino su hermano?— intentó disimular su apremio con un gesto afable.

—Demasiado ocupado con la caza— ironizó ella. Su mirada, apenas un suspiro perdido entre los clisos, de pronto se detuvo. Congelando al indio. Ahondando en él. Yo le respondí también el gesto, embuchado por su dermis de elemí. Fugaz se retiró de la misma manera como entró: desdibujándose en la entrada principal con un discreto andar.

Un pañuelo, aparentemente olvidado en el fondo de la fuente, invitaba a leer unas curiosas letras escritas sobre el entredós: “*Me llamo Elena*”, decían, sin más. Los esclavos de piel de ébano la trajeron cargando en sus hombros cada mes durante un año, pretextando la mentira convincente de verificar que los donativos del marqués efectivamente servían para la ampliación del convento de San Francisco Xavier, y no para saciar avaricias personales (las de los ambiciosos betlemitas para ser exactos). Así tuvimos nuestros primeros acercamientos bajo las claves de los arcos, escudándonos bajo la protección del Ave María escrito en latín azul sobre el fondo albín de las paredes de las celdas; el lugar donde sólo se le tiene permitido asistir a los novicios y algunos sacerdotes. Apenas sonrisas y tímidos guiños al principio, mensajes escritos en pañuelos que yo no podía contestar, sólo leer, porque yo no sé escribir. Su cabellera, a la par del corazón, era de un esmerilo duro y brillante, casi azul como el de las indias. Su piel, idéntica a la mía, me recordaba a las princesas moriscas apesadas en las Naos de Filipinas, revendidas en la Plaza del Volador en 700 pesos cada una. —¿Cuál es tu nombre joven mozo?— disipó en mí todas las dudas al desarmarme con aquella interrogante.

—Me llamo Moisés— contestó el indio. Contesté yo. Un nombre que no me va lo sé. Un hombre que viene de un dios que desconoce la existencia de los míos.

Pero ella no se fijo en eso. —¿Acaso le agrado joven Moisés?

—Más que eso, señorita, si me permite la osadía...

—¿Salaz acaso?

—¡Ni por un momento!

—Las voces en mi pecho dicen otra cosa. ¿A quién hacerle caso entonces?

—¿Las voces?

—Sí, las Voces...

Las goteras que escurren por la negra masa de cúmulos que engeuece al cielo y se cierne sobre la ciudad, comienzan a ser un velo de rocío tan fino que parece el cabello sedoso y firmamental de Coyolxauhqui. De pronto ya no la veo, el recuerdo fumoso de María evaporándose en el aire al compás de mis quejidos. En la calle, intento seguir el rastro del carruaje de Ricardo, perdiéndome entre el tránsito de jinetes, recuas y carretas que comienza a rezumarse al punto justo entre

el desgarrate y la explosión. Los españoles le temen al agua. Parecen conferirle cierto odio imanado a su respeto legendario. Saben que el agua es lo que corona de belleza a la Ciudad Barroca, empero, siguiendo la línea discordante de la paradoja, saben también es su más acérrimo rival. El único enemigo que todavía les planta cara. Han querido expulsarla, encausarla, doblegarla, y como última pároli, sobornarla. Lo que no lograron miles de guerreros águila, lo han conseguido las inundaciones: Ahuyentar a los coyomes. La nubarrada continúa arremetiendo sobre las pilastras y las cornisas de cantera; convirtiendo en un retal silente a los ladridos de los perros que se escabullen entre los edificios barrocos buscando refugio con las colas gachas. Vacas que deambulan asustadas por las calles apenas si mugen, empapadas por el torrente fluvial que vomitan las gárgolas erigidas en las azoteas. Sé que María me observa, o por lo menos me adivina; conversando con aquellas voces que sólo ella percibe. Recargada contra la pared de su prisión, viendo escurrir los goterones que se deslizan por las grietas; sé que pide lo mismo que yo: Que por favor no pare de llover.

Sólo una vez he estado en el interior del Hospital del Divino Salvador, atravesando sus ocho magistrales arcos por la fachada y cruzando sólo dos de sus tres patios. El primero tiene un jardín, una fuente y un salón, dividido con una reja de madera donde las locas en su interior pueden escuchar misa y encomendarse a Dios cantando, como dice la oración escrita en el combés:

*Señor y Dios mío, Vuestro Nombre Sacrosanto  
Sea en todo el Orbe Bendito. Y todos con dulce canto,  
Digan Levantando el grito:  
O Dios Santo, Santo, Santo...*

¿Serán aquellas las voces que escucha María Elena? ¿Semejantes en tesitura y entonación? ¿O serán otras, espectrales y nocturnas las que le cantan al oído? Las enfermas deambulan por los patios como una procesión traslúcida de sombras forradas con naguas de bayeta azul, camisa de lienzo de algodón y un rebozo deshilachado de mantilla. Murmuran a veces, como tantas veces vi a mi amante hacerlo, agotada entre las sedas de su biombo de cama. —Citlalicue, Moisés, ese es mi nombre.

¡Citlalicue y no Helena!—, las reminiscencias se derrumban contra mí como el río que continúa desplomándose del cielo. —¡Dime por favor qué significa!—, así me descubría su espíritu hecho añicos vibrando en el fondo de su forro engolado de remiel y vedeja de cabellos negros. —Tan sólo dime Moisés...—, y yo fingía no oírla, acariciándola con la venia implícita de los amantes. —¿Qué significa? ¿¡Qué significa!?!— y la pregunta me atormenta, imaginando que la pronuncia un eco que se copia hasta la eternidad.

—Vestido de estrellas...—, quiero decirle. Contestarle corriendo a su tronera —¡Eso significa Citlalicue!

Desastre. La ciudad ha quedado hundida entre las aguas; los días pasan y el trazo perfecto de damero parece facilitarle el desborde a las acequias que vomitan su marejada de desgracia contra las calles. Sólo la calle principal se mantiene a flote mientras todo lo demás se hunde. Los deanes han recurrido a Guadalupe y San Gregorio —patrón de las tormentas— para aplacar la tempestad. Pero Tláloc no se va, y se aferra a su tierra con uñas y con dientes; demostrando su antiguo señorío con el odio del ahorcado: derrotado pero fiero. Sus lágrimas son sangre. Que destrozan. Que desquician. Son el fuego de los rayos que vienen desde el Cielo, y es el agua, venenifera como el cianuro, la que se desploma sobre casas y torreones. Desbaratándolo todo. La Canoa Cardenalicia aparece entre las nieblas, surcando los escombros fantasmales de lo que alguna vez fue la ciudad más hermosa de toda la Cristiandad. Una pequeña luz, centelleando en la proa, advierte la presencia de un navegante erguido en el aflasto; en el agua silente de la bruma otras luminiscencias continúan apareciendo, rielando como las estrellas. Suena una campana. Y otra. Y otra. A lo lejos se escucha el chapoteo de los remos chocando contra la helada superficie —¿Quién vive?— grita el cardenal desde su silla, cortando el lastimoso silencio que envuelve a la noche. Entre los despojos del diluvio encuentro un sombrero de ala grande, seguido de una cabeza amoratada, un barbiquejo, y una capa; el hombre lleva bordado un escudo de tres coronas y una estrella sobre su corazón. No es necesario que hurgue en mi memoria, reconozco el símbolo: Son las coronas de los Reyes Magos y la Estrella de Belén simbolizando el nacimiento del Ungido. El sacerdote ahogado que flota a mi lado es un betlemita, quizás amigo mío, confidente o qué sé yo. Hinchado y muerto, emerge

de las profundidades olvidando su casta, religión y sexo; a la par que luces de cientos de canoas continúan apareciendo en la oscuridad. — ¿Quién vive?— grita otra vez el misterioso navegante. ¿Iremos católicos e indios al mismo sitio? ¿O seremos paganos y españoles diferentes hasta en la muerte? Cubierta con un albornoz, María Elena se aferra la orilla de su pequeña embarcación que avanza lentamente en busca de supervivientes; un ligero temblor traiciona la serenidad de sus facciones cuando extiende su brazo para descubrirse el rostro. La luna revela sus trazos de elmí cuidadosamente dibujados en aquel molde de arcilla. Me ve, titiritando contra un arco y el agua invadiéndome hasta el cuello. —¡Allí!— grita, alterando a las mujeres que la acompañan en la nave, las locas que sobrevivieron al diluvio. —Broma cruel de mi mente que me tima de esta forma...—exclama al tenerme frente a ella. El remero me cubre con una manta mientras la tomo de las manos. —Vestido de estrellas, eso significa Citlalicue... — le susurro al rostro coloreado por la luna. Silencio. — ¿Quién vive? — grita otra vez el navegante. —De indio a criolla te pregunto: ¿No era eso lo que querías saber desde hace tiempo?

Se tarda en responder: —De loca a cuerdo te contesto: Sí, pero ya no recuerdo para qué. ¿No ves que mi mente se fuga y ya no distingue entre lo real y lo que no lo es?

—Mentiras de Ricardo para poder tener el testamento. Chantaje vil todo por ser... Todo por ser...— las palabras son demasiado dolorosas para pronunciarlas.

—La daifa de un indio...

—La amante de un hombre. Distinto a él. Muy parecido a ti. — Crimen aberrante ante Ricardo y su atuendo fabuloso. Hijo enfermizo, sujeto, a pesar de ser varón, a la sombra de su hermana. Fantasma de piel de escarcha que nos cazaré por siempre. *¡Eres una furcia María Elena! ¿Cómo es que has caído tan bajo? ¡Siendo la manceba de un indio! Te acusaré ante el tribunal del Santo Oficio y perderás tu honor, tu herencia. ¡Todo! Mientras que a tu amante le darán azotes y lo exhibirán por las calles como a una bestia ¡Bastarda!* María le contestaba, mientras yo cubría su desnudez, plantándole cara al hijo del marqués: *Ni se te ocurra Ricardo, que recuerda que el bastardo eres tú...* Venía la bofetada cargada de desprecio. ¡Asquerosa mestiza! Y yo me interponía, preguntándome mil

cosas. *No vuelvas a tocarla maldito criollo, o te juro te arrepentirás.* María lloraba, humillada sin querer contarme la verdad; tal vez abrumada de nuevo por las Voces. Después vino la carta, llevada por una sirvienta y una bolsa repleta de monedas: *Me encerraré Moisés, por el bien de los dos. Mi padre ha muerto y Ricardo me pasará una pensión de acuerdo a mi dignidad en el Hospital del Divino Salvador; también ha prometido dejarte en paz con la condición de mantenerme aislada. He renunciado al testamento inter vivos de mi padre, el cual me concedía el privilegio de permanecer soltera para siempre y se lo he cedido a mi hermano; así que ya no tengo nada que me acredite como hija legítima. Me acusarán de loca para poder disponer de mis bienes y justificar mi crimen. Vete por favor, toma este dinero y nunca regreses. Nunca vuelvas por acá por más que mis lágrimas te digan lo contrario. No me busques, que mis sentimientos me traicionarán y será el fin de los dos. Recuerda que es el manicomio o la hoguera... Perdóname por favor. Perdóname por no ser igual a ti.*

*Siempre tuya. María Elena (tu Citlalicue).*

Dos figuras oscuras como el azabache se yerguen altivas sobre una embarcación que navega hacia el oriente. Son los esclavos de Ricardo que hunden los remos de madera poderosa contra el agua; avanzando rápidamente hacia nosotros. Inexpresivos observan a su amo casi albino sentado en su silla con dosel. María Elena me toma de los hombros y me cubre con su capa, ocultándome del brillo de la luna y las misteriosas luces que exhala la laguna. —¿Y dime ahora quién está más loca? ¿Yo que reniego de mi Alta Cuna o tú que pretendes alcanzarla?— la canoa de los Vetancourt se ilumina con la luz de los candelabros y quinqués. —Intenté— corrijo yo. —Y sólo por conseguir uno de tus besos— le sigo el juego a María Elena. Casi siento el aliento de Ricardo y sus esbirros de bronce soplándome en la cerviz. —Pues bien, el tiempo apremia, así que mira bien mi piel. Es el secreto que mi familia siempre ha querido silenciar— la obedezco y observo. Nada. Sólo piel morena de volcán. Dudo. —¿Piel hidalga expuesta al sol?— bajo la voz, fundiéndome con ella. —Padre criollo. Madre indígena —corrige— Mestiza, Moisés. Indígena como tú— me entorpece la verdad y me niego a comprender. —Pero tú eres hija legítima, primogénita del marqués y la marquesa. ¿Cómo es que?— pero me calla, hablándome de cerca. —Hija falsa de una mujer de vientre infértil. Hija verdadera de una mujer pública —

aclara—. Hija espuria ¿Comprendes? Tan india como tú.

—Sólo a medias...— intento poner palabras en mi boca, entrecortándolas.

—Mujer de arcilla al fin y al cabo. ¿O crees que la gente procurará ver porcentajes en la sangre antes de colocarme un libelo de repudio al cuello? —respira—. Nos juzgarán a ambos por igual. Como si fuéramos aceite de la misma vela.

—¿Y qué acaso no lo somos?

—¡Calla! Sabes bien a lo que me refiero: Al odio injustificado de mi hermano, tan espurio como yo; sólo que para su fortuna, las entrañas que lo trajeron a este mundo eran de harina y no de barro.

—¿Todo esto para ocultar el defecto de tu madre? Madrastra, sustituta...— Qué sé yo. De nueva cuenta me interrumpo sin saber bien qué decir.

—¡Silencio que aquí viene Ricardo!— y nos cogemos de las manos, ocultándonos bajo la capa, apenas respirando. La canoa de los Vetancourt tañe una campana advirtiendo su presencia. —¿Quién vive?— pregunta nuestro capitán a discreción. —Ricardo, primogénito del marqués de Vetancourt— miente el hidalgo, su voz congela como el hielo. El crujir de la madera sobre el agua se disipa en las ondulaciones que comienzan a vibrar sobre su superficie; un hormigueo recorre mi brazo al descubierto mientras una brizna me empapa los sentidos; vuelve a llover y de pronto... Oscuridad. Se extinguen las luces y desaparecen las caras, los conocidos entonces se convierten en extraños.; el nuevo chubasco que se desploma del firmamento apaga antorchas y farolas hundiéndonos en la penumbra. Pienso en el hermano de Elena, indefenso en las sombras. Es el momento. Mis manos tiemblan. Un grito. Nuestra canoa se tambalea y alguien cae al agua. Silencio. Por un segundo pienso que María se ha abalanzado sobre su hermano y ambos yacen en el fondo del canal. Pero no, sus manos siguen firmemente asidas a las mías. Llega la luna, recorriendo los rasgones de negro algodón que quieren opacar su brillo: Se iluminan los rostros y los extraños se convierten otra vez en conocidos. El precioso Ricardo no está, y tampoco una de las mujeres de nuestra canoa, los esclavos se miran inquietos el uno al otro. Reconocen a su señora despeinada frente a ellos, ¿también al indio que la abraza sin temor? Ya sin falsos ornamentos, con la vedeja azul

cayéndole salvaje por la espalda, María es mi igual, es Citlalicue, mi Vestido de Estrellas y su amor me es permitido. La noche se desprende en mil destinos que alumbran nuestro paso mientras otras preguntas se pierden en lo efímero ¿Felices o infelices? ¿Qué pasará después? ¿Se calmarán las lluvias? ¿Qué hay de las Voces? ¿Ricardo, arrastrado hasta el fondo de las aguas por una demente asustada? ¿O asesinado por unos esclavos ventajosos hartos del maltrato? Pienso en esto y a la vez no pienso en nada. La canoa continúa su camino surcando los despojos fantasmales de la Ciudad Barroca, perdida entre tormentas y delirios; buscando náufragos y repartiendo víveres. Citlalicue me besa sin censura mientras las locas inician su cántico a la luz de la luna: *Y todos con dulce canto, digan levantando el grito: Oh, Dios Santo, Santo, Santo.*



## LOS MERCADOS

María Elena Solórzano Carbajal

Los mercados llaman mucho la atención a los turistas extranjeros, cuando vienen a visitar México piden que los lleven a visitar un mercado típico. Entre los pueblos prehispánicos los llamaban tianquiztli, de donde se deriva tianguis. Era famoso el mercado de Azcapotzalco, donde se expendían toda clase de mercancías, Tlatelolco toma como modelo este tianguis y lo organiza de forma similar. Bernardino de Sahagún nos describe como estaba distribuido y de esta forma podemos imaginar cómo era el de Azcapotzalco. El mercado de Tlatelolco estaba dividido en secciones, en un pasillo se vendían telas de algodón de diferentes colores, enaguas, huipiles, tilmas etc.; en otro abalorios y adornos: plumas, piedras semipreciosas; otra sección exhibía joyas: diademas, ajorcas, bezotes, brazaletes, orejeras, pectorales de oro y plata primorosamente trabajados por los orfebres de San Miguel Amantla; se vendía barro modelado de diferente forma: cántaros, ollas, cazuelas, comales y sahumerios para quemar copal. El púrpura extraído de la cochinilla, los tintes y tierras para colorear también tenían su espacio.

En la sección de herbolaria se encontraban curanderos que sabían de todas las hierbas medicinales que se cultivaban o crecían silvestres en el campo, daban recetas de emplastos y cocimientos para diferentes enfermedades. Orientaban a las embarazadas y les ordenaban caminar mucho y gatear para que el niño se acomodara adecuadamente en la matriz.

Había una especie de peluquería donde afeitaban y cortaban el pelo a los varones y a las mujeres les trenzaban el cabello con cordones de algodón de diferentes colores.

Tenían una zona que era para la venta de verduras y carne de animales: perros comestibles, venados, patos, codornices, chichicuilotos

y otras aves que cazaban en el lago. Había otra zona donde se ofrecía comida ya preparada y la gente podía comer ahí o llevarla a su hogar. Los tianguis de México heredaron esas costumbres y nuestros mercados son una verbena llena de color, pero están desapareciendo, es un patrimonio que debemos salvar.

Al mercado de Tacuba se lo acabó el ambulante que se posesionó de la gran plaza que había, antes de que entrara en servicio la línea dos del Metro.

¡Ay, qué distinto era antes! Los sábados y domingos era día de tianguis, bajaba la paisanada de San Bartolo, San Luis Ayuca, etc., a ofrecer sus productos. Se encontraba desde una cobija de lana hasta los aretitos de oro o el anillo de plata 0.720 con ópalos o turquesas.

En la época de julio, agosto y septiembre llegaban las mujeres con costales de elotes tiernitos, flor de calabaza, verdolagas, quelites, ramos enormes de mirasoles (de corolas rosas, moradas y blancas) poniendo su nota de color. También traían florecitas de San Juan blancas, olorosas y breves como un suspiro.

Las pajareras exhibían sus jaulas con pájaros cardenales, rojos como el incendio de una tarde; canarios amarillos y cantadores; calandrias de ojos vivaces y húmedos como hojitas tiernas; verdines que no se quedaban atrás en trinos y cantos.

¡Qué bonitos tianguis, los de entonces! Los infantes de aquella época tuvieron la fortuna de gozarlos y por aquí picaba la nariz el olor de la menta, allá mareaba el tomillo, la mejorana o la albahaca. Aquí los racimos de pirúl con sus frutitas rojas, alimento predilecto de muchas aves y de muchos niños, porque eran dulces y les gustaba comerlos.

El mercado de Azcapotzalco afortunadamente goza de cabal salud, todavía los *chintololos* acuden a realizar muchas de sus compras en este típico mercado. En enero se llena de juguetes. En febrero de globos en forma de corazón y muchos chocolates. En marzo de disfraces para los chiquitines que serán: ropavejeros, payasitos, flores y princesas en el desfile de la primavera. En abril de dulces mexicanos para el día del niño. En mayo, ramos de flores por doquier para celebrar a mamá. En junio de artículos para caballero —quizá esa bufanda tejida con agujas para el próximo invierno. En julio, las llantas, flotadores y trajes de baño. En agosto torres de cuadernos, lápices, plumas y todos los

necesario para la escuela. Septiembre se engalana con banderas tricolores de todos tamaños. En octubre y noviembre se levantan pirámides de camotes y calabazas, toda la nave huele a copal, amarillas flores de cempoaxóchitl y las magenta de terciopelo, las calaveras de azúcar se antojan al pasar; en cualquier esquina muestra su osamenta una “catrina” enorme al estilo de Posada, una calaca bonita, vestida de gala, con sus aretes, zapatos de tacón y su sombrero adornado con flores, una muerte guapachosa con muchas ganas de vivir y entrarle al jolgorio de los vivos. En diciembre, la techumbre del mercado se llena de destellos con la escarcha multicolor que cuelga, los faroles y el heno también le dan ese ambiente navideño; decenas de piñatas se bambolean en las alturas y al mirar hacia arriba la gente se deleita con esas efímeras obras de arte que salen de las nigrománticas manos de nuestros artesanos: estrellas de pancitas brillantes y siete picos, zanahorias, rábanos, mandarinas, uvas y muchas frutas más, barcos en los que los chiquillos quisieran zarpar para navegar en el mar de los ensueños; también se modelan personajes: Cenicienta, Blanca Nieves, Bella Durmiente, Sirenita y los más feos, los héroes que aparecen en las series infantiles en la televisión. Los puestos de fruta exhiben gran cantidad de tejocotes, jícamas, cañas, limas, mandarinas y cacahuates y no podían faltar los dulces de la temporada: la colación que ha sido colocada en canastitas hechas de papel crepé. Fuera del mercado se han colocado los puestos que venden heno, musgo y todo lo necesario para poner un nacimiento: portales, figuras de barro: María, San José, pastorcitos, el ángel, el diablo, animales y otras curiosas figurillas; también encontramos pinos, ya sea artificiales o naturales, y todos los adornos: estrellas, escarcha, pelo de ángel, esferas de todos tamaños, guirnaldas, series de focos y mil colgijes más.

Nuestros mercados son una fiesta de olores, sabores y de un colorido sin igual, y ¡cómo no!, si tenemos una gran variedad de frutas que engalanan cada puesto y unas flores que aroman y llenan de color los pasillos.

Al pasar por la sección de comidas, a eso de las tres de la tarde, llega el olor sacrosanto de las *petroleras*. No, no son las propietarias de pozos petroleros. Las *petroleras* son unas gordas de masa, más grandes que los sopes y de forma ovalada, se les llamó así porque empezaron a venderse frente a las instalaciones de la Refinería 18 de Marzo. Se

han popularizado tanto que ahora se venden en todos los mercados de Azcapotzalco y del Distrito Federal.

Y tienen su historia: Cuando salía el primer turno de trabajadores, con el hambre torturando el estómago, todos se arremolinaban en los establecimientos que se abrieron frente a las instalaciones de la refinería, las señoras hacían sopas y tlacoyos. Un día llegó uno de los trabajadores y le dijo a la cocinera: “Ese sope apenas para un diente, hágame uno grandote del tamaño de la perra que traigo, digo de la ‘perra hambre,’” sus compañeros soltaron la risa y la señora le hizo una memelota, todos pidieron otras iguales y decían: “estas sí son para los petroleros”, de ahí en adelante llegaban y decían “para los petroleros, las petroleras.” Decía mi vecino (en paz descanse), que así nacieron esas ricas gordas de maíz.

Los *guaraches* son diferentes, también son ovalados, tiene los frijoles dentro, se les pone salsa y se les agrega un bistec o un huevo, queso, lechuga y salsa. Las *petroleras* son de la misma forma, pero se embarran de frijol cocido, molido y espeso; después se agrega salsa roja o verde según el gusto; se le pone crema y queso rallado.

Una bebida que se vendía en los mercados era el tepache. Su elaboración consistía en utilizar las cáscaras de la piña que se ponían en un gran vitrolero o barril de madera, se le agregaba azúcar, fermentaba y se formaba una especie de nata en el fondo a la que se le llamaba madre, se regalaba una porción para los que querían tener su vitriolero de tepache. Bebida sana y natural que podía tomar todo mundo inclusive los niños, se bebía muy fría en grandes tarros de cristal.

Hay mercados especialistas en comida: quesadillas gigantes, pozole, pancita, chiles rellenos, arroz, chamorros, carnitas, barbacoa, cabrito y todas las exquisiteces culinarias que te puedas imaginar. Al pasar cuando aspiras el olor a cebollitas tatemadas, a tortillas recién hechas y a chilillo tostado no es posible resistirse, caes en la tentación de la gula y pecas. ¿Cuál dieta? Total, una rayita más al tigre.

Cerca del mercado siempre había uno de esos tendajones, llamados estanquillos, se encontraba de todo. Contaban con un mostrador de madera con varios cajones a lo largo, En las paredes de la parte posterior se levantaban varias tablas tapizando la pared en las que se habían fijado varios compartimentos y cajones donde se guardaban mercancías de diversa índole.

Alimentos y artículos perecederos que se ofrecían: diversos granos (frijol, garbanzo, lenteja, maíz, trigo, alpiste y arroz), azúcar, piloncillo, manteca, queso añejo (tan bueno que no le pedía nada al parmesano), chorizo, longaniza, cecina, queso de puerco, chiles en escabeche y patitas a la vinagreta (elaborados en casa, teniendo como único conservador el vinagre.)

Otras cosas que se vendían: panes de jabón para lavar o de olor para limpiar la piel, de coco para hermohear el cabello; jergas, estropajos, cubetas, enormes tinas galvanizadas para el baño sabatino,) cazuelas, ollas y comales de barro, tenazas removedoras de carbón y aventadores para avivar el fuego.

Entre los artículos no perecederos: telas, zapatos, refajos. Vestidos y otros artículos más; los vestidos y rebozos se exhibían en forma muy atractiva para enamorar a la clienta.

Todo, todo se encontraba en el estanquillo. También: calcetines; medias de popotillo; calzones para hombre y para mujer, los que usaban las damas eran de algodón, bombachos y llegaban hasta la rodilla donde se ajustaban con un resorte para que no se levantaran ni un milímetro. Pasadores; horquillas para el chongo; listones para las trenzas; cordones de diferentes y chillantes colores: rojo, azul turquesa, amarillo canario, morado obispo y verde perico: Cuando el pelo no era muy abundante se entretejía con cordones negros para darle mayor volumen: se trenzaba el pelo, se amarraban las puntas y se adornaban con listones.

La parte de atrás del comercio contaba con una bodega donde se almacenaba la mercancía necesaria para que no escaseara ningún producto.

Cómo lograban que sus negocios estuvieran tan bien surtidos y con productos de la mejor calidad, pues resulta que sus proveedores eran del propio pueblo o de los lugares más cercanos. Ellos fabricaban artesanalmente: queso, requesón, cecina, las vinagretas; las costureras surtían de calzones, refajos, vestidos, pantalones; las telas, medias y calcetines venían de la ciudad más cercana. Nada se importaba, la región era autosuficiente para proveer y consumir todo lo que necesitaban.

Los típicos estanquillos van siendo sustituidos por los modernos supermercados en donde no tienen cabida los productos de los modestos artesanos.

Cuando necesitábamos de algún artículo para cocer acudíamos a la mercería, que todo mercado bien puesto debe tener, ya que las abuelas en la tarde mientras escuchan sus boleros por la radio realizan diversas labores como: bordar, coser o tejer.

En las mecerías se venden: aros para colocar las telas y realizar el bordado, hilos de algodón y seda, estambres de diferente grosor y textura, ganchillos para el crochet, cintas métricas, agujas para máquina y agujas para coser.

También se encuentran servilletas con dibujos para bordar con hilos de algodón y cubiertas para cojines con los palomos besándose en el pico y la clásica leyenda: “Duerme, amor mío.”

Dibujos con diferentes motivos para calcar en tela, patrones en papel para confeccionar diferentes prendas, cierres de cremallera, broches de presión y de enganchar, tijeras de las prestigiadas marcas Boker, Arbolito y Barrilito. Listones de diferentes anchos y múltiples colores.

Ahora se tiran los calcetines en cuanto aparece un hoyo en la punta o en el talón, antes se zurcían; dentro del calcetín se colocaba un huevo de madera y con hilo se rellenaba el agujero. Los tiempos cambian no cabe la menor duda.

En las afueras del mercado encontrábamos a los merolicos.

*Si la boca le sabe a centavo, si al levantarse se siente desmadejado como si toda la noche lo hubiera correteado el Hombre Lobo, si trae un pleito de gatos en el estómago y las tripas le rezongan igual que una solterona despreciada, si la vista se le nubla y puros gandallas mira, indudablemente necesita el tónico de la Madre Matiana para adquirir los siete vigores y las tres gracias.*

*Primer vigor, para despertarse como veinteañero, sin “pollas” reanimadoras ni otros brebajes.*

*Segundo vigor, para trabajar muy duro y dejar de hacerse güey.*

*Tercer vigor, para que estés firme como un soldadito de plomo.*

*Cuarto vigor, para aguantar a tu suegra con todo y sus lagrimones de cocodrilo.*

*Quinto vigor, para aguantar la eterna letanía de tu vieja.*

*Sexto vigor, para corretear: “peseras”, resistir las sobadas en el Metro, los golpes abajo del cinturón, para no volverse bizco con las nenas de gran “pechonalidad”.*

*Séptimo vigor, para poder mantener a tus doce hijos y a los otros cuatro de la casa chica.*

*Que tengas la gracia y el nocaut de un dandy.*

*Que a las primeras de cambio se te rindan las muñecas más pipiris nice y paguen el cinco letras.*

*Que todas tus viejas te coronen como su mero rey y te compren calzones de seda y pantuflas de peluche.*

*Señora, si a sus niños se los están comiendo las lombrices, una copita tequilera del Elixir del Sapo las mata como de rayo, no permita que estas víboras blancas les devoren las entrañas. ¡Véalos, son animales repugnantes y dañinos! y estas que parecen sopa de tallarín son peores, pues los huevecillos se van al cerebro y por eso algunos chamacos alucinan y hasta platican con el meritito chamuco.*

*Madrecita, le duelen los huesos, el esqueleto le suena como matraca, no se preocupe, usted puede volver a bailar la rumba como quinceañera, y mover el bote al ritmo del mambo número cinco; una untadita diaria del Ungüento de la Tía y ¡adiós dolores! ¡Compruébelo ahora, porque mañana estaré lejos, muy lejos de aquí!*

*Damita, para que tu piel tenga la suavidad de un pétalo de rosa y el color de los caracoles del mar, aplícate todas las noches la Crema de Concha Nácar y... ejerce sin título corazón o tu rostro se cubrirá de barro y verrugas.*

*¡Nomás no se amontonen, que para todos tengo!*

Otro personaje imprescindible era el fotógrafo ambulante. Por aquí

merodeaba Nachito. Nunca tuvo el dinero suficiente para rentar una accesoria y poner un estudio fotográfico, únicamente contaba con una cámara portátil, pues ni modo a talonear todo el día por los mercados para tomar muchas fotos y dedicar un tiempo a entregarlas en diferentes domicilios, procuraba fotografiar a las familias para que le conviniera negociar cuatro o cinco fotos, sabía que las mujeres no se resistían a tener todos los retratos de sus querubines, también aprovechaba muy bien la vanidad de las doncellas. “Señorita, en esta foto parece artista de cine, le da un aire a Lilia Prado... y usted es igualita a Blanca Estela Pavón.”

En los años cincuentas no era muy común tener en casa una cámara fotográfica y manejarla tenía sus *bemoles*: necesitabas pararte bien y tomar el instrumento con firmeza, porque podía salir todo borroso o movido; centrar bien la figura pues se corría el peligro de que las gentes salieran sin cabeza o cargados a la izquierda o derecha; estar pendiente para que las damas o caballeros no cerraran los ojos y se echara a perder la foto; que el niño saliera con su mejor sonrisa a pesar de estar chimuelo y que los viejos cascarrabias se parecieran a los viejecitos de los cuentos. También había que aprender bien como se colocaba el rollo, correr la película con destreza para que no se atorara y se rompiera o se velara; la cámara no se podía abrir pues al llegar la luz se echaba todo a perder. Tomar buenas fotografías se convirtió en todo un arte.

Así iba a los mercados de tal o cual barrio y empezaba a retratar a los niños o las señoritas que atravesaban por ahí. Algunas veces le iba muy bien, en otras apenas le alcanzaba para comprar un pan y un pedazo de queso.

En los múltiples barrios que conforman las delegaciones del Distrito Federal, se localizan mercados de diferentes giros como el de La Lagunilla que ofrece ropa de todo tipo. Y si te vas a casar por primera, segunda o tercera vez, compra el vestido de novia allí en el Mercado de La Lagunilla pues encontrarás una gran variedad de estilos al alcance de todos los bolsillos y no se te olvide que el precio que te dan no es el último, regatea y obtendrás un gran descuento. Las mejores costureras de la ciudad de México están en La Lagunilla. En una ocasión fue una jovencita a comprar un vestido de quinceañera a una *butic* y fue necesario que ajustaran el traje de la cintura, y la mandaron nada más ni



nada menos que a un taller de costura con domicilio en La Lagunilla.

Hay mercados especialistas en comida: quesadillas gigantes, pozole, pancita, chiles rellenos, arroz, chamorros, carnitas, barbacoa, cabrito y todas las exquisiteces culinarias que te puedas imaginar. Al pasar, cuando aspiras el olor a cebollitas tatemadas, a tortillas recién hechas y a chilillo tostado, no es posible resistirse, caes en la tentación de la gula y pecas. ¿Cuál dieta? Total, una rayita más al tigre.

Entre los mercados más hermosos están los de artesanías, las manos de los artesanos han convertido el modesto barro en aves prestas a levantar el vuelo, en jarrones que contendrán amarillos girasoles o rosas de fuego, en platones donde las grecas son tan bellas que pueden decorar cualquier lugar, en esculturas para adornar los jardines, vajillas pintadas a mano que son un primor y que le dan elegancia a cualquier mesa del mundo. Y el vidrio soplado con sus figuras de transparente cuerpo donde el sol se descompone en vibrantes colores. Rebozos donde el arco iris se ha estacionado brindando un abanico de color: el azul turquesa de las campánulas silvestres, el verde donde el jade se ha trasminado, el carmesí donde la pulpa de la pitahaya ha dejado su esencia, el guinda de los corazones ofrecidos al sol, el rosa palpitante de las estrellas marinas que habitan el Caribe ¡Qué colores, Dios mío! Los colores de mi Patria. Por eso estoy tan orgullosa de ser mexicana.

## MENCIONES HONORÍFICAS

## DEL SENTIMIENTO SOLIDARIO: 1984-1985

Laura Leyva Ibarra

El 19 de noviembre de 1984, como a las 6:30 de la mañana, en mi casa ya se encontraban las luces encendidas, mi mamá hacia el desayuno, mi hermano se bañaba y mi hermanita y yo nos arreglarnos para salir a la Secundaria.

El ir y venir de la cocina a la sala, salir al patio y regresar al cuarto era normal como todos los días... hasta que se cimbraron las paredes. Como que algo grande y pesado cayó sobre la azotea (sólo era de un piso la casa). Los cristales parecían estallar. Poco a poco ligeramente fuimos notando, al paso de una, dos y más veces que el cielo se iluminaba. El temor se acrecentaba al mirar con mayor detalle que eran llamaradas. Parecía que una guerra había iniciado pues el mismo suelo se estremecía. Las gallinas cacareaban y los perros en la calle aullaban. El desconcierto crecía. Nos juntábamos todos en el patio para preguntarnos qué pasaba. El estruendo era a un costado del Cerro del Chiquigüite.

Nadie quería salir a la calle pero al cabo de algunos minutos, no sé cuantos, la calma regresaba y decidimos continuar. Al salir a la calle y empezar a caminar nos encontramos a compañeras y compañeros de la escuela y vecinos, pero su andar, al igual que nosotras, era con temor y miedo. El ambiente se sentía distinto y el cielo parecía tener fumarolas que alcanzaban la cima del cerro. El amanecer llegó y aparecieron cada vez más y más altas las nubes de humo. Mientras nos acercábamos a la escuela en dirección al costado derecho del cerro, pareciera que nos encontraríamos con un incendio, pues es la misma dirección a San Juanico, aproximadamente a nueve kilómetros de la colonia.

La mañana continuó normal, y al regreso de la escuela recuerdo muy bien cómo lloraba mi vecina de a lado, doña Lucha, y le contaba a mi mamá ahí, en nuestra tienda de abarrotes, que en la televisión pasaban los cadáveres desfigurados, que los formaban en el suelo para

que los identificaran, pues las llamas los habían dejado irreconocibles. Continuaba contando: mucha gente salió casi desnuda, la que alcanzó a correr tienen quemaduras graves, hay niños y mujeres, familias completas calcinadas. ¡Ay, qué desgracia. Dios mío! Mi mamá seguía preguntando y tan impactada estaba que ni cuenta se dio cuando cruzamos por detrás de ella para entrar a la casa.

Mientras tanto en la radio y televisión se decía:

*En la madrugada del día de hoy en San Juan Ixhuatepec los vecinos saltaron de sus casas sospechando un terremoto. Pero no, una planta de almacenamiento y distribución de gas licuado de la empresa PEMEX (Petróleos Mexicanos) enclavada irresponsablemente en esa zona densamente poblada, voló por los aires. Una serie de brutales explosiones en cadena que inundaron las calles e incendiaron las viviendas, calcinaron a 600 personas, hiriendo a más de 2,500 y el pueblo, del norte metropolitano del D.F., quedó arrasado por el fuego...*

Ya no pude seguir viendo las escenas de televisión, era algo que no alcanzaba a comprender, creía que estaba viendo un campo de guerra. Me negaba a creer que el cerro había sido nuestro escudo para que no nos alcanzaran las llamas de la explosión en la colonia Guadalupe Proletaria. Intentamos sentirnos afortunados pero sabíamos que la imponente naturaleza intervino. Desde entonces, cada vez que miro el cerro y sus antenas, desde donde esté: En el mirador de la salida a Toluca, el aeropuerto, en lo alto del World Trade Center México o la torre del Caballito, lo veo con respeto, al recordar que nos salvó del infierno metropolitano y, aunque viejo, cada año reverdece, acrecentando el número de antenas...

Casi un año después, la mañana de 19 de septiembre, me encontraba de nuevo en camino a la Secundaria en compañía de Claudia, mi hermanita. Platicando como a diario. Al llegar a la calle 20 y la avenida Guadalupe Proletaria perdí el equilibrio. Sentí que los pies se me enredaban. No lograba coordinar. El piso se movía como si fuera de hule. Busqué la mirada de mi hermana y estaba asustada. No caminaba. El silencio nos identificó. La tomé de la mano y terminamos de cruzar la calle. El movimiento se incrementó. Los cables de luz en los postes se columpiaban. La poca gente que se encontraba ahí no sabía

qué hacer. Nos mirábamos unos a otros con desconcierto. Nosotras nos recargamos en la pared de la tienda que se encontraba al pasar la acera. Al voltear hacia la calle siguiente vi como la puerta de la panadería se abría y cerraba de lado a lado. Al ser consciente que no era un sueño lo que vivía, escuché cómo se caían las rejas de los refrescos y se rompían (todavía se usaban los envases de vidrio), al mismo tiempo que las paredes tronaban.

Al sentir que el movimiento cedía le pregunté a mi hermana: ¿Qué hacemos? En su cara de desconcierto y temor logré mirar que no sabía, sólo levantó los hombros. Yo le dije: “¡Vamos a la escuela!” Me respondió: “Sí”. Empezamos a caminar sin hablar hasta llegar a la escuela. La gente estaba asustada. Los compañeros de la escuela se encontraban en el patio y nadie subía a sus grupos como de costumbre. Esperamos hasta que nos indicaron subir. El rumor y desconcierto continuaba.

Después de esperar llegó la maestra de educación física y dijo: “¡se cayó la ciudad!, no hay comunicación, aquí quédense.” Se salió y en menos de cinco minutos empezaron a llegar los padres a buscarnos; sorpresivamente mi papá fue por nosotras y nos platicó que hubo un terremoto, que había muchos edificios derrumbados, escuelas, hospitales y lo envió mi mamá a la escuela porque temía por nosotras.

Cuando llegamos a casa, mi mamá estaba angustiada por mi otra hermana que había salido más temprano al Bachilleres de Satélite. El resto de mis hermanos estaban en casa. Después de dos horas, mi hermana Silvia llegó tan fresca como siempre y nos dijo: “Nos regresaron que porque hubo un temblor. Allá no se sintió nada, la escuela está en una loma.”

El terremoto de 1985 nos sacudió a todos dramáticamente. La sorpresa, tristeza y temor se volvió fraternidad en la ciudad. Desde los barrios, las calles y las familias surgía un sentimiento de hermandad solidaria. Al día siguiente, mi hermano Jaime (mayor que yo por siete años), que se había asumido bailarín de danza contemporánea, se fue de voluntario a Tlatelolco. La tragedia se acentuó conforme se anuncian las noticias. Por la noche del día siguiente de nueva cuenta inició el movimiento de un lado al otro. La luz se fue otra vez. Era la réplica. Salimos de inmediato a la calle después de reaccionar a los gritos de mi mamá: “Vénganse para acá, está temblando.” Ella se encontraba

atendiendo la tienda. Al salir nos encontramos con los vecinos en plena calle. Algunos a media cuadra hincados, otros rezando con la miranda hacia el cielo, unos más abrazados. Todos estábamos aterrorizados. Deseando que no fuera verdad más tragedia y pánico.

Al terminar el temblor la desesperación no se hizo esperar. Jaime, mi hermano no estaba; lo esperamos juntos en el zaguán. Cuando finalmente llegó, mi mamá se soltó en llanto al verlo. Estaba lleno de tierra, con el cuerpo y la cara desencajada. También él lloró al empezar a describir todo lo que vio: Pedazos de personas entre los escombros, la gente desesperada buscando a sus familias, moviendo pedazos de concreto con sus manos, con palas y lo que tuvieran. ¡El dolor era indescriptible! Nos rebasó a todos en la ciudad e impactó al país.

Nosotros no salimos de casa por dos días, a partir de esa experiencia la conciencia en la ciudad y su sentir cambió, mi hermano se incorporó como fundador de la Unión de Vecinos y Damnificados 19 de septiembre (UVYD-19) una organización de artistas, pero no sólo fueron ellos, eran miles, creando todo un movimiento de identidad ante el desastre: el “movimiento urbano popular.” En mi caso, empecé a mirar diferente mi entorno e inicié en mi barrio, con una pertenencia más profunda, al grupo de cuates, destinado en competencias de estudio, deporte y baile. Crecíamos como crecía la ciudad de México...

El desmoronamiento de la sumisión y el esfuerzo comunitario se apropiaron del derecho a la ciudad. La ciudad era otra. El gobierno fue rebasado, desobedecido, e incluso, acosado ante el vacío de su poder. La sociedad se enfrentó al Ejército, algunas veces a pedradas, porque innegables soldados se dedicaron a saquear bienes sin importarle la gente atrapada. En contraste, la respuesta masiva para ayudar a los afectados fue casi inmediata.

El movimiento organizado transformó el despertar de conciencias, logró la reconstrucción de la ciudad desde abajo, desde el pueblo. Los líderes naturales afloraron. Apenas una semana después del desastre, se realizó la primera movilización de damnificados hacia Los Pinos, más de treinta mil personas marcharon en silencio con cubre bocas y cascos aludiendo al símbolo de los rescatistas. La reconstrucción de la ciudad fue ganada en un sistema que no aceptaba actores independientes. Por primera vez se reconoció a los ciudadanos

organizados como interlocutores.

Las secuelas culturales del terremoto del 85 marcaron a la generación de finales de los ochenta en la ciudad. El terremoto detonó la participación social y rompió los mecanismos del control oficial. La gente ya no se dejaba manipular. Su arrojo contra el gobierno era muy grande. La gente se volvió más crítica. La sociedad no esperó a que el gobierno le resolviera sus problemas, por ejemplo: el impulso ciudadano representativo y organizado promovió la creación de la Asamblea Legislativa y del primer gobierno de la ciudad electo por los habitantes de la capital.

En 1988 se logró el programa de renovación y construcción de vivienda más grande en la historia de la ciudad. La tendencia política cambió. El movimiento urbano era la fuerza más importante. La experiencia compartida por muchos universitarios fue decisiva en el surgimiento del movimiento estudiantil en la UNAM en 1986-87.

La transformación de la ciudad trastocó el impacto político, emocional, organizativo y social de sus habitantes. Este esfuerzo social fue representativo en cada colonia y en cada barrio. En mi colonia, Guadalupe Proletaria, situada al norte de la ciudad en la Delegación Gustavo A. Madero, “al final de los Cien Metros”, se distinguió por el crecimiento poblacional drástico. Hay quienes llegaron desde otros lados de la ciudad o de colonias aledañas. Las organizaciones de comerciantes y de vivienda no se hicieron esperar.

La crítica al proceder de la iglesia fue manifiesto, sobre todo en las generaciones más recientes, pues la cooperatividad en torno a sus actividades dejó de ser primordial. Ya no daban respuestas a las nuevas necesidades. Los grupos u organización en la comunidad, constituidos formalmente, se generaron en este periodo en torno a la autogestión de vivienda y de reclamo a la atención de servicios, como en el resto de la ciudad.

En la actualidad los programas de apoyo social vienen a ser un factor de importancia para la politización y colaboración de la comunidad, pues en los últimos años, la gente está al tanto de estos beneficios que continúan impactando al interior de las nuevas estructuras de la familia urbana.

Pocas personas hablan sobre el suceso. Quienes lo vivimos nos

resistimos a recordar el dolor, pareciera que dejamos dormir la memoria. Pese a ello la naturaleza se hace presente aquí y en todo el planeta. Este año, aún con su imponente tecnología y “avances” Japón vive ambas desgracias: el terremoto y explosiones “incontroladas.”

A 26 y 25 años de las tragedias las condiciones actuales tanto políticas, religiosas, como sociales y económicas, nos obligan a generar y generarnos nuevos retos, nuevos patrones de conducción ante nuestra realidad que nos forja como seres, como Nación. El barrio a pesar de sus transformaciones continúa siendo el componente de identidad, de colectividad, de cobijo, de respeto entre los que pertenecen y pertenecemos.

La explosión de San Juanico y el terremoto del 85 no sólo arrasaron con vidas y edificios, también con el egoísmo, insensibilidad y desapego que distingue a la gran urbe. A flor de piel se mostró y quedó tatuado el sentir del dolor colectivo y la hermandad más allá del discurso.

El recordar y considerar brevemente las cualidades emotivas, conscientes y visibles de la ciudad-colonia nos muestran una constante del sentimiento solidario; a veces oprimido, a veces frustrado con las insuficiencias de los ajustes social y del cambio humano ante el incremento mundial; como una búsqueda continua, donde las normas de la costumbre y los valores, están profundamente enraizados desde la comunidad donde crecimos.



## LA TOCADA

Vicente Óscar Machado Jacobo

Sábado en una popular colonia del poniente de la ciudad de México. En el crepúsculo son notorios los rostros que llegan a sus moradas, lucen cansados, hartos del trajinar citadino, las madres yendo y viniendo en la tienda de “Conchita” para preparar la cena, algunas cargan a sus hijos para agilizar la adquisición, otras prefieren mandarlos para no perder ningún pormenor de la película que pasan en *El Canal de las Estrellas*. Luces tenues hacen presencia para iluminar el anochecer. Pinta para una noche fría, en el cielo que cobija las calles se observan múltiples nubes grises que se aglomeran como algodones, pero no se advierte lluvia. Este ir y venir de personas por las pedregosas calles de la colonia Real del Monte es observado en silencio por el Pacha, el Ojón, el Víboras, el Lobo y el Buitre. Ya sabes que por estos lares el apodo es sinónimo de nombre. Ellos se encuentran juntos en el clásico lugar de reunión: la esquina de calle, viendo pasar a la gente que viene de su agotadora jornada de trabajo y a las “morras” que van a la tienda de “Conchita.”

El silencio es roto por un silbido de el Ojón, quien mira con avidez a la Susana, una joven de unos 17 años. Tras el silbido, el Ojón musita: “móchate” y sus demás acompañantes rompen en risas. Entonces el Lobo suelta divertido: “Ese Ojón, esa morra se te resiste, si no te mueves y te apendejas, yo me voy a apuntar.” Paulatinamente, el manto negro de la noche va cubriendo las calles. A la entrada de Mineros, la calle principal de la colonia, se observa el caminar cansado del “Monchis”, joven de unos 20 años, muy conocido en el lugar. Llega a la esquina y se une al grupo que están enfrascados en una amena plática sobre los partidos de futbol que disputarán ese fin de semana.

—Va a perder el pinche América. Son rependejos. Ya ves la otra semana que pierden con el Santos. Es más, vamos a apostarle unas chelas, reta el Víboras al Pacha.

—Estás bien pendejo. La neta mis Águilas le van a dar en la madre al Monterrey ¡Y Bambi, vamos a poner unas chelas!

—Ya déjense de pendejadas y mejor móchense con unas *guamas*, dice el Monchis, visiblemente sediento y cansado.

—Qué onda ese Monchis, saca pa'los chescos, ¿no? Habla el Buitre.

—Nel, güey, mejor al *ratón*. Me encontré al Piolas y me dijo que iba a haber una tocada en la Pólvora —señala con el índice. —Mejor nos aguantamos y en la noche nos echamos unas “chelas.”

—Pues, ¿no que tienes sed, güey?, le recuerda el Pacha, quien enfundado en unos jeans y camisa blanca, observa con avidez quien entra y sale de la tienda de Conchita.

—Pues tengo un chingo de sed, güey, pero la neta ando bien pinche mugroso y si no me baño ahorita, me baño hasta el lunes, replica el Monchis, quien es un apasionado futbolero tanto que ahora porta una camisa azulcrema.

—Sí, báñate pinche mugroso. Pareces el Rascahuelos, y la neta no llevamos hediondos a la tocada, ríe divertido el Víboras.

—Cámara güeyes, en la noche nos vemos aquí, para lanzarnos. Por fin habla el Ojón.

Y sin decir nada, todos se meten a sus casas y vacía se queda la esquina de la calle, como vigilante solitaria del anochecer. El manto nocturno se apodera de la colonia, el ir y venir de las señoras a la tienda de Conchita se intensifica. Este trajinar es interrumpido por el potente silbato del camotero que con su rostro cansado empuja sin cesar su carrito. La dicharachera Doña Raquel se acerca y le pide uno.

—Oiga, don Tobías, están buenos sus camotes, debería de ofrecerlos a los señores de por acá para la faena nocturna, dice divertida.

También enfrente de la tienda de Conchita se encuentra el establecimiento de Doña Lupe que, como siempre, tiene su anafre prendido en el cual vende sus pepitas que por décadas ha vendido en el mismo lugar. Y aunque prácticamente hoy en día Doña Lupe ya tiene poca visión, todavía vende sus productos. Es una noche cerrada, a los lejos apenas se observa un tintinar de tres estrellas. Frente a su espejo, el Monchis escucha claramente el fuerte silbido del Víboras, “como chinga

ese cabrón”, musita al tomar un poco de gel para arreglarse el cabello. Con el pelo engomado, el Víboras viste unos jeans nuevos color azul, acompañado de una camisa de franela. Espigado y con bigote, el Víboras en un chavo muy conocido en el barrio. Gusta de la cumbia y de las guarachas, nunca falta a las tocadas y siempre anda en busca de una conquista amorosa.

Como el Monchis tarda en salir, el Víboras grita con su voz de claxón: “Ese Monchis, apúrate cabrón.” Con su sudadera azul, el Buitre aparece en la esquina, enciende un cigarro, se sostiene en la pared y dobla su pierda izquierda, para quedar con una sola pierna como sostén. Observa al Víboras que está de aquí para allá chiflando y gritando a los que van a ir a la tocada.

—Chale, cómo se tarda ese Monchis y yo que ya quiero mover “el bote” —bailar—, dice el Víboras con su evidente semblante por llegar a la fiesta.

—Y todavía falta el Pacha, el Lobo y el Ojón, le dice tranquilamente el Buitre, disfrutando cada fumada a su cigarro.

—Chíffales güey, si no va a valer madres.

—Déjame chingarme este tabaco, replica el Buitre quien no deja de mirar a la prima del Monchis que se encuentra llamando por teléfono en contraesquina.

—Está chida la Pescado, ¿a poco no? Yo si le daba “un salto”, dice el Víboras, soltando una sonora carcajada.

De la vecindad de Don Moy, una vieja casa donde habitan puros inquilinos, salen el Pacha, el Lobo y el Ojón, bañaditos y dejando en su caminar el aroma de la loción “Siete Machos”. Desesperado, el Víboras se acerca a una rendija del zaguán del Monchis y grita: “Ese Monchis, pareces señorita. Ya sal cabrón.”

El aludido toma su chamarra con estoperoles, entra a su baño, su mano da unas sacudidas a su pene y por fin sale a la calle.

—Vaya cabrón, ni a mi vieja espero tanto, le espeta el Víboras quien ya no aguanta las ganas por estar en la tocada.

Ya todos juntos caminan entre las pedregosas calles, andan sin decir palabra alguna. Ese silencio es roto por el silbato del camotero.

—Va, Monchis, apúntese, dice divertido el Víboras.

Prosiguen su ruta por la calle principal de la colonia, en la cual

algunas parejas de adolescentes se funden en la penumbra que otorga noche. Es una noche oscura donde los copos de nubes se disuelven en la inmensidad del cielo. Un fuerte viento mueve la lona del puesto de elotes de Doña Paty, quien presurosa toma con fuerza su plástico que tiene dibujado el logotipo del PRD.

—Pinche aire, tanto desmadre que me costó peinarme, comenta frunciendo el cejo el Monchis, “yo que me peine para que se mochará la Vichy, si hasta por eso me bañe”, musita divertido.

—Dejen pasar por los tabacos, solicita el Lobo y se mete a la tienda de El Pica.

La tienda de El Pica es un paso obligado para ir a la tocada porque queda en medio de la colonia Real del Monte y la Pólvora, en ésta última se efectuará la fiesta callejera. Además una particularidad de la tienda de El Pica es que Don Alberto, su dueño, tiene servicio toda la noche. Bueno, en realidad cierra como a las 11 de la noche, pero uno le puede tocar su cortina a las dos o a las cuatro de la madrugada para comprar, sobre todo, cigarros, “pomos” y “chelas”. Claro, con un incremento en su precio.

Parados en la tienda de El Pica, el Ojón, el Buitre, el Pacha, el Monchis y el Víboras observan con avidez a las personas que se dirigen a la tocada, en particular a las jóvenes que desear “ligar.”

—Mira ese Víboras ahí va la Chicarcas, va bien sabrosa la vieja. Si te apendejas, yo me apunto, habla por fin el Lobo, quien a pesar de su seriedad no oculta sus ansías por llegar a divertirse.

—Nel, güey, esa “ruca” no se toca. Ahora sí me la fajo, la otra vez me apendejee porque estaba “pedo”, pero ahora sí “chiquitita no se la va a acabar”, dice seguro el Víboras, quien es del grupo es más extrovertido y también el más hablantín.

Una vez comprados los cigarros se reanuda la caminata. El grupo se mezcla con los demás jóvenes que van a la tocada. La mayoría de los jóvenes que se dirigen a la tocada tendrán en promedio 20 años de edad y provienen de la colonia Real del Monte, de La Marrana y una que otra fresita de la Unidad Habitacional Santo Domingo. La Marrana y la Real del Monte son asentamientos que se fundaron en la década de los 50 en un gran llano que sirvió durante décadas como minas de arena. La Marrana se denomina así porque muchos de sus

primeros pobladores poseían cerdos, y era común ver a estos animales en la calle, en los basureros, buscando algo que comer. Después, en los 70 hubo un reacomodo habitacional y muchos habitantes de La Marrana constituyeron la colonia Pólvora.

A la entrada de ésta, el grupo de amigos se encuentra con El Vaca, quien con un semblante evidentemente cansado se dirige a su casa.

—Qué transa ese Vaca. ¿Quién va a tocar? Pregunta ansioso el Víboras, que ya no aguanta las ganas por llegar a la fiesta.

—En la Pólvora, el sonido del Patotas y en la Concha —colonia adjunta a la Pólvora—, el MatanCuba. Se ve que va a estar chido.

—Con esa pinche cara de muerto que te cargas, si vas al toquín te vas a jetear —dormir— le espeta el Pacha.

—Ando bien madreado, güey, pero chingue a su madre, ahorita llego a mi cantón, me baño, me doy un “toque” (fumar mariguana) y como nuevo.

Entre risas el grupo se despide del Vaca y continúa caminando. Otro fuerte viento irrumpe en la noche, pero esta vez acompañado de un frío intenso.

—Saca los tabacos, pinche Lobo, dice chasqueando los dientes el Ojón, que pese a su abultada melena, son notorias sus orejas rojas por el frío.

—No mames, ahorita le digo al Enano que se discuta con un “tequis”, pues la otra semana apostamos un “pomo” en el América-Cruz Azul y me lo chingué, les dice sonriente el Monchis.

Para aminorar el frío, y siguiendo al Monchis, el grupo apresura el paso. Pese al frío, Doña Lety, una señora de unos 60 años de edad, no deja de gritar ni deja de avivar el fuego de su anafre, “tamales y atoles calientes”. A lo lejos se observa el conjunto de luces que utiliza el sonido del Patotas, se ve como un grupo de luciérnagas que prenden y apagan. Conforme se acercan se oye la salsa Cuerpo a cuerpo, inmediatamente el Ojón la percibe y dice: “Esa rola está chida, miren güeyes, se ve que hay una chingo de gente.” Son cerca de las nueve de la noche y la calle angosta donde se efectúa la tocada se observa llena. La colonia Pólvora es muy famosa porque es muy frecuente que cada fin de semana se realice un “toquín” dentro de sus calles. Las luces multicolores del sonido del

Patotas iluminan toda la calle y más allá, con su mecanismo que ejecuta de manera rutinaria vueltas y vueltas, los colores rojo, azul, amarillo, entre otros, serpentean en el aire formando un abanico multicolor que otorga distinción a la tocada.

Esta vez en la tocada se celebra los Quinceaños de la hija del Cavernas, quien fue un pandillero rudo en su época de mozalbete, y aunque todavía le gusta el desmadre, ahora tiene ya tiene la responsabilidad de ser padre de tres hijos. Al llegar a la tocada, observan que la mitad de la angosta calle donde se efectúa está llena de personas. Se percibe como un río ondulante por el ruido de la música y por el movimiento de personas. En la tocada se junta cerca de 200 personas, entre jóvenes y adultos, y algunos niños que jueguean por la calle. Al llegar a la fiesta, el Ojón se tapa con su mano derecha sus ojos porque la fuerza de la luz del sonido le molesta y dice que se siente como conejo perseguido. Esta vez el sonido del Patotas instaló cuatro juegos de luz multicolor: dos bases fijas que, como semáforo, prenden y apagan dando la idea de ser una estela donde los colores rojo, azul, amarillo, naranja, forman un abanico de colores. Y también dispuso de dos torres movibles, las cuales giran rápidamente escupiendo colores que se pierden en el manto nocturno. El sonido del Patotas es muy conocido por el rumbo, su equipo de audio e iluminación consta de enormes bocinas y grandes fierros. La instalación de cables por toda la calle, que se despliegan por los techos de las casas y por las banquetas, se asemeja a una inmensa telaraña por la cantidad de cables que son usados. El grupo observa a las personas que conforman la tocada y también ven dónde se pueden ubicar para disfrutar la fiesta. Los quince años de la hija del Cavernas atrajo muchos asistentes y en esta tocada, como en otras, se puede ver cómo se mezclan personas de traje con chavos humildemente vestidos, o invitados familiares que están vestidos elegantemente con personas que visten como un día común y corriente.

Los seis jóvenes se sitúan al lado de las quesadillas de doña Lupe, casi al final de la calle. Entonces, sin decir nada, el Monchis se dirige a una tienda que se encuentra del otro lado de la calle y regresa con una botella de tequila y un refresco de toronja.

—Va, cabrones, ahí está el “pomo”, ahorita se nos va a quitar el frío van a ver. Y al rato que venga el Enano que se moche con otro

“tequis” y así nos la pasamos.

—Cámara, ese Monchis, eres una verga en papas, comenta con alegría el Lobo que no pierde tiempo y abre la botella y reparte vasos a todos.

La colonia. Pólvora es como un hormigueo que aglutina a las personas que buscan un tiempo de alegría y de disfrute de la música y del colorido de una fiesta callejera. Las personas que se encuentran en la tocada se sumergen en un mundo donde las melodías y el ir y venir de las luces son los pilares de las fiestas. Es tan ruidoso el sonido que prácticamente es imposible establecer diálogos entre los asistentes dentro de la tocada, de hecho para comunicarse, o medio comunicarse, uno tiene que gritar para ser escuchado. Entre las calles adoquinadas, y pese a la irregularidad del terreno, muchas personas bailan al son de cumbia, salsa, guaracha y al son que le toquen. No importa si viste de traje o está enfundado en una sudadera con el escudo de Las Chivas, lo importante es “mover el bote” y sentir las delicias de los acordes musicales. Ya con un vaso de tequila encima, el Víboras no aguanta las ganas y “saca” a bailar a una muchacha que se encontraba en el dintel de la casa de la quinceañera.

—Ese pinche Víboras salió como pedo para bailar, dice el Mochis, quien grita divertido: Ese Víboras, pareces Resortes, mueve el bote.

El aludido se sumerge en los ritmos corporales del baile, su espigado cuerpo le ayuda a serpentear la música, logra que la pareja siga su ritmo con los pies y con la elasticidad de su cuerpo. Se ve tan ensimismado en el baile, se ve tan natural cómo logra que con su mano derecha su pareja logre concretar una vuelta. Es notorio el ritmo que llevan ambos en el manejo de sus pies, llevan tal coordinación que parece como si ya hubieran ensayado la pieza musical horas y horas, y apenas se acaban conocer. Tanto le da “caché” —estilo— el Víboras que sí parece dar los pasos que efectuaba el actor denominado Resortes, famoso por su virtuosismo en el baile desde la década de los 50. Feliz por haber bailado la primera pieza musical de la noche, el Víboras se ve satisfecho, sorbe su vaso de tequila y dice: “Está chido el ambiente. Esa morra baila chido. La voy a sacar toda la noche y quien sabe... a lo mejor se “mocha.”

Una vez que el sonido del Patotas inicia las canciones, no para

de rugir sus bocinas. Una de las características de los sonideros es que no sólo ponen discos y discos de forma intermitente. No, mezclan su voz con la melodía. Es decir, al escuchar, por ejemplo, una salsa, el sonidero de manera simultánea lanza saludos a la concurrencia o alguien en especial. De hecho, muchas personas se acercan a la consola de sonido para solicitar saludar a equis persona. Así, el sonidero se convierte como maestro de ceremonia y a la vez trata de encender el ánimo de la gente. Con efectos de eco y de acústica, el Patotas se luce: “Esta noche saludamos al Cavernas, padre de la quinceañera y como no, para el Cavernas pondremos una salsa rica, cachondona, la salsa Cuerpo a cuerpo. ¡Ahí va!” Y entre los cuatro minutos que dura la melodía, el Patotas no deja de mandar mensajes: “Está noche está con nosotros gente de la Paraíso y mandamos un saludo especial al Pájaro con quien estuvimos hace 15 días allá en su barrio.” “Aquí nos piden que saludemos a la familia Ledezma que vienen de Toluca.” Y claro también lanza onomatopeyas para avivar el ambiente.

Pasadas las 10 de la noche, la calle donde se efectúa la tocada prácticamente se encuentra llena. Alrededor de la casa de la quinceañera las personas forman un rectángulo que es usado como pista de la baile. Las adoquinadas calles son testigos de los variados estilos de baile, de vueltas fantásticas, de coordinación sorprendente. Hoy llama la atención el Banana, un chavo de unos 25 años que es frecuente asistente a la tocadas y que baila muy bien. Sus pasos estéticos, pero rudos, sus cambios de ritmo y las inverosímiles vueltas que hace dar a su pareja de baile, llaman la atención a las personas.

Pero sin duda, quien atrae los “reflectores” por la forma de bailar son los “puñales” —homosexuales—.

—Vengan güeyes, vamos a ver a los puñales, les dice el Ojón con una sonrisa de ironía.

El pequeño se dirige al centro de la “pista”, donde de manera espontánea se forma un círculo que rodea a la “pareja.”

—Va, Monchis, apúntese con la Colorina, grita con sorna el Pacha.

La Colorina es uno de los tres homosexuales más conocidos en las tocadas del rumbo, los otros dos son la Heidi y la Paloma. Estos sujetos siempre que asisten a un toquín van vestidos como mujer,



con vestidos ajustados, gran escote o con minifaldas, zapatillas y con abundante maquillaje. Una seña particular de estos sujetos son sus exagerados ademanes femeninos que realizan para llamar la atención.

Así entre los acordes de la salsa *Lo quiero a morir*, la “pareja” realiza una serie de movimientos estéticos que maravillan a los espectadores. A pesar de los pasos coordinados y estéticos de la “pareja”, el hombre realiza rudos movimientos para que el homosexual entienda lo que debe hacer. Por ejemplo, para dar una vuelta, el hombre jaló el brazo del homosexual de manera decidida y fuerte y el homosexual realiza la vuelta de manera estética de acuerdo a la señal dada. Este movimiento, el hombre difícilmente lo realizaría con una mujer en el baile. Al ver a la “pareja”, el Lobo recordó que una vez el Eleazar le comentó: “Si quieres bailar chingón, baila con un puto.”

Una peculiaridad del baile de la “pareja” es que el hombre se alterna y queda como fijo, el homosexual hasta el término de la melodía. Es decir: mientras bailan el hombre y el homosexual alrededor del círculo que forman las personas, hay también chavos que esperan su turno para bailar con el homosexual y no es necesario que griten: “Oye güey, dame chance.” No, sino que el hombre que baila recibe una mirada y un meneo de cabeza de algunos de los chavos que significa que desea bailar con el homosexual. Al recibir la señal, el hombre se toma unos 20 segundos para dar sus mejores vueltas y dejar al homosexual en otras manos.

No falta quien lance el clásico piropo al homosexual, “mamacita, bizcocho, mochate,” con objeto de divertirse. Así, *La Colorina*, *La Heidi* y *La Paloma* ya forman parte de las tocadas, cada sábado se presentan con altos tacones, amplios escotes, con minifaldas, y a pesar de la rudeza de su rostro, su cara es objeto de un exagerado maquillaje. “Ellas” ya están acostumbradas a las bromas y cuchicheos de la gente, al parecer van a las tocadas porque realmente disfrutan el ambiente, incluso más que otras mujeres. Irritada la prima del Pacha me dijo una vez que a los “putos” los sacan más a bailar que a las auténticas mujeres.

—“No manches, yo tengo muchas ganas de bailar con El Banana, ya que ves que baila bien chingón, pero siempre saca a los putos. No manches, y una se queda en la pendeja”, recuerda que le dijo la muchacha de 20 años.

Pasadas las 11 de la noche, el Patotas anuncia la tercera llamada para bailar el vals de la quinceañera: “Solicitamos la presencia del Cavernas, padre de la señorita quinceañera, para que abra el vals.” En este instante, la mayoría de los asistentes —que no son parte de la familia de la festejada— se alejan de la fiesta. Se van a una tienda que se encuentra a contraesquina para comprar cigarros, refrescos o cervezas. Y los más se van a caminar para matar el tiempo y esperar que termine el vals.

Otro de personajes característicos que no faltan en una tocada son los “drogos” —drogadictos— que se reúnen en pequeños grupos en las orillas donde se efectúa la fiesta para “echarse un toque” y estar a tono con la tocada. Generalmente la clase de drogas que “corren” en una tocada son el “activo” (especie de thiner) y la mariguana. En estas reuniones callejeras, rara vez los drogadictos se meten en broncas, no bailan, solamente están en el lugar por sentirse como parte de la tocada.

Con la vista perdida y con estopa en sus manos, los “drogos” caminan y hablan muy pausadamente, como en “cámara lenta”. Con un cigarro en la mano, el Monchis les dice a sus amigos: “Miren hay viene el Vaca, ya viene hasta su pinche madre.”

—¿Queeé...tran..sa esos?, les saluda el Vaca quien viste una camisa del Cruz Azul.

—Pinche Vaca, estas hasta tu pinche madre, le dice el Buitre.

—Nel, es...toy chi...do, les contesta el aludido con su vista vidriosa, pero sin dejar de inhalar su “mona” (estopa con activo) que tiene en su mano derecha. No tie...nen un ci...ga...rro?

—Cincho, pero no son de guerra, güey (los cigarros de mariguana son denominados “cigarros de guerra”).

Entonces el Lobo saca de su bolsa de la chamarra la cajetilla de cigarros y le obsequia uno al Vaca.

—Cá...ma...ra ba...rrio, chiii...do, dice el Vaca y se vuelve a juntar con su grupo.

—Así como lo ves hasta la madre, mañana te apuesto que va a ir a jugar a la Concha (centro deportivo) y se va a chingar mínimo un gol. Vas a ver, dice seguro el Víboras, quien cada semana juega futbol en el equipo del Vaca.

Una vez terminado el largo baile del vals, el sonido del Patotas anuncia con su voz estentórea y con eco: ¡Para los Cabazorros —banda juvenil de la Pólvara— les mandamos el Blues de la Cabaña;

Inmediatamente se sueltan los chavos-banda, quienes buscan con ansiedad una pareja, que es generalmente muchachas vestidas a la punk y a quienes les agrada el rock pesado. También esta singular pareja son observados por las personas, sobre todo por la espectacularidad que logran imprimir a este tipo de baile, pues ejecutan sus pasos con puros brincos y dando constantes vueltas. Este baile es como un ritual, pues aunque la pareja baila de manera independiente logran una fina estética por el movimiento de sus cuerpos.

Tras la tercera botella de tequila consumida, el grupo se encuentra muy animado en la tocada. Su alegría es evidente y es envuelta por los acordes musicales del sonido del Patotas como de las centelleantes luces de las cuales el Ojón ya ni se acuerda.

—Está chida la tocada, güeyes, la neta he movido el bote bien chido.

—Mira, Víboras, mira güey, dice con frenesí el Buitre. Acaba de llegar la Chicarcas con su prima y las dos vienen bien sabrosas.

—Cámara, ñeros, dejen ver si se hace, dice el Víboras, quien se dirige a una puerta verde donde se encuentra parada la muchacha.

El grupo observa como el Víboras se sumerge en una intensa plática con la Chicarcas. La saca a bailar y trata de sacar lo mejor de su repertorio con el fin de amarrar el “ligue.” Tras unas cinco melodías y entre risas, al parecer el Víboras convence a la chica de apartarse de la tocada, pues se dirigen al final de la calle. En este momento el Buitre le grita divertido: “Vaya, ese Víboras hasta que te conozco una vieja con zapatos.” Entonces, el Víboras voltea alegre a ver a sus amigos y les guiña un ojo. Mientras tanto, en la tocada continúa con su alegría, con su olear de cabezas que bailan al son de salsa, cumbia, norteño... Al son que sea con tal de mover el cuerpo. Aunque ya es hora de que estén durmiendo, varios niños se corretean al serpentear a las parejas, los gritos de sus madres por aplacarlos no son suficientes, pues también a los pequeños les gusta el ambiente de la tocada. En la casa de la quinceañera se efectúa un ir y venir constante, el Cavernas, como anfitrión, entra y sale con refrescos, cervezas, botellas de tequila. Tan agitado se encuentra

que hasta se quitó la corbata que, dice, no usaba desde que hizo su primera comunión.

Minutos después, el Víboras se une al grupo con el rostro satisfecho. “Estuvo chido el RCA (Rico Caldo Amistoso) que me dio la Chicarcas. La neta que valió la pena andar de perro tanto tiempo.”

—Ya se acabó el pomo Víboras, el Lobo fue con el Cavernas a ver si se discute con otro, le dice el Pacha, quien tampoco ha parado de bailar... Ni de beber.

—La neta se me antojo unas “Vickys” —cervezas—. Qué onda ese Ojón, vamos por ellas, ¿no? Le solicita el Víboras quien no puede ocultar su alegría.

—Va, porque el “tequis” ya me está poniendo muy pedo rápido, responde el Ojón.

Mientras tanto el Lobo regresa con una botella de tequila, obsequio del anfitrión y con un refresco de toronja de dos litros, “miren güeyes, se discutió el Cavernas, ese güey es chido.” Con efectos de acústica, el Patotas a la voz: “Esta noche queremos que se diviertan, no queremos desmadres sino que bailen. ¡Ajá! Para la señorita quinceañera va la siguiente cumbia. Esto dice así. Agarren a su pareja.”

De nuevo la calle adoquinada vuelve a convertirse en pista de baile. Las vueltas y la coordinación de pies son lo característico en las parejas que con el contorno de sus cuerpos buscan dar su mejor paso. Las luces del sonido del Patotas otorgan a la media noche un ambiente propicio para que los cuerpos danzarines se diluyan en la música.

Las horas transcurren entre música y luces, entre pasos de baile y vasos de tequila. Ya como a las 2:00 de la madrugada, algunas personas se les nota los estragos de tanto alcohol, los grupitos se forman para platicar y sacar sus angustias y enojos mediante el diálogo. Aunque todavía a esta hora es posible ver a algunas parejas bailar, la gran marea de parejas de baile se achica, pero aún el baile vivirá en la tocada hasta la última canción. En medio de la algarabía, el Pacha ya hasta se le olvidó el frío que tenía y dando tumbos se dirige a la salida de la calle a echar una miada.

—Pinche Pacha ya anda pedo, pero es que la neta el güey no le echa casi nada de refresco, se chinga el tequila al estilo dragoncito (casi nada de refresco), dice el Monchis, quien tiene una garganta

aguantadora.

Tras horas en la consola de sonido, el Patotas anuncia: “Queremos decirle que con la siguiente melodía nosotros nos retiramos y los esperamos la próxima semana en la calle Ecuatorianos, en la colonia Paraíso, donde estaremos amenizando.”

Mira Monchis, la otra semana nos lanzamos a la Paraíso, a lo mejor se pone chida como hoy, dice el Buitre quien no suelta el vaso.

—Nel güey. Allá está bien cabrón, qué tal si nos rompen la madre.

—Qué onda ese Monchis, sírveme otra cubeta güey, pide el Pacha tras su regreso de “tirar el agua”. Tan ebrio se encuentra que olvidó cerrar el zipper de su pantalón. Se recarga en la pared de la casa del Cavernas, no sin grandes esfuerzos por mantenerse en pie. Entonces el Monchis le sirve un vaso y sirve a todos hasta la última gota de la botella.

—Cámara güeyes, nos chingamos ésta y ya nos vamos o ¿nos las chingamos en el camino?

—Sí güey, mejor en el camino. Ya hay que piratearnos de aquí, ñeros, que ya hace mucha escarcha y ya tengo un chingo de sueño, pide un soñoliento Víboras. Evidentemente cansado, pero satisfecho por lo que aconteció en la tocada.

—Cincho, que tal si viene la “Tira” —policía— y nos apaña, con eso de que más de cuatro son banda... apoya el Monchis, quien es abrazado por el Pacha para iniciar el retorno.

## MIRADA DE LA CIUDAD EN UN DOMINGO

Lizeth Rocío Fuentes Cervantes

Día nublado, con esperanzas de aclarar y ver un sol brillante en esta inmensa urbe que es la ciudad de México... Domingo, día predilecto para descansar, pasar un rato con la familia y resolver algunos pendientes que fueron dejados de lado el resto de la semana. Con una sonrisa y otro tanto de pereza logra despertar finalmente Daniel, después de una noche de desvelo.

Con ropa cómoda, viste el día de hoy, olvidado la formalidad del lunes al viernes y la casualidad de los sábados; pues es un día para relajarse y no pensar en más. Antes que el resto de la familia él ya está en pie, y con una suave voz anuncia su partida con la promesa de regresar a la hora de la comida. Del poniente de la ciudad, con una mochila y unos cuantos pesos, paciente ante las demoras ocasionadas por las interminables obras sobre la carretera México-Toluca. Recorriendo por avenida Constituyentes hasta llegar a un punto paralelo con el Bosque de Chapultepec cercano a la entrada a Los Pinos. Baja, cruza la avenida y se adentra en una colonia llamada América, caracterizada por su exquisito consomé... El hambre está presente y el apetito lo guía hacia un local de estos tan famosos y de gran tradición por el rumbo. El consomé está caliente, la cebolla y el cilantro caen al plato, unas gotas de limón se derraman también, y para terminar de condimentar, una cucharadita de salsa roja... Y para no fallar un par de tacos de barbacoa y panza para disfrutar... Con el estomago lleno y el corazón contento retoma el camino para seguir su destino, llega hasta la avenida para tomar un camión que lo lleve directo al Metro Chapultepec. El día de descanso de muchos y el escápate de algunos otros trabajadores, muchas familias de recursos limitados se reúnen en el Bosque de Chapultepec para ser felices con los hijos y las parejas por un rato.

Desciende por alguna de las muchas entradas al Metro, a

comprar su boleto. Aborda el tren de la línea rosada con dirección a Pantitlán. Varios comerciantes ambulantes van ofreciendo diversos productos; discos, dulces, remedios medicinales, paletas y algunos más piden limosna. Es temprano aún y los vagones no lucen tan repletos como de costumbre; a ciertas horas específicas los hombres son separados de las mujeres y niños menores de 12 años a un par de andenes especiales. Y como dejar pasar, los peculiares olores, que se respiran en las diferentes horas; por la mañana los perfumes de los desodorantes y lociones tan penetrantes y por la tarde-noche... la fragancia natural de los cuerpos que trabajan y se cansan... En fin, los lugares vacíos no están peleados como a otras horas de mayor afluencia. En dónde salir o entrar en algunas estaciones es todo un reto, pues el tumulto empuja, jala y manosea; es el punto ideal para un robo, por cierto.

Llega Daniel a la estación de Pino Suárez, para tomar el trasborde que lo lleve a su última parada en dirección Cuatro Caminos. Pasa por un centro de hidratación y los ventiladores que rosean agua además de viento; que son de gran ayuda en estos tiempos tan calurosos. En la línea azul sólo serán dos estaciones más antes de bajar y salir a las calles. Después de ocho minutos, ve en los populares relojes del Metro que son las 11:04 a.m. ¡Perfecto! La óptica ya debe de estar abierta, camina hacia la calle de Madero a recoger un par de anteojos que hace un par de semanas atrás había mandado a hacerse. Una vez entregados y estrenados los lentes; le llama la atención la magia de la nueva calle peatonal. Tanto circo callejero y mimos que es imposible ignorar, las multitudes dirigiéndose al Zócalo, los restaurantes de comida rápida, los ciclistas que entusiastas vienen desde avenida Reforma a tomar un paseo, desayunar en la Calle de Gante. Es agradable ver a todas estas personas sobre sus bicicletas, que suyas, o de la modalidad *Ecobici* o prestadas en algún centro de préstamo van y vienen haciendo un poco de ejercicio y pasándola bien.

Sin mucho pensar, entra en el Palacio de Correos, con arquitectura sorprendente y decorados llamativos; lleno de historia en su interior y siempre en movimiento para la característica de este servicio; al llevar mensajes de un lado a otro, siendo aún un medio de comunicación...

Pudiendo regresar por Metro, decide caminar frente al Palacio

de Bellas Artes, saludar al Palacio de los Azulejos en el antiguo callejón de La Condesa, despidiéndose de la Torre Latinoamericana; se mueve rumbo a avenida Reforma, entre la oleada de familias que cada domingo salen a pasear y gozar de la ciudad. La Alameda Central por donde la policía montada luce trajes y caballos deslumbrantes. Con una gran variedad de antojitos, y la diversidad de gente, es un punto clave de esta ciudad por la que Daniel sin mucho que hacer decide caminar. Las artesanías y los artesanos trabajando en sus coloridas obras. Los lujosos hoteles sobre esa avenida, librerías cafés y bares abren un espacio para visualizar al final de una calle el Barrio Chino. La estatua del Caballito está como punto de referencia para tomar uno de estos tan innovadores camiones ecológicos, para dirigirnos a la altura del Metro Auditorio. Con tarifa fija y por el carril del lado de baja afluencia, a marchas lentas se va moviendo el transporte; todavía no son las 2:00 p.m. y aunque muchos visitantes sobre ruedas empiezan a marcharse a sus casa o a comer, el tránsito sigue siendo pausado. Pasando por fuera del Museo de Antropología, es apreciable su concurrida afluencia, las nieves, aguas y algodones de azúcar, los niños que asistieron al zoológico y algunos curiosos por la Galería de Arte Fotográfico, montado a las afueras del Bosque; son parte de esta mezcla de folclor.

Llegando al Auditorio Nacional, y con algunas carpas fuera de él, es evidente que alguna presentación tuvo lugar en el magno recito. Adentrándose a lo que bien pudo haber sido una mina, Daniel se introduce nuevamente a las estaciones del Metro; en esta opción por la línea anaranjada, hasta llegar a las profundidades del transporte para llegar a la parada en Tacubaya. Sale del laberinto en medio de las profundidades de la tierra, para llegar a un espacio de ambulantes incesantes, autobuses que se aglomeran en grandes cantidades y que dificultan el paso entre sí mismos, y con cierta hostilidad; se vive y sobrevive en este paradero informal e improvisado. Cuyos habitantes además de los miles de pasajeros, comerciantes camiones, también vemos a muchos indigentes.

Al final y a un costado del mercado de la calle de Jalisco, están los camiones RTP; un servicio bueno, efectivo, limpio y económico. De demanda muy alta y de insuficiencia en muchas ocasiones, los operadores insensibles ante las largas filas, calor o lluvia, largas esperas de más de



45 minutos... Son incapaces de arrancar y dejar de platicar chacotear. El autobús avanza y después depositar los fabulosos dos pesos en una alcancía y con la garantía del seguro de pasajero en mano; se digiere a casa para cumplir lo prometido. Entre lecturas y distracciones piensa en el Palacio de Correos, en lo obsoleto de algunas cosas que las creemos así; como los ferrocarriles que sin embargo hoy día siguen transitando por plena cuidad, y las cartas tradicionales que aún no mueren. En increíble los contrastes entre las colonias, las clases sociales y culturales; donde unos trabajan para sí mismos otros trabajan para otros. Por fortuna es domingo y siendo las tres de la tarde, Daniel que está por llegar a su hogar, pasa frente a una tortillería y se percata del precio del kilo, le entristece el hecho de que hace unos años tras estaba a la mitad del precio de lo que hoy día cuesta... habiendo tanta pobreza y siendo un alimento tan básico entre los mexicanos, es una barbaridad.

Cansado por la trayectoria, come en su hogar acompañado de su familia. Juntos ven una película las que pasan en la televisión abierta. Invadidos por la publicidad tan absurda y la programación mediocre de muchos de los canales, salvo algunos muy respetables, pero de baja audiencia. Beben refresco, la hermana mayor prepara algunas palomitas de maíz para amenizar y botanear.

Un par de horas más tarde se mete a bañar, enciende el CPU navega y termina algunas tareas, fatigado y poco motivado, con la pesadez de que el día siguiente es lunes, se va a dormir entre once y doce de la noche para despertar temprano al siguiente día.

Terminando así una mirada en un día domingo, recordándonos a todos, las cosas que pasamos por alto o que se viven día a día. Un mundo de detalles, olores, sabores y colores con los que miramos los que vivimos en esta maravillosa y a veces muy caótica ciudad de México, que al final siempre nos sonrío pese a los miles desaires con los que se puede llegar a lidiar.

## ¿ALGUNA VEZ SENTISTE QUE VOLABAS?

Pedro Filiberto Ramírez Ponzanelli

La nostalgia como vocación de fuga para evadir el presente simplemente no me va. Aún cuando en más de una ocasión he visto como personas, lugares, cosas y actividades que solía reconocer, han dejado de estar; las personas cambian, se alejan o mueren; los lugares se transforman, tanto así que si me duermo soñando con la ciudad que he disfrutado, cuando despierto, la vuelvo a recorrer y compruebo una vez más que ya es otra; a veces los cambios son imperceptibles: ahora un árbol que falta, un nuevo edificio donde antes había una fábrica que dejó de funcionar, ahora un cambio de banquetas, un negocio que se inaugura, otro que cierra; en fin, cambian las cosas, mi propia calle no es la misma que fue hace algunos años, menos si hablo de mi niñez, y cambian, finalmente, las actividades de las personas.

Luego, aquello que fue, se recuerda. Tal es el caso de los oficios y los pregones que daban aquellos personajes que recorrían como buenos judíos sin tierra, las calles de la ciudad: estaban el globero, el merengero, el zapatero remendón, los soldadores de cubetas, el fotógrafo ambulante, el vendedor de pinole, el afilador, el ropavejero, el vendedor de petates, el de alfalfa, el lechero, el de alegría y pepitorias, el de manzanas acarameladas y aún el pajarero; oficios aquellos que, al menos en mi calle y en mi colonia, ya no se ven.

Hablo de esto porque en el Museo de Artes Populares recientemente se expone una muestra de los oficios y pregones de antaño, y la he visto. Después de recorrer la exposición fui a sentarme a una banca de la Alameda, y rememoré otros tiempos, pero repito, no es por nostalgia, en todo caso, como aquel poema de Kavafis: *Recuerda, cuerpo...* ¡Claro, Kavafis, hablaba del erotismo y el placer! En mi caso, sólo es el recuerdo de la alegría que mi cuerpo me daba o mejor dicho, mi propia alegría a través del cuerpo y de jugar todas aquellas variaciones

de encuentro y alegría infantil: Cinco desde aquí te brinco.

Por ahí de los años sesenta y setenta, ahí en la calle se juntaban todos los chamacos, la palomilla, decían. Muy chico, era jugar a la ronda: *Doña Blanca*, *Las estatuas de Marfil*, con aquel estribillo que decía: “a las estatuas de marfil, uno, dos y tres así, el que se mueva baila el Twist...”, entonces todos cuantos estábamos jugando teníamos que detener cualquier movimiento, sin pestañear siquiera, y era común que varios adoptaran posiciones por demás cómicas, desafiando el equilibrio, así que el primero que se movía tenía que bailar para divertir a los demás.

Cuando la plebe era en demasía podíamos jugar a *La víbora de la mar* y *Amo a to... matarile ríle ron*. Esos los jugábamos niños y niñas por igual, o *Las escondidillas* y *Bote pateado*; juegos muy similares, pues se trataba de aventar un bote de lata lo más lejos posible, para dar tiempo a los demás que se escondieran en plena calle; a quien le tocaba tenía que ir por el bote tenía que depositarlo en un lugar ya seleccionado y dedicarse a buscar a los demás, entonces si descubría a alguien, regresaba al lugar del bote y gritaba: uno dos tres por Juan, y el susodicho tenía que salir y esperar a que encontraran a los demás, si el “buscador” encontraba a todos, a quien le tocaba ir por el bote era al primero que “atrapó”, pero si el buscador se descuidaba, y otro que estaba escondido corría a agarraba el bote, lo golpeaba en el suelo y gritaba: un, dos, tres por mí y por todos mis amigos, y todos podían salir de sus escondites, pues el peligro había pasado y el “buscador” tendría que ir de nuevo por el mentado bote.

Entre hombres se jugaba, como aún hoy, a *Las coladeritas*, el fútbol versión callejera. Pero lo más divertido, al menos para mí, eran las canicas: se trazaba en la calle y con gis un círculo fuera grande o pequeño, según la modalidad. Aquí había todo un repertorio de frases que marcaban las reglas, por ejemplo: *altas y bien paradas desde su rodilla*. No, no es albur, a si se decía para indicarle al oponente que tenía que tirar así, incómodo. Y vaya que había chamacos con una puntería endiablada, también se decía: *chiras pelas*, significaba que si le pegaba a la canica que estaba en el circulito, para tomar “poder”, pero a la vez le pegaba a la canica del oponente, pues hacía “chiras” y estaba “pelas”, es decir: moría, RIP. Generalmente jugaban varios, si el círculo era grande, el chiste era tirar desde afuera y pegarle a las canicas que estaban dentro, que eran las que se apostaban; cada jugador ponía el número de canicas

que se determinara para poder jugar. Así iban tirando uno a uno, y cada canica que era sacada del círculo, era de uno, pero si se quedaba la canica del tirador, por alguna causa, una piedrecilla digamos, atrapada en el círculo, pues también perdía o tenía que dejar pasar a todos en su turno, pero si alguien lo sacaba del círculo con un canicazo, pues estaba igual de “pelas”. Se decía: *no se vale mano negra*, y no es que jugara algún pariente de *Memín Pingüín*, sino que no estaba permitido que en el turno de alguien pidiera ayuda de otro. Hablando de canicas, las había de todo tipo y tamaño, y tenían sus nombres, las claras se llamaban *agüitas*, las rojas completamente eran *diablitos*, las enormes *bombochas* y las que tenían una franja en medio eran *cebritas*, también había *ponches*, *periquitos* o *ágatas*. Las de barro ya no se usaban, soy viejo, pero no tanto.

Además de las canicas, anteriormente se vendían huesitos de chabacano pintados de colores para jugar *matatena* o *pares y nones*, juego este que consistía en saber si el contrincante, bajo la palma de su mano (en la banqueta) tenía pares o nones, ya que ocultaba un gran puño de huesitos. Si uno adivinaba que eran, pues se quedaba con sus huesitos, si no, a pagarle la misma cantidad que hubiera. También se jugaba a *tirar la pepita*, un hueso de durazno también pintado y que se colocaba en la banqueta y apoyado en una pared, entonces desde afuera de la banqueta se comenzaba a arrojar huesitos hasta que alguien la derribara y se llevaba todos los huesitos que, de tiros fallados, hubiera.

Por supuesto, había juegos tan populares como *el balero*, *el trompo*, *los rehiletos* o *los papalotes*, pero nada tan curioso como el *tacón*. Y era eso, un tacón usado de algún zapato viejo, como el de los *bostonianos* que eran zapatos muy de moda y finos de aquella época. Antes los tacones iban clavados, y eran muy comunes los *rehilete*; a veces yo iba a la zapatería a que me vendieran uno, porque en casa no podía dañar el calzado de mi padre. El hecho es que ya salía a la calle con mi tacón y a jugar. Se trataba de sacar monedas de a veinte centavos, de las de cobre, que eran de regular tamaño, al menos tres veces más grande que los pesos de hoy en día. Como sabemos, las banquetas tienen una división a causa de las placas, entonces el área de juego era un cuadrado regular y el juego consistía en tirar detrás de la raya, hacia la moneda y sacarla; por supuesto se necesitaba buena puntería pues el tacón no debía caer ni

atrás o delante de la moneda, sino pegarle en el filo para que ésta saliera por los aires.

Otro juego con monedas era la rayuela; se dibujaba un cuadro a su vez fraccionado en cuartos y se le daba un valor a cada cuadro, cinco, diez, veinte y veinticinco centavos. El chiste era arrojar la moneda e ir sumando la cantidad donde caía, si no caía, obviamente se perdía. La *rayuela* y el *rentoy* se jugaban en las pulquerías o pulcatas, como mejor se conocían, pues, no era muy divertido el juego que digamos, sí en cambio era los *hoyos*, juego éste donde se utilizaba una pelota chica de esponja. Hay que decir que en los años sesenta no todas las calles de la ciudad estaban pavimentadas, y no era problema encontrar un área de tierra donde hacer una serie de hoyos, uno por cada jugador. Desde cierta distancia, se arrojaba la pelota hacia los hoyos, si el tirador fallaba, seguía otra; la pelota burlaba caer en uno, pero sí lo hacía, todos tenían que correr hacia un poste o una barda designada como base. En tanto el jugador al que correspondía el hoyo con la pelota tenía que ir de inmediato por ella, sacarla y tratar de pegarle con ella a otro jugador, si lo hacía, se salvaba de tener un “hijo”, que al acumularse a cinco, le tocaba castigo, un castigo doloroso, pues se tenía que “fletar”, pegado a la pared, en forma de cruz, con los brazos extendidos, y poner de tiro al blanco. Así todos le tiraban y muchas veces le atinábamos o me atinaban, porque también me tocó. Luego el juego se reanudaba. Ahora que mencioné lo de una base, los postes eran la base ideal cuando se jugaba *las traís*, que se trataba de correr de un poste a otro procurando no ser tocado por el que las traía, porque si lo hacía, el que las “traía” era otro, total que era puro correr y reír.

Si de carreras hablo, nada como la *meta* o *carreterita*, había que darle unas palabras de dedicación a las banquetas, porque este también era un juego banquetero, donde con gis se trazaba una larga y serpenteada carreterita. Por ahí de los años sesenta el GDF, imprimía en cada guarnición de banqueta que construía, el sello inconfundible, un rectángulo sobre el filo de la banqueta con las siglas GDF, esas eran metas de descanso y tenían su razón de ser, porque el trayecto se hacía con aquellos carritos de plástico rellenos de plastilina para darles peso, y con ligas, porque al quitarles su tapa de abajo, sino se le ponían ligas la plastilina detenía su paso o se destartaban y así no servían. Entonces,

a los carritos se les golpeaba en la parte posterior con los nudillos: uno, dos, tres (siempre uno, dos y tres) y el carrito avanzaba, pero ¡cuidado!, si es que había un puente, que no era otra cosa que un tramo de la carreterita (que tenía un ancho como de una cuarta) pintado igual con gis. Si uno se quedaba ahí, estaba atrapado y no podía tirar, hasta que otro lo sacara o si no se quedaba hasta que alguien llegara a la meta final y perdía, a veces hasta el carrito se apostaba. Ya que menciono los carritos, debo decir que había: *Maserati*, *moscas*, *Ferrari* y *Alfa Romeo*, todos ellos eran réplicas de los autos de carreras de los años cuarenta y cincuenta.

También se jugaban carretitas, pero a gran escala con las avalanchas, que comenzaron a estar de moda en los setenta, antes sólo eran carros de madera con valeros y un mecate para darle dirección. También hubo patines, no me refiero nada más a los que se calzaba uno sobre el zapato y que eran de fierro, sin a los de manubrio, que estaban pintados de rojo y por eso se les conocía como patín del diablo. Uno que otro aún sacaba para jugar carreritas su triciclo Apache, esos que duran, duran, como es que decía el anuncio, y los que sabían manejarla, su bicicleta; entonces no cualquiera tenía una bicicleta, porque eran rodada 28 y no había más chicas, como ahora. En los ochenta llegarían o al menos se pondrían de moda las patinetas, que eran de influencia norteamericana, como los juguetes de pila, los robots y las naves espaciales, muy de moda después de que el hombre llegó a la luna, a finales de los sesenta.

El *tochito* y el *beis*, en los sesenta no eran muy populares, como lo fueron después, sobre todo el béisbol, que se jugaba agarrando un cuadrante en la calle y tomando como bases las coladeras de las, otra vez, banquetas. Se bateaba con la mano y el brazo extendido y nadie tenía manopla. El béisbol tuvo un auge gracias a la participación de Beto Ávila en los cincuenta. Por cierto, que los grandes partidos de béisbol se veían en el parque Delta, donde ahora hay un centro comercial; entonces jugaban Los Diablos contra Los Tigres.

Un remedo del béisbol fue el *bolillo*, juego este que se podía jugar entre dos o más o hasta solo. Con un palo de escoba, se cortaba un tramo pequeño y otro más grande, el pequeño era el *bolillo*, el grande el “bat”, luego, en el quicio de la coladera (un hoyo superior que tiene en medio) se colocaba el *bolillo* con el “bat” se hacía palanca para lanzarlo

lo más lejos que se pudiera y no fuera atrapado por el contrincante, si lo hacía, era out; si no, al caer el bolillo tenía que patearlo para acercarlo hacia la coladera, ya donde se detuviera lanzarlo a que cayera cerca del “hoyo”, si quedaba a la misma distancia del “bat” o más cerca aún, era out, si no, el jugador que lo había lanzado tenía la oportunidad de hacer tres tiros. Esto consistía en pegarle con el “bat” al bolillo, que estaba pelado de sus puntas, de ahí el nombre, como un bolillo de pan; al pegarle en un extremo era lógico que este brincara y al hacerlo había que batearlo; se tenían tres oportunidades, a veces se fallaba o se volaba el dichoso bolillo a la azotea y si no había otro, pues se terminaba el juego, pero si caía a lo lejos, en la misma calle, después de las tres oportunidades y ya una vez detenido, a partir de ahí se contaban los pasos que había hasta la coladera, esas eran como las carreras, nada más que aquí eran pasos, muchos pasos. Al final ganaba quien mas “pasos” hubiera acumulado.

De veras que las banquetas eran el espacio de recreo de antaño. Otro juego que ahí se efectuaba era *el burro entamalado*; juego éste que lastimaba si no se ponía uno abuzado, como se decía. Consistía en dos equipos; de un equipo, uno de los jugadores se ponía espaldas a la pared, abría las piernas y otro metía la cabeza en la entrepierna del primero, luego atrás del que se agachaba iba otro y otro, hasta hacer una curiosa fila de muchachos agachados y el último mostrando las nalgas. El otro equipo comenzaba a montarse en el burro, pegando un brinco procuraba caer en las espaldas de los que estaban agachas, pero el burro podía colear y si el jinete era tirado, ahí perdía su oportunidad de estar montando, entonces los que caían, se agarraban a pies y manos para no ser derribados, luego saltaba otro y otro hasta que ya no había nadie más, los que estaban de burro, se tenían que mover para derribarlos, si se doblaban, estos perdían, si no y tiraban a uno de los jinetes, pues les tocaba el turno de saltar. Más de uno terminaba con la espalda lastimada, así era el juego.

Ya que menciono el burro, había uno de veras picante, era *burro castigado*. En la calle un muchacho se agachaba, mejor dicho, se encorbaba, porque tenía que mantener las piernas erguidas, todos los demás comenzaban a saltarlos, pero el chiste era “cantar” el estribillo que se decía a cada salto, del uno al dieciséis. No se si recuerde todo el estribillo que se decía, veamos: *cero por chapucero*, y se saltaba; luego,

*uno por mulo*, el que iba a saltar primero le daba una patada en el trasero al burro y saltaba, luego otro muchacho y otro hasta que se terminaba el turno; venía el segundo de regreso: *dos, patada y coz*, y en pleno salto se le tenía que dar una patada al burro, flexionando una pierna, según la que diera hacia las nalgas del encorvado y pegarle, si fallaba, se tenía que “fletar”, si no, seguían los demás saltando y dándole una “coz”. *Tres, pelitos de San Andrés*, y se le jalaba los pelos al burro (otra vez: uno dos, tres). *Cuatro jamón te saco*, este sí que era alburero, le agarraban a uno las nalgas para sacar el jamón. Había dos modalidades del salto, uno cuando antes de saltar se decía el estribillo y se le agarraban las asentaderas al burro, el otro era hacerlo desde el aire, pero a cada salto se tenía que “cantar” el estribillo y el número de salto. En el quinto salto, se le pedía al burro que extendiera un brazo, desde ahí, otro muchacho, acerba su cara a la mano y marcaba con un escupitajo hacia abajo, en línea recta, esa era la distancia que se determinaba y se decía: *Cinco desde aquí te brinco*. Entonces desde la marca uno tenía que pegar el salto, si rebasaba la marca, se “fletaba.” Enormes saltos se daban en este número. *Seis, al revés*, lo mismo, se saltaba desde el otro lado, procurando no caer antes de la marca. *Siete te pongo mi chulo bonete*, aquí se tenía que poner una prenda de uso personal sobre el burro, y tenía que ser mientras se daba el salto, se dejaba un pañuelo, un tacón, un cinturón, una moneda, lo que fuera. El problema era para el que seguía en su turno de salto, que no sólo tenía que dejar su prenda, sino evitar tirar la que ya estaba, por que si lo hacía, se “fletaba.” *Ocho, te lo pico, te lo quito y te lo remocho*. Aquí no recuerdo bien, pero el que saltaba tenía que recoger su prenda y no otra ni tirar las que estaban, si lo hacía bien, tenía “derecho”, de picarle en el trasero al burro. *Nueve, copita de nieve*, el burro le decía a alguien un sabor de nieve, y lo guardaban en secreto. Los que iban saltando decían el estribillo y decían un sabor de nieve en el aire, si era el mismo que había dicho en secreto el burro, perdía y se tenía que “fletar” en su lugar. *Diez, sin pies*, no había que tocar al burro al momento de saltar, es decir abrir las piernas o dar un tremendo salto, de lo contrario, igual, se “fletaba.” *Once, manita de bronce*; pobre burro, recibía al momento de saltar los dos puños de quien se apoyaba para saltarlo. *Doce, la vieja cose*, había que decir un color, lo mismo que con la nieve. *Trece, el rabo te crece en la boda de ese*, si por mera casualidad alguien estaba hablando o



tenía la boca abierta y el que saltaba y decía el estribillo lo señalaba, pues lo castigaban, “fletándose”, pero esto nunca ocurría, ya se sabía. *Catorce, la vieja tose*, y se daba un tosido, que fuera diferente cada vez. *Quince, el diablo te trinche*, otra vez, pobre burro, quien saltaba le tenía que clavar los dedos en la espalda, y los había quienes no conocían el cortaúñas. *Dieciséis, chicos y grandes a correr*, el último en saltar, de veras que tenía que correr porque si el que estaba de burro lo alcanzaba, pues ahora este se tenía que “fletar,” o al que atrapara, si no, se tenía que escoger a otro más. Así era el burro.

Estos juegos y las rondas fueron desapareciendo, como el *stop*, de influencia gringa o *el avión*, que se jugaba trazando el supuesto aeroplano sobre la calle, igual, con gis, y luego se arrojaba una teja y de a brinquito se iba completando los diez espacios que tenía el avión. Desaparecieron las *cebollitas* y las *coleadas*, que también se jugaba entre varios niños, en la escuela se jugaban los *caballazos*, que consistía en subirse uno en la espalda de otro y luchar contra otro jinete, hasta derribarlo. Se jugaba a molestar a los vecinos, bueno, no tanto así, pero, era divertido tocar timbres y echarse a correr, viendo sin que lo sorprendieran como se asomaba el incomodado vecino o vecina. Se jugaba a *lo que hace la mano hace la tras*, y el chiste estaba en repetir lo que el de adelante iba haciendo mientras corría: saltar arbustos, patera un bote, brincar un charco, en fin, medio aburrido era.

Lo que de verás causaba conmoción entre los niños eran las estampitas, *larines*, se les decía por aquella marca que sacó su álbum de estampas. Entonces se compraba el álbum y las estampas, se coleccionaban y las que ya se tenían repetidas se intercambiaban. Recuerdo que si alguien sacaba su fajo de estampas, uno las veía y decía, ya, ya, ya, ¡esta no!, te la cambio, y así, pero lo divertido era la codicia que despertaban los “volados”. Entonces se jugaban verdaderos fajos de estampas, total, que a veces tenía un montón de canicas, huesitos o estampas, y claro, era un tesoro que se debía cuidar. Ya que mencioné los “volados”, ahora que vi la exposición me acordé, y tal vez por eso he contado todo esto, pero es que a mí me gustaban los merengues y era *clásico*, echar volados de a merengue con el vendedor. A veces ganaba, otras pedía, pero el chiste era jugársela con el merengero.

Aquella calle de mi infancia, como todo lo que sucedió fue

quedando atrás: los juegos, las personas, los apodos... Realmente lo disfruté, pero no es por nostalgia que he vuelto a hablar de ellos, no, nada de eso, la vida se me fue alargando más de lo que yo esperaba. Tengo setenta años y otras muchas cosas he visto y he dejado de ver, pero bueno, quizá haya algo que sí hecho de menos y que también tiene que ver con el juego, por allá de los años setenta aún había muchos terrenos sin construir, no como antes, que de plano eran campos abiertos, pero al menos en época de lluvias crecían enormes matas silvestres, entonces llegaban las mariposas, eso sí que añoro, verlas volar. ¿Alguna vez has sentido que vuelas?, pues así me pasaba, era correr detrás de las mariposas pretendiendo casarlas: las mariposas también tenían sus nombres: amapolas, gallitos, limoncitos, blanquitas y la más majestuosa, la Monarca, bueno, luego supe que la llamada Monarca no era la que hoy conozco, esa roja que emigra desde los bosques de abetos del Canadá; no, la que yo conocí o nombraba de ese modo, era una enorme mariposa amarilla con negro, hermosa de veras.

Qué le hago pues, ya por último, diré que en casa jugábamos cinturón escondido. Alguien ocultaba el cinturón, y los demás lo buscábamos, el que sabía donde estaba nada más decía, frío, frío o caliente, si es que estábamos cerca, y el que lo encontraba lo agarraba para dar de cintarazos a otro, claro, jugando y riendo, como debe ser en la vida.

## **PARTICIPANTES**

## ¡A QUIÉN LE INTERESE!

Edith Viridiana Ramírez Espinoza

Burocrático medio de empezar el domingo y terminar el sábado, en donde me encuentro resbalando por la latitud de una zona en donde trabajar y salir del cine después de un agradable momento, se convierte en un CÁLDATE Y NO GRITES, obra especial de fenómenos sociales que se dan dentro de las zonas conurbadas, migradas, etc., no sin excluir a aquellas zonas en donde la exclusividad de NO RIESGO, no las hace inmunes a ocasiones deprimentes y de coraje: —no puedo hacer más— y limitación.

Mientras caminas a causa de la desalentadora panorámica del mundo real en el México bello e itinerante, también puedes terminar tumbado en una de las perores instituciones burocráticas y de mayor acción que hay en todo el D.F. y ciudad de México; o si no, en un sin fin de actos delictivos callejeros en donde un celular, un bolso, una cartera, un reloj, etc., vale más que mil palabras.

Les contaré...

Ya en sábado, me encuentro esperando un pequeño desahogo, después de una semana angustiante de trabajo y de escuela atroz. Es entonces, cuando un amigo y yo decidimos salir a caminar por la calles de una zona aleña al Estado de México, a pesar de que se dice que en esta zona hay un riesgo mayor de inseguridad por su importante marginación y delincuencia, también es agradable abrir la ventana de mi cuarto y observar a la señora que se pone enfrente de mi casa y vende tamales haciendo un conjunto exquisito con su atole, y así, a veces, decidir ir por uno; oler el puesto de carnitas que se pone justo a un lado; escuchar el abrir de las cortinas de las tiendas aleñas son parte del panorama de cada mañana; la gente saludándote o corriendo antes de que se les pase la hora o los atore el tráfico, es apreciable aún en los fines de semana.

El tráfico, otra realidad de la ciudad tan parte de ella, los famosos vendedores afuera del Metro y el olor a periódico, hacen un encuentro de pensamientos, culturas, sociedades, fenómenos, gente bella, trabajadora, gente con oficios de diferentes ámbitos, conforman una magnífica descripción de la ciudad de México y sus lugares que aún contienen esa parte especial de los municipios del Estado de México, por su diversidad.

Todas las mañanas cambio de horario entre una zona y otra, es ahí cuando cambia el panorama y la gente; aunque la calidez se hace presente y no acaba durante toda la semana, especialmente durante los fines de semana.

Salgo de mi casa dando casi las seis de la tarde, en sábado, mientras mi amigo me espera para despejarnos juntos. Pintaba para ser un buen día y para disfrutar de una reconfortante película y sus acompañantes palomitas, refresco, helado y una que otra golosina que se puede llegar a apetecer en un cine del D.F., en donde el monto de exclusividad se hace valido para muchos o un despeje para la otra parte.

Una película intrigante y buena para calificarla como algo, esto a mi gusto. Después de tan larga espera, me causa ansias salir y fumar un cigarro después de casi tres horas en la sala. Pocos minutos después, apago el cigarro y un enfoque del destino me hace tirarlo sin habérmelo terminado, y es allí cuando subimos a la combi mi amigo y yo; pude haber esperado a la siguiente combi y haber gozado de terminar mi cigarrillo, pero no fue así.

La acción tomada por este tipo de chavos y jóvenes no mayores de los treinta es una reacción a sus hechos, a sus acontecimientos o a su entorno, no lo sé. Siempre gastan formas de conseguir dinero para poder sostenerse, tal vez pueda entender cierta o mucha parte de esto, por las relaciones de amistad que tuve en el pasado. Pero ya es inadmisibles, querer llegar a tu casa, con el despejo de la buena tarde que pudiste haber disfrutado.

Mientras nos subimos, nos encontramos con otra pareja de jóvenes que viene al parecer de la escuela, mientras tanto, otra pareja sube detrás de nosotros, aún con su caja de palomitas y refresco; sube un chavo, después de haberse despedido de su novia y por último, otro que aparenta estar ebrio.

A las calles siguientes, paga el chavo que parecía estar entre dormido y borracho y enseguida, así como abren la puerta para su bajada, suben dos chavos con mala apariencia, enseguida arranca la combi, sólo veo el regocijo en la mirada del que se acaba de bajar.

Una de las parejas enseguida paga y baja, mientras, nosotros hacemos lo mismo, pero ya no nos dejan continuar.

Entonces una cara morena y de tez dura se acerca y con una señal y me dice: “No grites, no digas nada.”

Mientras me veo en el regocijo y en el coraje de “¡no inventes, ponte a trabajar y deja de estarme quitando así mi esfuerzo!; y ya pensando aparte del dinero, el susto y muchas veces las consecuencias que para muchos lleva decir “te doy mi bolso, pero regrésame mis credenciales” es sofocante y a veces lamentable para tu existencia, más bien para su existencia, en donde su maldito desenredo mental les produce el desalentador: “dispara y échate a correr...”

A final de cuentas una cadena de conflictos “SOCIALES”, en donde no pasa nada y estamos tratando de resolverlo para tu bienestar, son una constante de todos los días.

Pasado mi susto y mi coraje ante lo de anoche y ya en casa, decido irme a acostar, mi amigo también, se va entre el susto y el coraje reprimido.

La calle huele a carbón, aún es temprano y la señora de las quesadillas que se encuentra a la siguiente calle, aún sigue vendiendo, la noche está placida, pero tormentosa.

Mi lindo México y mi linda línea de “ZONA” te atreves a inmiscuirme en uno de los peores aconteceres del “condenado” sistema del EDO.

Amanezco con el ruido de los pájaros y de los mismos coches que ya desde temprano comienzan a pasar, el olor a carnitas es delicioso y parte inevitable de un domingo por aquí.

## **Domingo**

Decido ir a terminar mi toma fotográfica para un concurso al que pertenezco y así también me acompañaré por una comunidad en donde la mezcla cultural es vasta y rica para pasar un buen rato.

Llega mi amigo, tomamos el micro y nos vamos, es entonces

cuando el buen domingo comienza a dar su función.

Gritos en donde el pásale, pregunta amiga, llévate lo que gustes, te lo muestro, etc., hacen de este tianguis, uno lleno de acción, de trabajo y de ventajosa enculturación. Los modelos van desde ropas que podemos encontrar en una tienda prestigiosa hasta ropa para chavos de la comunidad, skates, raperos, reggaetones, grupos de familias, parejas, amigos, etc.

La vasta comida y los artículos para tu coche, tu cámara descompuesta o las refacciones son aconteceres que podemos adquirir en este lugar; también así podemos deleitarnos con modelos de tenis, zapatos, accesorios, música variada y para todo gusto.

Los acompañantes comparten el ritmo de tus pasos y los mismos pasos hacen el seguimiento del otro; las cadenas de gente son grandes y muy variadas; los ríos de sonidos se captan entre muchos itinerantes de todos los domingos. La ocasión es vasta para pasar y ver, en cada rincón y en todo el suelo una de las delicias del tianguis, su gran gigante de utensilios de autonomías culturales que, ¡para cada quien!, aquí hay de todo y para todos. Un tianguis conurbano cada vez más vasto y exquisito: el tianguis de San Juan.

—Maldito vicio, debería de dejar de fumar, tal vez eso no me haga pasar por lugares en donde una gran convivencia de chavos que van a domingear (menores de edad) tratan de aminorar su vida en el convivio, me siento en lo chido del domingo y aquí estoy en la buena raya del tianguis de San Juan.

Mientras en mi caso además de ver, fumar, tragar saliva y chicle me encuentro en ese lugar tomando unas fotos de la famosísima convocatoria “Tianguis y Mercados de México”, caigo en el enredo de mi comienzo de año (¿enredo?).

Respeto, entiendo esa vasta convivencia de alcohol, pues tal vez algún día me vi allí.

—Ni modo, mala suerte— ¡jajaja!... (¿Qué? Sólo quería mi infortunado cigarro), respuesta de la misma voz del “súbase y vámonos.”

—Carajo.

—Eso le pasa por estar tomando en vía pública.

—A ver, sópleme. ¿Estaba Ud. tomando? —No— (Sólo iba por

un méndigo cigarro), mientras que aquella persona que me acompañaba saborearía una buena bebida de chile, limón y *Cerveza León*, ¡sí!, si hubiéramos llegado antes, antes de que todos esos chavitos que ves tú, policía del Edo., están consumiendo.

—Súbase o van a pensar que me dio dinero...

10 minutos después...

—Ud. súbase que ya veremos qué procede.

A qué día tan más chingón, y mi cigarro jamás fumado.

—Pus lamentablemente ustedes están atrás y yo aquí enfrente manejando, ni modo. ¿Qué le vamos a hacer?

—A qué chingón, fíjese que ayer me asaltaron—.

—¿A poco?

—...¡sí! y no tan lejos de aquí.

—Híjole ayer me tocaba descansar, además no es nuestro perímetro. Pus, mala suerte...

Llegando a la Delegación... con la juez.

—¿Aliento alcohólico? —No.

—Pero daños a la...

—¿Daños?, ¡jajajaja! ¡No me chin...!

Y esto pasa todos los días, pero este fin, nos tocó a nosotros. ¡Híjole, mala suerte, manita!

Aprendiendo a convivir y a decir no a mi insumo de cigarros, que me trae cada jalada de pata, y digo el cigarro porque hay un factor en común en ambos días (por echarle la culpa a alguien o algo).

Pero en fin, son situaciones que pasan en cualquier lugar, en cualquier momento y a la hora que sea. Actualmente contar esto, es común y normal para muchos. Ya no es un caso de exclusividad para casi nadie de nosotros, estudiantes, trabajadores, amas de casa, licenciados, etc.

Es la otra parte y cara de nuestro bello pueblo y lo que lo hace interesante son estos fenómenos sociales que suscitan una reacción, pero que a la vez suscitan numerosas y nuevas formas de aprender a sobre-vivir.

Es esto lo que hace a nuestro México tan vasto y lleno de oportunidades, de alguna u otra forma. Con su expresionismo, con su revuelo, su diversidad cultural, con su acervo popular y su diferente



gente, hacen de todos los días un día vivido y medio vivido en nuestro país o comunidad.

Burocracia organizacional, mala información, jerarquías malformadas, etc..., cada quien extenúa su forma de ver su convivencia con los otros de acuerdo a sus vivencias, así al final de cuentas sólo son puntos de vista y nuevas formas de sobrellevar las nuevas ocupaciones que hoy en día existen y que han existido hace ya muchos años.

Y de forma diferente, unos atrás con una pistola y con cara de no inventes sí que asustas, y los otros escudados por un uniforme, con cara de: “¡yo te ayudo... sí, pero tú ayúdame primero, va!..., debo decir..., que ahora si me dieron doble partida.

Nadie es exclusivo de estos entrañables significantes. Al final de cuentas son fenómenos sociales que van de la mano con nuestro nuevo México, que con esto o sin aquello, al final del día, nuestra Ciudad seguirá siendo una de las mayores y grandes ciudades culturales para muchos en todo el mundo.

Esto que les cuento no acusa a nadie, y aunque también esto puede pasar en países conurbanos y de gran potencia, finalmente “aquí nos tocó vivir.”

*Todo lo que puedas leer es ficción, lo demás es pura realidad.*

## 10 DE JUNIO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Dalid Moncada

**10 de junio de 1971**

**17:45 horas**

**Escuela Nacional de Maestros**

**Casco de Santo Tomás, Distrito Federal**

Vamos en la columna de la marcha rumbo al Zócalo, probablemente somos 10 mil jóvenes, hace casi tres años que no salíamos a las calles de la ciudad para manifestarnos, desde el 2 de octubre de 1968.

Me encuentro con los compañeros de la escuela, nos saludamos confiados y alegres para increpar al gobierno de la República por la falta de justicia, la corrupción, los presos políticos, las desapariciones forzadas y las dolorosas muertes.

Vamos caminando sobre Avenida de los Maestros, gritando consignas y cantando. De pronto los gritos y el sonido de los disparos de metralleta nos sacan de la realidad. Empezamos a correr sin saber a dónde, algunos tratan de huir de los disparos por las bocacalles que entroncan con Avenida de los Maestros, atrás tenemos la barda de la escuela con su única entrada y una reja que es difícil de escalar. La emboscada fue perfecta y la sorpresa nos paralizó por unos momentos, sin embargo el miedo obliga a muchos a subir la reja para tratar de resguardarnos dentro del plantel, sin saber que los francotiradores están apostados en las azoteas de la Normal.

Fueron muchos los que cayeron dentro de la escuela y muchos los que cayeron en las calles muertos por las balas de Los Halcones, el grupo paramilitar del que en ese momento sólo sabíamos que eran jóvenes, atléticos, con tenis y con varas en las manos, que aparentaban ser las que usábamos para nuestras mantas y pancartas.

Algunos compañeros pudimos saltar la reja de la escuela y ocultarnos en los baños de la Primaria anexa. Los disparos continuaron

hasta las nueve de la noche, logramos huir brincando la barda de las canchas de fútbol que dan hacia la Calzada México-Tacuba para escondernos en las calles de la Colonia Anáhuac, como si los delincuentes fuésemos nosotros.

Tratamos de perdernos por calles y callejones hasta llegar al Metro Tacuba y de allí trasladarnos a nuestras casas. Estábamos estupefactos, cansados, temerosos y queriendo despertar de la pesadilla sin lograrlo.

Cuando mi mamá abrió la puerta de la casa no daba crédito a dos cosas: a que estuviera en esas condiciones y que estuviera vivo. Mis compañeros también debían ir a sus respectivos hogares y decidí acompañarlos.

Una de las lagunas mentales más difíciles de resolver y que hasta este momento me ha sido imposible solucionar es que, no sé de qué manera regresamos ya de madrugada a la calle de Lago Tana de la colonia Huichapan, allá por Tacuba, para informarle al padre de uno de nuestros compañeros que lo habían matado de un disparo en el pecho dentro de la Escuela Nacional de Maestros.

¡Qué difícil tarea para unos chiquillos idealistas de entre 15 y 17 años!, tener que llamar a una puerta para decirle al padre que le han matado a su hijo por querer ejercer su derecho a hablar, a expresar sus opiniones, a decir que no está de acuerdo con el régimen corrupto de nuestro país. Es una de las situaciones en las que pocos hemos estado y quienes alguna vez tuvimos que enfrentarnos a esto, quisiéramos que nunca, ningún padre, hubiera pasado por este dolor; sin embargo fueron muchos, porque fueron muchos los asesinados, los desaparecidos, los torturados, los exiliados. Muchos los amenazados a los que trataron de callarnos. Con algunos lo lograron. Llegaron a amedrentar a los más débiles o a los menos tercos y algunos se callaron durante años lo que vivimos, el horror de las muertes de jóvenes estudiosos, inteligentes, sanos y de quienes las únicas armas eran los libros y la palabra. ¡Cómo le dio miedo a ese régimen opresor dejarnos hablar!

**14 de junio de 1971**

**7:30 horas**

**Servicio Médico Forense, Distrito Federal**

Después de cuatro días en los que recorrimos hospitales y delegaciones, nos permitieron entrar a tratar de identificar a nuestros compañeros caídos ante las balas de Los Halcones. Fueron imágenes de horror que hasta la fecha, casi cuarenta años después, viven en nuestra mente.

En las planchas del SEMEFO vimos niños, ancianos, una mujer embarazada de varios meses, compañeros y compañeras de la UNAM, del Poli, de la ENAH, de la primaria, de las vocacionales..., todos asesinados ese 10 de junio.

El cadáver de nuestro compañero estuvo desaparecido cuatro días hasta que, a través del hermano de un amigo, que a su vez era amigo de un diputado, logró que de manera misteriosa fuera llevado al forense para ser entregado a su padre.

Los amigos estuvimos allí, desconcertados ante la muerte, viendo cadáveres que para muchos era la primera vez, presenciamos la falta de respeto con la que eran tratados los cuerpos y la deficiencia y la suciedad del lugar. Recuerdo el dictamen médico de la autopsia de nuestro amigo como si lo hubiera leído ayer: “Causa de la muerte: disparo de bala expansiva de metralleta M1 que ingresó corazón, pulmón y riñón izquierdos, con orificio de entrada en el pecho y trayectoria de arriba había abajo. Hora aproximada de la muerte: 18:00 horas. Día de la muerte: 10 de junio de 1971. Lugar de la muerte: interior de la Escuela Nacional de Maestros.”

Metralletas M1 dentro de la escuela, por lo tanto Halcones dentro de la escuela, en las azoteas, con autorización de la dirección.

El funeral fue doloroso pero también de temor para quienes estuvimos en él; fuimos vigilados, amenazados, reprimidos. Unos hombres desconocidos entraron a la sala familiar acondicionada como velatorio, llamaron a la madre cuando rezaba al lado del féretro, la sacaron al patio de la casa, abrieron sus sacos para mostrar las pistolas que llevaban al cinto y decirle que mejor se callara, que no hiciera más ruido o sus otros hijos terminarían siendo velados en la misma sala familiar.

Esos hombres, si se les podía llamar de esa manera, ya no

se fueron, estuvieron apostados fuera de la casa todo el día y toda la noche del velorio. Fueron siguiendo la carroza hasta el Panteón Civil de Iztapalapa y estuvieron alrededor de la tumba. Había más de ellos, como aves de rapiña, a dos lotes estaban sepultando a otro compañero caído y a unas tumbas hacia el lado contrario a un niño de 13 años, estudiante de secundaria, ambos asesinados por Los Halcones ese 10 de junio de 1971.

## **10 de junio de 2002**

**17:45 horas**

### **Plancha de Zócalo de la Ciudad de México**

Desde ayer en la noche, mi hija insiste en que debo ir a la marcha en conmemoración del 10 junio de 1971, le digo que ni siquiera sé si se va a realizar una manifestación, que tal vez mis amigos, mis compañeros de entonces no estarían allí. Que tal vez, después de tantos años, no les interesara recordar ese crimen del que habíamos sido sobrevivientes.

Casi llega el medio día y aún estoy indeciso en llegar a la marcha, la cual supongo saldrá del Casco de Santo Tomás y casi con seguridad llegará al Zócalo. En algún momento del día decidí acudir, pero sólo a la plancha del Zócalo, así tal vez encontraría algún conocido y sería más fácil ubicarlo.

Llegamos mi hija y yo hasta la esquina de Francisco I. Madero y Plaza de la Constitución, nerviosamente me fui a comprar un café y nos sentamos en una mesita a esperar que llegara la columna, si es que llegaba. Mientras miraba el humo de mi cigarro elevarse, recordaba aquella tarde hacía 31 años a la misma hora, recordé la prisa, la llovizna, las caras de mis amigos, las palabras, las últimas palabras de muchos de ellos. Y en seguida la sorpresa y el miedo, el temor reflejado en los rostros, los gritos y los intentos de huir y al mismo tiempo el tratar de proteger al compañero o la compañera más cercano. Los ojos de cada uno, abiertos de terror y preguntando en silencio qué sucedía. El sonido seco de las metralletas, el olor a pólvora, a sangre, a miedo.

Las madres de los niños de la primaria anexa corriendo entre las balas queriendo proteger a sus pequeños, y cómo los asesinos se ensañaron disparando y golpeándolas con las varas de bambú. El piso húmedo por la lluvia de junio dejaba correr la sangre de los muertos

y los heridos. ¿Cuántos? ¡Quién sabe! Nosotros hicimos una lista por escuelas, por calles, por muertos, por desaparecidos y llegamos a 127.

El gobierno declaró que habían sido seis los muertos en una refriega entre estudiantes. Los periódicos y el noticiero de la noche del canal de las estrellas ni se molestaron en mencionar la masacre. La revista *¿Por Qué?* de los hermanos Roger y Mario Menéndez Rodríguez, publicó en su siguiente número la crónica del genocidio. Una semana después, sus instalaciones eran saqueadas y quemadas, los hermanos Menéndez pudieron escapar ese día de ser asesinados también por publicar la verdad de lo sucedido. Al final la revista fue retirada de los pocos puestos de periódicos que se atrevían a venderla.

Son casi las seis de la tarde y a los lejos en la esquina que forman el Eje Central y Madero se alcanza a ver la descubierta de la marcha. Pasan patrullas despejando la calle y abriendo paso a la columna. Mientras avanza, pienso otra vez en esa tarde, trato de distinguir quiénes venían al frente, recuerdo las voces de los asesinados, que siguen gritando por justicia.

Avanza la columna y descubro al frente a mis amigos, mis amigos queridos, mis compañeros, sobrevivientes de aquella tarde de vergüenza para la ciudad de México. El Dr. Fausto Trejo, el poeta revolucionario Leopoldo Ayala, el profesor Emilio Reza, David Roura, Jesús Martín del Campo, cada uno portando una enorme foto de los compañeros caídos. ¿Cómo consiguieron esas fotos!? Era volver a ver marchar a cada uno de nuestros compañeros muertos y era sobrecogedor darse cuenta que a pesar de tantos años seguían exigiendo justicia.

Nos integramos a la columna sólo para dar vuelta a la plaza e instalarnos en el templete para realizar el mitin. Mientras escuchaba al orador principal, el Dr. Fausto Trejo, recordaba las vistas que le hice en Lecumberri siendo preso político, cómo nos narraba las torturas y los abusos de los que fueron víctimas él y muchos más; cómo fueron exiliados y amenazados de muerte tanto ellos como sus familias, y cómo fueron desaparecidos, pero nunca olvidados.

Nunca sabremos con exactitud cuántos fueron los muertos del dos de octubre de 1968, los muertos del 10 de junio de 1971, los muertos cada vez que atacaban escuelas, los muertos a las puertas de sus propias casas y de los que casi nadie hablaba, los desaparecidos y nunca

encontrados, los incinerados en el Campo Militar No. 1, los muertos en la Sierra de Guerrero, los muertos de las Universidades de los estados, los muertos de la guerra sucia.

Terminando el mitin nos abrazamos, con un abrazo de hermanos, de amigos incondicionales, de seres que en algún momento de nuestras vidas compartimos un momento tan intenso, tan desgarrador, que a pesar del tiempo transcurrido quedamos unidos para siempre.

La invitación fue casi una orden dada con el amor de hermano mayor que no era posible discutirla, mucho menos rechazarla: “Tienes que ir a declarar a FEMOSPP.”

## **10 de junio de 2003**

**11:00 horas**

### **Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado Distrito Federal**

Estoy saliendo de las oficinas del Fiscal Carrillo Prieto a toda prisa para poder llegar a Ciencias Biológicas, en el Casco de Santo Tomás y salir con la columna hacia el Zócalo. Hoy terminé con el último peritaje relacionado con mi declaración sobre el 10 de junio de 1971, hace casi un año me presenté por primera vez y expuse los hechos de los que fui testigo y víctima. Tuve sentimientos encontrados y difíciles de asimilar, fue temor nuevamente de denunciar y tal vez de poner en riesgo otra vez a mi familia, desconfianza de hablar por primera vez ante las autoridades para acusar al ex presidente Luis Echeverría Álvarez como el culpable directo del genocidio, a Los Halcones, a los policías, a los granaderos, a los grupos paramilitares, al Batallón Olimpia, a todos los que permitieron, a los que solaparon, a los que se callaron este crimen.

La tarde del primer día que estuve en la Fiscalía fue difícil, intensa, como pocas en mi vida. La libertad de poder acusar abiertamente no fue completa, fueron muchos años de miedo y de silencio. Tratar de recordar hasta el más mínimo detalle de esa tarde, era revivirlo. Fueron casi ocho horas buscando las palabras adecuadas, entendibles, más apegadas a los verdaderos sentimientos de terror, de odio, de impotencia, de soledad y de miedo vividos a los 16 años.

Las siguientes citas en la Fiscalía, que fueron muchas, sirvieron para ratificar la denuncia, para los careos con Los Halcones que

todavía trabajan en algunas Delegaciones del Distrito Federal, y en dos ocasiones para enfrentar a Luis Echeverría, quien llegó y se fue con la sonrisa burlona de los que no se tientan el corazón antes de cometer los crímenes, de los psicópatas. Fue desgastante.

En un momento, cuando Echeverría salía de la Fiscalía, alcancé a acercarme lo suficiente para gritarle a la cara con todas mis fuerzas: ¡ASESINO! ¡ASESINO!, mientras que todos los que estaban allí también coreaban a toda voz: ¡ASESINO! ¡ASESINO! Mientras él se reía y sus guardaespaldas lo rescataban, estuve a punto de escupirle la cara si no hubiera sido por un periodista se atravesó, el escupitajo le habría dado en pleno rostro, viejo, arrugado, decrepito, con mirada de enfermo mental que incluso disfrutó de ese momento.

Algunas otras ocasiones nos enfrentamos con su abogado defensor, Juan Álvarez, quien con sorna no defendía la inocencia de Echeverría, sólo argumentaba que el genocidio ya había preescrito y, por lo tanto su cliente no podía ser juzgado. Evidentemente Juan Álvarez ignoró los tratados internacionales. En fin, la paga prometida por Echeverría debe haber sido bastante jugosa, la ambición no tiene límites ni se caracteriza por la honestidad.

Los otros días en la Fiscalía fueron igual de intensos, particularmente cuando me mostraron las actas de defunción, fotografías, notas, grabaciones de audio, eran miles y miles de folios de la investigación, no cabe duda que el Fiscal Carrillo Prieto hizo un buen trabajo, concienzudo y bien documentado. Los abogados que no fueron asignados trabajaron incansablemente y trataron de presentar todas las pruebas del genocidio, de las desapariciones forzadas, de los asesinatos, de las violaciones a los derechos humanos, de los crímenes de lesa humanidad cometidos por el estado mexicano.

La FEMOSPP trabajó bien, más que bien diría yo, y sin embargo, como sucede siempre en nuestro país, no sirvió de nada. Toda la investigación, todo el esfuerzo, todo el tiempo invertido se fueron al archivo. Un buen día amanecemos con la noticia de que la Fiscalía había llegado a su fin, que el perverso interés de Vicente Fox no tenía nada que ver con la justicia que pensamos podría llegar a darse en este país.

Los compañeros del Comité del 68 insistieron en llevar el caso a la Corte Interamericana de Derechos Humanos, tal vez suceda, pero



mientras tanto nos quedamos con el mal sabor de boca por esperar justicia para nuestros muertos y desaparecidos.

## **10 de junio de 2011**

### **Distrito Federal**

Faltan unos días solamente para que se cumplan 40 años de esa tarde de vergüenza para el gobierno de nuestro país, tal vez se realice la marcha conmemorativa, se hagan homenajes a los caídos y se publiquen notas en los diferentes periódicos sobre este asunto, pero nada más. Nos hubiera gustado que no desapareciera la Fiscalía Especial, que el Senado hubiera negado a Vicente Fox la libertad de eliminar lo que ya se había logrado, que la Cámara de Diputados hubiera tomado el asunto con alguna Comisión, incluso en las que integraban compañeros de aquellos años que han llegado a ser diputados.

Hace un par de años nos reunimos varios compañeros con el entonces presidente del PRD para solicitarle apoyo y rescatar la FEMOSPP, o mejor dicho, el trabajo que se realizó, la investigación, los archivos, los documentos y pruebas irrefutables de la culpabilidad del gobierno y la responsabilidad del genocidio.

Nos escuchó amablemente y prometió retomar el asunto, sin embargo, hasta este momento no ha sucedido nada. Yo solamente sigo convencido de que si a Andrés Manuel no le hubieran robado la elección y ahora fuera presidente, seguiría la investigación, el juicio y la sentencia a los genocidas, pero, ya sabemos cuál fue el final de la historia. No la de Andrés Manuel, sino de los intentos de hacer justicia en México.

A casi cuarenta años de aquella tarde seguimos esperando, no nos hemos cansado de exigir una país mejor y más justo, tenemos derecho y seguiremos luchando por lograrlo, no importa cuánto tiempo nos lleve.

## ¡DIEZ MIL TAMALES PA'MI SANTO!

Jaime Carlos Sanromán Ruiz

*Vida y milagros de los pobladores del barrio de Santiago en San Juanico Nextipac, Iztapalapa, a través de un recorrido durante su tradicional callejoneada*

*Crónica de hechos reales sucedidos durante 2010, de los cuales personalmente di fe, Pelicosauro, cronista y relator.*

Desde hace ya muchos años que se hizo famosa la “callejoneada de Nextipac” durante la fiesta del patrono del barrio Santiago Apóstol. Vienen de pueblos circunvecinos, de otras colonias, de varios otros puntos de la ciudad, e incluso de provincia, para acompañarnos en este paseo itinerante allende el barrio por la mayor parte del pueblo.

Se trata de una procesión nocturna muy especial en la cual, por el gran cariño que tienen al santo patrono, muchos pobladores piden con anticipación que la imagen les visite. La costumbre original era realizarla el viernes anterior al fin de semana en que se celebre la fiesta del santo patrono. Sin embargo, los últimos años, el día ha sido una sorpresa que envuelve este evento con un nuevo halo de misterio. Eso sí, como es una de las actividades que conforman la semana cultural de San Juanico el punto de arranque es el templete que han montado para dichas actividades los mayordomos en la Plaza Juárez, contigua al atrio de la parroquia del pueblo. En el momento justo, el maestro de ceremonias anuncia que va a iniciarse la callejoneada e invita al pueblo a que acompañe las imágenes en su recorrido.

Aceptamos la invitación y así, salimos del templete y rodeamos la iglesia, amenizados por la rondalla Adonai y casi siempre por otras rondallas invitadas. Todas ellas vistiendo capas y portando estandartes. Los mayordomos llevan en andas las imágenes para visitar a un sinnúmero de vecinos. Pero, ¿cómo?, ¿las... imágenes?, ¿qué no es sólo una?, ¿a qué

se debe? Bueno, es lógico extrañarse ante ello, pero para conocer las respuestas a estas interrogantes necesitamos preguntar a los oriundos del pueblo y para hacerlo ¡qué mejor modo que siguiendo el recorrido y aprovechando las paradas que se hagan!

Ya se ve la primera casa que se visita durante el recorrido. Mientras la anfitriona, la señora Ramírez ofrece los alimentos que ha preparado, nos describe que significan para ella y su familia la fiesta de Santiago y la callejoneada. Nos indica que participa desde que se casó con su marido (q.e.p.d.), hace ya cuarenta años. Nos cuenta que él siempre fue muy devoto del santo y que siempre sintió contento de que la imagen y luego imágenes y estandarte les visitaran. Ella siente un honor al ser la primera casa que visitan las imágenes. Como saltando en el tiempo responde nuestra pregunta sobre los alimentos que convida, mismos que esta mañana elaboró. Se trata de unas tortitas muy sabrosas de jamón con queso y sus rajitas. Siempre las prepara, nos dice, salvo hace dos años en que, por esas fechas falleció su marido. Nos platica acerca del papel de las mayordomas en las fiestas patronales, siempre apoyando para ofrecer al pueblo un poco de lo que dicen, el patrono les ha dado y que es la razón de su participación cada año. Ahora vemos el gentío saliendo de casa de la Sra. Ramírez y la rondalla cantando.

Deseando obtener respuesta a nuestras preguntas, aprovechamos que el Sr. Miguel Guerrero de momento no lleva en andas su imagen para interrogarlo. Don Miguel, oriundo del pueblo, miembro de una de las familias verdaderamente originarias del pueblo, de siglos atrás, nos explica que hace más de treinta años, a su mamá, la Sra. Santos Guerrero, le tocó ser Mayora de la Mayordomía de la Banda. Quería esmerarse en el lucimiento y cuidado de la imagen, por lo que decidió hacerle sus andas a la misma. Consultó al resto de los mayordomos al respecto y ellos estuvieron de acuerdo. Sin embargo, no se explicaron los detalles de cómo serían las andas. Llegó la celebración y los otros mayordomos se molestaron porque las andas no contemplaban elementos que ellos supusieron obvios. Esto llevó a ciertas fricciones que terminaron con la separación de la familia Guerrero de la Mayordomía de la Banda. Como no se usaron las andas, los Guerrero las conservaron. Son las que porta su imagen.

Bueno, sí, pero y... la imagen, ¿de dónde salió?, ¿era acaso una

de esas imágenes como las que muchos pobladores de Nextipac tienen en su altar familiar?

Don Miguel aclara que su mamá les dijo que si su ofrenda para el señor Santiago eran las andas, justo era que él las usara. Así, recién terminada la festividad, se fueron a uno de los pueblos que se localizan en las faldas de la Sierra Nevada, más allá de Texcoco y del pueblo de Tepetlaoxtoc donde había un escultor de imágenes sacras para que elaborara un Santiago a caballo. Notamos que ya está emocionado Don Miguel y continúa su interesante relato. Como tenían un problema por invasión de terrenos, estaban más ocupados en ello que en ir a recoger la imagen. De hecho, como devotos de Santiago, confiaron el asunto en sus manos. Sin embargo, este se alargó mucho, casi un año.

Al resolverse el problema, sintieron un gran compromiso con el patrono y para agradecerle decidieron ir por la imagen para tenerla durante la celebración.

Y, ¡cuál no sería su sorpresa al llegar con el escultor! Este les dijo que como no le habían anticipado todo el pago, el no la había terminado. Quería hacerse el tonto pretextando que la calidad de su trabajo quedaría en entredicho. Se hacía del rogar, decía que no le iba a dar tiempo de terminarla. Miguel nos cuenta que su mamá logró convencerlo. Con el tiempo encima llegaron con la imagen a San Juanico la tarde anterior a la fiesta... pero, ¡oh, sorpresa! Había que vestir la imagen y adornar las andas. El y su esposa, Doña Margarita Ortiz de Guerrero, siendo jóvenes entonces, salieron corriendo a comprar flores para el adorno y tuvieron que pedir prestadas las vestiduras a unos conocidos para poder presentar la imagen para su bendición.

¡Caramba, qué Odisea! Pero ahora tenemos preguntas adicionales. Al separarse de la mayordomía, ¿quedaron peleados con los mayordomos? ¿Quiénes fueron y por qué esa terquedad, si ya estaban hechas las andas a la medida de la imagen?

Miguel nos dice que él tampoco entendió, ni lo entiende aún, ya que las andas se hubieran podido modificar más adelante. Sin embargo, indica que no hubo pleito como tal, simplemente que su madre les dijo que, en adelante, dejaría de participar con la mayordomía. Nos dice que fueron dos matrimonios de fundadores de esa mayordomía, de los cuales, el único que aún vive sufrió una embolia que aún padece.

Miguel nos dice que se trata de Don Joaquín García y que, justamente, las imágenes ya van llegando a su casa, delante de nosotros.

La comitiva entra al patio de la casa de Don Joaquín quien ya es una persona mayor y, por no mortificarlo, no le pregunto sobre el rol antagónico que tuvo cuando la familia Guerrero ofreció las andas. Nos indica que se siente muy orgulloso de recibir las imágenes en su casa (muestra de que no hay resentimientos) y nos cuenta que desde que llegó a ser mayor por primera vez, le queda la satisfacción de haber convencido al resto de los habitantes de realizar las procesiones alrededor del pueblo y con la participación de las imágenes de todas las mayordomías de los patronos del pueblo y barrios.

Ya con un “refresquito” (con su respectivo piquete) dentro, salimos rápidamente, pues la callejoneada debe continuar. Vamos recorriendo las calles del pueblo.

La costumbre es que en cada casa se ofrezcan galletas a los itinerantes, teniendo especial consideración con los mayordomos y con la rondalla. A los niños se les obsequian dulces y golosinas. En este recorrido habremos de visitar alrededor de diez casas. Como ya se ha corrido la voz de que hoy se está realizando la callejoneada, los acompañantes de las imágenes son ya muy numerosos, pasan de quinientas personas.

Sobre el mismo callejón se visita a la familia García, donde Doña Belén y Don Mateo junto con sus cinco hijos, yernos, nueras y nietos tienen preparado el patio para que entren ambas imágenes, estandarte y rondalla. Como siempre han vivido en el barrio de Santiago, participaron desde un principio aunque, al formalizarse el festejo a la virgen de las Mercedes, ellos se incorporaron a esa mayordomía. Doña Belén García nos platica sus recuerdos, cuando recién casada vino a vivir con Don Mateo a casa de su papá. Nos comparte la alegría que siempre le han dado las fiestas de Nextipac que eso es lo que la motiva a seguir participando. Nos indica que el trabajo que realiza para la callejoneada no se compara con el esfuerzo, tiempo y recursos que les representa realizar la comida principal para la fiesta de la virgen.

En este punto, la mayordomía de jóvenes aprovecha para lanzar varias salvas con las que la mayordomía correspondiente contribuyó para este evento; y nosotros, para volver con Miguel que toma un descanso de las andas. Le preguntamos cómo fue que su imagen comenzó a participar.

Ese día, nos narra, desde temprano Don Manuel Coria (Q.E.P.D.) había estado yendo a buscarnos porque a la mayordomía de jóvenes se les había ocurrido llevar a cabo una callejoneada con la rondalla y su estandarte en la cual visitarían a diferentes familias del pueblo, principalmente a personas mayores que ya no podían asistir ni realizar la procesión antes de la misa de función. “Querían invitarnos a participar con nuestra imagen”, dice Miguel. Milagrosamente, la imagen ya estaba bendecida y ya tenía ropajes. Y así descubrimos cómo sin proponérselo, ésta mayordomía legitima la imagen de los Guerrero, la cual desde entonces, participa en todas las procesiones y ¡claro! en todas las callejoneadas. La mayordomía de jóvenes, tiempo después, mandó hacer también su propia imagen. De ahí que en la callejoneada participen dos imágenes.

Nuestra siguiente parada es “Los dos Arbolitos”, la tiendita de Don Lenchito, sobre avenida San Juanico en los terrenos de su casa, quien nos recibe entusiastamente. El pertenece a la mayordomía de los fuegos (castillos) y ahora, cuenta con una imagen en su altar familiar que queda alineada con las otras dos. Sobre la marquesina de la entrada ya está listo su sobrino con las golosinas que obsequian a los niños. Para estas alturas ya llevamos cuatro “refresquitos” y el recorrido se va tornando de resistencia a los brindis.

Visitamos a Don Paco Maguey, quien desde jovencito se incorporó a la mayordomía de jóvenes. Él, además por su propia cuenta y esfuerzo, desde hace muchos años se encarga de los adornos florales interiores de la parroquia para la fiesta. También pasamos con el arquitecto Don Fabián, hermano de Don Paco, y con su mamá Doña Herlinda Ramírez vda. de Maguey. Esta familia es de las fundadoras del barrio y tiene mucho cariño a su patrono. Durante este recorrido hemos forzado a Miguel a que nos siga contando, porque la siguiente parada es en su casa.

Señala que desde esa primera vez, Doña Santos, convidó a todos los acompañantes de las imágenes unos tamalitos. Y aprovechó para invitar a cenar un pozolito al terminar el recorrido, tanto a la rondalla como a la Mayordomía de Jóvenes, en agradecimiento.

Esta tradición es única, no se tiene en ninguna de las demás fiestas patronales ni de las otras que se realizan en Nextipac. La ocasión

permite hacer pública la labor de Doña Santos, de sus nueras, hijas e hijos durante ya más de treinta años consecutivos. Cabe mencionar si, que los preparativos son de tal magnitud y cómo se realizan el mero día, que no es posible preparar todo en casa de Miguel y que sus hermanas hacen su parte en sus propias casas y lo llevan cuando esto ya está listo. Actualmente, entre todos ellos, preparan cerca de diez mil tamales. Miguel se encarga aproximadamente de la mitad y del pozole. Para ello, desde el día anterior se consiguió la carne y se empezó a cocinar. Y el mero día, desde muy temprano empiezan a preparar la masa. Usan más de 50 kg. en lotes de 10 en 10. Una docena de señoras o más, entre amigas y familia extensa se dan cita para, como en varios lados dicen: “trabajar todos como uno”. Humectan las hojas que habrán de envolver los tamales, preparan salsas y rellenos, tanto salados como dulces. Se utilizan cuatro fogones y si hace falta más, dependiendo de la logística de preparaciones de ese día en particular, prenden también varios anafres. También se preparan varios garrafones de agua fresca. Esta labor sólo se interrumpe para comer como a las dos o tres de la tarde y, esto se hace por turnos pues una vez envueltos, los tamales se tienen que poner a cocer pues no hay tiempo que perder ni fogones que desperdiciar. Los tamales tienen que estar listos cuando pase la comitiva, esto será como a las nueve de la noche y todo ese equipo, mesas, etc., debe estar fuera del paso cuando llega la visita de las imágenes, las cuales entran hasta el altar preparado para este fin por el hijo y el yerno de Don Miguel al fondo del patio central. Aquí todos los que cooperaron en la preparación ayudan a repartir dos o tres tamales por persona y vasos de agua fresca de fruta. Obviamente, la reciprocidad está presente, a sus invitados, a quienes colaboraron y a los mayordomos les ponen itacate. La curiosidad me gana, subo al primer piso de casa de Miguel para tener idea de cuanta gente viene en la comitiva, son más de mil personas.

Tengo oportunidad de que Doña Margarita, esposa de Miguel, me platique todo lo que hay detrás de este evento. Primeramente, me describe las materias primas que usan para los tamales. Tanto para los guisados de los tamales como para el pozole cocinan más de 50 kg. de carne, 20 kg. de jitomate, 10 kg. de cebolla, cinco kilos de chile de árbol, cinco kilos de ciruela pasa que hay que deshuesar, un atado de rábano (aprox. 10 kg.) que hay que picar, 10 piñas grandes para trocear, un kilo

de orégano, 300 tostadas y cerca de dos kilos de sal.

Como le había advertido, la bombardeo con preguntas que, pacientemente, Margarita responde. ¿Qué fue primero, convidar tamales o dar el pozole al final del recorrido? Fue simultáneo, mi suegra quiso hacerlo. ¿Por qué lo hicieron? Le nació hacerlo por tomarnos en cuenta, en agradecimiento. ¿Te tocó desde el principio ayudar en la cocinada? Por supuesto. ¿Desde qué falleció tu suegra tú te hiciste cargo de cocinar para la callejoneada? Sí, yo y mis cuñadas. ¿Por qué? Porque Miguel y yo éramos también mayordomos por la devoción que le tenemos. Bueno, ella tuvo sus razones, pero ¿por qué continuar después de fallecida ella? Porque es nuestro patrono, nunca nos ha defraudado y nuestra imagen, mucha gente la considera milagrosa. Por ejemplo, la señora Ana, que le ayudó a sacar del vicio del alcohol a su muchacho.

¿Desde cuándo comienzas a prepararte para la callejoneada? Como un mes antes, aunque vamos haciendo guardadito desde que termina la fiesta anterior. ¿Cómo te organizas para ello? Le aviso a mi hermana pa' que me eche la mano. ¿Se le cambia el ropaje a la imagen cada año? Casi siempre, sí. ¿Quién lo hace? Generalmente yo, ya ves que maquilo costura, pero por ejemplo, este año, quiso la señora Ana poner ella los materiales, por el milagro de su hijo. ¿Qué le hacen al ropaje viejo? Los guardo, ¡cómo se los voy a tirar!

En estos días en que el trabajo se intensifica ¿quiénes colaboran contigo en estos preparativos antes, durante y después de la callejoneada? Antes, antes, nadie. Mis hijas y yo vamos con anticipación a comprar y dejar encargado lo que necesitamos. Para la cocinada, le aviso a mi hermana. Las demás personas vienen porque quieren. (En realidad, Margarita es muy participativa en el pueblo, ayuda a las mayores de otros patronos en sus fiestas o con su costura. Para seguir contando unas con otras, todas se ayudan entre sí, en reciprocidad) ¿Tú los invitas o cualquiera de tus conocidos a quién le nazca viene a ayudar? Viene a ayudarme la gente que quiere, la que me quiere y la que me estima.

¿Desde cuándo te empezaron a ayudar tus nueras y tu hermana? Mis nueras desde siempre y mi hermana, desde que me encargué del pozole. ¿En qué te ayudan las mujeres que colaboran contigo antes, durante y después de la callejoneada? Antes, a guisar preparar salsas, picar cebolla, etc. Durante la callejoneada, a charolear los tamales y a



servir el agua. Después ya no me ayudan, están cansadas porque la soba fue buena y tras el paso de las imágenes casi todas se van. ¿Y los varones? Mi cuñado, generalmente amasa, mi hijo y mi yerno adornan el portal del santo y todos ellos y Miguel, instalan el gas, ponen los fogones y los braceros, ponen y quitan las ollas de la lumbre conforme les digamos que se necesita. ¿Qué obtienen las personas que vienen a ayudarte? Nuestro agradecimiento y su itacate. Jamás hemos contratado a nadie para hacerlo. Nos gusta hacerlo a nosotros mismos.

Nos despedimos de Margarita pues la callejoneada continúa, incluso aquí en casa de la familia Guerrero Ortiz. No olvidemos el otro compromiso que esta familia anualmente efectúa, ofrecer pozole y bebida para más de cien personas el cual también se preparó hoy mismo. Hay que limpiar nuevamente y colocar los tablones para la pozoliza.

Nos encontramos a la Sra. Tella Maguey, cuya familia inició la Mayordomía de Jóvenes hace casi un siglo. Comenta sobre la ardua labor de las mayordomas en turno durante la festividad e indica que ya no reciben las imágenes en sus casas a raíz de la vez en que se colaron en el gentío unos pelafustancillos que cometieron varios actos de vandalismo durante la callejoneada: apropiarse de las golosinas intencionadas a los niños; empujar a las personas que acompañaban las imágenes causando que varias personas mayores o se golpearan contra la pared o cayeran, entre ellas Doña Estela García y Elena Calderón; y, causar peleas, primero contra los vecinos de Nextipac y luego entre ellos mismos.

Continuamos con el recorrido por el Callejón del Carrizal, vemos el interior de la Casa de Don Sabino Ramírez, primera casa visitada tras la tamaliza. La familia Ramírez nos cuenta que dan galletas y dulces a quienes alcancen de todos los que acompañan las imágenes y que, a quienes llevan las andas, les convidan un “refresquito.” Seguimos adelante, estamos ahora en la vuelta que da el callejón. La costumbre es que no se entra a casa de la familia Luna sino que rondalla, imágenes itinerantes y comitiva paran frente al nicho público permanente que existe en este punto, el cual los Luna pintan y remozan cada año, para este recorrido. Ellos también nos relatan que participan desde que la abuelita era joven y que sus hijos y nietos gozan obsequiando desde el pretil las golosinas que comparten a los niños.

Llegamos al final del callejón y entramos a la privada donde

vive la familia de Cela y Félix Luna, también mayordomos de los Jóvenes de Santiago. Las imágenes se colocan a la entrada de su casa. Mientras la rondalla ameniza el momento, Cela indica que desde que se casó han participado en el ciclo de fiestas del pueblo pues ellos son muy devotos de Santiago y, cuando se puede, ellos también convidan a cenar a quienes llevan en andas las imágenes. Nos comentan que la callejoneada fue idea de Manuel Coria (Q.E.P.D.) y que todos los demás mayordomos lo secundaron, pensando en invitar a Miguel con su imagen pues en ese tiempo ellos no tenían.

Con varios “refresquitos” más en nuestro interior ya no sentimos que la noche está enfriando. Pasan de las once de la noche, volviendo al recorrido aparece la última casa visitada, la de Doña Reyna Guerrero. Escuchamos la emotiva explicación de Doña Reyna sobre los diferentes milagros que a lo largo de su vida le ha realizado el patrono: primeramente, la ayuda que le dio cuando “escuincla” quiso ayudar a sus padres y se fue con su tío y su padrino a vender verdura al mercado de la Merced; después cuando le querían robar a su papá las escrituras de su terreno; más adelante, cuando los ex pobladores de la Candelaria vinieron a invadir la tierra comunal de Nextipac; y, el último, cuando sin saber iba a malbaratar sus puestos en la Merced. También narra que siempre ofrece a los mayordomos y rondalla sus “refresquitos” y galletas.

Nos queda solamente el último tirón. Es costumbre que se cierre la callejoneada en el templete desde donde se salió horas antes. Volvemos con Miguel Guerrero para que nos cuente por qué continúan la tamaliza y la pozoliza. Nos dice que en el 2009 iban a suspender su participación en la callejoneada, por los abusos de esos pelafustanes que describimos antes quienes, no sólo llegaron de “gorriones” sino que hasta exigían más tamales y chupe y, con toda razón, indica que su compromiso es con los mayordomos a quienes estima y respeta y con la rondalla y que, estas gentes, le desviaron la atención y no pudo atender a sus invitados como debía. Así avisaron con anticipación a los Jóvenes que ese año no participarían porque se iban a ir de vacaciones. De hecho se fueron. En la carretera sintieron muy raro su auto y, llegando a Cuernavaca se les rompió la base de la junta homocinética y quedaron sin una rueda delantera. Evaluaron la situación y decidieron regresar a México.

Llegaron en grúa y lo primero que hicieron fue avisar a la mayordomía que, si no había inconveniente, participarían como todos los años.

Con muchos aplausos y varias salvas en honor al patrono del barrio, termina la intervención de la rondalla en el templete de la plaza Juárez en el centro de Nextipac. La mayordomía lleva a guardar su imagen a casa de la familia Coria, contigua a la plaza. Yo aprovecho para platicar con Martha, la directora de la rondalla, camino a la pozoliza en casa de los Guerrero. Nos dice que en promedio cantan tres canciones en cada casa visitada y cuando menos una durante los trayectos. Nos explica que ensayan, sobre todo, el mes previo a la callejoneada los fines de semana a menos que requieran más. Nos describe que depende de la demografía, la variación en número de integrantes que ha experimentado la rondalla, y lo difícil que le ha resultado siendo mujer dirigir y conservar la unión de la misma.

Como objetos simbólicos tienen su estandarte y los medallones listonados que les dan en conmemoración de su participación en eventos como noches coloniales, etc. Nos confiesa que desde un principio, la Mayordomía de Jóvenes los invitó a participar en la callejoneada y que por ello sienten mucho cariño y respeto por este evento, por los mayordomos y por la familia Guerrero Ortiz. También, me corrobora algo que ya había yo investigado tanto con los mayordomos como con los Guerrero. Que es totalmente falso el rumor de que cobran su participación a ambos grupos así como a los pobladores por las canciones que cantan en sus casas durante la callejoneada. Anota que, generalmente, todos sus miembros asisten al pozole, a menos que sea ya muy tarde y en la plaza se hayan retirado. Finalmente, expresa la loable labor de los Guerrero que sin ser una mayordomía formal, son parte imprescindible de la callejoneada.

Llegamos así al final del recorrido. Junto con nosotros están llegando varios mayordomos y algunos miembros de la rondalla a casa de los Guerrero Ortiz. Una vez más ha tenido verificativo la tradicional callejoneada de San Juanico Nextipac. Todos estamos cansados, pero en este pueblo originario de la cuenca de México y más antiguo que la ciudad capital, atender a los amigos no es una carga, es un placer, muestra el sentido de identidad y cohesión de la comunidad. Disfrutamos de un exquisito y calentito pozole acompañado de unos cuantos “refresquitos”

más para cerrar con broche de oro un año más de tradición. A propósito, me dice Margarita que tiene listo mi itacate con unos cuantos de los diez mil tamales pa' nuestro santo.

7:19 A.M.

Ricardo Flores Ham

No sé muy bien qué sucedió... Me preparaba para salir y encendí la radio mientras todo quedaba listo; los madrugadores necesitamos una voz que nos mantenga despiertos, aunque era muy temprano la radio me servía de compañía. De repente todo se movió, escuché un ruido muy fuerte, incluso la radio dejó de escucharse unos minutos, ¿eso sí que es raro! Recuerdo que mi abuela se la pasaba escuchando la radio, pero nunca señaló una suspensión así de la programación; ni siquiera cuando incrédula se enteraba de las noticias de la guerra en mundial.

La abuela, lo recuerdo bien, prefería la radio para distraerse; decía que se enamoraba de las voces de los locutores, aunque después se desilusionaba al verles el rostro, así le pasó con Arturo de Córdova, primero locutor y después estrella de cine, “era más guapo como me lo imaginaba”, decía con voz coqueta.

Me contó sobre el primer receptor que compró: “un RCA de 8 bulbos que costaba 350 pesos”; se sentaba junto a él cuando iban a visitarla sus pretendientes, entre ellos mi abuelo naturalmente, junto a él escuchó los pianos de Bola de Nieve, Agustín Lara y Cri-Cri; pareciera que lo que más le gustaba a mi abuela de escuchar la radio era reunirse con la gente que quería, incluso yo la acompañé varias veces para oír *El que la hace la paga*, en ese entonces lo que valía era sentarse a escuchar, a escucharse.

Ya empieza a funcionar el radio, me entero de que: “a las 7:19 empezó la pesadilla.” Un terremoto de más de 8 grados sacudió la ciudad, se han derrumbado hoteles, departamentos, Secretarías y radiodifusoras; el locutor menciona que hay cientos atrapados, igual que yo pero miles tratando de sacarnos; con desesperación se anuncia la necesidad de refuerzos, ayuda en el centro de la ciudad, en las colonias Doctores y Roma, se leen nombres de personas buscando a los suyos, hay quienes estamos atrapados entre escombros, pero la ciudad está atrapada en el miedo.

De pronto escucho que el volumen de la radio empieza a subir, más bien pareciera que otro receptor se acercara, en ese instante entra un haz de luz que se hace cada segundo más grande: “!Aquí estoy!, ¡Ayúdenme!”.

Varias personas llegan hasta mi, una de ellas escucha un pequeño radio de pilas. Me recuestan en plena banqueta, no se detienen mucho tiempo a mi lado, deben proseguir su búsqueda, necesitan seguir organizados, los locutores sirven como invisibles comandantes guiando sus tropas.

## ACERCA DE TELÉFONOS PÚBLICOS Y BARDAS

Juan Cristóbal Castillo Peña

Hace poco me sucedió una situación que me hizo regresar a un recuerdo nebuloso de mi infancia. Caminaba con mi mujer por la avenida Bucareli un sábado en la tarde, discutíamos amigablemente por alguna situación sin demasiada importancia como para mencionarse y repentinamente sonó su celular. Apenas ella lo había sacado de su bolso y al segundo timbrazo, el que llamaba, ya había colgado. Mi mujer checó de quien se trataba y resultó ser una persona con la cual nos urgía comunicarnos, de hecho había tratado de ponerse en contacto porque nosotros le habíamos marcado horas atrás sin éxito. Inmediatamente lo que se me ocurrió fue devolverle la llamada pero mi mujer sugirió que lo hiciéramos si él no volvía a llamar en el lapso de tiempo que sucedería en lo que llegábamos a nuestra casa (vivimos a unas cuantas cuadras). La idea me provocó cierta molestia pero traté de comprender: llevamos bastante tiempo acarreando problemas económicos, no tenemos teléfono fijo y debemos cuidar lo suficiente el crédito de su móvil porque tampoco podemos darnos el lujo de hacer un depósito en el mío. Dicho y hecho, llegamos a nuestra casa (¡la casa de ustedes!) pero la persona no se había decidido a volver a marcar. Fue entonces que mi mujer me dijo: “No piensa llamar porque sólo lo hizo para que nosotros devolviéramos la llamada.” Entonces yo le dije: “¿Estará pasando por lo mismo que nosotros?”

—¡No, no lo creo!— dijo ella—. Es sólo que resulta muy caro gastar en celular.

—¡Qué curioso!— pensé yo—. Hace exactamente lo mismo que nosotros aunque probablemente no esté pasando por ninguna crisis económica: llamamos y colgamos inmediatamente; no es personal, es sólo que casi nadie se puede dar el lujo de gastar en llamadas telefónicas.

Digo que esta situación (yo la llamaría una sutil guerra por salir victorioso en la forzosa necesidad de comunicarse) me trajo un recuerdo

nebuloso de mi pasado, porque allá por mediados de los ochentas, una época en la que todavía no existían los celulares para el público en general, las personas que no se encontraban en su casa o no tenían teléfono fijo se veían obligados a utilizar los teléfonos públicos. No obstante aquí está el dato curioso: probablemente después del temblor de 1985, por lo menos durante unos años, los teléfonos instalados por Telmex para servicio público eran gratuitos. Tú llegabas, descolgabas el auricular e inmediatamente escuchabas el tono de marcar, llamabas a donde fuera por tiempo ilimitado y el servicio jamás era interrumpido. Por supuesto que se trataba de teléfonos que habían sido instalados con la finalidad de ser utilizados a cambio de una pequeña cuota simbólica (creo que se trataba de un peso o cincuenta centavos de aquella época) pero por alguna razón, que en aquel tiempo me era desconocida probablemente debido a mi corta edad, empezaron a funcionar de forma gratuita y durante un periodo de varios años. Más tarde comprendí que dicha circunstancia se debía a la situación política y social que vivía mi país en aquel tiempo.

A finales de los años cuarenta pudimos nacionalizar —¡al igual que el petróleo!— nuestro sistema de comunicaciones. El presidente Miguel Alemán Valdez fusionó dos empresas extranjeras de telefonía para crear una sola perteneciente al estado mexicano: TELMEX. Esta empresa fue la que durante cuatro décadas hizo servicio subsidiado para todo los mexicanos ya que los teléfonos públicos funcionaban con un costo accesible (con esto me refiero a no más de un peso) y en cuanto a los números locales debías preocuparte tan sólo por pagar su renta mensual. Esta misma empresa fue la que decidió dar un servicio gratuito por tiempo indefinido en los teléfonos públicos desde el terremoto de 1985 con el fin de dar un mayor apoyo a la población.

Ahora bien, resulta más que evidente que estamos haciendo memoria de una época en la cual, la idea del “poder de las redes de comunicación” era casi desconocida probablemente a nivel mundial. Un joven nacido en la década de los 90 que escuche que en otro tiempo las llamadas telefónicas eran gratuitas probablemente se le vendrá a la mente un mundo paradisiaco en el cual existían todas las facilidades con las que ahora contamos; no tomará en cuenta las limitaciones de aquellos tiempos. Un ejemplo de esta situación sería el hecho de que



en aquella época los teléfonos públicos no manejaban llamadas de larga distancia, éstas sólo se podían realizar desde números de casa y eran las únicas que tenían un cargo adicional a la renta mensual.

Ciertamente —¡muchos ya lo sabemos!— todo esto culminó con las “reformas de modernización de país” de Carlos de Salinas de Gortari y su proyecto de privatización. Slim entró en escena dispuesto a quedarse con el mayor pedazo de pastel y la telefonía, y todo lo que implican las redes de comunicación se volvió un negocio.

Me gusta mucho reflexionar y hace memoria de aquella época que va de 1988 a 1994. Recuerdo estar cursando mi educación básica y media superior y en todos lados se vivía una atmósfera de que por fin pertenecíamos al primer mundo. Acompañaba a mi madre al *Superama* de la calle de Michoacán y era emocionante ver gran cantidad de productos importados de Estados Unidos, Canadá y Europa. ¡Provocaba una alegría infantil ver agua embotellada directamente de los Alpes franceses, salmón noruego enlatado, chocolates suizos, etc.! La mayoría pensábamos que el TLC era la puerta para dejar de ser un país atrasado, que siempre se tenía que conformar con ir varios pasos atrás de la vanguardia de las naciones primer mundistas. ¡Por primera vez iríamos a la par! ¡Seríamos parte de la genuina evolución de la humanidad! Pero toda esta esperanza e ilusión se fulminó en los primeros meses del año de 1994 cuando un grupo de latosos guerrilleros comandados por un encapuchado nos recordaron la infinita pobreza en que seguía viviendo la mayor parte de nuestro país. Por otro lado, vino el desplome económico. Se dijo que Salinas había dejado al país en bancarota por haber desfalcado las arcas nacionales y todo volvió a ser peor que antes, sólo que ahora se nos muestra muy de cerca cómo viven y se agasajan los ricos. En otras palabras: vemos el acontecer de la evolución de la humanidad pero sin participar de ella. Todo esto me hace pensar en una vieja anécdota: cuando era niño teníamos de vecino al prestigiado maestro de sociología (¡y de agudo ingenio!) Gabriel Careaga. Alguna vez, íbamos con él en coche cruzado la avenida Bosques de Reforma, mi hermano y yo de no más de diez años en los asientos traseros y mi madre con Careaga adelante. Al ver las inmensas casas de las Lomas, Careaga repentinamente se volvió a nosotros y nos dijo:

—Niños, ¿creían que ustedes eran ricos? ¡Pues los engañaron!

—entonces señaló las casas y dijo: ¡Aquí viven los verdaderos ricos!

Ingenuamente pregunté:

—¿Y dónde están ellos? ¡No los veo!

—Detrás de la barda, *mi'ijo*. Detrás de la barda.

## ALAMEDA: UN RECUERDO DOMINGUERO

Antonieta Salazar Castillo

Todo comienza en domingo, seis días después del lunes, con el candente sol que se hará presente más que ayer, donde el día tendrá menos horas que mañana y este será el momento propicio para que personas de todas las edades y condiciones sociales acudamos a una matutina cita no confirmada. Iremos llegando de los lugares más altos de Cuauhtemoc hasta los barrios más alejados de Milpa Alta y de las zonas más frías de Cuajimalpa hasta las menos pavimentadas de Iztapalapa, pasando por Tepito, La Bondonjito y La Condesa, sin olvidar las zonas aleñañas al Distrito Federal, todos convergeremos en cada una de las fuentes de este antiguo y céntrico lugar llamado la Alameda Central, donde cada álamo se ha disfrazado de fresno o sauce para poder pasar desapercibido, logrando así ser testigo de coqueteos y novedades que durante 400 años han ido ocurriendo.

Al llegar por alguna de las calles principales que rodean este lugar, nos recibirá su gran compañero, el Palacio de las Bellas Artes, recién remodelado y con su águila vigía siempre atenta. También nos dará la bienvenida durante nuestro recorrido sobre avenida Juárez la exposición fotográfica “Variaciones de la movilidad humana” y esquivando artesanías a ras de suelo, repentinamente toparemos con el paisano oaxaqueño semi rodeado de mármol, espectador siempre de inconformidades e injusticias políticas, refugio de diversidades sexuales y testigo de gamas culturales.

Del lado poniente se encontraba la calle Dr. Mora, hoy tapizada de juegos y piedras de tezontle adornando el pavimento y al final José Martí, contemplando los cambios y el curioso abarrotamiento que se da cada 28 de mes en la iglesia de San Hipólito.

Entre baches, jardineras y banquitas, siempre está aquel que va al encuentro del amante conocido o del que está por conocer; y se puede distinguir fácilmente por su orgulloso caminar y su peculiar viraje altivo.

Y si nos metemos por los caminos que conducen a la plazuela principal, encontraremos risas colgándose de las hojas de los árboles, generadas por algún comediante urbano haciendo chistes de nuestra cruda y no tan divertida realidad.

En este jardín, como en cualquier edén, existe gran variedad de alimentos; muy temprano pasean arriba de su triciclo las típicas guajolotas, verdes, rojas y de mole, tampoco faltarán los tamales de dulce y su cotizada pasa, haciéndose acompañar del atole y el café, pero hay para todos los gustos, quesadillas, hamburguesas, los famosos jochos y algún transeúnte más exigente comerá molletes o enchiladas en alguna trasnacional que rodea este folclor dominguero. Hay fruta, esquites, elotes y en días de mítines no faltan las tortas y los sándwiches.

Este céntrico lugar invita a matizar. Matizar clases, matizar olores, costumbres, culturas, ideales. Aquí existen esencias de muchos personajes, desde las pisadas pequeñas de Carlota y del galopar constante de Maximiliano, pasando por virreyes, pintores, presidentes, independentistas, revolucionarios, ferrocarrileros, zapatistas, extranjeros, perredistas, universitarios, electricistas, hasta los mismos dioses griegos se han instalado en este peculiar jardín.

Sobre Eje Central se encuentra el Palacio de las Bellas Artes, por aquí también han desfilado muchas, pero muchas personalidades, lo curioso de algunas de estas visitas, es que no necesariamente deben entrar por voluntad propia, porque en este recinto han hecho escala algunos de los difuntos de nuestro país, antes de marchar a su otra dimensión.

Muchos de los que paseamos por aquí, tomaremos nuestro día de descanso como la oportunidad de ser felices disfrutando del encuentro del otro, del desconocido; disfrutando aquello a lo que hoy tenemos acceso. Cabe recordar que en algunos periodos, no todos tenían la oportunidad de acudir a este paseo, porque siempre había un gendarme resguardando el lugar, ya que sólo era permitido que la burguesía transitara por estos jardines. Décadas posteriores su composición social cambiaría, haciéndose mucho más popular y hoy la carencia nos permite adueñarnos de ciertos sitios. También ha ido presentando cambios físicos importantes y su entorno junto con ella; según la historia lo vaya exigiendo y los sucesos naturales lo vayan provocando.

Este rincón no se salva de reflejar también la dura situación

económica que vive, permanentemente, el país; sólo basta ver la cantidad de negocios vulnerables que coexisten junto a las fuentes y entorno al jardín, pero esto no provoca que se mermen las ganas de hacer competencia y que cada mañana lleguen con la esperanza de que su señal de cruz les ayudará a sacar el día.

Así ha sido el transcurrir de los años por este peculiar y cultural lugar; en donde por generaciones, hemos venido a reencontrarnos con el desconocido en busca de la subjetividad misma, donde encuentros y desencuentros se dan de manera natural, ya lo diría Chava Flores: “la alameda se halla sola porque el bruto del Andrés nomás no llega”, haciendo referencia en su canción a *Apolonia la bonita*.

Y así como Chava, también Diego Rivera narró a pincelazos aquellos desencuentros nacionales que caracteriza a nuestra cultura e historia nacional. Todos ellos reunidos en un mismo lugar, la Alameda, pero cada uno desarrollando la otredad, conviviendo en un mismo lienzo, pero sumergidos en contextos diferentes, logrando distinguirse del otro, de modo que, la Conquista, la Santa Inquisición, la Independencia, la Reforma, el Porfiriato y la Revolución converjan en un mismo punto, en un *Sueño de una tarde dominical en la Alameda*.

Finalmente, despediremos el día con alguna golosina, levantando nuestros puestos, algunos perros callejeros harán acto de presencia husmeando en los negocios de comida, nosotros o aquellos con estilo agreste comenzaremos a despedirnos con la firme promesa del regreso, “¡seguramente el próximo domingo!” dirá Jacinto, albañil de la zona residencial de Cuajimalpa al responder la pregunta que le harán sobre su regreso. Otros le diremos hasta mañana a la rutinaria banqueta del negocio y la sobrevivencia, esperando que en la semana podamos tener la mínima venta.

Y la mayoría abarrotaremos la estación de Metro más cercana con evidente desgano, sabiendo que nuestra diversión ha terminado por esta semana y que a partir de que lleguemos a nuestra casa o a la casa del patrón, comenzará una más de ajeteo, aburrida como todas las demás semanas, pero con la ilusión renovada de volver a ver el domingo siguiente a Jacinto, bajo el reloj en la misma estación abarrotada de hoy.

Sólo los habitantes de la calle y uno que otro canino de la vida

cotidiana regresaran al hogar asfáltico, recorriendo rinconcitos con la esperanza de encontrar algo que les sea de utilidad y disfrutar en mutua compañía bajo las copas de los árboles, la fresca madrugada y abrigándose la nariz con algún paño tóxico que si creen necesario compartirán para que nadie pase frío.

De esta manera la noche clausurará modificando las intenciones de este peculiar lugar; cerrando puertas imaginarias a la colectividad y permitiendo sólo transitar a la vulnerabilidad, a la soledad y al olvido vistiendo harapos.

## CARTERAS Y CELULARES

Miguel Ángel Pérez Martínez

*Carteras y celulares*, Jacinto escuchó una voz imperativa, la cual tomó con desinterés. Estaba concentrado en las últimas palabras que Herlinda, su esposa, le gritaba mientras bajaba la escalera de los cuatro pisos de la unidad habitacional donde se encontraba ubicado el departamento que su suegro les había prestado por un año, mientras ahorran para el enganche de una “casita”; habían pasado ya cinco años de esa oferta inicial, su hija Natalia estaba a punto de cumplir seis el mes próximo, y no tenía ni siquiera mil pesos ahorrados para el enganche.

No se te olvide que son tres mil pesos del video, le seguían retumbando en su cabeza las cantidades que debía pagar para el festejo, aceleró los brincos hacia abajo avanzando de dos en dos los peldaños, devoró la escalera y salió del cubo del edificio. Desde la parte alta se seguía escuchando la voz de la mujer que no paraba de enlistar los gastos que tenían que pagar. “Y no te olvides en llevar hoy el anticipo del vestido de la niña, le dices a la modista que el lunes próximo vamos para la segunda prueba...”, fueron las últimas palabras que alcanzó a escuchar, antes de estar frente a la polvareda de los campos de fútbol. Las luces de neón continuaban cubriendo con su manto la fría mañana de invierno en el norponiente de la ciudad más grande del mundo, en la que se encuentra enclavada la unidad habitacional más grande, por la densidad poblacional, de Latinoamérica. Se encamino hacia la parada del camión que está en la esquina del Colegio de Bachilleres #1, allí podía abordar el camión que salía del paradero de la estación terminal del Metro El Rosario. Mientras caminaba al lado de la barda perimetral con una oxidada reja pintada de verde poste recordó cuando su meta era ingresar en ese plantel a estudiar la preparatoria, estaba seguro que allí podría empezar una vida llena de éxitos, tendría más oportunidad de llegar a tiempo a las clases, no gastaría en pasajes, y hasta se daría el

lujo de invitar a sus compañeros de salón a su casa, la cual se encontraba a travessando la avenida de las Culturas, frente a la Secundaria #193. Sonrió al traer a su mente aquellos recuerdos, qué fácil le parecían las cosas en ese entonces cuando tan sólo tenía quince años de edad y el mundo se abría pleno ante él.

Llamó su atención lo ordenado que entraban al plantel los jóvenes estudiantes, todos mostrando su identificación, algunos con desgano y otros separados del grupo y formados en una fila aparte para registrarlos. Otros, los más madrugadores se podían ver al fondo brincando tras un balón multicolor que era lanzado a la canasta de la cancha de basquetbol. Los andadores del plantel lucían iluminados con una luz amarillenta. Se detuvo frente a un puesto fijo pintado de amarillo corporativo en el que un par de jóvenes, que podrían ser estudiantes también por su edad, arengaban a los transeúntes a elegir su *guajolota* de rajas, verde, mole o dulce, rico atole calentito para que entre en calor el cuerpo; champurrado, fresa y arroz, “pase, pase”, gritaban, mientras sus cuerpos eran cubiertos por la nube de vapor que se levantaba hacia lo alto de los grandes botes en los que las hojas de maíz envolvían la sabrosa maza de múltiples sabores.

Quiso detenerse a comprar una guajolota, para aguantar el día. ¿Cuánto cuestan?, preguntó a uno de los jóvenes que invitaban a “pasar”, “quince pesos jefe”, contestó uno delgado con perforaciones en la ceja derecha y en ambos lóbulos de las orejas, “¿de qué se la doy?” Sin dejar de agitar las manos que seguían invitando a los jóvenes que indiferentes pasaban frente a ellos y apresurados se enfilaban a la caseta de acceso a la escuela. Mentalmente hizo un balance de su ingreso disponible y sin decir palabra a quien lo atendía continuó su camino hacia la parada del camión.

“No, si me la compro no voy a tener para el camión para ir La Lagunilla en la tarde, después de salir de trabajar, tengo que llevar el anticipo del vestido de Nati”, pensaba mientras atento observaba el camión que a lo lejos, del otro lado del camellón esperaba el cambio de luz para poder atravesar la avenida en dirección donde un grupo grande de gente se arremolinaba para abordarlo, Jacinto se dio cuenta de ello y pensó: “no me voy a poder ir en éste. El pasaje en el estado es el doble de lo que aquí me cobran, por lo menos siete pesos, y si voy hasta el



Toreo para irme en Metro mínimo me cobran ocho cincuenta,” seguía haciendo cuentas, “me aguanto el hambre hasta que regrese a mi casa a comer.” Mientras pensaba esto fue alcanzado por el enjambre humano, el camión intentaba llegar a la parada pero la gente ya lo había alcanzado por lo menos diez metros antes de ésta. Se abrieron las puertas del camión frente a él y fue subido contra su voluntad, “¡qué suerte!”, pensó, “me tocó subir primero, si me hubiera detenido a comprar la guajolota no me hubiera ido en este camión”; seguía analizando los sucesos recientes, pagó dos pesos, recibió el boleto que le aseguraba como pasajero, en caso de algún accidente el seguro cubría los gastos, con desinterés lo guardó en la bolsa de su camisa y ocupó el asiento vacío de la ventana en la primera fila, iba a ser el copiloto; “con permiso”, pidió a la persona que ocupaba el asiento del pasillo. El interior del camión apenas estaba alumbrado con luces rojas y negras, no se podía distinguir si había en la parte trasera más asientos desocupados, no se la quiso jugar y aseguró el lugar. Giró su cabeza para observar lo que no se podía percibir en la parte trasera, el interior poco a poco fue llenándose de cuerpos humanos hasta formar una masa informe, miró de reojo a su compañero de asiento, tan sólo por hacerlo, no intentó reconocerlo, no le interesaba quién era, vio que vestía una cachucha y sobre ella una gorra que salía de la parte trasera de la sudadera, lo que hacía casi imposible ver su rostro, no sabía si era joven o viejo, mujer u hombre.

La mayoría de las personas que abordaron el camión eran hombres por lo que no le preocupó el tenerlo que ofrecer a una mujer. Se acomodó, recostando su cabeza contra el vidrio de la ventana que estaba helado, subió el cuello de su chamarra de pana para que no le calara el frío. El camión avanzó, con el movimiento los cuerpos se fueron acomodando y transmitiendo calor de manera uniforme. Vio la Central de Talleres y Laboratorios en donde realizó sus prácticas cuando estudió en la Secundaria #193, algunas niñas y niños tiritaban de frío recargados en la pared en espera de que las puertas abrieran y pasaran a un lugar menos expuesto o, en su caso, los rayos del astro rey calentaran sus pequeños cuerpos; cerró los ojos para recuperar el sueño que había tenido antes de despertar, su camino era largo, bajaría casi en la otra terminal, en la zona industrial Alce Blanco en la línea que divide la Delegación Azcapotzalco del Municipio de Naucalpan de Juárez, a nadie

le importa dónde se ubicaba uno y otro lugar, si en el Distrito Federal o en el Estado de México, para los que habitan y conviven en esos lugares todo es la Ciudad de México; por lo que disponía de treinta minutos para poder echarse un coyotito, siempre y cuando a la altura del panteón San Isidro no se complicara el tráfico de todos los días, de los carros que se dirigían y salían de San Agustín, Echegaray y Pastores, mientras conciliaba el sueño repasó las cuentas que Herlinda le había hecho sobre los gastos del cumple de Nati.

“Ya seis años”, pensó, “que rápido se va la vida; pronto, cuando menos cuenta me dé, estaremos preparando sus quince años, para entonces ya habré juntado una buena lana para no estar como ahora consiguiendo hasta con intereses; si junto cien pesos a la semana para dentro de nueve años tendré cuarenta y ocho mil seiscientos pesos, con eso le armó un buen pachangón, el cálculo de la cantidad le obligó a dibujar una gran sonrisa en su rostro. Espero no se me case antes mí hija, la sonrisa desapareció al instante, no le vaya a pasar lo que a mí y Herlinda, que se nos calentó la cabeza y aquí estamos batallando, ahora que nazca el otro bebé van a ser más los gastos, creo que tendré que trabajar tiempo extra, más días a la semana. Ojalá sea niño, quisiera tener un hijo para poder jugar con él, le enseñaría desde chiquito a patear el balón para que cuando tenga seis años lo meta a la escuela de fútbol del Cruz Azul, en el Deportivo Reynosa había una sucursal, ¿aún seguirá allí?, lo voy a investigar el sábado saliendo de la chamba en lugar de ir a La Guadalupana con mis cuates me voy directo para allá, les voy a decir que tengo un compromiso para que no me insistan que vayamos a las chelas;” seguían sus planes y aspiraciones personales que su imaginación le ayudaba realizando esos ejercicios mentales.

Abrió los ojos para ver el lugar en que se encontraban y notó que no habían avanzado mucho, apenas estaban en el cruce de Parque Vía y Las Armas, miró el reloj de su teléfono celular y se dio cuenta que aún había suficiente tiempo para llegar. “Estas obras hacen más tardado pasar este cruce,” reflexionó, “ojala terminen pronto”, anheló. Al camión no le cabía una persona más, incluso algunos viajaban en los estribos, sin despegar la cabeza del vidrio de la ventana observó la cara de fastidio del chofer, quien despreocupado aceleraba y frenaba repentinamente cuidando no golpear a los vehículos que estaban frente

al camión, e impidiéndole a los de los lados que se metieran. El sol aún se negaba a aparecer a sus espaldas, a esa hora no había policías que agilizaran el tránsito, mientras recorrían el cruce miró un cúmulo de lucecitas rojas de los autos que parecían estacionados, no avanzaban; Parque Vía se veía lleno en ese momento, “de menos una hora para llegar a Tacuba,” pensó irónico. La destreza del chofer, por fin, tuvo éxito y se enfiló a una mayor velocidad sobre la calzada de las Armas, más al poniente, el canal de desagüe corría paralelo a su derecha, los grandes árboles lo escoltaban a lo largo de su recorrido, como si vigilaran que las aguas negras pestilentes no desviaran su recorrido, garantizando su llegada al vaso regulador de Cristo. A la izquierda se elevaban edificios multifamiliares y en seguida casas que se perdían entre cables y antenas, cuya maraña, afortunadamente, se interrumpían por la aparición del Parque Tezozomoc, importante pulmón de la zona.

Se enfilaba a su destino, “cuando salga de inmediato me voy para la Lagunilla, con lo que me rayen de la semana voy a dejar el dinero del vestido, voy a entregar mil pesos para dejar los otros mil para la semana”, seguía contabilizando y realizando operaciones aritméticas mentales, por más que se esforzaba, los gastos no se ajustaban a los ingresos. “¿Y si mejor posponemos la fiesta para el próximo año?”, reflexionaba, ya que las cuentas no le salían, “no, porque ya entregamos las invitaciones y mi mamá ya hizo los dulceros,” corregía. “Porque con los gastos del bebé va a ser imposible juntar todo el dinero de la fiesta. Voy a ver cómo le hago, mientras hay que ir pagando, pero ahora me sale Herlinda con el gasto del video, ¿a poco no podemos tomar unas fotos con el celular y ya, no es suficiente?” Para entonces ya iban a la altura de La Porvenir y el avance se volvía lento por el semáforo de San Agustín.

“Carteras y celulares, no se hagan pendejos, hijos de su... ya se la saben, sino quieren que les demos un plomazo pongan todo lo que traigan en la mochila,” los gritos le hicieron abrir los ojos, con terror pudo notar que quien gritaba era su compañero de asiento, parado justo a un lado de él con un arma metálica en la mano derecha dirigiéndola en todos sentidos como si estuviera persiguiéndose; comenzó a sentir miedo, apretó fuerte los ojos como queriendo con ello escapar de lo que estaba sucediendo, de la realidad, por su mente pasaron imágenes de Herlinda, de Nati, del bebé que sin haber nacido creía conocer, vino

a sus sentidos el aroma del vapor que exhalaban los botes conteniendo unos al lado de otros los cientos de tamales, se arrepintió de no haber comprado la guajolota, quiso estar formado detrás de las docenas de estudiantes con su credencial en la mano para entrar al “Bachi”, al que nunca siquiera hizo el intento de realizar el examen, para entonces ya estaba Natalia esperando su turno en el vientre de Herlinda para ingresar a la batalla por la vida en esta insufrible ciudad falta de oportunidades.

“Tú no te hagas pendejo,” sintió una fuerte garra atenazando su hombro izquierdo, Jacinto abrió lentamente los ojos y observó como su hombro era zarandeado de atrás para adelante. “Afloja todo lo que traigas”, la agitación superior desapareció y su lugar fue ocupado por una mano tenebrosa que en la oscuridad husmeaba en los bolsillos del pantalón. “¿En dónde esta la cartera hijo de la chingada?, dame el celular.” Su quijada sintió como la temperatura había descendido por debajo de los cero grados, el choque de sus dientes superiores contra los inferiores le impedía articular palabra, no sabía que decir, volteó por equivocación a tratar de ver el rostro del asaltante, qué grave error, su pómulo y mejilla izquierda sintieron el ardor penetrante y punzante de un golpe con la cacha del arma; llevó ambas manos a su rostro y sintió la humedad de la sangre que comenzaba a manar. Le alarmó, dobló su cuerpo, apoyó su cabeza en sus rodillas, apenas había sentido el contacto cuando sintió un fuerte tirón de los cabellos de su nuca levantándolo, con el único ojo abierto observó la larga barda del Panteón San Isidro, en sus labios se dibujó una torpe mueca que quiso dibujar una sonrisa. El cielo se iluminó de múltiples chispas de colores, varias decenas de jóvenes mujeres y hombres se empujaban unos contra los otros para protegerse del torito que con su lomo incendiado de llamas azules, amarillas, verdes, anaranjadas y rojas trataba de acercarse a un distraído para con sus chispas envolverlo, todo el mundo brincaba de un lugar a otro y empujaba al que tenía al lado para evitar la embestida del mitológico animal; entre la humareda y las pestañas cubiertas de harina de trigo vio al Gallego, el Puma y el Loco que estaban siendo atacados por otro grupo de jóvenes, nada amigables, al otro lado del ruedo, con una amplia sonrisa en su rostro abrió la bolsa de harina, cargo su arma, su mano, y se enfiló a reforzar el flanco que sus compañeros estaban dejando en manos del enemigo, un par de chicas atravesó por su camino, tropezó y cayó

al adoquinado de la calle; entre piernas cubiertas de mezclilla no perdía de vista a sus amigos, se levantó más por temor a no ser aplastado por los corredores, retomó el rumbo pero las cosas ya habían cambiado, los puños de harina que eran lanzados fueron sustituidos por piedras y trozos del adoquín, gritó más que con fuerza con temor para que sus amigos corrieran y salieran del lugar, pero el ruido de la verbena y los cohetones no dejaron salir de su interior su voz, soltó los puños de harina que llevaba agarrado en ambas manos, su vista buscó proyectiles, los cuales no eran difíciles de encontrar ya que la lluvia les hacía caer al lado de sus pies, se inclinó para recoger un par de ellos, cuando levantó la vista vio como el Loco caía cual largo era al suelo sin siquiera meter las manos para aligerar el golpe, de repente todo el mundo al ver la escena corrió en diferentes direcciones, Jacinto aceleró su carrera, se acercó al cuerpo inerte en el suelo y observó que sangraba por su oreja. “Una ambulancia” gritaban el Gallego y el Puma, nadie, salvó las personas más cercanas al lugar, les escuchaba. “Ve a hablarle a una patrulla,” le dijeron con una voz de reclamo sus compañeros, Jacinto no sabía para donde dirigirse, todas las calles estaban atestadas de gente, juegos mecánicos y puestos con antojitos y comida; los curiosos comenzaron a llenar el lugar, Jacinto permaneció inmóvil todo el tiempo hasta que llegó una ambulancia de la Cruz Roja y tras ellos una patrulla de la policía, ambos vehículos atravesaban con una gran lentitud la calle hasta el punto en el que estaba el círculo de curiosos observando al Loco cuyo cuerpo aún mantenía en una de sus manos una piedra y colgando del cinturón una bolsa con el polvo blanco que lanzaban sobre los ojos de los asistentes a la feria de San Juan Tlihuaca, uno de los barrios más antiguos de la Delegación, cuya existencia se remonta a los orígenes del poblamiento de ésta cuenca a la que se le ha dado en llamar valle y que está ligado a los antiguos territorios del imperio Tepaneca, que con la construcción de la refinería 18 de marzo, fueron sus parcelas habitadas por los técnicos trabajadores de la empresa; de hecho, su extensión se recortó para llamarla después como colonia petrolera. Vinieron a su mente los recuerdos de los cinco días que pasaron en el Ministerio Público para poder recibir el cuerpo de el Loco; el dolor y la conmoción que sufrió toda aquella gente que no se explicaba cómo había sucedido aquella tragedia, cómo se había interrumpido la vida de un hombre tan joven, de un niño. Vinieron a su

mente el recuerdo y las imágenes del momento en que lo tuvieron que enterrar justo enfrente de donde ahora se encontraba él, en el panteón San Isidro, de los juramentos de venganza que tantas personas hicieron por la pérdida de aquel joven-niño. Ahora él estaba tan cerca de el Loco, sus oídos zumbaban, entre el zumbido escuchaba las voces anónimas que le pedían y otras rogaban al delincuente que no lo golpeará más, “déle todo lo que trae joven” pedía un hombre maduro que estaba parado frente al asiento en que Jacinto sangraba. Jacinto quería decirles a todos que no tenía más, únicamente los quince pesos de la guajolota que no se quiso comprar; el asaltante continuaba manoseándolo, para entonces ya le había quitado su chamarra de pana color beige, sin haber encontrado nada más que la tarjeta de la tienda de vestidos en la que habían apartado el vestido de Natalia, *Diseños Melody*, calle República de Honduras, en La Lagunilla era todo, no decía más; las bolsas de los jeans le habían sido volteadas sin mucho éxito.

“Pinche jodido,” recibió el insulto acompañado de un cachazo en la cabeza que de inmediato también empezó a sangrar. Dejó caer su cuerpo en el respaldo del asiento, “tengo que llevar el adelanto sino Herlinda me va a estar fastidiando de aquí a que pase el cumpleaños de la niña,” pensaba preocupado. “Si creen que lo que les quitamos vale más que su vida, síganos para darles un plomazo,” fue la última amenaza del ladrón más envalentonado, el que llevaba el arma con la que había sido repetidamente golpeado Jacinto. Levantó la cabeza para verlo a través de su único ojo abierto y recibió una mueca burlona en el rostro del ladrón, satisfecho por su obra, por su descarga de furia y enojo hacia un hombre joven que nunca lo había ofendido, pero en quien veía reflejada toda su frustración, la falta de oportunidades, los anhelos perdidos, toda su rabia y toda la prepotencia con que la ciudad lo había tratado.

Lo siguió con la mirada, lo vio alejarse corriendo en dirección del canal de desagüe, la oscuridad los engulló; el camión avanzó lentamente y se detuvo unos doscientos metros adelante, el chofer bajó rápidamente y atravesó la avenida del lado de San Pedro Xalpa, tomó el auricular de una cabina telefónica, lo descolgó y marcó un número, miró para ambos lados de la avenida y con el mismo trote regresó al camión, se sentó en su asiento y cerró la puerta del camión. Unos segundos después se vio las luces rojas y azules entrecortadas que competían con

la oscuridad de la mañana. El chofer ahora abrió ambas puertas y los policías que venían en la patrulla subieron al camión, preguntándole a la gente si se encontraban bien, si no estaban lesionados, etc., “¿alguno de ustedes quiere ir al Ministerio Público para hacer la denuncia e iniciar una averiguación de los hechos?” decía un regordete policía quien, se veía convencido del correcto uso de las palabras en su lenguaje, miró por encima de su hombro hacia todas direcciones y con sobrado orgullo machaco, “que conste que la autoridad los respalda, si ustedes quieren dejar impune el delito allá ustedes, porque para eso es la autoridad, para aplicar la justicia”; los pasajeros comenzaron a reclamar su tardía presencia, ya para que, se escuchaban algunas voces llenas de frustración e impotencia, ante lo cual no tuvieron más que bajar del camión y decirle al chofer que les firmará una hojas que pusieron frente a él. Enseguida hizo su aparición una ambulancia, un par de jóvenes paramédicos subieron al camión y preguntaron a los pasajeros si se encontraban bien, alguno sufrió de alguna herida, todos están bien, la gente entre agradecida y enojada se mostraba indiferente al ofrecimiento de sus servicios, ante toda aquella masa de ira nadie reparaba en el estado de Jacinto, quien no se percató de lo que sucedía, y como perro apaleado lamia por sí solo sus heridas, las limpiaba con la manga de su chamarra de pana. Los paramédicos bajaron, la ambulancia se alejó y el camión retomó su camino, las personas comenzaron a llegar a sus destinos, con el paso acelerado o algunas más corriendo, se enfilaban hacia sus trabajos.

“¿Se siente bien joven?” escuchó una voz que en lo bajo le preguntaba, “puedo acompañarlo al hospital del IMSS que está en San Bartolo para que lo revisen, se ve usted muy golpeado.”

“No, no gracias, estoy bien, me siento bien”, contestó Jacinto, en un tono que trató de ser amable, en ese momento se dio cuenta que se trataba del hombre que suplicaba que no lo siguieran golpeando. Lo miró con lástima, lo imaginó a él en su lugar, no lo resistiría, reflexionó. “Lo único malo es que mí ropa está muy manchada con sangre, por lo demás estoy bien, en un rato más me voy a reponer. Muchas gracias.”

Se puso en pie, tocó el timbre para anunciar que bajaba, sentía las miradas llenas de piedad de los pasajeros que lo vieron atravesar el camión desde el frente hasta la puerta trasera de la bajada. Algunos lo animaron, uno más se atrevió a rosar con su mano su hombro, una señal

de agradecimiento en forma de caricia, de solidaridad, de sacrificio por todos los demás.

Bajó del camión, volteó para ambos lados de la calle, para estar seguro de poder atravesarla, escuchó el timbre de su teléfono celular, pensó que estaba alucinando, atravesó la calle, el timbre continuaba sonando, paró de sonar, y la vibración sobre su nalga derecha le hizo reparar que en efecto se trataba de su teléfono celular, apresurado lo tomó para no perder la llamada, ¿cómo era posible que no se lo hubieran quitado, si lo habían revisado completamente?, rió para sí. “¿Por quince pesos me dieron esta madriza? No es posible,” se preguntaba y respondía a sí mismo.

“Bueno, ¿qué paso, en dónde estás, aún no llegas, cómo te fue?” era Herlinda quien no paraba de darle instrucciones, “no se te vaya a olvidar llevar el anticipo, acuérdate que si no lo llevamos hoy la modista no nos garantiza que nos lo entregue a tiempo,” seguía escuchando sin siquiera tomar tiempo para responderle, “bueno, en eso quedamos, cuídate, te quiero mucho,” escuchó por último el vacío que deja el corte de la comunicación; movió su cabeza riendo, “¡auch!, me duele mucho. ¿Cuántos madrazos me dieron?” cuando reparó se encontraba frente a una fuerte puerta de metal color blanca con una mirilla que observaba desde el interior, escuchó una voz preguntar: ¿Quién es?, “Jacinto, poli”, atinó a decir en forma automática, “jale la puerta,” le respondieron, se escuchó un zumbido intenso y Jacinto jaló con fuerza el picaporte de la pesada hoja de metal. “¿Qué te paso, por qué vienes así muchacho?” le preguntó un hombre de cabello níveo que lo miraba entre las arrugas de su cara detrás de sus gruesos lentes de pesado armazón, “nos asaltaron en el camión y por no traer nada me madrearon,” contestó irónico el joven. Toda la jornada laboral recibió la misma pregunta cientos de veces y con pequeñas variaciones respondía lo mismo, al mediodía, durante la hora del almuerzo, ya hasta bromeaba sobre la forma como había sido golpeado con el arma, de lo dichoso que se sentía que no le hubieran dado un plomazo, alardeando valor para ocultar el temor que transitó por su mente y los recuerdos de muerte.

Conforme avanzaba la mañana y con ella el día, el recuerdo se volvió un sueño, apenas y recordaba las indicaciones de Herlinda, el delicioso olor de los tamales de afuera del Colegio de Bachilleres, la



cúpula neón que cubría el polvo de los campos de futbol de las brujas. Mentalmente empezó a planear su ruta para llegar a La Lagunilla, primero pensó en caminar hasta el paradero del Metro Toreo e irse en Metro hasta Allende o Zócalo, de allí caminar sobre Isabel la Católica hasta el deportivo “Guelatao”, allí daría vuelta a la derecha en República de Honduras y habría llegado a *Diseños Melody*, o en caso, del Zócalo caminar sobre República de Brasil hasta República de Honduras; inicialmente le agradó más la idea de caminar sobre Brasil, le pareció más atractivo caminar a un costado de la Catedral Metropolitana, atravesar República de Cuba y mirar los portales de Santo Domingo, el edificio de la SEP y la aplastada esquina en donde tenía sus asientos la Santa Inquisición, afortunadamente, hacía muchos años. Otra opción que se apareció en su mente era tomar el camión sobre calzada San Bartolo o a la altura del panteón Sanctorum, aunque más tardado el viaje iría sentado desde el principio, pasaría por la colonia Antigua Argentina, del lado de la Delegación Miguel Hidalgo, hasta Carrillo Puerto y atravesaría por el Casco de Santo Tomás, último reducto de los estudiantes del 68 que fue tomado por vehículos militares de asalto, como si se estuvieran enfrentando a una fuerza similar. Tomar por el eje uno norte de Álzate para atravesar por Santa María la Ribera, colonia de alcornia en la época porfirista donde se establecían las casas de verano de la clase acomodada de aquellos años y cuyas casas afrancesadas, ahora, padecen en su mayoría la ruina del olvido y el descuido de sus dueños; colonia que se hizo vieja como la delegación Cuauhtémoc, que alberga las primeras construcciones a la caída de México-Tenochtitlán, después de la victoria española. Llegar a Buenavista, en donde se ubica la estación del tren que dejó de llegar a la ciudad de México, y que más bien pareciera un ser mítico, la mayoría de los adolescentes y niños lo conocen únicamente en fotografías o películas, gracias al cual se pudieron movilizar las tropas revolucionarias con sus pertrechos y víveres en el centro-norte del país; lo más parecido es el Metro que atraviesa las entrañas de la ciudad de norte a sur, de oriente a poniente y que mueve a la ciudad, pero que cuando hay una falla, la ciudad se paraliza, la gente no puede llegar a sus destinos y el resto del transporte público es insuficiente para atender la demanda de pasajeros.

Continuó su recorrido mental y llegó a la colonia Guerrero,

la idea le entusiasmó por las tostadas del mercado Martínez de la Torre o más tarde, rayando la noche, los Tacos del Campeón, “¿aguantaría un campeón?” se preguntó entusiasmado con la idea de ir a la calle de Sol tan sólo para hacer la prueba, aunque Herlinda lo acusara de serle infiel, lo cuestionara del por qué tardaba tanto en llegar a su casa, sonrió, valdría la pena el regaño, tan sólo por un campeón. ¿Porqué no entendía ella la importancia que para él significaba el mantener vivos ese tipo de lugares en esta ciudad en la que la aparición de los Malls y los centros comerciales estaba llevando a la extinción de los mercados populares; únicamente quería estar caminando y anhelando lo que le mostraban los escaparates del Centro Comercial Parque Lindavista, o el de Ciudad Satélite, ya no quería comer tacos del güero en la Calzada del Rosario esquina con Tierra Gris, o los esquites con patitas de pollo de Don Polo, o los tacos de tres Guerras a fuera del la tienda del ISSSTE en el Metro Balderas a espaldas de la Ciudadela; ahora sólo quería comer hamburguesas de *McDonald's* o *Burguer King*. Ahora ya no quería tomar cerveza en el Golfo de Tehuantepec, allá en Tacuba, o en el Mar de la Plata, en República de Cuba, “esos eran lugares para borrachos, apestosos a orines,” decía ella con cierta autoridad. Ahora sólo le aceptaba el trago en un Sanborns, por que el tecladista le daba cierta clase, y no la rocola de la cantina que tocaba pura música para borrachos; eso le entristeció, le perturbó por un momento, tomó su charola, se dirigió a la barra para depositar los platos sucios y se dispuso a salir, bajo la mirada de sus compañeras y compañeros del comedor de la fábrica para irse a formar a la larga fila, cobrar sus dos mil pesos libres de impuestos a los que se había hecho acreedor esa semana por trabajar ocho horas diarias normales y tres extraordinarias de lunes a viernes.

La sonrisa dibujada en el rostro era la mueca que permeaba la cara de todos los trabajadores en ese momento, la de algunos era de mayor satisfacción que la de otras y otros pero obedecía al ingreso que contaban al desengrapar los billetes del sobre. Un supervisor los apuraba para que se reincorporaran lo más pronto posible a sus actividades, Jacinto se acercó a él para decirle que esa tarde no se quedaría a cubrir tiempo extra, porque se sentía mal por la golpiza que había recibido en la mañana. El supervisor, palmeando su hombro, le recomendó que no se preocupara por ello, “lo principal es tu salud,” le dijo en tono amable,

“y ahora ve a seguir trabajando,” frase con la que cortó la conversación. Jacinto, con el paso más ligero se dirigió hacia su línea de producción para seguir con su monótona labor de todos los días, la cual realizaba de manera permanente durante 11 horas diarias. “Al salir le voy a marcar a Herlinda para decirle que me dieron permiso de no quedarme al tiempo extra, que si voy a poder ir a dejar el anticipo, así ella se queda con la niña y ya no tiene que salir,” mientras planeaba esto apretaba con su puño derecho los billetes que había recibido como paga, ellos representaban el primer paso para la fiesta de Natalia, aunque la misa, las invitaciones y los dulceros ya estaban hechos lo más importante para él era el vestido de su hija, no importa que tenga que pagar tres mil pesos, en dos semanas más podré terminarlo de pagar, lo importante es que mi princesa se vea bonita ese día, sonriendo para adentro atravesó la nave hasta llegar a su línea de producción. Tomó el patín y se dirigió a cargar una tarima con cajas de cartón, corto el fleje que las contenía y empezó a armar las cajas una a una, mientras lo hacía repasó el menú que Herlinda le había propuesto servir el día de la fiesta: mixiote de pollo para los niños y de carnero para los adultos, para ello tendrían que ir al rastro de avenida de las Granjas, último reducto de la Ciudad de México en el que se practicaba esa actividad pero que por resultar contaminante y anacrónico en sus métodos de sacrificio fue cerrado hacia unos lustros, a comprar la carne muy temprano, la hoja de maguey la irían a comprar al mercado de la Merced, centro de abasto de la ciudad hasta que se construyó la Central de Abasto en los rumbos de Iztapalapa y la actividad comercial se trasladó para aquellos lares; no obstante se seguían encontrando una gran variedad de productos a precios bastante accesibles, sobre todo para los pequeños comerciantes quienes surtían su negocios en este lugar. Lo vamos a acompañar de frijoles negros refritos, arroz a la jardinera, ensalada berros con aguacate y jugo de limón, de postre ensalada de bombones con cuadritos de duraznos en almíbar, lechera y crema Alpura; su dulcero para las niñas y los niños, pastel y un frutsi, creo que está completo. Sonrió satisfecho sin dejar de armar las cajas con la pila de cartón que había trasladado desde la bodega, “voy a comprar una botellas de tequila por si van mis cuates para echarnos una lagartijas, y a mi papá y mi suegro les voy a comprar su *Presidente*, para que se la pasen a gusto, va a ser un día muy especial y quiero que todos

estén a gusto, no quiero ver caras.”

Después de armar cientos de cajas llegó la hora de salida, Jacinto apuro el paso al reloj checador para marcar su salida en la tarjeta, había concluido una semana más, subió corriendo las escaleras que lo conducían hacia los vestidores, abrió rápidamente la puerta de su locker, se miró en el espejo que tenía colgando en la parte interna y a través de su único ojo abierto vio por primera vez desde la golpiza su cara amoratada, la hinchazón del pómulo impedía al parpado abrirse, era tan intenso lo amoratado que se parecía más al negro el color. Sonrió y se empequeñeció aún más la hendidura que por ojo presentaba, por primera vez en el día le dolió, no era un dolor físico era un dolor que emergía desde el fondo de su cuerpo, desde su alma, era orgullo, sintió coraje, juró que eso no le volvería a suceder; de su ojo abierto emanaron un par de lágrimas, de inmediato las limpió, miró de reojo para cerciorarse que nadie lo había visto, miró su chamarra de pana manchada de rojo, era la sangre que se había limpiado, no estaba en condiciones de uso, la dobló cuidadosamente y la guardó en una bolsa de plástico, se puso su camisa, sus jeans, guardó su uniforme de trabajo y se aseguró de cerrar bien la puerta del locker, caminó hacia la puerta de salida de la fábrica, dirigió sus pasos a la avenida Primero de Mayo, abordó una camioneta con dirección al Metro Toreo, descendió en el andén J, y bajó rápidamente las escaleras para ser devorado por la tierra, allí se sintió a salvo, fuera del alcance de los asaltantes, allí entre tanta gente pensó que la probabilidad de que a él le tocara nuevamente ser asaltado se reducía considerablemente. Había elegido ir en Metro al Centro Histórico de la Ciudad de México, la urbe más poblada, con todos los problemas característicos de las mega ciudades, siendo la delincuencia el más lacerante, pero también con su antídoto, la credibilidad de sus pobladores que se reponen de inmediato ante los ultrajes de todo tipo de delinquentes, los de la calle y los que se hayan enquistados en el poder político y económico.

## CRÓNICA CIUDADANA, POR QUÉ OLVIDAR NUESTRA HISTORIA

José Luis Silis Manrique

*A mis hijos Gerson, Kevin y Gael  
para que siempre se sientan orgullosos  
de la historia de su país y de sus orígenes,  
a las y los niñas y niños, jóvenes de nuestro Barrio  
que tiene mucho héroe que admirar.*

*A Arcelia que me apoya en todas mis locuras, a mi Barrio.*

La colonia Morelos situada en la Delegación Cuauhtémoc en el Distrito Federal con su afamado Barrio de Tepito, guarda una invaluable variedad de crónicas y relatos que van desde lo paranormal, sorprendente, urbano, histórico hasta lo cómico y político.

No podemos dejar pasar de lado esta oportunidad de expresar un poco de lo que este baúl de riquezas culturales y sociales representan ante la ciudad y el país, pero que a falta de un interés en principio vecinal de arraigo y defensa de sus raíces.

Pero también de programas o estrategias gubernamentales que apuesten por usar la historia de la comunidad y su cultura como un arma infalible para combatir la situación especial de violencia y actitudes sui géneris de diversa índole que a diario se viven en nuestra comunidad, delincuencia, adicciones, prostitución, violencia intrafamiliar entre otras.

Por eso esta crónica busca hacer su humilde contribución y va dedicada con mucho aprecio a mis amigas y amigos, vecinas y vecinos gente noble, buena y trabajadora de esta comunidad que a diario se la rifa para llevar el sostén alimenticio a su familia y que lucha por ganarle el paso día a día a la maldad empíricamente hablando.

## **El Águila Que Cae, ¿en verdad cayó?**

En el barrio de Tepito de la colonia Morelos de esta Delegación Cuauhtémoc.

No hay figura de las que se han mencionado a lo largo de estos años de su historia tan menos conocida entre sus habitantes (sobre todo de las nuevas generaciones), como la de el último tlatoani mexicana de México-Tenochtitlán: Cuauhtémoc, último emperador Azteca.

Como paradoja de su historia, el pueblo del sol nació con el agua y en ella se desvaneció. Su gran aliada desde tiempos inmemoriales por un momento se convirtió en el ariete de los españoles y en ese instante se consumó la caída del imperio azteca. Canales, diques y calzadas operaron en su contra y fueron testigos de su triste fin.

Hernán Cortés inició el sitio de la ciudad de México el día 30 de mayo de 1521. Como era previsible, cortó su principal suministro de agua: El acueducto de Chapultepec y aprovechó la profundidad del lago de Texcoco para botar trece bergantines que construyó con ayuda de los pueblos indígenas enemigos de los aztecas.

Cuauhtémoc, último rey Mexica, logró reunir trescientos mil hombres y preparó la defensa de la plaza acopiando víveres, levantando fortificaciones, aumentando las cortaduras de las calles de tierra y quitando los puentes que unían a las principales calzadas de la ciudad con tierra firme, dejando abierta la del Tepeyac a través de la cual recibían alimentos hasta que los españoles cortaron la última salida, y Tenochtitlán quedó completamente aislada.

El 13 de agosto de 1521 (fecha registrada como la de la aprehensión de Cuauhtémoc), luego de setenta y cinco días de sitio, la legendaria Tenochtitlán sucumbió ante el embate de los españoles y los miles de indígenas que se unieron al Conquistador para terminar con el yugo del imperio Azteca.

No quedó piedra sobre piedra. Cortés avanzó difícilmente entre los escombros de las casas señoriales y los palacios que lo habían maravillado en noviembre de 1519. La muerte impregnaba el ambiente.

Esta zona es cuna original, diría yo, de manera personal de nuestro México y es, precisamente, en la colonia Morelos donde resumimos esta crónica.

Existe una calle llamada Plaza de la Concepción Tequipehuca o Tequipeuhcan, misma que tiene una iglesia que lleva el mismo nombre y cuyo significado es: “Lugar donde empezó la esclavitud”.

Pues aquí fue hecho prisionero el emperador Cuauhtémoc el 13 de agosto de 1521, y de ahí llevado a su famosa tortura (la quema de pies); además, siguiendo de frente hacia Tlatelolco en esta misma calle Constanca esquina con calle Santa Lucía existe una placa alusiva a la frase dicha en este lugar por Cuauhtémoc a Hernán Cortés.

“Quítame la vida con tu puñal, ya que no pude perderla defendiendo a mi pueblo”.

Este hecho fue descrito por el propio Hernán Cortés en su tercera carta de relación a Carlos I de España:

*“llegóse a mi y díjome en su lengua que el ya había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse así y a los suyos hasta venir a aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y lo matase”.*

(Tercera carta de relación de Hernán Cortés, de acuerdo al cronista Francisco López de Gúmara.)

Esta magnífica historia es conocida por pocos, aunque más por nuestros adultos mayores; basta con encontrar a uno que circule por la calle y le preguntes: ¿sabe que hecho sucedió en la Iglesia de la Conchita? (como le llamamos en el barrio), y al momento con luz en sus ojos comienza a volar su relato con orgullo de este hecho aquí sucedido.

Pero ¿por qué no lo sabe su población? Actualmente el barrio se ha vuelto sólo una imagen comercial y de violencia, la nota roja de siempre, donde nuestras nuevas generaciones quieren ser comerciantes o narcotraficantes, derivado de las situaciones que en cada familia se viven, y poco o nada saben de la historia de su comunidad.

Sin embargo, pregúntales de el Roñas, el Tuercas o el Tribilín y te dan detalle de lo acontecido y de las broncas que hay en cada calle y con cada individuo, Tepito y su gente es más que esos personajes nuevos, es más que la Santa Muerte, es más que la delincuencia y el narcomenudeo, TEPITO ES TEPITO, grande.

Como verán, este hecho sucedido con Cuauhtémoc habla por sí solo de la importancia de preservar esta historia entre sus habitantes,

sobre todo de nuestras niñas y niños, nuestros jóvenes que no tienen idea de esta magnífica historia y suceso acontecido debajo de sus pies en este territorio, por demás polémico.

Estos hechos son muestra de que no todo es nota roja en Tepito, deseamos transmitir a todos y cada uno de sus habitantes (sí, lo sé, es difícil), el orgullo de estar en la cuna de un hecho que en definitiva fue un parteaguas en la historia de este país; hagamos pues lo propio y que este mini relato contribuya a difundir y preservar, pero sobre todo sirva para buscar más de nuestras raíces.



## CRÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO ENTRE 1948 Y 2011

José Heleodoro Rivas Sánchez

Esta crónica refleja algunos de los detalles ocurridos en la ciudad de México, Distrito Federal, durante los años de 1948 al 2011, tal vez, los más relevantes para la ciudadanía que por suerte han vivido este periodo de tiempo y que hoy, tengo la oportunidad de describir en estas pocas líneas, y pueda contribuir en que se manifieste el carácter de unidad que identifica y caracteriza a los habitantes de la ciudad, y del Pueblo Mexicano en general, sin hacer de menos su sentido de solidaridad en momentos difíciles, su alegría, su amabilidad, su generosidad, su hospitalidad, su modo y forma de vida, su economía, la política y su evolución; las transformaciones constantes que cada día se dan en forma dinámica en la ciudad, que nos permite hoy, tener una de las ciudades mas grande y bella del mundo, así como una de las mas pobladas con las problemáticas que esto representa.

Los siglos XIX y XX, para nuestro país, se caracterizaron por guerras y pobreza, inestabilidad y constantes luchas para generar un país donde su población tenga prosperidad y seguridad de vida, por ello han sido constantes y muy fuertes las transformaciones, en lo político, económico, cultural y educacional, siempre basados en el sacrificio del pueblo oprimido, con el factor preponderante del abuso y desprecio de las clases gobernantes y ricas de sus distintos momentos históricos, momentos que hicieron que las clases pobres se revelaran y se manifestaran su desagrado, generando las protestas sangrientas y mal enfocadas, y lo que es peor, resueltas por algunos líderes oportunistas en cada una de sus intervenciones y usando el engaño al pueblo, que con la bandera de lograr una equidad de bienestar económico y lograr un nivel de vida más favorable en el ciudadano común y corriente y sus familias, que lo único que quieren es trabajo y poder ofrecerle a sus hijos alimento, un

techo y educación que les permita salir de la pobreza, siempre le ofrecen nuevos sacrificios, similares al que se le hace a los equinos, que le ponen algo de comida atada a una rama y está atada a la cabeza del animal a una distancia conveniente y que al verla pretende alcanzarla y así camina, pero nunca llegará a ella; de la misma forma nuestro pueblo quiere trabajo, sí, un buen trabajo, bien pagado, donde su esfuerzo tenga como recompensa el bienestar en su familia, pero parece estar tan cerca y está tan lejano, que parece que nunca lo alcanzará.

Después de las grandes contiendas y ajustes de guerras internas y de intervención, el país, su gente y sus recursos naturales llegan a la segunda mitad del siglo XX, como es natural, en una posición de máxima pobreza pero con una gran fuerza de unidad patriótica, sigue a su manera en su lucha constante, las clases políticas y ricas siguen regalando y recibiendo concesiones para ser más poderosas y las masas populares más pobres, el sindicalismo apareció en la historia del país y por un momento se pensó que este mecanismo daría un cambio, y se generaría un país con mejores condiciones de vida; terminaba la Segunda Guerra Mundial y aunque no mejoraba notoriamente el progreso, se incrementó paulatinamente la economía, el comercio y la industria, pero casi nada la educación, las familias de las clases trabajadoras vivían en vecindades, donde además de las familias particulares, que eran muy unidas, existía una fraternidad con las otras familias del vecindario y así se integraban fuertes lazos de unión, ayuda y cooperación solidaria y este efecto se proyectaba a nivel del barrio y también en las colonias que integraban a la ciudad de México. Sin embargo, como principio de mejoría ya existía un ambiente de libertad y respeto, la ciudad no llegaba al millón de personas y aunque el partido político PRI ya había tomado las riendas de la dirección del país, ya existía un pequeño grupo de pequeños partidos políticos que formaban la oposición y aunque no podían luchar en igualdad de fuerzas; hacían un esfuerzo por lograr negociaciones de contrapeso en los pactos del país y su gente, de tal forma que se tenía un pequeño beneficio para la ciudadanía y para el desarrollo de sus estados, municipios y localidades, prueba de ello, se dio en el año de 1957, cuando un sismo causó daños de importancia y el ángel que coronaba el monumento de la Independencia se cayó, la población en general, auxilió a los afectados y se manifestó un duelo por los caídos en desgracia.

La ciudad y su población crecieron, la infraestructura de la ciudad se transformó y su dimensión con el surgimiento de nuevas colonias dio alojamiento a nuevos colonos llegados de todos los puntos del territorio nacional, llegando a una población de más de cinco millones de personas en 1960, mismas que encontraron una forma de vida dentro de la ciudad; trabajo, casa y comida fueron su objetivo y lo alcanzaron en el Distrito Federal, que era de los pocos lugares de desarrollo acelerado comparado con otras ciudades del país, en cuanto a la educación las cosas mejoraron pero existían muchas necesidades que se veían lejos de lograr. Para el año de 1968, ya existía inestabilidad política y fue en el medio estudiantil de esa época donde germinó el descontento y se manifestó en protestas y peticiones de negociación, aún estas nunca fueron cumplidas, a cambio de esto se asesinó en los multifamiliares de Tlatelolco de la ciudad de México a los manifestantes por parte del Ejército, en nombre y por órdenes del gobierno en el poder, comandado por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, y se impuso el control a la población y acentuó el control a las clases trabajadoras y estudiantiles, amarrando el poder y limitando el crecimiento de nuevas protestas del pueblo; llegaron los juegos de las Olimpiadas y con las fiestas de este tipo a nivel mundial, en pocos días se diluyeron los acontecimientos pasados y se pasaron sin darles importancia.

En los regímenes de los siguientes presidentes de la Nación de 1970 a 1982 fueron de Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo y por supuesto del partido político PRI en el poder, hasta inicios de la década de los 70, el país sufrió el incremento del nepotismo, la corrupción y la ley del más fuerte y poderoso, surgieron nuevos ricos y llegaron a generarse grandes imperios económicos, nacidos por concesiones y favores a familiares y amigos de los políticos en turno, los negocios turbios, tuvieron florecimiento y protección, los industriales y comerciantes, lograron condiciones de privilegio, algunos inconformes con la política que se tenía y las afectaciones a intereses particulares, dieron como resultado que algunos capitales importantes se fueran del país, entonces, la solución a la problemática nacional, se encontró en el endeudamiento de la Nación y se pidieron al Banco Mundial grandes préstamos internacionales para cubrir las necesidades del país en cuanto a sus egresos, ya que existía una alta falta de ingresos o estos no eran

suficientes; agregamos también las hipotecas del petróleo a futuro, la banca en manos de extranjeros y la nacionalización de la banca, todo esto dio como resultado una devaluación de la moneda nacional, tan fuerte, como nunca la habíamos tenido en México. Prácticamente el país estaba en la banca rota, los partidos políticos de oposición crecieron y se hicieron más fuertes, aun así, el PRI se mantuvo en el poder y el pueblo mexicano soportó eso y aún tenía que soportar más, pero siempre ha continuado su camino al progreso.

Ejemplos de los malos manejos de las clases en el poder político y económicos de los años siguientes se presentaron sin ninguna consideración al país y a su gente; más sin embargo, siempre ha existido el gran poder del pueblo, en su solidaridad y fuerza de unidad, un pueblo que está acostumbrado a luchar contra la adversidad, en el gobierno del Lic. José López Portillo se anunciaba que el pueblo iba a disfrutar de la riqueza y el bienestar, y lo que recibió fue el endeudamiento e hipoteca de la Nación, y todo por un error de cálculo, y el que dijo que defendería el peso nacional como un perro, al final de su mandato, salió de la presidencia con la cola entre las patas y chillando como un perro, pero a muchos de sus colaboradores, industriales, comerciantes y banqueros, los dejó más ricos que nunca.

En el siguiente mandato, el del Lic. Miguel de la Madrid (1982-1988), en México hasta el más pobre era millonario, ya que a la moneda nacional se le agregaron tres ceros, todos eran millonarios pero el poder adquisitivo de su dinero era casi nulo; eran millonarios pobres, esta maniobra financiera, permitió un engaño mayúsculo al pueblo y se dio un efecto psicológico en las masas populares y el olvido o resignación de la situación económica individual y familiar, pero que a la larga, tendría sus consecuencias. Este periodo de Gobierno parecía que ya había hecho su trabajo y las cosas estaban bajo control, pero fue marcado por tres acontecimientos muy importantes: el primero, por un error humano, que ocasionó un gran incendio en San Juan Izhuatpec, en el que muchos ciudadanos que vivían en los alrededores de esa población, pagaron con su vida, otros con lesiones que los marcaron de por vida y muchos otros más con la pérdida de sus casas y sus bienes; en esa ocasión, se presentó la solidaridad del pueblo y muchos auxiliaron a los ciudadanos en desgracia, mostrando un profundo sentimiento

de unidad nacional. El segundo acontecimiento importante, para esta ciudad de México, D.F., fue el que la naturaleza desató por medio del terremoto famoso del 1985, donde la ciudad casi en su totalidad sufrió millares de pérdidas humanas, infinidad de personas dañadas física y moralmente, pérdidas en los bienes materiales, en algunos casos irreparables y pérdidas incalculables en la infraestructura de la ciudad; en ese momento de angustia y desesperación, la población en general, reaccionó con rapidez y valor sin precedente, auxiliando a todos los ciudadanos afectados, removiendo escombros y arriesgando en muchos casos su propia vida para rescatar a un ser humano, en un gran sentido de solidaridad y humanismo, todos los rescatistas y afectados formaron una gran familia, la familia mexicana; en ese momento, también se vio la falta de intervención oportuna y eficiente del gobierno y el pueblo mostró su repudio. El tercer acontecimiento, fue que algunos políticos de esa época, como el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas, militante del partido político PRI, en ese momento, renunció a ese partido, y fundó el Partido de la Revolución Democrática (PRD), partido político con definición de izquierda, de lucha y con gran aceptación popular, un partido político que representa al pueblo y su incansable lucha por la equidad, el progreso, la cultura, la educación y su economía, un partido del pueblo.

Desde el inicio de las actividades del PRD, se logró integrar una increíble fuerza de apoyo y se unieron a él una gran cantidad de simpatizantes, llegó el proceso de elecciones para la presidencia de la Nación y las legislaturas de Diputados y Senadores del periodo 1988 a 1994; durante el desarrollo de las votaciones de ese acto civil, se manifestaba una gran tendencia por el triunfo del PRD y su representante el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas, pero, por arte de magia y con todos los indicadores en su contra, llegada la noche del cierre del conteo de las votaciones, el equipo de cómputo encargado de registrar a nivel nacional el conteo final, sufrió una “descompostura técnica”, que después de ser reparada, indicaba que el PRI y su representante el Lic. Carlos Salinas de Gortari, había ganado las elecciones; se impugnaron las elecciones, las urnas de los votos se depositaron en la Cámara de Diputados y se resguardaron por el Ejército, pocos días después, un incendio destruyó el almacén donde estaban los votos, que se contarían y darían como resultado la cuenta definitiva de la votación ciudadana. Al respecto, en

disputa, pero ya sin ellos, sólo se negociaron y el PRD, el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas y el pueblo, habían perdido la presidencia y la oportunidad de que el pueblo llegara al poder.

Como era de esperarse, en el periodo del presidente Lic. Carlos Salinas de Gortari y del PRI en el poder, se incrementó el nepotismo, el favoritismo, el compadrazgo, e influyentismo, los malos manejos y las negociaciones en este periodo dieron surgimiento a nuevos ricos y un pueblo más pobre; es necesario decir que para esta época, la población en la ciudad de México, D.F., casi llegaba a los 18 millones de ciudadanos, la infraestructura ya se había recuperado y mejorado en cuanto a vías de comunicación, pero la infraestructura de gobierno era la misma y las condiciones de vida para el pueblo no mejoraron en forma significativa, lo que incrementó el disgusto del pueblo, que seguía buscando alternativas de cambio. Los partidos políticos PRD y PAN crecieron y lograron posicionarse en los estados de la República y también en las Cámaras de Diputados y Senadores, lo que ya para ese momento representaba una fuerte oposición a los mandatos presidenciales y del partido en el poder, el PRI, dentro del mismo partido, casi al final del sexenio, nombraron a un candidato que se ganó la simpatía del pueblo y representaba una fuerza renovadora y posiblemente confiable para el pueblo, lo mismo que significaba una lucha difícil de vencer, para los partidos de oposición, PRD y PAN, el nombramiento del Lic. Luis Donaldo Colosio por el PRI, daba pocas esperanzas de triunfo en el PRD y el PAN, pero sí de crecimiento a nivel de estados y Cámaras. En el desarrollo de las campañas previas a las elecciones fue asesinado el Lic. Colosio y ese acontecimiento enlutó a todo el país, inmediatamente fue nombrado el nuevo candidato del PRI, el Lic. Ernesto Zedillo, para el periodo presidencial de 1995 a 2000, la muerte de Colosio, llamó la atención al pueblo en el partido político PRI y así se manifestó en las elecciones, pronto se olvidaron del mártir Colosio, y fue así como se mantuvo el PRI, otro sexenio en el poder. Este mandato fue un sexenio mediador y sin pena ni gloria, pero sí de mucha lucha política y de crecimiento en los partidos de oposición.

Misma lucha, que al final del periodo Presidencial, dejó al partido político PAN en el poder y marcó, como bandera, el cambio. Se pretendía un cambio importante con el presidente Vicente Fox para el periodo 2001 a 2006, quien fracasó una y mil veces, y convirtió lo

mas serio de un país y su política, en pachanga y desprestigio. Durante su mandato, las esferas de los industriales y comerciantes crecieron y se enriquecieron desmedidamente, pero el pueblo se llenó de frustraciones; El PRD incrementó su fuerza, la caída del PRI y después de aguantar al PAN y a su bufón, el nepotismo y una política por sexenios de repetición, el cambio no se dio en las condiciones de vida del pueblo, se presentaba un momento ideal para llegar al poder y el PRD con un candidato ideal para llegar, por fin, a la Presidencia y con él, el pueblo y los cambios a su favor, se nombró al Lic. Andrés Manuel López Obrador, y se inició la campaña de lucha por la presidencia de la República. Llegaron las elecciones, los marcadores de registros de votos mostraban un triunfo indiscutible por una diferencia que no dejaba duda alguna, pero al igual que en un tiempo atrás el PRI lo había instrumentado, el Partido en el poder, el PAN, en ese momento aplicó ese mismo procedimiento y por arte de magia política, el PAN y su candidato, el Lic. Felipe Calderón, ganaban las elecciones, la presidencia de la República y el DESCONTENTO del PUEBLO, para el periodo de gobierno de 2006 a 2012.

Este periodo de gobierno, que se abanderó como el “presidente del empleo,” ha sido un rotundo fracaso y lo que menos tiene el pueblo es, precisamente eso, EMPLEO. Por su puesto, poco avance social, económico, cultural y de seguridad, este gobierno se ha enfrascado en una lucha interna contra las mafias de la narcoindustria y su comercialización en el interior del país y a nivel internacional; estas guerras, han creado un nivel de inseguridad y falta de garantías que ha hecho que los grandes capitales, industriales y comerciantes y de servicios, se retiren del país y aunque regalen la mano de obra, malbaraten los recursos naturales de la Nación y se les otorguen condiciones privilegiadas en todos los sentidos, la inseguridad es cada vez mayor y no se logra que inviertan en nuestra Nación, que llegue el empleo, nuevas tecnologías, el desarrollo integral y el bienestar para los mexicanos. El PRD sigue su lucha y su crecimiento, cada día se posiciona con mayor fuerza y pronto se darán las condiciones para llegar al poder, recordar que es un partido político muy joven, pero ya con muchas heridas y huellas de la intensa lucha diaria, donde se conjugan intenciones, ideas y acciones, que aunque en momentos no son identificadas en lo interno del partido, como unificadoras en la filosofía que mueve a sus integrantes, todos y cada uno, están peleando

y dejando su esfuerzo y vida, por llegar a dar al pueblo, un mejor nivel y condiciones de vida.



## CRÓNICA DE UNA MAÑANA ANUNCIADA

Jorge Ramos Lemus

Son 8:30 de la mañana, estoy parado en el andén sin rebasar la línea amarilla, no sólo por precaución, sino porque hay mas de 20 personas frente a mi quienes han podido obtener ese lugar privilegiado que casi les asegura su viaje en el próximo convoy a Barranca del Muerto; ésta es la estación Tacuba de la línea siete, construida con el más puro acento ochentero a base de un túnel de dovelas de concreto y una gran bóveda rectangular en la que el sonido del Metro genera un eco muy particular. Desde aquí se escucha el barullo de los comerciantes de la explanada del mercado de Tacuba, ya que ésta estación parece tener el último contacto con el exterior antes de sumergirse en sus 35 metros de profundidad característicos, de la línea siete. Confundido en ese barullo externo por un momento parece que escucho las poéticas palabras del gran pensador mexicano Chava Flores que me dicen: “Voy en el Metro que grandote, rapidote y segurote, que diferencia del camión de mi compadre Filemón que va al panteón.” ¡Oh, Chava!, tú que viste en el Metro ese sistema que habría de acabar con todas las vicisitudes del transporte defeño, ojalá hubieras sabido que el Metro sería no sólo un signo de atracción y de modernidad nacional, sino un emblema de la agridulce tragicomedia chilanga!

Llega el Metro y comienza la batalla por un lugar, es por parte de aquellos que quieren entrar y se olvidan que hay otros que quieren salir; apretones, codazos, llaves de lucha, contorsiones y por qué no, insultos quejas y mentadas de madre (sólo mentales dada la situación actual). En este acontecer, decido por primera vez en muchos años abstraerme a esa maraña de actitudes y ver al Metro desde otra perspectiva, desde un punto lejano en el espacio ubicado a centímetros de distancia de todo aquello; camino hacia atrás, y con un toque crítico y profundo digo para mis adentros, ¿qué chingadera es ésta? ¡Vámonos al averno!, y a pesar de

tener mi junta comercial de las 9:00 a.m. en Polanco, decido por esta vez olvidarme de ella, evitar los empujones y mentadas, y sólo observar como testigo silencioso lo que acontece.

En este relajamiento voluntario, vienen a mi memoria mis tiempos de estudiante en los que el Metro no sólo era un obligado medio de transporte, si no un medio idóneo de contacto y socialización. A mediados de los 80, principios de los 90, sin la existencia de redes sociales, con un excipiente servicio celular y sin tanta inseguridad, el Metro se tornaba ese espacio de encuentro azaroso y casual en el que la técnica de evitar las horas pico y tomar un asiento, era el comienzo de un método de acecho muy eficaz , ya que con clásico movimiento de ceder el asiento a una bella moza y esperar el consecuente “¿te ayudo con tus cosas?” se podía en pocos minutos y sin tanto esfuerzo establecer una pequeña conversación que normalmente se convertía en amistad y eventualmente en... ¡algo mas!

Hoy es tan insegura la ciudad de facto o de irrealidad histórica, que nadie se atreve a hablarle al otro en el Metro. Un sentimiento de desconfianza se ciñe sobre las mentes de los paseantes que ha hecho del viaje un silencioso medio de evasión colectiva, solamente rota por la aparición fortuitamente obligada de vendedores que a todo pulmón hacen las mejores ofertas de CD's, juguetes, artículos de papelería, golosinas, etc., todo por tan sólo diez pesos.

En tanto llega el siguiente tren, observo como absorto renegado a ese mar de gente que nuevamente vuelve a llenar el andén, parece una especie de tsunami de carne que de una manera ordenada, silenciosa, reflexiva, ocupan su lugar con la esperanza de quedar cerca de la puerta del siguiente vagón. Este es el momento en que se antoja darle un aspecto romántico a esta crónica y hablar de las diferentes clases sociales, ideológicas y de culto que se reúnen en el Metro, de hablar de lo democrático de este transporte donde lo mismo recibe un empujón el rico que el pobre y una buena torteada la guapa que la fea, hablar de cómo se funden las masas de tal forma que resulta difícil distinguir diferencias en los individuos que la conforman, hablar de lo práctico que es este bello sistema; sin embargo, no es así, las caras de esas personas que esperan impacientemente reflejan que no están pensando en lo bella que es la vida moviéndose en el Metro, sé que muchos anhelan comprar un

coche, otros simplemente resignados no piensan en ello porque no hay de otra, “así les toco vivir.”

Y sin embargo, yo que estoy ajeno a esa masa me pregunto: ¿Qué sería de nosotros sin el Metro? Mi piel se enchina, un escalofrío me inunda, y decido cambiar el tema y pensar en otra cosa.

Ha llegado otro convoy y yo sigo metido en mi contemplación y eventualmente en mis recuerdos, veo a la masa y me pregunto cómo ese hombre de traje negro hará para abordar con ese pesado portafolio que le cuelga del hombro; en un momento él fundirá su cuerpo en ese mar de gente, será uno con el *nerd* de cabello corto, de *jeans* planchados y camiseta ecologista que intenta leer su libro de texto; con la señora de axila descubierta que intentará asirse del tubo transversal y expelerá en consecuencia ese olor característico de la clase trabajadora por todo el vagón; con la chica flaca de buen ver que con su elegante traje sastre intentará evitar que su espacio vital sea violado al menos en este próximo viaje. Todo lo demás que miro son hombres y más hombres, todos rudos, tozudos, acostumbrados a estos avatares ya que su fuerza física y de carácter han hecho la diferencia en su vida y hoy ésta les ayuda a lograr un lugar dentro del vagón.

En pocos segundos, en lo que estuvo abierta la puerta del tren, hombres y mujeres han podido lograr su cometido y como por arte de magia o más bien por medio de un caos consciente, han podido ocupar su lugar; todos juntos fundidos sintiendo el uno la presencia del otro, sin pudor, sin prejuicios, juntos compartiendo esa desgracia, la de no tener coche y no tener más remedio que usar el Metro en la hora pico.

El tercer convoy se acerca, el andén en una especie de respiro inesperado está semivacío, y al llegar el Metro otro milagro, el tren viene casi vacío también, sólo me resta agradecerle simbólicamente al centro de comando y control del sistema colectivo el haber mandado este carro en tres y no en ocho minutos como lo marca el manual de operación que, como un regalo lo recibimos quienes que como yo en este momento, no deseamos confundirnos con esa masa amorfa de las horas pico.

Entro al carro, me coloco en esa puerta lateral que nunca abre en esta línea, bueno casi nunca, mi viaje va a ser corto pero mi percepción mucha, el Metro no está lleno, ¡aleluya!, y se ha tornado nuevamente en ese el lugar de encuentro que he recordado y por qué no, añorado.

Se ve gente relajada, los más sumergidos en sus pensamientos, los otros en los brazos de Morfeo, cuyas cabezas giran conforme los frenados y acelerones del tren. Los menos leyendo, ayudando a subir la estadística de lectores del país, van ajenos a esta realidad y sólo piensan, imaginan y opinan sobre lo plasmado en el texto y yo, en mi cápsula de cristal lejos de todos ellos.

Llegamos a Polanco y, ¡chin!, la escalera eléctrica está averiada, pienso que un poco de ejercicio no me caería nada mal, y a la mitad de la escalera normal ya sin aliento, maldigo a los de mantenimiento del Metro, pero un rayo de claridad cruza por mi mente, y me pregunto: ¿Quién hace que todo esto funcione?, ¿con qué presupuesto?, me callo mentalmente y sigo subiendo, mi suerte ha cambiado, la segunda escalera eléctrica sí sirve y una bella rubia se coloca a mi lado, añoro mi coraje de hace 20 años, ya que sólo la dejaré pasar como es ahora mi costumbre. Al tratar de salir, la avería en la escalera ha provocado que los paseantes se aglutinen en los torniquetes de salida, todo mundo trata de salir por un estrecho de cinco torniquetes insuficientes para tanta gente, los más ávidos o más desesperados se abalanzan sobre los torniquetes de entrada que por motivos de seguridad no están asegurados en el sentido inverso al de entrada y por lo tanto los usan para salir, con asombro veo que la medida funciona, no sabía que esto podía hacerse y creo que el policía de la estación tampoco porque con cara de espanto intenta impedir que la gente salga por ahí; pobre “polizonte” tu único momento de poder y fuiste sobrepassado por la voluntad de la gente que está a punto de llegar tarde a su trabajo y que ya no creé en el poder de facto.

Estoy a punto de salir, por fin, una luz se ve al final de la escalera y respiro el aire fresco de una mañana de marzo en la víspera de la primavera, inhalo profundamente en una especie de suspiro, siento el aire entrar por mi nariz y toda esta belleza se ve opacada por ese olor característico de la clásica salida del Metro, me huele a tacos, garnachas, llanta quemada, smog, agua sucia, “que rica en olores es la ciudad de México”, me digo como consuelo.

Y para no olvidar mis otros sentidos oigo el estruendo de los camiones que van por Horacio, los gritos de los merolicos modernos (dígame vendedores ambulantes), mi vista se regocija en la bellas figuras de edecanes que reparten una caja azul con blanco muy llamativa,

estiro mi mano sin ver la caja claro, solo los bellos ojos aceitunados de la chica, su mirada me muestra extrañeza, bajo la mirada veo la caja y leo la palabra *Tampax*, me río, rasco mi cabeza, camino, no sin seguir observando: Tacos de canasta, el lustrador de calzado, el señor de los tamales, huelo el humo de los carros y siento el sabor amargo y dulce de la mañana, percibo lo que es mi única realidad, gente, gente y más gente, dejo de resistirme, rompo mi burbuja y me sumerjo en ese mar, nuevamente soy gente, y sigo caminando.

## CRÓNICA DE UNA TARDE EN PASEO DE LA REFORMA

Beatriz Ramírez González

Tarde del domingo 13 de agosto. Histórico año electoral de 2006. Mario y yo decidimos ir a los campamentos de apoyo a Andrés Manuel López Obrador en Paseo de la Reforma, ver lo que tanto mencionaban los medios de comunicación. Desde el día 30 de julio el candidato presidencial del PRD propuso un plantón indefinido del Zócalo al Periférico, hasta que el TEPJF se comprometiera a limpiar la elección.

Llegamos en taxi a Periférico y empezamos a caminar. La primera impresión de sorpresa nos la dieron esos grandes enlonados, y bajo ellos gran cantidad de casas de campaña, mesas, sillas y algunos enseres necesarios para vivir, literalmente, ahí. Ese sí que era un plantón, que se nos reveló en cifras cuando por un altavoz alguien dijo: “este es el plantón más largo que se ha hecho en la historia de México, mide más de ocho kilómetros”. ¡Ocho kilómetros!, pensamos con asombro, porque nuestro propósito era recorrerlo todo. En fin, que seguimos caminando.

Al cruce con Periférico se escuchaba el claxon de algunos coches. Mario me dijo que eran mentadas para los del plantón, yo le dije que me parecían expresiones de apoyo; cuando volvió a escuchar el tono me dio la razón. Sentí gusto de ver y oír esa manifestación de respaldo.

La verdad es que se me antojaba mucho sentarme a comer con ellos; en sus improvisadas cocinas había grandes ollas y cazuelas de comida suficientes para todos y más, y en la que seguramente, no importando lo que contuvieran, el ingrediente principal era la solidaridad.

Una sonrisa marcó nuestro rostro cuando vimos, a la altura del Museo de Antropología, una manta que decía PEJETEPEC. Seguimos caminando y las tantas leyendas y alusiones plásticas a Andrés Manuel López Obrador justificaron aquel nombre. Pero pensé: el territorio donde se apoya a este señor se extiende mucho, pero mucho más allá del

Paseo de la Reforma y de la Plaza del Zócalo de la ciudad de México, va de mar a mar.

De repente el cielo dejó caer gotas, pero no salpicando nada más, llovía de a veras. En las lonas se acumulaba el agua, luego la tiraban empujando con una escoba en el centro, el torrente se unía entonces con el río que corría por el piso y que amenazaba con mojar los catres y camas improvisadas en las casas de campaña. Nos detuvimos en una carpa bajo la cual un grupo de personas sentadas frente a una televisión, ignorando por completo la lluvia, veía un documental sobre la influencia que los medios de comunicación ejercen en las personas. Entonces pensé: aquí crean conciencia y también educan.

Como nos pareció que la lluvia no cesaría pronto decidimos continuar, aún cuando a tramos, a veces muy largos, nada nos protegía. En mi interior sentí gran gozo, ¡hacia tanto tiempo que quería caminar bajo la lluvia! Y me causó mayor satisfacción que fuera en ese lugar, a lo largo del plantón de Reforma.

Completamente empapados nos detuvimos cuando escuchamos a un grupo tocar bajo una lona que apenas los cubría, hubo un palomazo del saxofonista de *La Maldita Vecindad*, a quien yo veía a través de la cortina de agua que caía de la lona bajo la cual estábamos. Escuchamos una canción más y seguimos; a unos pasos estaba la avenida Juárez. Aquí me llamó la atención una tina metálica llena de elotes que hervían sobre un bracero; se me antojaron pero el marchante no estaba cerca, la lluvia lo espantó. Quizá pronto la lluvia iba a derramar el agua de la tina.

Ya llevábamos varios kilómetros de recorrido. Juárez se volvió Madero.

Los eventos culturales eran variados: grupos de rock, tropicales, solistas de balada u ópera. Talleres de cerámica, reciclado, pintura. Mesas con diversos volantes, fuentes de información para entender el movimiento de resistencia civil pacífica, la causa del plantón.

Finalmente llegamos al Zócalo, ya era de noche, nuestra ropa no podía absorber una gota más de lluvia y el frío que sentíamos se disipó un poco cuando pasamos entre las carpas llenas de gente, de catres, de cobijas, de compañerismo. Sentí un poco de envidia, quizá también de desánimo, por no ser parte de esa familia, de esa manifestación solidaria, aún cuando compartía sus ideas. No supe qué justificaba que yo no me

quedara ahí, y no nos quedamos.

Mientras regresábamos a la casa comentamos que se necesitaba mucho corazón para estar ahí, comprometidos con una causa. Una sensación nos llevamos grabada, de algo que debiera invadirlo todo, siempre: mucha solidaridad.



## **CUANDO DOS PERSONAS CAEN POR NEGLIGENCIA O INJUSTICIA DE LAS AUTORIDADES, SE LEVANTAN CIENTOS PARA RESTABLECER LA NORMALIDAD**

Rafael Galicia Estrada

Al construirse el segundo piso del Periférico, en el tramo que va de la avenida San Antonio a Molinos, de los cinco puentes que existían en este espacio, sólo se mantuvo uno, los otros fueron arrasados para darle un mayor margen de maniobra a la maquinaria pesada, y que los trabajos se entregaran en tiempo y forma. En su lugar se establecieron tres puentes provisionales, los cuales se supone, terminada la obra para automóviles, iban a ser sustituidos por nuevos puentes destinados a las gentes de a pie.

Esto originó pequeñas escaramuzas entre la autoridad y los vecinos, ya que, además de derribar los puentes originales sin previo aviso a los usuarios, los pasos provisionales fueron colocados en lugares distintos, encontrándose el peatón de pronto a la ruptura de su paso tradicional, con la incertidumbre de buscar otro paso para acceder al Metro, a las avenidas Revolución, Patriotismo, mercado de Mixcoac, Compañía de Teléfonos, etcétera.

No comprendieron los vecinos, en una de sus protestas y oposición a derribar los puentes, particularmente el que se ubicaba en la calle de Chilpa y Periférico, que la advertencia de la entonces secretaria de Medio Ambiente del Distrito Federal, metida a líder del proyecto del segundo piso, Claudia, Sheimbaun, de “traeremos a los granaderos”, se cumplirían puntualmente tiempo después, ya sin ella como funcionaria.

**Jueves 15 de marzo de 2007**

Un remedio para el peligro de accidentes: la cinta de plástico y la desesperanza.

Los habitantes de las colonias aledañas y usuarios de uno de los puentes, el de la calle de Chilpa, desesperados porque a más de un año del funcionamiento del segundo piso del Periférico no se iniciaba la construcción de los puentes fijos y los provisionales empezaron a ser objeto de robo de piezas, que los convirtieron en un verdadero peligro para la seguridad de quien pasara, pues las piezas que fueron objeto de saqueo no eran otra que las que servían de piso, placas de aluminio que de pronto en la noche desaparecían, razón por la que el usuario debería de hacer malabarismos para pasar a una altura de más de cinco metros con un río de automóviles en constante circulación, monstruos metálicos poco dispuestos a hacer caso de los caídos.

Preocupados, un grupo de vecinos se apersonó en la Delegación, para exponerle al delegado la situación y buscar una solución; primeramente estoicos, los vecinos hicieron “cola” para poder acceder al funcionario, al llegar su turno expusieron la problemática, los peligros que representaba el robo de las placas, las posibilidades de un accidente, la necesidad de gestionar la construcción de un puente fijo. Leonel Luna, el delegado, los escuchó y los canalizó con un subordinado, el arquitecto Ernesto Torres, quien volvió a escucharlos y sólo les dio como solución una cinta de plástico de color rojo con la palabra “peligro” para que “sellaran los accesos al puente”; no personal de la delegación, no, sino que los propios vecinos debían hacerlo, al fin y al cabo ellos eran los preocupados. Así fue que regresaron estos nobles de corazón, con el pedazo de cinta para colocarlo al otro día y un pedazo de desesperanza respecto a la autoridad, anidado en su alma.

## **16 de Marzo**

El accidente llegó, cayeron dos, se levantaron cien.

La cinta de plástico ya no pudo ser colocada, un helicóptero sobrevolaba insistentemente un tramo del Periférico, esto empezó a alertar a la población, quien poco a poco se fue acercando, además de ello, una televisora había captado la caída de una persona desde un puente peatonal provisional y la pasaba insistentemente, el lugar era nada más y nada menos el que habían denunciado los vecinos, el puente ubicado entre las calles de Chilpa y Van Dick, lo que se pudo evitar no fue evitado, la cinta roja no lo impidió, dos accidentados, el

amarillismo mediático lo puso en la palestra; un año de negligencia de las autoridades, hubo sí, mejor vialidad para los automóviles, pero para los peatones sólo accidentes.

Son un poco más de las siete de la mañana, un joven de nombre Héctor Pérez Ocampo sube al puente, no está alertado de la ausencia de algunas placas, de los boquetes que tiene el piso de la plataforma por la que debe pasar, no se fija de ese hecho y cae; llegan paramédicos y bomberos, están atendiendo al joven, no clausuran el puente; otro joven sube al puente trágico, su nombre es Alberto Jiménez Velázquez, quien al igual que el otro muchacho no es alertado, también cae, esta caída es grabada por el equipo de filmación de Fuerza Informativa Azteca, la imagen recorre el mundo.

La cinta de plástico ya no contiene nada, los vecinos empiezan a salir, se empiezan a acercar, ya no se encuentran los accidentados, algunos que recién abren sus negocios, sus “changarros”, van viendo llegar a la gente, todos son vecinos, pero no se conocen, muchos no se hablan, se saben pertenecientes al lugar, la amorfa masa va cobrando forma, poco a poco van tomando decisiones, nada les han consultado, sale un clamor que ha ido anidando desde hace cuatro años: “queremos puentes”, comentan que el accidente se debe a que los pasos no han sido contruidos. Deciden parar la lateral del Periférico, todo es espontáneo, pero al verse juntos les nace la fuerza de estar juntos. Alguien, no se sabe por qué, dice que en media hora viene una autoridad para poder dialogar, entonces se toma la resolución de poner ese límite que, en caso de no se cumpla, propiciará que se tome otra acción: “bloquear el Periférico en su sentido norte-sur”. Los vecinos después de media hora de haber bloqueado la lateral, han sentido que tienen fuerza y ya que no llegó la autoridad, inician el bloqueo de los carriles centrales de esta vía. Una persona trae cartulinas y un plumón, anota “NO queremos muertos, queremos puentes”.

Diferentes medios empiezan a concurrir, funcionarios van llegando y se inician las pláticas pero no se destraba el bloqueo. Un cuerpo de Granaderos inicia la marcha hacia la zona de conflicto. La advertencia de Claudia se va cumpliendo. Los vecinos no se repliegan, resulta paradójico, no tienen un pliego de demandas, no tiene un cuerpo de propuestas, sólo tienen su rabia momentánea y una cosa clara, quieren puentes fijos.

10:00 horas. El cuerpo de Granaderos hace presencia, funcionarios de Protección Civil también, se está llegando a un acuerdo cuando se da la orden a los Granaderos de replegar a los manifestantes. El choque se vuelve inevitable, golpes de ambos lados, los Granaderos mantienen un orden que logra sus efectos y poco a poco logran replegar a los vecinos que se manifiestan, en el enfrentamiento caen jóvenes golpeados, sube el calor del enojo vecinal. Se presenta el secretario de Protección Civil del gobierno del Distrito Federal, inicia una reunión en la calle, él pide dialogar con diez personas de los vecinos, que ellos los nombren, se abren las puertas de Van Dick 90, una vecindad, ahí será la reunión; pasan más de diez vecinos y de las autoridades también son un buen número. TV AZTECA se regodea con los hechos, por fin esta captando algo en vivo, más aún algo contra las autoridades del D.F.

11:00 horas. En la discusión, a pesar de lo emotivo, del coraje, de la falta de un plan, van saliendo puntos. Es tan espontáneo todo que ni siquiera hay papel, pluma, lápiz, en una hoja maltrecha, por fin los vecinos logran redactar una minuta de siete puntos, misma que es leída y aceptada por los funcionarios. Esta minuta, ya pasada en limpio, se firma y es aceptada públicamente justo en el lugar de los hechos, ahí, en el primer descanso del puente que ha resultado trágico para los accidentados y detonador de este movimiento espontáneo. Se da lectura nuevamente al documento, esta vez, para todos los que no pudieron entrar a la reunión; ahí presentes también están las autoridades, particularmente el secretario de Protección Civil, Miguel Moreno Brizuela, todos a un clamor aprueban, tal vez las autoridades forzadas en ese momento por la presencia de un medio televisivo, y por la urgencia de que la gente regrese a sus casas; ahí mismo, la señora Consuelo lo pide y propone que Ramón Fragoso, el conductor de FIA, quien se encuentra en el lugar, “firme como testigo”, éste acepta. Con ello la gente que ha participado siente que ha ganado, está contenta, el coraje ha disminuido, pero la firmeza se mantiene.

Ha diferencia de otros momentos en que los participantes se desbocan frente a las autoridades pidiendo, pidiendo y pidiendo, ahora la minuta ha sido muy concreta, se centra en el problema ocurrido y cómo evitar que se repita, así se establece: a) la construcción de cuatro puentes fijos; b) la indemnización de las dos personas accidentadas

hasta su restablecimiento total; c) una comisión de seguimiento conformada por autoridades y vecinos; d) la reparación de los puentes provisionales; e) vigilancia las 24 horas en el lugar; f) establecimiento de la fecha de inicio de la construcción de los puentes, y g) reunión el día 21 en el lugar de los hechos a las 11 horas para escuchar la respuesta de las autoridades.

11:20 horas. En el mismo tramo de Periférico pero en sentido sur-norte, que ya corresponde a la Delegación Miguel Hidalgo, vecinos inician paros intermitentes de la lateral de Periférico. Dos Diputados del Partido Acción Nacional concurren al punto alertados por TV AZTECA y por la vinculación que tienen con una vecina. Apoyan la demanda individual de la vecina que va en contra de la comunidad, la demanda es “que quiten el puente”, su argumento es “que es muy peligroso, ahí asaltan, violan y golpean”, sin que se tenga ninguna referencia de ello, recurriendo no a lo que ocurre realmente, sino al amarillismo aprovechando la coyuntura. Los Diputados no hacen una valoración, simplemente se muestran en apoyo por estar en contra del gobierno del D.F.

Todo el día TV AZTECA transmite la imagen de la caída de una de las personas. Por la tarde, Marcelo Ebrad, Jefe de Gobierno anuncia la indemnización de los accidentados con la cantidad de quinientos mil pesos a cada uno, el mismo lleva uno de los cheques y realiza una conferencia de prensa.

### **17 de marzo**

Se inicia la reparación de los puentes y se establece la vigilancia con policías de la Secretaría de Protección Civil. Los vecinos más atentos ven que se van cumpliendo las demandas.

Ya sin cámaras, inicia la esquizofrenia de las autoridades contra las razones de los vecinos.

### **18 de marzo**

Se cierra unilateralmente, por parte de las autoridades, el puente de Chilpa, se establece la vigilancia, dos policías en cada uno de los accesos impide hacer uso de este servicio, se cumple otro punto, pero ahora contra los vecinos. Se abona no por la solución, sino por el descontento.

### **19 de marzo**

Sin avisar a los vecinos de la zona, el secretario de Protección Civil, realiza un recorrido. A las once de la mañana, en el puente de Chilpa anuncia a los medios convocados para tal efecto que se va a construir el puente, pero sólo uno, posteriormente, con algunos vecinos de la colonia Alfonso XIII que lo acompañan, continúa la revisión en el puente provisional de Giotto, finalmente, dice de manera determinante que “el puente fijo sobre Periférico se construirá en la calle de Benvenuto Cellini”. Esto también lo hace frente a las cámaras de televisión y ante la prensa que concurre. Con ello pasa sobre los acuerdos firmados tres días antes.

### **20 de marzo**

Aparece en diferentes medios la afirmación de que se va a construir un puente en Chilpa, que sólo se va a construir uno en el tramo que va de San Antonio a Molinos, y que el fijo se ubicará en Cellini, que tendrá cámaras de televisión, etcétera. ¿Alguien entiende?, se acerca la fecha de la reunión y el secretario ha preferido hablar a los medios para posicionar una política antes que hablar con los vecinos, ocurre como cotidianamente operan estos personajes, traiciona los acuerdos y sólo sigue una política que hace caso omiso de las voces de la comunidad.

### **21 de marzo**

Día fijado para la reunión; a las once de la mañana los vecinos de la zona se encuentran reunidos, ya tienen conocimiento de lo declarado a los medios por el secretario de Protección Civil. Este concurre a la cita, se inicia la reunión en la calle, se pasa al patio de la casa marcada con el número 96 de la calle de Van Dick. El secretario ha mentido el día 16, no respeta los acuerdos y ahora dice que “sólo será un puente”. Sus argumentos son “les hace bien caminar”, “la norma establece que se deben de colocar a 400 metros cada puente”, “es un capricho de ustedes”. Después de una discusión tensa y encrespada, los vecinos obligan a que se lleve la propuesta de la construcción del puente en Chilpa y Periférico, dice que llevará la propuesta, propone la próxima reunión el día 23, es decir, el viernes a las 11:00 horas en el mismo lugar.

Los diputados del PAN siguen al frente de la vecina del mismo tramo pero del otro lado del Periférico, es decir, de la Delegación Benito Juárez, y quien no tiene problema con los pasos, su intención no es conjuntar el movimiento sino llevar agua a su partido. Ellos están por desaparecer los puentes. El secretario empieza a apoyarse en ellos, hablando de la “otra parte” vecinal de Benito Juárez, la que no usa el puente.

Ese mismo día los vecinos trazan algunas líneas de negociación y se acuerda difundir por medio de cartulinas.

### **22 de marzo**

Los vecinos pegan en distintos puntos de las colonias afectadas, las cartulinas que convocan a la reunión. También se pega la minuta del día 16 de marzo. Hasta ese momento han concurrido vecinos no organizados de distintos puntos de las colonias Santa María Nonoalco, Alfonso XIII y Sacramento.

### **23 de marzo**

El coraje popular ante las mentiras del secretario ha ido en aumento y esto se refleja a las 11:00 horas, pues no llega el funcionario, por lo que los vecinos deciden parar escalonadamente el Periférico; primero la lateral, luego la entrada al distribuidor vial y posteriormente, los carriles centrales. El secretario llega quince minutos después de la hora fijada, sólo se acerca a la mitad del camino, se detiene. Nuevamente van los Diputados del PAN, ahora pone una excusa, “hagamos la reunión con la otra parte”, es decir, con los vecinos de Benito Juárez. Esto exaspera a la gente, que toma los carriles centrales del Periférico y empieza a gritar “puentes, puentes, puentes”. El secretario ha despreciado el esfuerzo vecinal que ha acondicionado un local, ha apuesto sillas y mesa para los funcionarios, pero estos, al no traer una respuesta concreta a las peticiones vecinales, deciden no llegar con otro argumento falso expresado por el secretario, “es que oí que me quieren secuestrar”, rompe así la mesa de negociación y se pasa al otro lado, no hay vecinos. Su argumento “es que hay un grupo de vecinos de Alfonso XIII en la escuela Amado Nervo y vamos con ellos. De entre los vecinos que realizan el paro surge el grito “aquí esta Alfonso XIII, aquí esta Alfonso XIII”. Son estos vecinos quienes

dicen “aquí no hay líderes, todos somos pueblo y el pueblo manda”.

En este lapso, los automovilistas empiezan a discutir con vecinos que hacen el bloqueo, hay momentos de tensión en donde parece que se pasa a los golpes, finalmente no ocurre esto.

El funcionario va traicionándose a sí mismo y traicionando a los vecinos, quienes deciden parar todo el Periférico y pasan a los carriles que van de sur a norte. Pocos medios de comunicación, entre ellos Azteca Trece. El secretario se retira definitivamente no sin antes decir, “vean lo que hicieron hoy, arréglense como puedan”. Otro funcionario dice a uno de los vecinos que los Granaderos están en camino y efectivamente, a los pocos minutos se presentan. Los vecinos con prudencia y siguiendo los acuerdos de movilización establecidos, se retiran del lugar.

Este mismo día se logra establecer contacto con parte de los funcionarios, quienes agendan una reunión para ese mismo día a las cinco de la tarde en las oficinas del Gobierno del D.F. A esta reunión concurre una comisión de diez personas y tiene como resultado una primer minuta y una segunda reunión para el día 27 del mismo mes. A lo interno del movimiento vecinal de la zona, se acuerda hacer una reunión para el día domingo 25, a un lado de la iglesia. Esta reunión es para informar.

En los noticieros de TV AZTECA se hace referencia a la movilización, nuevamente se pasa la imagen de la caída de uno de los vecinos, pero se hacen públicas las declaraciones en el sentido de que se continuará la movilización, y se continuará parando el Periférico hasta que no llegue el momento de una solución.

## **24 de marzo**

Aparece la nota informativa en algunos periódicos. En *El Universal*, el secretario declara que los vecinos “no quieren caminar” y por ello quieren otros puentes. Aparece también en diarios como *La Jornada* y en *Ovaciones*.

El gobierno del Distrito Federal, tratando de desmoralizar a los vecinos que exigen el cumplimiento de los acuerdos del 16 de marzo, difunde en la zona de “conflicto”, por medio de volantes en papel couche y a media carta con logotipo en color, que “el puente peatonal ubicado en Benvenuto Cellini para el cruce seguro del Periférico se encuentra en



construcción”, “Este puente —continúa el volante— se caracteriza por la solidez de su construcción y porque estará equipado con iluminación y videovigilancia”; más aún, informa de una ofician en la zona, da el nombre de una persona, Fernanda de la O Chi y de tres teléfonos, además de un horario de atención.

Ese mismo día se reúnen informalmente algunos vecinos para discurrir sobre los acontecimientos y van saliendo algunas ideas. Se difunde la fecha para la reunión del día domingo a las 12:30 horas, a un lado de la iglesia.

### **25 de marzo**

Se efectúa la reunión informativa y posteriormente una reunión para analizar los acuerdos que se llevarán a la cita del día 27 con los funcionarios. Concurren algunos medios de información pues se enteraron, de alguna forma, que iban a realizarse movilizaciones. Camiones con Granaderos se apostan a los lados del mercado cercano a la iglesia.

### **26 de marzo**

Intempestivamente algunos miembros de la comisión reciben una llamada telefónica desde la línea de los funcionarios, el objeto, hacerles saber de las posibilidades de reunirse una hora antes de la reunión oficial, en otro lugar. Es aceptada por la comisión en pleno.

### **27 de marzo**

Se realiza la reunión informal. Efectivamente, una hora antes, habla el secretario, dice que el puente de Cellini va a costar siete millones y medio de pesos, en contraposición de lo declarado públicamente por el secretario de Obras, Jorge Arganis el día 19 del presente y plasmado en el periódico La Jornada, en “donde informó que la construcción de los 16 puentes en el Periférico tendrán un costo de 55 millones de pesos”, es decir, cada puente costaría 3,437,500 pesos, ¿quién dice la verdad? Posteriormente, a las cinco da inicio la reunión formal, nuevamente se establece una minuta, a la cual se le dará respuesta el día 30 a las siete de la noche.

### **29 de marzo**

Se reúne la comisión que se ha ido conformando al calor del movimiento con el fin de determinar los puntos que se van a tratar en la reunión con las autoridades para el día de mañana. Se recibe una llamada por parte de éstas que anuncia el cambio de horario para la reunión programada en las oficinas de gobierno, se establece para las doce del día.

### **30 de marzo**

Se efectúa la reunión, la cual da inicio a la una de la tarde, se interrumpe a las cuatro y se continúa a las siete de la noche, para terminar a las nueve. Se establecen los acuerdos más cercanos, los siete puntos del día 16 de marzo. Las autoridades acceden a construir un puente en Van Dick y a remozar el de la calle de Murillo, además de continuar el de Cellini y trabajar para conseguir recursos para el de Callot en el año próximo, es decir, 2008. La reunión tiene momentos ríspidos, pero al final se llega a un acuerdo: Se agenda una reunión de continuidad para el día 20 de abril. Queda una propuesta de conformar una red ciudadana de protección civil y el anuncio formal ante los medios, en el lugar físico de Chilpa y Van Dick, de la construcción del puente.

### **A manera de epílogo**

De los puntos establecidos el 16 de marzo, se cumplieron los siete, no en tiempo y forma pero se cumplieron, aún cuando el relacionado con los cuatro puentes sólo se cubrió parcialmente, pues de los cuatro se construyeron dos. Todo ello forzado por la movilización vecinal y en contra de la parafernalia declarativa y política de las autoridades.

Lo que no se explican los vecinos es porque si antes había cinco puentes en el tramo de San Antonio y Molinos tuvieron que desaparecer dos de ellos, ¿dónde quedaron?; lo que no se explican los vecinos es por qué se pagaba a los constructores una renta por día por los puentes provisionales, ya que ellos destruyeron los cinco puentes y era obligación mantener los pasos vecinales. Como se puede ver, las demandas vecinales no estaban fuera de ninguna lógica, solamente exigían lo que tenían y que les fue arrebatado. La lógica del automóvil se privilegió sobre la lógica de los peatones. Este es un caso que muestra que la esquizofrenia no está abajo, sino que se encuentra arriba y esa es

la razón de abajo, la que trata de componer lo descompuesto arriba.

Nota: Hechos ocurridos del 15 al 30 de marzo del 2007.

## DE UN SUEÑO A LA MEJOR EXPERIENCIA

Dulce Daniela Juárez Pineda

Cuando tenía seis años me gustaba ver películas de princesas, con vestidos hermosos, coronas y no podía faltar a su lado un príncipe que las llevara a un baile, frente a muchas personas. Teniendo a esa persona especial que se fue haciendo parte de ellas y las ayudó a que sus sueños se cumplieran y para hacerles muy felices por siempre.

Nunca pensé ser una de esas tantas princesas hasta que vi que si deseas algo con mucha fuerza lo obtienes haciendo que seas parte de un cuento real que jamás olvidarás y marcará una etapa especial de toda tu vida.

Cumplir xv años es el sueño de cualquier adolescente y no todas logran cumplir su sueño en realidad. Esa es la edad más especial de toda nuestra vida, suceden cambios físicos y mentales que te forman el carácter y la personalidad que te hace ser única. También es la etapa en la cual buscamos a alguien especial, el primer amor, el primer beso todo eso forma las primeras experiencias que te harán definirte para enfrentar el futuro.

El recibir una noticia inesperada es el inicio de algo nuevo. Yo pertenecía a un Instituto dedicado a los jóvenes de la ciudad de México en la cual se hace una selección de varias chicas para que el gobierno del Distrito Federal celebre sus xv años.

Un día al encontrarme con la amiga de mi mamá, la cual era mi tutora en el Instituto me dio la noticia de que había sido seleccionada para ser Quinceañera del Bicentenario. Mi rostro se llenó de emoción y tenía mil preguntas en mi cabeza: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?, me comento que como yo estudiaba en la mañana estaría integrada con el grupo de la tarde así que sin pensarlo acepté.

Ensayábamos todos los días, éramos cada vez mas chicas, tuve la oportunidad de hacer amigas y compartir la misma ilusión, haciendo que creciera día a día la expectativa.

El día especial se acercaba y nos dieron nuestro vestido, zapatillas y un brazalete tricolor en forma de una hermosa flor que nos distinguía por ser *Quinceañeras del Bicentenario*.

Por fin llegó ese día tan especial que había esperado por mucho tiempo. Me sentía muy nerviosa, no podía creer lo que estaba a punto de suceder, mi gran sueño había llegado. No pude dormir bien en toda la noche, así que pude levantarme sin esfuerzo. Mis padres me llevaron al punto de reunión El Futurama en Lindavista, un lugar que no sabía que existía, un edificio muy alto de cristal, es un centro cultural que tiene actividades y talleres, ahí nos reuniríamos las quinceañeras de mi Delegación para que nos realizaran un cambio de imagen. Fue muy emocionante estar en medio de tantas personas expertas y preocupadas hasta por el último detalle: El cabello, los ojos, las cejas, la boca, todo era importante; estaba llena de expectativas, de emoción, me miré en el espejo, y no me reconocí, era yo pero como nunca imaginé verme así. Estando listas y hermosas, todas con los vestidos tan bonitos de diferentes colores se sentían en el ambiente la ilusión y la emoción de cada una de nosotras. Nos subieron al transporte para llevarnos a la foto de recuerdo, y para mi sorpresa nos tocó en la Basílica de Guadalupe. La Basílica es un lugar muy especial para mi, mi familia y millones de mexicanos que diariamente la visitan, eso sin contar a los turistas de muchísimos países que viene cada año a México. Bajé del autobús y comencé a caminar con mis compañeros hacia el patio de La Basílica. Una sensación de nervios me recorría todo el cuerpo, algo indescriptible que nunca imaginé. De pronto escuche una gran porra que atrajo la atención de todas las quinceañeras, era un conjunto de personas a las cuales nos distinguía pero al acercarnos me di cuenta que se trataba de mi familia y que las porras eran para mi, mis tíos, mis primos, mis padres, mi hermano y mi cuñada, no lo podía creer. No aguanté tanta felicidad y mis ojos se llenaron de lágrimas al saber que mi familia compartía algo tan hermoso conmigo.

Me separé del grupo de chicas para tomarme muchas fotos con mis familiares, pero el día seguía transcurriendo, se hacía tarde y teníamos que irnos, así que de nuevo nos subimos al autobús que nos conduciría al Instituto de la Juventud donde nos reunimos las quinceañeras de todo el Distrito Federal, era impresionante ver a cientos de chicas que tenían el mismo sueño.

Ahí nos dieron de comer empanadas de camarones, fruta y agua, todo estaba delicioso, pero por la emoción no tenía hambre; nos retocaron el maquillaje después de comer y busqué a mis amigas, nos encontramos y nos abrazamos muy fuerte, estaban hermosas, fue un momento especial y nostálgico al saber que este sueño se hizo realidad y que en algunas horas terminaría, pero el recuerdo permanecería con nosotras para toda la vida.

Nos trasladaron al Zócalo capitalino, estábamos estacionados frente a La Catedral Metropolitana cuando comenzó a llover, pasaron algunos minutos y subieron tres personas a repartirnos sombrillas. Subió Javier Hidalgo para informarnos que por motivos de la lluvia se pensaba cancelar el paseo por el Turibus, todas exclamamos un ¡NO!, la verdad no nos importaba mojarnos. Y así fue, al subir al Turibus sólo había una pequeña briznita que no detuvo nuestro viaje, ya que todas estábamos en la parte de arriba. Muchos fotógrafos y camarógrafos iban arriba con nosotras, me sentí como Miss Universo, me sentía importante ante una sociedad que entre montañas de edificios compartía nuestra felicidad, ya que en nuestro recorrido se escuchaban gritos que decían —¡felicidades!— y —¡mucho suerte!—. La gente chiflaba y tocaba su claxon, sacaban sus cámaras y celulares, nos tomaban fotos. Así poco a poco llegamos a nuestro destino el Ángel de la Independencia, un punto de encuentro para los mexicanos siempre que acontece un evento importante para nuestro país. Al ver a lo lejos como nos acercábamos al lugar las personas reunidas comenzaron a aplaudirnos, al bajar del Turibús sentí una gran emoción, hicimos un recorrido para llegar hacia un grupo de personas que nos felicitaban y nos entregaban un hermoso ramo de flores que tenía un aroma sumamente especial con un listón color pastel, seguimos avanzando al evento sin contar con que la lluvia hizo su aparición con más fuerza y sin tener dónde cubrirnos; nos comenzamos a mojar, pero cada gota que caía me hacía sentir más feliz, todas disfrutábamos ese momento. Los chambelanes salieron con su traje negro se veían tan guapos y elegantes, eran unos verdaderos príncipes.

Con la lluvia, los vestidos mojados, el maquillaje arruinado, no se detuvo el momento de felicidad; el primer grupo de quinceañeras comenzaron a bailar su vals, mientras que el otro grupo nos divertíamos

jugando y bailando bajo el agua, el frío se dejó de sentir y la sonrisa en cada una de nosotras permanecía. Era nuestro turno de bailar, subimos al escenario, sentía cómo mi corazón latía, no podía distinguir a mi familia entre la multitud que nos miraba, la música comenzó, la lluvia y el tema que bailaríamos, Sobre las olas, hacía más memorable ese momento, cuando de repente la música se detuvo y subieron el resto de las quinceañeras y al ritmo de la canción de nuestros derechos todos cantamos y bailamos, el nervio disminuyó y la alegría y la unión se hacían presentes. Al terminar este número siguió nuestro vals, ese que tanto habíamos ensayado por fin lo presentaríamos y así fue.

Buscaba a mi familia por las pantallas esperando verlos, volteaba mi mirada y nada, no podía distinguirlos, de pronto escuche una voz y la reconocí a la perfección, busqué el sonido, era mi mamá y mi papá, nos abrazamos, estaba tan emocionada; de repente sentí que alguien tocaba mi hombro, al mirar, mi príncipe había llegado, su imagen la llevo en mi mente, se veía tan elegante, inmediatamente me arrancó una sonrisa y me besó, fue tan especial, con la lluvia recorriendo mi mejilla ese beso será inolvidable, después me sonrió y me dijo: —“Te ves hermosa.” En fin, el día había terminado, no como esperábamos, sino mucho mejor. Nos teníamos que ir al salón donde el Jefe Delegacional Francisco Chigüil, su esposa y Martí Batres nos estarían esperando. Esta fiesta estuvo acompañada de momentos únicos, baile mi vals con mi papá, ese momento que siempre sueñas y compartirlo con ese ser tan especial para ti lo hace inolvidable, también baile con el Lic. Chiguil y siendo el uno de mis padrinos, me sentía como Cenicienta, ya que gracias a estas personas, se cumplió un sueño para mi.

Llegamos a la casa, me cambié, me senté en mi cama y no podía creer lo que había sucedido, mis ojos no se cerraban, pero el cansancio me ganó haciendo que me acostara y relajara mi cuerpo hasta quedarme dormida.

El día de mis xv años no lo olvidaré jamás y cada que vuelvo a visitar esos lugares revivo esos momentos tan especiales para mi, y que me hacen saber que los sueños se hacen realidad, y que lo imposible se puede hacer posible ya que México es un país donde se puede soñar.

## DEFINITIVAMENTE TAL VEZ

Rodrigo A. Benedith Reyes

*Itinerario para sobrevivir al desierto*

Crecí en una familia donde el fútbol básicamente tenía la misma importancia que las elecciones municipales en Dusseldorf. El deporte favorito de mis tíos y mis primos era (tal vez todavía es) el béisbol; yo mismo llegué a jugarlo, pero en realidad nunca fue lo mío, confieso que ver una piedra venir a toda velocidad hacía mí, siempre me dio un poco miedo. Recuerdo también, que mi primo más cercano en edad, y por lo tanto mi compañero de juegos, estaba un tanto obsesionado con los Chicago Bulls y su todopoderoso Michael Jordan. Mi abuelo ni siquiera se interesaba en algún deporte pero le gustaba, como él decía, jugar baraja. Mi padre no existía en esa historia. No tengo hermanos.

Todos ellos vivían, y muchos de ellos todavía viven, en un pueblo no muy lejano de la ciudad de Puebla, y en ese microcosmos el fútbol nunca tuvo un espacio importante o mínimo. Es más, no recuerdo que en el pueblo hubiera alguna cancha de fútbol. Recuerdo la de béisbol, llena de gente.

Sin embargo, diferente a mis primos, yo estudié desde el inicio de la primaria en una escuela en la ciudad de Puebla y no en la escuela del pueblo. Y ahí, mis amigos no sólo sabían de fútbol, *jugaban* fútbol. Yo también empecé a jugar, me gustaba, lo disfrutaba y, claro, metía goles. Nuestra cancha no era más que un patio de cemento que tenía nuestras mochilas como porterías. Al menos así viene a mi memoria.

Lo que no puedo recordar es cuál era el equipo favorito de mis amigos, pero supongo que era el equipo de la ciudad, el Puebla de la Franja, que en los 80 había ganado varios campeonatos, y que en ese entonces era un equipo de tres cuartos de la tabla. Pero yo no, nunca me hice la pregunta sobre *mi* equipo, aunque supongo que mis



amigos tampoco se la hicieron, simplemente heredaron la camiseta y el banderín de alguien de su familia. Y estoy seguro de que si hiciéramos una encuesta con la pregunta: ¿Cómo escogió usted el equipo de fútbol al que apoya?, la principal respuesta sería: Porque era al que mi padre/hermano/abuelo apoyaba. Yo daría una diferente.

Pasé toda la primaria jugando futbol con mi banda, pateando balones y, la mayoría de las veces, botellas de *Fruitsi*. Pero no veía fútbol. En mi vida los partidos de fútbol en la televisión, ya no digamos en un estadio, simplemente estaban ausentes. Obviamente llegué a ver algún partido, alguno de esos que las televisoras te meten más a fuerza que el chofer a los pasajeros en un microbús a las dos de la tarde; uno de esos como el “clásico” Chivas-América. Pero no más.

No sobra decir que fui diagnosticado con (¿síndrome?) de déficit de atención e hiperactividad, y disfrutaba de los síntomas haciendo de mi vida un papalote, sólo que justo en medio de los salones de clases. Así que una de mis maestras le recomendó a mi mamá que buscara algún deporte que yo pudiera practicar, con la impecable lógica de *cansado el niño se acabó el desmadre*. Cuando entré a la Secundaria, también entré a una escuela de fútbol: Pumitas (así con mayúscula pa' que arda).

En Pumitas, sonará extraño, básicamente me desencanché. Acostumbrado a tener una banda y, digamos, cierta posición jerárquica en una escuela donde había pasado los últimos seis años de mi corta vida; llegar a Pumitas, con chavitos que sí sabían jugar fútbol, que sí veían partidos, que sabían los nombres de los jugadores, los resultados, las posiciones en la tabla, y ¡carajo!, hasta el pasado del fútbol. Fue apabullante para alguien que ni siquiera sabía qué chingados era un lateral derecho. Y para colmo, chutaba de punterazo.

Ahí, por primera vez en mi vida, vestí una camiseta de los Pumas. No voy a abundar sobre mi estancia en la escuela de fútbol, ni de cómo cometí un penal en la única final que he jugado en mi vida. Lo que importa es ya tenía un equipo, al que no sólo apoyaba, sino para el que también jugaba.

Ver los partidos en la televisión se me hizo común, de forma rápida actualicé mis conocimientos sobre el arte del fútbol. Pasé toda la Preparatoria viendo como los Pumas iban de mal en peor, casi rozando el descenso. Pero que no quepa duda que mi lealtad estaba ahí, con el

azul y oro. Aunque nada espectacular mi apoyo, vaya ni siquiera fui a verlos jugar cuando iban de visitante al estadio del Puebla.

Luego todo cambió: me mudé a la ciudad de México para estudiar la Universidad. Aunque no me matriculé en la UNAM, la visitaba con frecuencia, me gustaba estudiar (¡jaja!), o leer (eso sí), en su biblioteca y tirarme en el pasto de sus jardines. Hasta que un domingo, por fin, entré al Estadio Olímpico Universitario (así con mayúsculas para que dure más el ardor). Sobra decir, que fue una de las experiencias más reveladoras que había vivido en mi ya no tan corta vida.

Llegar a un partido de los Pumas en el Estadio Universitario es poesía pura, abusando de las palabras de Octavio Paz, para mi el Estadio es “manantial que se alimenta a sí mismo y transmuta al hombre.” Así me sentí en mi primer partido. Creo que era un Pumas contra Atlas que terminó en empate a un gol. Compré, sin planearlo, un boleto para la zona de pebetero, territorio de La Rebel. Entré cuando el partido recién había empezado, no había mucha gente, supongo que por los resultados anteriores y que el Atlas no es un equipo con muchos seguidores en la ciudad de México.

Entré por el túnel que conduce a la zona de pebetero para salir justo en medio de La Rebel. Escuché los cantos. Sentí los tambores. Olí la mota. Y caminé hacia el extremo izquierdo de La Rebel para sentarme; no sabía lo que hacía. La mitad del tiempo le ponía atención al partido y la mitad de tiempo al Estadio. En el gol de Pumas descubrí qué se siente cuando dicen que el Estadio no tiembla, late.

Un amigo dice que apoyar a un equipo de fútbol, o mejor dicho, decidir a cuál equipo de fútbol apoyar, es un acto meramente irracional. Es decir, no existen parámetros, excepto por los resultados históricos y estadísticas de los equipos, que ayuden a tomar una decisión sopesada y bien ponderada a largo plazo sobre a qué equipo irle. No hay desperdicio en decir que mi amigo es economista.

Pero para mí, si bien, haber estado en la escuela de fútbol infantil de Pumas fue un primer acercamiento al equipo, ese primer partido en el estadio fue un momento tan definitorio como definitivo. Tal vez algunas personas eligen su equipo, como lo dije anteriormente, porque alguien en su familia ya apoyaba a uno. Otros, porque es el equipo de su ciudad (*Puebla in my mind?*). En el caso de Pumas, como de otros, porque es el

equipo de su Universidad. Yo lo elegí como *elige* uno al amor de su vida, mitad voluntad, mitad magia.

En los siguientes años me convertí en un asiduo visitante del Estadio, siempre en la zona de pebetero, cantando y saltando sin camisa, gritando, sin poner toda mi atención al partido; porque en el estadio el juego no lo es todo, es un potente catalizador, piedra de alquimia que convierte un balón en vida. Ahí se conjugan más verbos que jugar y ver; la gente ahí siente, grita, llora, ama, bebe, fuma, canta, toca los tambores, besa, mienta madres, roba, come, se emputa, enseña, aprende, aprehende, todo eso al mismo tiempo, y se enamora. Como lo dice uno de los cantos de La Rebel: *Aunque gane o pierda estamos de fiesta. Todo es alegría. Todo es carnaval.*

La iglesia tiene envidia del estadio, porque ahí sí hay comunión. Y nunca vi más que cuando, el 13 de junio de 2004 (recuerdo bien la fecha porque era mi cumpleaños), después de trece años sin ganar un campeonato, y con Hugo Sánchez como su director técnico, Pumas levantó la copa. En un partido con un drama tan extravagante que se decidió en un último penal, fallado por el equipo contrario.

Llegar a ese partido, el de la final de 2004 fue, por así decirlo, interesante. Eran los tiempos de la *ciudad de la Esperanza*, todavía (y lo digo con toda la añoranza que se pueda imaginar) no eran los tiempos de la guerra, del cinismo enquistado, de la muerte sin sentido, del silencio de los poetas. Sin embargo, por la televisión, la de los levantacejas profesionales y voceros de su salario, se tenía el prejuicio de una ciudad insegura (todavía no conocíamos lo que se desataría en Juárez). Yo, en cambio, me enamoré de la ciudad de México casi al instante.

En ese año vivía en el oriente de la ciudad: Cuajimalpa, y merodeaba Santa Fe, Álvaro Obregón, Bosques, La Marquesa, Contadero; mi Universidad estaba en esa zona.

Aquella temporada había desarrollado una rutina, los domingos que Pumas jugaba como local despertaba temprano, conducía mi Pointer azul (todavía tenía placas de Puebla), pasaba por uno o dos amigos que vivían en las inmediaciones de Tacubaya, San Pedro de los Pinos y La Escandón, comíamos barbacoa o birria cerca, en un puesto de La Escandón; tomábamos la avenida Revolución, siempre llegábamos con anticipación a C.U.; estacionábamos el coche frente a la Biblioteca

Central y caminábamos hacia ese oasis llamado Estadio Olímpico Universitario.

Permítaseme ser claro. A la ciudad de México siempre la he visto como un desierto, al que le sobrevivo gracias a algunos oasis, el estadio es uno de ellos, el mejor tal vez. Algunos dicen que las ciudades son junglas: selvas de concreto. Para mí no. La ciudad, ésta ciudad, es un desierto. Extraña coincidencia, la palabra *jungla* nos viene del anglicismo *jungle*, y el inglés, a su vez, la retoma del sánscrito *janglara* donde se usa para referirse a un lugar árido, difícil de habitar, un desierto. Mi vida como las palabras: en su significado, origen no es destino.

La semifinal contra Cruz Azul, no fue diferente a mis rutinas de domingo, ese día fui al estadio con Mora y Garrido; y ahí, afuera del estadio, encontré a uno de mis mejores amigos de la Preparatoria en Puebla; él había viajado desde Monterrey, donde estudiaba la Universidad, para la semifinal. Cada uno era los cuatro y los cuatro éramos 11 jugando y los 11 eran 60,000 cantando. Partido memorable que, como consta en la gloriosa historia del Club Universidad, ganamos. Al final, en los altavoces del estadio se escucharon las instrucciones: Ir, con los boletos de la semifinal, a la Cantera para poder comprar los boletos de la final. (Nota mental en ese momento: ¿Dónde está La Cantera?). Hubo gente que desde ese momento se dirigió a La Cantera para instalar un campamento; nosotros nos dirigimos a una fiesta que duró literalmente tres días. Si los jugadores se esforzaron, por qué nosotros no. *Carnaval toda la vida*.

La víspera del día que los boletos serían liberados, me llamó un excompañero de la Preparatoria (Puebla siempre conjurando), visitaba la ciudad y quería saber de qué iba la vida nocturna en el D.F.: las luces del desierto. No logro recordar cómo fue que me encontró, la verdad es que nunca fuimos muy amigos en la Preparatoria, y en ese año todavía no tenía ni *Facebook* ni *Twitter* ni todas esas herramientas que te permiten husmear tus fantasmas del pasado. En fin, el caso es que concerté reunirme con él en La Condesa, en esa época otro de mis oasis (que debo decir que se secó con rapidez); llegamos a un remedo de *Irish Pub*; los recuerdos, las anécdotas, las horas y los tragos fluyeron con facilidad. Seguro de —aún en la fiesta— haber elegido una hora prudente para irme del lugar, pasé por alto la buenas costumbres poblanas de llevar

a tu invitado a su casa (claro, porque tu invitado está seguro que la ciudad es insegura y los taxistas son primos hermanos del *Mochaorejas*). Le pregunté dónde se estaba hospedando, me contestó, con toda la tranquilidad que te dan ocho *whiskies* a las dos de la madrugada, que se hospedaba con sus tíos en San Ángel.

Si describiera el camino que seguí para ir a dejarlo, pocos me creerían; con la pena de confesarlo, en ese año el alcoholímetro como mi madurez no funcionaba los miércoles por la noche.

Después de dejar a mi amigo en el sur, regresé todo el camino hasta mi casa en el oriente: Vista Hermosa; para cuando llegué ya eran las cuatro de la mañana, y se suponía que despertaría a las cinco para ir a La Cantera. El hecho es que desperté a las nueve y con dolor de cabeza. Ahora me doy cuenta lo dependiente de la tecnología que me he vuelto en estos pocos años. Si eso hubiera pasado en este año, habría buscado la dirección en *Google Maps* y estoy seguro que en *Twitter* habría un hashtag de *#PumasCampeon*; habría visto, en mi TL o el muro de *Facebook*, a toda la gente que ya se encontraba en La Cantera desde días antes; en resumen, habría planeado mejor, y estoy seguro que no habría conseguido los boletos.

Para cuando llegué a La Cantera eran cerca de las 11 de la mañana, seguía con el dolor de cabeza y desvelado; ahí estaba yo, crudo y con el sol de junio a mediodía. No tenía una idea clara de lo lejos que estaba de la taquilla, y no podía dejar mi lugar en la fila.

A las cuatro de la tarde, llegaron mis amigos; a las cuatro y media pasó una patrulla de la policía que avisaba: “A las cinco de la tarde se cierran las taquillas, por favor, valoren su situación y empiecen a retirarse en calma.” Dejé mi lugar en la fila apartado por un amigo y caminé hacia la taquilla.

Ignorante de mi situación, ubicación y destino; caminé siguiendo la fila, que hasta ese momento dimensioné; mi lugar en la fila estaba en la calle de Mixtecas, entre Nezahualpilli y Moctezuma. Tuve que caminar hacia Moctezuma, seguir sobre esa calle, dar la vuelta en Totonacas (paralela a Mixtecas), cruzar Nezahualpilli; y cuando creía que en la siguiente calle estaba la entrada, noté que la fila se desviaba sobre Papantzin; la fila daba todavía la vuelta completa a la Planta de Asfalto, doblé en Guillermo Prieto, después sobre avenida del Imán, sólo

para doblar otra vez en Totonacas. Acababa de dar vuelta en la esquina cuando escuché un grito con mi nombre.

A casi 500 metros de la taquilla estaba Jorge F., amigo de la secundaria en Puebla, hijo de históricos militantes perredistas; con él me afilié al PRD cuando tenía 16 años. En fin, al parecer, Puebla no siempre conjuró en mi contra, esta vez ponía a un amigo que no había visto, literalmente, en años, ahí a 500 metros de la taquilla. Negociador como siempre, Jorge me dijo “¿por cuántos boletos vienes?”; le respondí que dos; “pero te pueden dar hasta cuatro; sácame dos y métete en la fila”. Apenas me había metido en la fila, la gente detrás de nosotros empezó a reclamar con un ánimo que fácilmente hubieran convertido en violencia; cómo estarían ellos que decían que yo me veía muy fresco, y por lo tanto recién llegado. Los convencimos de que estuve acampando desde días antes y hasta esa mañana, pero que tuve un examen en la Universidad, por ello tuve que bañarme, y hasta ahora regresaba.

En veinte minutos obtuve los cuatro boletos, le di dos a Jorge, como habíamos acordado. Me fui a mi casa con dos boletos en la bolsa, alegría en el corazón, y la esperanza de un campeonato.

Puede que esta ciudad sea tan difícil como un desierto, pero su nobleza siempre provee tregua y refugio de sus arenas cotidianas; en mi caso he encontrado oasis que proveen de manantiales de dicha.

## DÍAS DE GUARDAR: CRÓNICA DE UN SOBREVIVIENTE A LA EPIDEMIA\*

Gregorio Quiñones Gutiérrez

La ciudad: ¿Cómo no la voy a querer?

¿¡Qué moda es ésta!? Donde todos usan tapabocas? Me dije cierto día “como cualquier otro”, cuando salí a las calles y vi a la mayoría de las personas con un cubre bocas azul, como si se tratara de médicos especialistas preparados para alguna intervención quirúrgica. Mujeres y hombres de todas las edades ambulaban por las calles de la capital, cubierto medio rostro, exponiendo sólo la mirada. Qué puede ser esto, el último grito de la moda que nos llega luego de seis meses tarde, o una mera manera, no muy sutil, de buscarnos con atención en la mirada.

Siempre he dicho que en este mundo lleno de información, desconectarse unas horas equivale a caer en otro universo, nos puede perder, sacar de contexto totalmente. Y esto fue lo que me había ocurrido. La noche anterior (23/04/09) el secretario de Salud José Ángel Córdova Villalobos, en conferencia de prensa, da un mensaje por televisión — interrumpiendo la programación habitual—, donde expone la situación de alerta por la aparición entre los capitalinos del *virus de Influenza Porcina*, virus mutante que amenaza letalmente la vida en pocos días de quien se infecta. Inmediatamente se giraron instrucciones de prevención ante el brote de epidemia, se suspendieron las clases en el centro del país, se pidió no salir de las casas, evitar sitios conglomerados y hasta saludar, todo con el fin de evitar el contagio.

El *virus de Influenza Porcina*, es una infección respiratoria provocada por un virus que forma parte de la bonita familia

\* Estas crónicas recogen algunos de los curiosos sucesos en la capital, cuando el virus de la Influenza A (H1N1) decidió establecerse entre nosotros, los estragos que causó en el Distrito Federal, sus ecos en los estados y alrededor del mundo. Cronológicamente van de abril a mayo del 2009.

*Orthomyxoviridae*. Una cepa de virus clasificada dentro del grupo A (*H1N1*). Por su capacidad de mutación y material genético combinado es difícil de atacar. Yo prefiero a Sabines que explica a Dios haciendo “...—frente al ataque de los antibióticos— ¡bacterias mutantes!...” No se sabe de dónde vino, pero lo cierto es que decidió establecerse en el D.F. Especialistas afirman que la *Influenza Porcina* saltó del cerdo al hombre. La sintomatología que muestran los afectados son: fiebre, dolor de cabeza, dolor en músculos, articulaciones, tos, dolor de garganta y cansancio. El contagio se transmite de persona a persona por el contacto directo al saludar de mano o beso, al hablar, toser, estornudar cerca —de dos hasta siete metros—, y compartir objetos personales con alguien infectado. Lo grave del asunto es que puede ser, si no se atiende a tiempo, fatal.

Para el jueves 23 (de abril 2009), se anuncia la cifra de 127 casos en el centro del país —las cifras vacilarán constantemente. El viernes 24 se habla ya de 210 personas infectadas. Se notifica un posible brote en Puebla; y esto sería significativo en lo que a mí respecta, pues había planeado contar con la compañía de una fémina de aquellas latitudes. Ese mismo día, me preparé para la emergencia; cobré mi cheque, llamé por teléfono a mi compañera poblana para los días de guardar. Sin embargo, al esperarla en la terminal del ADO recibo un mensaje de la deseada y esperada susodicha, anunciándome que le es imposible viajar al D.F., pues las autoridades correspondientes no permitían los viajes hacia la capital. Aquí me empecé a preocupar.

La paranoia crecía por la desinformación, las clases estaban suspendidas en el D.F., en todos los niveles, desde preescolar hasta Universidad. El fin de semana los números aumentaban, los infectados se contaban en cientos, las muertes alcanzaban ya los 25, los tapabocas escaseaban y el temor se apoderaba de los ciudadanos. El mismo fin de semana hubo 26 muertes —ejecutados— en el país, lo que nos daba a los escépticos una medida que nos hacía pensar, que en esta patria la influencia de la delincuencia es mayor la de la *Influenza*, si hablamos de decesos. Algunas fuentes periodísticas alrededor del mundo, afirmaban que los mexicanos caían como moscas muertas en las calles por el nuevo virus.

Lunes 27 (abril 2009), los casos van en aumento, las clases se



suspenden a nivel nacional en todos los niveles educativos, tentativamente hasta el 6 de mayo. La especulación no se queda atrás... *los últimos serán los primeros*... la población se encuentra alarmada, el pánico cunde; y por si no fuera suficiente, a las 11:43 a.m. un movimiento telúrico de 5.7 grados con epicentro en Guerrero nos sacude, lo que incrementa el temor en la ya azotada población chilanga. No hubo pérdidas humanas ni materiales, pero sí alarma entre las personas que fueron evacuadas de algunos edificios y oficinas. Horas después circulaba entre los medrados ciudadanos un nuevo chiste: “¿Qué le dijo la ciudad de México a la Influenza? —Mira cómo tiemblo.”

Por la tarde en mi programa, hablaba fuera del aire con un cuentista argentino, quien me refería su experiencia ante el sismo matutino. Me contaba que desde su llegada a México se había sentido con mareos, cuando creyó que ya había mejorado le volvieron los malestares; fue hasta que vio que las cosas se movían, que las personas eran evacuadas y que otros más caían en crisis, cuando se percató de que no era un mareo lo que sentía, sino que se trataba de un temblor. Entonces exclamó con alivio: “*Uf*, menos mal”. Por mi parte, el movimiento telúrico era provocado a causa de mis excesos del fin de semana.

El sábado y domingo que acababan de pasar resultaban inéditos. Estamos en primavera, se supone que el amor está en el aire, más no, la *Influenza* está en el aire. Las calles de la capital lucieron vacías, los negocios cerraron; la vida cultural de la capital se paralizó, museos, festivales posponen sus actividades; las casas de Dios en todas sus variedades cerraron sus puertas, e inclusive, se llevaron encuentros futbolísticos sin el respetable, a causa de la contingencia por la *Influenza Porcina*. Fue un *weekend* paranoico.

Muchas son las epidemias que nos has pegado, pero la memoria es corta. Desde el México prehispánico recordemos que la *viruela o lepra grande* ayudó a finiquitar la gran Tenochtitlán. El Tlatoani Cuitláhuac pereció por ésta hacia 1520. En 1833 la epidemia de cólera azota al naciente México, lo que provocó una cacería de brujas en contra de los extranjeros. Dos décadas después seguían apareciendo casos de cólera. Resalto que los *in*, el *jet set* de la sociedad de entonces, sentía el mismo amor y afecto hacia el H<sub>2</sub>O que mis gatos. En plena revolución mexicana,

apareció la *Influenza Española* (1918) que bajó de Estados Unidos dejando miles de muertos. Los hospitales se vieron pronto rebasados en su capacidad y teatros e iglesias recibían a los afectados. En los casos anteriores, las cifras no fueron oficialmente recogidas, sin embargo, los muertos llegaron a contarse por cientos de miles, diezmando a la población en pocas semanas o meses. Las medidas de aquel tiempo no se alejaban mucho a las de estos días, prohibiendo el acceso a lugares concurridos como: comercios, teatros, iglesias, pulquerías, etc.

Lunes 27 (abril 2009), la semana es joven, la comunidad infantil reposa en sus casas agradeciendo a Dios por haber mandado la epidemia que los mantendrá fuera de las aulas varios días. México había exportado al mundo: el tabaco, el chocolate y ahora la temible no menos amenazante: ¡*Influenza Porcina!* En la capital se dispone oficialmente que los restaurantes vendan sólo comida para llevar, lo que les ocasiona pérdidas hasta por 1,500 millones de pesos diarios. Las personas caminan temerosas con cubre bocas, pero existe la necesidad de salir a trabajar. El martes 28, la iglesia de San Hipólito permanece cerrada, todos los San Judas Tadeo lucen un bonito tapabocas azul. La inactividad en la ciudad augura una baja en la economía, pero, un alza en la inflación. La epidemia se vuelve pandemia.

Miércoles 29 (abril 2009), la *influenza* se exporta a Centroamérica, el nivel de alarma está en fase cinco. José Ángel Córdova Villalobos anuncia en conferencia de prensa, en el D.F., que se aprovecharán los puentes del 1 y 5 de mayo para posponer temporalmente las actividades en lo posible, dejando laborar lo indispensable, como hospitales, tiendas comerciales, gasolineras, algunas dependencias de gobierno, transporte público... Los reporteros increparon al secretario de Salud si no se había actuado tarde, pero él afirmó que la alerta epidemiológica se dio el 23 de abril, porque la cepa del virus no se conocía antes. Para este día en el Distrito eran ocho los muertos y en el Estado de México llegaban a 13; en Colima, Veracruz y Oaxaca uno por entidad. El secretario de Hacienda Agustín Carstens, anunció que no se podía medir el impacto en la economía nacional por las medidas adoptadas, más la recuperación sería pronto ya que no habría afectación en infraestructura. El presidente Calderón, en mensaje a la Nación, daba ánimo y exhortaba a los connacionales a adoptar las medidas de seguridad

y afirmaba que no había desabasto de medicamento, que se contaba con el suficiente tratamiento para enfrentar la amenaza, que la salud de los mexicanos estaba a salvo (si se detectaba y trataba a tiempo).

El último día del mes, se tiene cuenta de 669 casos a nivel nacional y 312 decesos. Ernesto Cordero, secretario de Desarrollo Social, asegura que no habrá desabasto de alimento; esto por las compras de pánico, masivas y compulsivas de civiles que temían por una peste como la *bubónica*, que los mantendría ocultos en sus casas o departamentos, bunkers —de interés social—, por tiempo indefinido. Se ponen en marcha las Caravanas de Salud, unidades móviles de detección para posibles brotes de Influenza, en el D.F. Para el 30 de mayo ningún fallecimiento en la capital por virus A (H1N1), sin embargo, Amparito Arozamena fallece a los 92 años a causa de un infarto al miocardio. Su velorio será en la más triste soledad, pese a su popularidad, pues nadie quiere salir a las calles y contagiarse con el nuevo virus. Los aeropuertos del mundo instalan termómetros para detectar posibles infectados. Estados Unidos no cree necesario suspender los vuelos a México. El *virus de Influenza Porcina* era ya conocido en el mundo para esta fecha como la *Influenza Mexicana*, los connacionales eran víctimas de una discriminación en los países a que llegaban y los cerdos eran sacrificados hasta casi ser exterminados y todo por la desinformación a nivel mundial. La OMS sale al rescate, decide denominar al VIRUS DE INFLUENZA PORCINA como... ¡*Virus de Influenza Humana!* Con esto mata dos aves plumíferas de un tiro: Da un nuevo nombre al virus y un homónimo o tocayo a la otra pandemia, el no menos reconocido internacionalmente como VIH, por sus siglas.

Día singular este 1 de mayo 2009, en la capital no hay marchas de obreros, las manifestaciones brillan por su ausencia, las calles lucen desiertas. Los medios de comunicación resaltan este hecho. Lo cierto es que los *Mártires de Chicago*, no fueron desatendidos, pues, las tradicionales marchas del Día del Trabajo, tuvieron presencia en un pequeño pero entusiasta grupo de sexoservidoras que se manifestaron en el primer cuadro de la capital con leyendas en pancartas como: *Sin Dios y sin amor, sin partido y sin dirección, coordinamos luchas del talón. Las manantiales de generosidad*, como las llama Sabines, protestaban por el uso del *espantacientes*, o sea, del tapabocas, que se les obligaba a portar,

el cual resultaba una medida de seguridad absurda por su trabajo de contacto de alto riesgo y sí, en cambio, les restaba desconsolados, tímidos y primerizos pero potenciales clientes. Aunado a esto, un reducido pero enjundioso grupo de anarco-punks, se manifestaban frente a Palacio Nacional. Fue así como se recordó a los *Mártires de Chicago*, en esta capital en su día. Otra manifestación en el D.F. se presentó dentro y fuera del Reclusorio Norte por la cancelación de visitas. Esto, más un *performance* con un cerdo inflable en la esquina de Reforma e Insurgentes fue lo que se vio en un histórico, histórico y desolado 1 de mayo del 2009 en el Distrito Federal. China y Japón envían ayuda a México, dinero y material médico para combatir a la *Influenza*.

En la década de los 80 con la aparición en escena del VIH (SIDA) en Hollywood, se prohibieron los besos dentro de los filmes cinematográficos. En los periódicos del fin de semana en la capital, la noticia de la sección de espectáculos y farándula, era que ahora se prohibían los ósculos en las telenovelas mexicanas. Britney Spears y Madonna envían sus condolencias a actores y actrices de telenovelas chilangos. El secretario de Salud, en conferencia ante la prensa, afirma no sentirse cansado por los ajetreados días de combate. Fernando Gómez Mont, secretario de Gobernación, anuncia que las medidas de seguridad tendrán que ser adoptadas por los partidos políticos y los conmina, junto con la población, a abstenerse de hacer mítines. Una reportera le cuestiona si es qué han bajado los índices de delincuencia por los días de guardar. Ante lo que responde definitivamente: NO, y añade, que la delincuencia no predica la vocación sanitaria. Las conferencias de prensa que en un inicio tenían toda la atención, reciben cada vez menos tiempo en los medios para su transmisión.

Para el domingo 3 de mayo en el Distrito Federal, personal especializado desinfecta vagones del Metro, unidades del Metrobús y demás espacios públicos. José Ángel Córdova anuncia 19 decesos en el país, de los cuales 14 son mujeres. El virus va en aumento, pero las cifras ya son más fidedignas. No hay gente en las calles, el comercio se queja de la falta de ventas, afirman que si no los mata la *Influenza* los va a matar el hambre. En Garibaldi *los mariachis callaron*, sus rostros pese al cubre bocas, dejan adivinar la tristeza por la falta de alegres bebedores, ávidos de la canción vernácula. Varios países del mundo ejercen una

discriminación hacia mexicanos, como Estados Unidos y China, donde los connacionales son aislados en sitios donde no se les permite ningún tipo de acercamiento con el exterior. Otras naciones piden a sus ciudadanos, no acercarse a mexicano alguno, ya que se vislumbran como potencial caldo de cultivo de la cepa A (H1N1). La Secretaría de Relaciones Exteriores de nuestro país critica esta actitud reprobable e inaceptable. Los diarios en la ciudad van dejando de dar importancia a la epidemia para pasar notas como: que la firma de ropa interior Bruno Banani, con técnicas de fotomontaje, convierte a la canciller alemana Angela Merkel, en modelo de su nueva campaña, vistiéndola con unas coquetas pantaletas azul *ciclamino*. El fotomontaje es escalofriante.

México	568	Alemania	8
USA	226	Nueva Zelanda	4
Canadá	85	Israel	3
España	40	Austria	1
Reino Unido	15	Dinamarca	1

La tabla arriba no es el medallero olímpico (¡oh, decepción!), son los casos confirmados de la cepa A (H1N1), el 3 de mayo 2009. En México hay 22 muertes por la *Influenza Humana*. Los noticieros desmienten brotes en el interior de reclusorios. En Campeche, internos organizan un mitin por la cancelación de visitas como medida preventiva. San Luis Potosí, es sede de Real de Catorce y el peyote, pero también es el estado de nuestra República representativa democrática y federal que presenta más casos de *Influenza Humana* después del D.F. y Edo. de México, con 29 incidentes; se encuentra seguido de Aguascalientes con 17 y en Tlaxcala, lamentablemente, la familia de una víctima es tratada como pernicioso, nadie se les acerca, todo mundo les huye. En China, más de 70 mexicanos son aislados (exhibidos) en edificios y puestos en cuarentena. En el aeropuerto de Francia, Charles de Gaulle, atisbadores franceses se niegan a descargar un avión proveniente de México, y sus atractivas azafatas se niegan a atender vuelos con destino a nuestra nación.

Cuatro de mayo 2009, el regreso a clases se confirma para el día seis del mes, pero, únicamente Media Superior y Superior. Las noticias

son más de lo mismo, cifras en aumento y desesperación por el encierro en las casas. En Internet aparecen a la venta playeras juveniles con la bandera mexicana recortada con la silueta de un cerdo, lo que hirió la sensibilidad de algunos nacionales. Además circula, también en la red, una bonita aria titulada: *La cumbia de la influenza. ...ch... chch... ch... chch... ch...*

Cinco de mayo 2009. Un día como hoy pero de 1862 conmemoramos la batalla de Puebla, sin embargo, en 2009 México vuelve a tener roses y riñas con algunas naciones que descalifican a nuestro país por “haber ocultado información acerca de el virus que se expande por el mundo”, además por las “recomendaciones” xenofóbicas que se dan fuera de nuestras fronteras para evitar cualquier tipo de contacto con esos espléndidos caldos de cultivos de A (H1N1), mejor conocidos como mexicanos. El trato, o mejor expresado, maltrato que reciben los nacionales en el extranjero, mueve a la acción. En China un grupo de potenciales caldos de cultivo caminantes de *Influenza Humana* —antes porcina— se les raptó con engaños para ser incomunicados del mundo, y se les dispuso dentro de instalaciones inadecuadas, impidiéndoles el contacto con el exterior, bajo el alegato de evitar cualquier tipo de riesgo de contagio en la nación asiática. Fuentes afirman que los mexicanos aislados —eufemismo de encerrados— desesperados se preguntaban: *¿Y ahora quién podrá ayudarnos?* —¡Yooo!— contesta SRE. Rápido entró en acción y rentó un avión para volar a China y repatriar a los mexicanos. Al siguiente día el avión con los compatriotas aislados en China llega a la ciudad de México y es recibido por la primera dama de nuestra patria: Doña Margarita Zavala, quien dicho sea de paso, según una revista de circulación internacional dedicada a sociales, acaba de ser considerada como una de las mujeres más bonitas, inteligentes, carismáticas, simpáticas, elegantes, perfectas, talentosas, etc., de este país. Y ya que hablamos de “buen gusto”, el sofocante, y socorrido regalo sorpresa siempre decepcionante, queda prohibido. Autoridades sanitarias en épocas de prevención y contingencia proscriben el uso y conminan a no vestir corbata. Los precios de algunos productos básicos suben. La Secretaría de Salud reconoce 29 muertos, mayoritariamente mujeres de entre 20 y 40 años. Restaurantes y fondas chiquitas que parecían restaurantes, abren sus puertas pero sólo pueden trabajar al 50% de

su capacidad por disposición oficial. Este y once mandamientos más regulan su funcionamiento. Por la tarde productores de teatro se reúnen con autoridades de la Secretaría de Salud, para discutir el reabrir los aposentos de la diosa Talía.

Para el 7 de mayo, la vida comienza a regresar a la “normalidad”, estudiantes de nivel Medio y Superior regresan a clases. Museos, teatros, cines, oficinas, iglesias, restaurantes abren sus puertas; eso sí, bajo ciertas restricciones como la que establece no sentarse muy juntos, 1.70 metros de distancia entre persona y persona. Nuestro escritor José Emilio Pacheco, famoso por sus *Batallas en el desierto* o poemas como “Alta traición”, recibe el premio Reina Sofía de España, la fiesta continuará por semanas como en las historias de García Márquez, ya que también este año en Bellas Artes se le festejarán sus 70 velas del pastel.

El último día de la semana, la OMS, advirtió que la *Influenza Humana* puede afectar hasta un tercio de la población (dos mil millones), y teme que llegue a África, por ser el continente más vulnerable. En la capital del país, los ciudadanos salen del encierro y prestos, relajan las medidas de seguridad; por ello, Marcelo Ebrard, jefe de Gobierno, pide no “bajar la guardia.” Desde la Casa de América en Madrid, *La Chica Dorada* (o dopada), acompañada por algunos políticos, lanzó un mensaje de apoyo a los mexicanos y al mundo. Al grito de “Todos somos mexicanos” aseguró que nuestra nación no se encuentra en cuarentena y agradeció a España por la solidaridad que mostró con nuestro país. Su mensaje cerró con un “¡Viva México!” En la red circula un video musical con la participación de estrellas famosas porcinas como *Peggy, Porky, Babe* y más, interpretando “We didn’t start the swine flu” (*Nosotros no comenzamos la gripe*), un *hit* de los ochenta vuelto ahora himno en defensa y reivindicación de la discriminada raza porcina. En medio de epidemias, mensajes de estrellas y videos musicales porcinos, el Senado y los Diputados han aprobado varios proyectos como: Ley de Narcomenudeo, con la cual ya es posible en esta capital, portar discretos gramos de opio, heroína, cannabis (mota), cocaína, LSD, metanfetaminas, etc. Ayer festejábamos todos a José Emilio Pacheco, y hoy se regodean con la nueva de todos los *pachecos*.

El fin de semana siguiente incluía al 10 de mayo, esto hizo tener esperanza en los mexicanos que esperaban una reactivación

económica. El Papa no ha emitido ningún mensaje sobre la pandemia, pero se pasea por Tierra Santa. No han aparecido notas relevantes. Pero el miércoles 13, por la tarde-noche, la noticia fue el hundimiento de la tierra en Dakota, colonia Nápoles, a un costado del WTC. En el plano internacional Argentina reanuda sus vuelos aéreos a la ciudad de México. Y de vuelta en el plano chilango, actrices, actores y productores de teatro se reúnen en el Ángel de la independencia para celebrar que los espacios histriónicos abren de nueva cuenta. El día de mañana Fidel Castro, reclamará a México ocultar información sobre la *Influenza Humana*, por la visita del presidente Obama a México.

El viernes 15 de mayo, Keiji Fukuda, director general para seguridad sanitaria y medio ambiente de la OMS, asegura que el virus A (H1N1), no fue creado en algún laboratorio. Esto ante la suspicacia internacional en tiempos de ataques bacteriológicos. Fidel Castro sigue haciendo declaraciones donde culpa al gobierno de México por “ocultar información sobre el virus.” En el país las medidas sanitarias se han relajado, no así en España, donde se le niega la participación al coro de niñas del Edo. de México en el Festival Asturias Joven. Tal parece que las palabras de *La Chica Dorada*, no impactaron igual en todos los españoles. El trabajo del coro de un año de preparación se vio excluido. Quien no discrimina las viandas, es el ahora archireconocido secretario de Salud José Ángel Córdova, que se retrata para los medios degustando manjares porcinos, para ayudar a volver encumbrar el buen nombre de los injustamente descalificados productos de cerdo. El gobierno de la capital como medida para ayudar a reactivar la economía condona impuestos y multas en predial y agua.

Sábado 16, hoy no puedo levantarme.

Domingo 17, hoy tampoco.

Lunes 18 de mayo, los diarios me regresan a la realidad, en la capital hubo una colorida y festiva manifestación, para conmemorar y refrendar la presencia de la comunidad homosexual en México y el mundo. Y por lo que respecta al Centro de Control Epidemiológico (CCE) y el Instituto Nacional para el Control y Estándar Biológico del Reino Unido, anunciaron que sacarán las primeras vacunas para el virus A (H1N1) a finales del mes. La Influenza avanza silenciosa, del D.F. al mundo. Turquía e India registran ya sus primeros casos. En México, las



chicas estás de regreso, las jóvenes coristas del Edo. de México volvieron de España. Su participación se suspendió en el festival debido al infundado temor de contagio, sin embargo, algunas plazas públicas y La Casa de América en el país ibérico, inteligentemente brindaron espacios y así pudieron escuchar a este coro nacional. En un año de elecciones algunos partidos y candidatos se han colgado de la fama del virus y lo han explotado electoralmente, como en San Luis Potosí. Hasta el fin de semana pasado según la Secretaría de Salud hay 68 decesos confirmados. Mientras comienzo la nota me entero que el día de ayer falleció a los 88 años Mario Benedetti, escritor, pero sobre todo, poeta, autor de líneas que siempre me han acompañado en la memoria: *Vuelvo/quiero creer que estoy volviendol/con mi peor y mejor historial/conozco este camino de memoria/pero igual me sorprendo.*

Para el viernes 22 algo sacude mi cama, me despierto excitado pensando en la repentina y sorpresiva lasciva visita de alguna “amiga”. A las 2:34 p.m. un sismo con epicentro en Tehuacán, Puebla, cimbró al D.F. La magnitud fue de 5.9 grados. No ocasionó daños, tampoco pérdidas humanas, aunque, yo si lamenté la pérdida de una compañera, ya que no era ella quien agitaba frenéticamente mi colchón, sino, como ya dije, se trataba de un infame y engañoso sismo.

23 mayo 2009. Hoy se cumple un mes desde que se diera esa alerta de contingencia, que anunciara la aparición de, en ese tiempo, *Influenza Porcina*, hoy *Influenza Humana*. A 30 días las cifras oficiales por la OMS, reportan:

Casos confirmados:

USA	6,552,	Chile	24
México	4,541	Costa Rica	20
Canadá	719	Alemania	17
Japón	321	Francia	16
España	126	Italia	14
U.K.	117	Australia	12
Panamá	76	China	11

Mientras que en México hasta el día de hoy la Secretaría de Salud reporta: 83 decesos.

Distrito Federal	51
San Luis Potosí	6
Hidalgo	4
Oaxaca	4
Edo. de México	2
Michoacán	2
Zacatecas	2

Las pérdidas económicas resultan irrelevantes ante los decesos, además de incalculables. El detrimento de horas clase, resulta irremediable. Los días que la ciudad vivió en medio de la zozobra ya casi se han olvidado. La *Influenza Humana A* (H1N1), casi ha sido borrada de los medios por otros acontecimientos nacionales e internacionales: La *Champions League*, la final Pumas contra Tuzos; la nota roja y las modelos semidesnudas ocupan cada vez mayor espacio, dejando a las notas del virus un diminuto lugar. Muchos capitalinos, entre los que me cuento, teníamos la idea de que la experiencia ayudaría a erradicar ciertos vicios y malos hábitos de higiene; sin embargo, cada día volvemos más a la “normalidad.” Creímos que las autoridades correspondientes pondrían más atención y dinero en el campo de la investigación con la experiencia que puso al descubierto nuestra vulnerabilidad. No fue así. Todo se comienza a olvidar. Ya nadie teme al virus, que resultó no ser tan fatal como se alertó en su aparición. Los comercios están abiertos, las clases se reanudan, todos se saludan y besan, los teatros, los cines están llenos, las iglesias reciben a sus fieles; los tapabocas en otras épocas extintos recuperan su número, los mariachis vuelven a cantar, las personas van a fiestas... La *Influenza* se está volviendo un mito.

Si he de dar un final feliz a estas crónicas, luego de un mes, diré que unos días después laboratorios en Estados Unidos y Gran Bretaña anuncian la creación de una vacuna contra el virus A (H1N1). Sin embargo, prefiero dar un final de suspenso y escribir: ¡Otra vez la humanidad y los chilangos están a salvo! La pregunta es: ¿Por cuánto tiempo...?

## DOS DE BASTOS

Alfredo Trejo Villafuerte

UNO

*A la memoria de don Raymundo Mora,  
por las críticas y las pláticas constructivas*

Muchos años después, detrás de la barra del Ministerio Público, el licenciado Darío Ibaratagle había de recordar aquella remota tarde en que sus amigos lo llevaron a conocer el Derecho. Darío más bien era un muchacho espigado, cuya estatura rondaba por los uno setenta y cinco metros. De ojos café claro, de indudable ascendencia mestiza, piel y tez clara, un poco quemada por el sol, lo que denotaba —aparte de su acento— que tenía poco de haber llegado desde Villahermosa, Tabasco, a la ya caótica pero bella Ciudad de México de aquellos años. Incluso la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco, que era el lugar donde vivían él y su familia, vecina de la populosa, proletaria y venida a menos colonia Guerrero, en la Delegación Cuauhtémoc —y que en años posteriores sucumbiera en parte, ante los reclamos imperiosos e insoslayables de la naturaleza— tenía aún un aspecto de nueva, por lo que en su semblante en general, podríamos advertir que todavía era bonita y que había un respeto de la novedad, por las ocurrencias de los arquitectos que la diseñaron. Todavía se notaba mucha claridad en los espacios. No surgía ya el mal hábito que tenemos en toda Latinoamérica o quizá en los países de economía dependiente del mundo, de ganar a fuerza todos los espacios con la imposición del mal gusto en el acomodo de tenderos, maceteros, botes de basura, las jaulas de los pericos y los canarios, y todo lo que no nos sirva y lo se nos ocurra en los lugares donde más se ven y donde más estorban a todos los demás. A los otros, a todos los que no seamos nosotros, a los que le van al América, porque nosotros le vamos al Guadalajara. Con esos hábitos involuntarios de las

sociedades preindividuales. El chiste es que les estorbe y les caiga mal a los demás. Pero no tiramos nada. No vaya a ser que lo ocupemos algún día, pero ese día nunca llega y juntamos, juntamos, juntamos. ¿Para qué? Quien sabe, pero juntamos y recogemos todo lo que se nos pone enfrente y lo que se nos ocurre.

Como dije antes la Unidad era bonita, es más, quizá por eso y porque Darío tenía la creencia inculcada por su hermano mayor, que era un dizque político de medio pelo —más bien un burócrata que pensaba eso era la política—, aunado a que en su terruño, el edificio más alto tenía planta baja y planta alta, que consideraban —incluso— que aquí, en la Ciudad de los Palacios, su nivel era más bien de ricos. Estaban recién llegados debido a que su hermano mayor, ya tenía años trabajando de chalán—gato común— con un político tabasqueño—gato siamés— que a la vez se vino con un subsecretario de media tabla—gato de angora—, en los acomodados sexenales que siempre ha manejado con eficiencia la maquinaria del institucional, pero que a la vez, deja en el intento y deja en nuestra ciudad, a los miles de inmigrantes que han enriquecido y a la vez empobrecido la cultura y la economía de nuestra Ciudad Monstruo, en el transcurso de los avatares de cada seis años. Por lo tanto al llegar, ya tenía el tiro echado a inscribirse en la Universidad Nacional Autónoma de México, estudiar el bachillerato y seguirse de filo en la carrera de Derecho. Por lo que tuvo en suerte —o la mala suerte—, de caer en uno de los cinco de los Colegios de Ciencias y Humanidades, en éste caso, en el de Atzacapotzalco. Tenía la fuerte convicción —debidamente trabajada por el hermano y la familia—, que una vez terminada su carrera, ya estaba casi todo preparado para que él —Darío— ingresara directito a la Gran Maquinaria Institucional, en un cargo de representación popular. Por lo que sentía que su actuar debía ser como político. Es más, una vez que entró en contacto con sus compañeros del mencionado Colegio, se dedicó más bien a entablar relaciones sociales con todos los que veía y trataba, ya que —a su entender—, ésa era la forma de iniciarse en la política. Tenía bien entendido que la segunda parte, era convencerlos de lo que había que hacer, manejarse con liderazgo. En una de éstas el hermano mayor comentó:

—Voy a hacer una fiestecita, con el fin de invitar a algunos parientes y compañeros para que conozcan de nuestra situación. Nuestra

situación, aquí en la capital y nuestra situación en la polaca. Invita a uno que otro compañero de tu escuela— le dijo en tono más bien autoritario. Le sentenció, diríamos en la técnica de la narrativa. Y se lo dijo más bien calculando que en caso de que algunos de sus invitados no llegasen, la aportación del hermano, era más que nada complementaria. Pensando en que, se vería gacho el no ver lleno el depa, y los invitados debían notar que el hermano, —la familia pues— a pesar de tener no mucho tiempo de llegados, ya tenían un roce social saludable, y cuya salita —del depa— que debía haber medido como cinco por seis metros, debía notarse llena, por lo que, haciendo cálculos frívolos, daba lugar, inicialmente, a un invitado por metro cuadrado a la baja, o sea veinte. A la alta: Tres invitados bien apretaditos y acalorados, sesenta. La media: Cuarenta. Por lo que en esos departamentos, cada que alguien organizaba una tocadita, los invitados debían acomodarse en la salita, en la cocinita, en las dos o tres recamaritas o, en el último de los casos, como en éste, en el cuarto de servicio. No podríamos contar con el pasillo porque medía muy poco, además de ser acceso al elevador y a otros tres departamentos.

Los Colegios de Ciencias y Humanidades iniciaron sus funciones en mil novecientos setenta y uno, contaba con cuatro turnos en los cuales tenía una población estimada en diez mil alumnos en cada uno de sus planteles. Dos mil quinientos alumnos por turno. Darío venía de una Escuela Secundaria Pública Federal, en su terruño, con una población estimada en trescientos alumnos. Cien en primero, cien en segundo y cien en tercero, por lo que el contraste en números, con respecto a su nueva escuela, e igualmente los resultados en términos de relación social y comunicación de los eventos, eran monstruosamente evidentes e incalculables. Éste joven, a pesar de haberse educado —como muchos de nosotros— en la cultura de la mentira, —“Quien no tranza no avanza”; “Quien se mueve no sale en la foto”, etcétera—, tenía buena voluntad, y una educación más bien conservadora. Comentaba ordinariamente que conocía el “Manual de Carreño” y creía con firmeza, por ejemplo, que no debía uno de cortarse las uñas en público y una que otra vez, lo vimos escondido, entre los cubículos haciendo lo propio con ellas. Siendo así, creyó elemental invitar a sus compañeros Paquito y el Oso a la fiestecilla. Lo que no sabía o no lo notaba, es que

tanto el primero, como el segundo, ya formaban parte de una red social —que es una manera elegante actual de llamar a la banda—, perfectamente bien integrada.

## Dos

El Paquito tenía a su novia, quien junto con otras dos, eran conocidas como Las Poquianchis, no por feas ni por mala fama, sino porque así es la raza de imaginativa y joditiva —del verbo joder—, incluso a ella, todos la considerábamos como que era guapita. No así las otras, que mas que bien, eran medio feas. Por su parte el Oso conocía al Cisco, al Rock, al —bonito apodo— Borracho, a el Chucho, a el Francés, a el Morrison, a la Guayaba y a la Tostada y a otros, y ellos, a su vez, conocían a un número semejante por cada uno, de jóvenes ceceacheros y dieciseisañeros ávidos de pachangas y de desmadres de fin de semana. El caso es que la invitación que tan amablemente había hecho nuestro personaje, conjuntaba en su totalidad a una cuarentena de jóvenes que, la mera verdad, solamente en apariencia y si fueran calificados del uno al diez, ninguno sacaba dos de calificación. En aquella época y acá entre nosotros sólo Darío y el Oso, tenían una apariencia “normal”. Describimos lo normal: El pelo corto, pantalones de casimir o terlenka o pantalones Topeka de campana el más audaz, y camisas de popelina o cualquier material sintético como el poliéster. Zapatos de vestir o mocasines, etcétera. Lo contrario: La greña larga a la manera de Jim Morrison o John Lennon en la portada del disco *Revolution*, ya algunos con el corte en capas a la Eric Clapton y, los más audaces como el Chucho, ya traían el corte a la Rod Stewart, esto es, el corte hecho por alguno de nosotros a nuestro compañero a manera de ensayo de peluquero. Pantalones de mezclilla a media cadera planchados con Coca-cola y que no se lavaban nunca, tiesos y con un campanòn de pata de elefante. Cinturones de lo más diverso y original: desde un mecate tejido, hasta una carrillera con balas de verdad que le había traído a el Francés, un hermano que radicaba en los Estados Unidos y que era muy efectivo para las broncas, igualmente que las cadenas y las hebillas de seguridad de los automóviles. Camisetas de básquetbol con sus respectivos números y el equipo —todos ellos gabachos— o teñidas con tinte Mariposa, a las que se le amarraban unas ligas antes de meter al tinte y quedaban de un aspecto psicodélico, moradas o anaranjadas

y eso sí para rematar los infaltables collares. Todos nosotros traíamos muchos collares de todo tipo, piedritas, jades, semillas de aguacate, de chabacano, semillitas, semillotas, tiritas de cuero tejidas en cuadrado, en panza de víbora, o en caracol. Traíamos todos, todas y de a muchos. Y lo infaltable: Los huarachotes y el morral. Usábamos huaraches desde los del estado de Guerrero, hasta los hñahñus del Valle del Mezquital. Igualmente los morrales de todo género, aunque abundaban las mochilas que habían empleado los soldados en la guerra de Vietnam. Muchas de ellas traían colgadas unas cadenas de una pulgada también por si eran necesarias.

A la salida del recinto educativo de la avenida Parque Vía, en la Delegación Atzacapotzalco —para las buenas lenguas y costumbres Atzacapolanco— en el nororiente de la capital, se juntaban varios grupos de jóvenes estudiantes según sus diferentes destinos, pero casi todos ellos —igual que nosotros—, nos dirigíamos a la estación Tacuba del Sistema de Transporte Colectivo Metro, para de ahí transbordar y llegar a la estación Tlatelolco, no sin antes pasar a hacer “las compras” de nuestra respectivas botellas. En cuanto se detenía el camión —o vitrina— afuera de la vinatería ubicada en la calle Mar del Norte, en la colonia San Álvaro, el dueño de ella, un viejito setentón y bonachón, buena gente pues, gritaba a sus empleados: ¡Ya llegaron los muchachos! ¡Tráiganles sus botellitas! Imaginen ustedes el ver detenerse un camión y bajar en chinga a una treintena de muchachos fachosos en pos del establecimiento. Y eso era una o dos veces por semana. No me imagino ahora cómo subsistía aquel negocio. Pero eran los usos y las costumbres de aquella época y creo que lo hacían en toda la ciudad y en muchas de las ciudades pequeñas de la República mexicana los “estudiantes”, porque luego muchos ya ni entraban a clase. El ingreso posterior al Metro también era una feria. Muchas veces con el convoy en movimiento, éstos “angelitos” arrojaban por la ventanilla “palomas” de a diez pesos que explotaban sobre los usuarios que estaban esperando abordar el próximo tren. Que yo recuerde, nunca vi a ningún lesionado. Sería porque iba en el gusano eléctrico que se alejaba. Algunos viajaban cargando una penca de plátanos verdes, que eran los que colgaban los jugueros en la parte de afuera de sus changarros y que seguramente se habían descuidado. El transborde en la estación Hidalgo, era para hacerse de algunos

avituallamientos que se les decomisaban a otros viajeros más ingenuos, quienes recién estaban a punto de cubrir sus necesidades alimentarias, después de haber hecho la respectiva compra. Nosotros no lo hacíamos. Simple y gandallamente expropiábamos. Robábamos, pues. La salida de la estación Tlatelolco, significaba el ir sobre la avenida Manuel González e internarse en fila india y en grupitos de cinco o seis elementos para no darse a notar mucho, en los laberintos de la Unidad Habitacional. La dirección que todos ya conocían era: edificio Coahuila número tantos, quinto piso, departamento tantos, aunque siempre existía un líder que actuaba como punta de lanza. En éste caso era el Oso, pues él fue el primer invitado y como ya lo narré en líneas anteriores, vestía de forma discreta y formal, quien junto con Paquito y su novia, serían los primeros que se presentaran en el evento.

### TRES

La llegada al departamento fue discreta pero efectiva. Requerimos de más de tres servicios del elevador para que toda la flota se instalara en la fiestecita. Recuerdo la cara del hermano de Darío cuando fue notando no sólo el número, ya que dije que la llegada fue estratégica, sino las fachas de los invitados del hermano menor. Parecía que él y los pocos invitados ya instalados en un grupo que quedó arrinconado y era ya en número menor, nunca habían visto en la vida a tanto fachoso junto, porque realmente nunca habían visto algo así. En un rincón levantaba la cabeza como buscando no se qué. Aunque es obvio que buscaba al hermano Darío para reprenderlo por la falta de tacto en la forma en que efectuó las debidas invitaciones. En los siguientes instantes el grupo mayor impuso sobre la minoría el olor etílico de las múltiples botellas que para el efecto se procuraron. Ante tal ataque, el caos que se fue formando en la minoría, era al borde de la crisis nerviosa. Era increíble que en un terreno de treinta metros cuadrados, la localización de un individuo por otro, fuera tan difícil. Aunque claro, se encontraban hacinados más de setenta individuos, lo que desbalanceaba el cálculo frívolo inicial. Lo que derramó el agua del vaso fue que en el momento menos pensado, aunque el Paquito ya lo deseaba mucho y aprovechando el encuentro multitudinario, aprovechando la bola pues, a éste se le ocurre fumarse discretamente un churruto de mota. Los invitados y el hermano mayor



casi se infartan por el olor medio raro, ya que suponían que si olía a marihuana, debía de ser que por ahí, alguien debería estar fumando la fatídica y mal afamada cannabis índica. Después de esto el hermano mayor levantó la voz:

—¡Darío! ¡Darío!— Gritó al punto de la furia pero tratando de no perder la ecuanimidad de todo político que se dijera bien placeado.

—Ven inmediatamente que necesito hablar contigo— Dijo ya un poco más calmado. Ambos se dirigieron a la cocinita que estaba a punto de ser invadida por las hordas de invitados, a estas horas ya indeseables.

—No se cómo le hagas, pero no quiero a ninguno de éstos individuos en mi casa. Imaginate que es lo que estarán pensando nuestros paisanos e invitados. Que dirán de mí en la oficina ahora que se enteren la clase de amigos que frecuentas— Darío sabía que aunque intentara explicarle al hermano mayor las circunstancias, en la que se habían desarrollado los eventos hasta aquí narrados, no le servirían de nada ante la premura del cómo debería de actuar ante los hechos. Él, todavía queriendo salvar algo de su prestigio incipiente ante la comunidad universitaria, que a éstas alturas ya estaban clasificados todos como borrachos y pachecos por culpa del Paquito, decidió hablar discretamente con el Oso para hacerle un planteamiento alternativo y que revestía de mucha diplomacia:

—Porqué mejor no nos subimos al cuarto de servicio— Dijo al Oso todavía de manera muy amable, para de plano no correrlos y tratando de no entrar en el colapso nervioso número diecinueve. El éxodo fue pacífico. Sólo el Paquito, que era muy campechano a pesar de venir de la colonia Casas Alemán, en la Gustavo A. Madero, en ésta ocasión, se hizo el indignado:

—¡Son chingaderas! ¡Apenas nos estábamos acomodando! ¡Es máaaaas, mejor vámonos a la otra pachanga! Eeestoy seguro que en la otra pachanga no hay elementos represores e intimidatorios mandados por el gobierno—. Dijo más bien ya pacheco, arrastrando las palabras y siempre de la mano de la novia. Tocado en su celo, Darío se valió de todas sus artimañas de político incipiente para convencerlo de que, en el cuartito de servicio, nos acomodáramos a toda madre los casi cuarenta gorriones universitarios, sin lograrlo. Incluso, muchos de ellos más

coherentes, al llegar a la azotea del edificio, se decidieron por la segunda opción planteada por el Paquito y ni siquiera intentaron acomodarse, valiéndose nuevamente de más de cuatro servicios del elevador para iniciar la retirada. Lo que nos obliga en ésta crónica a hacer un nuevo recuento: En el recinto de dos por tres metros, donde el mobiliario lo podemos describir rápidamente, como un catre y un mueblecito que servía como tocador y clóset a la servidumbre —sólo una—. Minutos después, se encontraban ya recostados en el mueble hecho para eso, el catre, el Oso, el Paquito, quien curiosamente ya se encontraba sin la novia, debido a que a las nueve debía de llegar a casa, el Francés, el Chucho, el Morrison, el Chamuco, el Rock, y el Borracho —¡Lotería!—. Darío y algún otro, de cuyo nombre no he podido acordarme y su servidor, nos encontrábamos de pie, frente a los acostados y acomodándonos senda borrachera para sanar las heridas de haber sido marginados del evento de una manera tan gacha. El anfitrión, trató toda la noche de convencernos de lo contrario sin lograrlo. Cuando la manecilla grande y la chica del reloj, se juntaron en el número doce y pasaditas, ya borrachos la mayoría de los actuantes y en puntos locos, nuevamente al Paquito, a quien no se le quitaba lo encabronado y ya extremadamente pacheco, pues no había dejado de tomar y de fumar de los cigarrillos de marca prohibida y mejor conocidos como “los vaciladores”, sacó de su mochila una pistolita revólver, calibre veintidós, *Smith and Wesson*, asustándonos a los presentes:

—¡Ya cálmate pinche Paquito!— Reaccionaron de manera inmediata el Oso, el Francés y el Chucho, tratando de desarmar al indignado, quienes se arrinconaron al apuntar el arma el rijojo hacia ellos.

—¡Si Eeestoy caaalmaaado, muuuy caaalmaaado! Pero son chingaderas. No se vale que nos hayan corrido de la fiesta. ¿Que no nos cobija la misma Constitución General de la República?— Y diciendo esto y soltando los tres tiros que se fueron a incrustar al techo del cuartito botando el yeso. Ya para esto y sin darnos cuenta por el desmadre, Darío había desaparecido. Muy rápidamente habían bajado los hechos, incluso antes que él, hasta el quinto piso y sucedió lo que debía: Con el hermano mayor ya estaban varios guardias de seguridad, que en aquella época vestían uniforme color caqui y ya los enviaba rumbo al cuartito

de servicio. Cuando llegaron los elementos de la jurisdicción chotal, ya habíamos calmado y desarmado al elemento violento y estábamos como si no hubiésemos hecho nada. Todos muy sentaditos —los que cupieron en el catre— y muy tranquilos, nada más que casi todos briagos.

—¡Pasen mis estimados genízaros!— Dijo de manera chistosa el Borracho sin causarle ninguna gracia a los uniformados, quienes se avocaban al cumplimiento de su deber para poder informar a sus superiores lo que persiste.

#### CUATRO

Lo que persistió, fue la conducción de unos jóvenes, que fueron asegurados por la queja de los vecinos, por escandalizar en los cuartos de servicio de la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco, para hacer la transferencia hacia los compañeros asignados por la delegación Cuauhtémoc, para su presentación ante el agente del Ministerio Público, por su proceder inadecuado. La salida no podíamos llamarla un éxodo, porque a la mejor la subida a un rincón cerca del cielo, si obedecía a un mandamiento místico. La salida no. Nuevamente se requirieron tres servicios del elevador, para bajar a los inculpados y a los vigilantes que los escoltaban, quienes participaron en los bochornosos acontecimientos que sucedieron en éstos cuchitriles de dos por tres metros, llamados pomposamente “cuartos de servicio” que, —dicho sea de paso, ahora forman una unidad dentro de la Unidad, ya que posteriormente fueron alquilados a familias enteras para su habitación y esparcimiento—. Ya en la planta baja, nos hicieron valla un número indeterminado pero cuantioso de elementos caqui por los corredores de dicho colmenero, hasta llevarnos nuevamente hasta la calle de Manuel González, donde se encontraba apostado o estacionado un vehículo policiaco color azul, de las comúnmente denominadas “Julias”, con ocho elementos de uniforme color azul, no recuerdo bien si eran ya de los de la época del General Durazo. Siempre creímos el Chucho y yo en lo mágico, puesto que, al punto de la transferencia y después de haber subido por su propio pie la mayoría de los inculpados, el Chucho que iba como antepenúltimo de la fila, en vez de subir, se paró a un lado de la unidad y yo, quien iba al último, y a quien ya uno de los vigilantes caqui, me preguntaba que yo que hacía con ellos, ya que me veía tranquilo y me dejó abajo. Incluso entre

ambos ayudamos a cerrar la puerta de la jaula del locomotor policiaco. Ahí mismo, fuimos informados que los asegurados serían conducidos a la delegación que se ubicaba en la calle de Violeta y Zarco, de la vecina colonia Guerrero. Ahora ato, que el hecho de habernos dejado afuera a Chucho y a mí, no fue de ninguna manera un milagro. Nos dejaron ahí precisamente para que nosotros fuéramos los que informásemos a los familiares de los detenidos su estado jurídico, para que posteriormente los mismos asistieran a la corporación a liberar a sus parientes.

Lo que no fue así. Acto seguido Chucho y yo que ya estábamos acostumbrados a hacer caminatas nocturnas, en diversas latitudes y en diversos horarios, emprendimos el viaje nocturno hacia el mencionado inmueble. A veces a pie y otras caminando, para no cansarnos, cruzamos toda la Unidad Habitacional y casi toda la colonia Guerrero para llegar, casi a las dos de la mañana al sitio. En el transcurso, nos encontramos al Ángel, conocido roedor del Colegio de Ciencias y Humanidades de Naucalpan y habitante nocturno por sus ya malos hábitos de dicha colonia y quien por cierto de Ángel, sólo tenía el nombre, ya que era todo lo contrario, como a continuación mencionaremos. Apostados frente al Ministerio Público los tres, nos informa que los ahora detenidos deberán de pagar una multa de dos mil pesos, por lo que nos deberíamos de mover para conseguirlos, porque de no ser así, purgarían una condena de cuarenta y ocho horas a partir de las cero con treinta y cinco minutos de ése día, hora en que fueron consignados. Aparte de que nos conminó a entrar a ver a los detenidos, para invitarlos a que terminaran con el desmadre que traían, so pena de incrementar el castigo a lo que él decidiera. Entramos para darnos cuenta de que, parte del desmadre, era debido a que como los separaron en cada una de las ocho celdas, donde convivían con teporochos, uno que otro raterillo o vicioso y uno que otro dizque acusado de homicidio, el cual negaba tajantemente haber cometido, quienes los animaban a estarse mentando la madre de una celda a otra. Cumplida la misión de informarles su estado jurídico, la pena aplicada y la multa por pagar, quedamos en el entendido de que estaba cabrón que los liberásemos, y ya echábamos cuenta de que iban a pasar la condena a toda madre recluidos y en el desmadre. Para salir de las crujías, Ángel, que más tenía de chamuco que de lo otro, amablemente nos obsequió unos cinturoncitos que dejaban colgados a fuerza los ahí

presos, provocando las mentadas de madre y el típico “¡Ora que salga, te voy a poner en la madre!” Lo que nos valió *idem* porque gozábamos de la libertad que ellos no tenían. Incluso él, se dio el lujo de cambiar el suyo, ya que el que se había llevado, no le gustó el color.

Nuevamente en la barra del M.P., el dichoso Ángel ya se movía como pez en el agua, ya que entraba y salía de galeras a la hora que le daba la gana e incluso entraba y se sentaba en el escritorio del secretario sin parecer que incomodara al titular de la agencia, lo que ya nos daba mala espina. Exactamente a las tres en punto de la mañana, se presentó ante la Agencia de Ministerio Público número quien sabe, y después de haber terminado la fiesta en su casa, Darío, el futuro licenciado en Derecho, por la Facultad de Derecho, de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien llegó como si ya tuviera mucha cancha, aunque todavía cursara el tercer semestre del Colegio de Ciencias y Humanidades, a preguntar el estado que guardaban los detenidos, si se había respetado su integridad física y si no habían sido violentados sus Derechos Humanos. Ante su llegada espectacular y pretenciosa, el Ministerio ni lo peló, por lo que se conformó con que nosotros le platicáramos cómo estaba el asunto. Una vez informado, lo que notamos es que todavía estaba apenado por el actuar del hermano mayor, incluso no medía las consecuencias de haber metido a la cárcel a sus compañeros, que eran tan inocentes que ni siquiera lo pensaron. Ya un poco informado de lo que se trataba, había salido de su casa con trescientos pesos en la bolsa, misma suma que no era suficiente para la liberación de los desmadrosos. En seguida, nos dedicamos a cavilar diferentes fórmulas para conseguir la lana liberadora sin atar clavo. Casi todos vivían lejos y en ese tiempo, sólo los más acomodados contaban con teléfono. A las tres de la mañana con cuarenta y cinco minutos, fue presentado por un par de patrulleros para su consignación, un conductor ebrio, quien andaba trajeado y como lo vimos, realmente si andaba bien borracho. Parado frente al Ministerio Público y tambaleándose trataba de responder las preguntas de rigor: Qué cuál era su nombre, qué cuál era su ocupación, qué cuál era su estado civil, qué cuál era su dirección, etcétera. Las respuestas eran balbuceantes, por lo que el funcionario insistía: Qué cuál era... etcétera. Mañosamente Ángel ya estaba ubicado junto al ebrio y de espaldas al burócrata y frente a nosotros, que estábamos en la parte de fuera de

la barandilla, con una de sus manos metiéndola a la bolsa del saco del bebedor dijo:

—El dos de bastos—. Hizo el movimiento en el escritorio del Ministerio Público, con una sonrisa más cínica que jamás habíamos visto y ante nuestra sorpresa, tomó en sus manos la cartera del beodo, con toda tranquilidad la esculcó, sacó el dinero que traía el hombre, incluso le sustrajo una imagen de la Virgen de Guadalupe, y las fotos de la esposa y de los hijos, las cuales regresó porque él era muy honrado y no quería meter en problemas al conductor pasado de copas. Con toda calma y ahora de frente al licenciado titular, regresó la cartera a su lugar de origen, vino con nosotros y nos preguntó:

—¿A cuanto asciende la fianza?— Con los mil ochocientos cincuenta pesos que el demonio llamado malamente Ángel, sustrajo al todavía declarante, más los trescientos pesos con los que contaba el apenado de Darío, juntamos la suma de dos mil ciento cincuenta pesos. Separamos los dos mil de la multa y acto posterior se los ofrecimos al titular y representante de los intereses ciudadanos, quien ya a esa hora y como es costumbre en ellos, tenía más ganas de dormir que de consignar al ciudadano infractor del Reglamento de Tránsito vigente. Tomó el dinero, ordenó a uno de los policías que metiera en galeras al infractor, hasta que se le bajara la borrachera, para que así pudiera avisar a sus familiares que vinieran a sacarlo al otro día, a la vez que ordenó al mismo uniformado que sacaran a los desmadrosos para que él pudiera echarse un coyotito hasta la mañana, ordenó también que no hubiera consignaciones en las próximas cuatro horas y se retiró. Salieron nuestros cuates muy contentos, incluso algunos con cinturón extra. Darío les pidió disculpas de algo que ellos ni habían notado y nos dirigimos todos —excepto Darío que se retiró a su departamento, eso sí en taxi—, a tomarnos unas caguamas con el remanente de cien pesos, ya que el tabasqueño guardó cincuenta para su taxi, en donde —según Ángel—, roedor conocido en la colonia y en el C.C.H. Naucalpan, vendían toda la noche ahí mismo en la Guerrero y cada chango a su mecate. Darío en el taxi, en un viaje que demoraba veinte minutos, iba alegre porque se convenció y notó, vía sus compañeros de escuela, el funcionamiento del Derecho. Por eso muchos años después y ya sin pena ni gloria y viviendo en *El Mundo Feliz*, iba a recordar la remota tarde en que debido

al berrinche de su hermano mayor, quien a la fecha goza de una pensión burocrática, lo llevaron a conocer...

NOTA: La presente crónica está basada en un acontecimiento real. Los nombres de los actores no fueron cambiados debido a la simple y sencilla razón de que, el autor a la fecha, tiene muy deteriorada la memoria y no se acordó bien de los nombres, los lugares y las fechas, además que quien sabe si se acuerden ellos del evento. Excepto el actual abogado. Además, que importa.

## EL DESPERTAR

Jorge Arellano Z.

Si mal no recuerdo, lo que pasaba en el centro de la ciudad de México era confuso, la televisión no contaba con imágenes fidedignas y la radio no tenía la información adecuada, todo lo cual redundaba en lo de siempre, una magna desinformación, pero como la familia estaba acostumbrada (creo que igual que la mayoría de los habitantes de la ciudad) a vivir en un estado de semi-inconsciencia, donde todo lo que se veía o escuchaba en los medios, debía creerse como su nombre lo dice, a medias y si fuera menos, mucho mejor, de tal suerte que para nuestra familia no tener conocimiento de lo sucedido en el centro de la ciudad era mejor, ignorar lo que sucedía no nos comprometía a nada. Sin embargo, lo que sí sabíamos o sentíamos dentro de nuestro pecho, es que “algo” estaba pasando y temíamos que fuese grave.

El temblor lo sentimos muy de mañana, no recuerdo la hora, pero sí recuerdo que hacía frío, desde más temprano junto con mis padres realizábamos las labores referentes al pequeño taller de costura que teníamos, era día de entrega de la mercancía y estábamos apurados, no lo podíamos dejar pasar, ya que los gastos de nuestra numerosa familia apremiaban y necesitábamos el dinero producto de nuestro trabajo en el taller; sí recuerdo que el temblor duro mucho o más bien así lo sentimos, también recuerdo que aparte de marearnos cuando nos movió de un lado para otro, también nos revolvió la panza cuando las sillas retumbaron de abajo hacia arriba en repetidas ocasiones, sí, el temblor estuvo fuerte.

Yo creo que fue por eso, que en nuestro pecho la sensación de opresión se sentía muy fuerte, todavía recuerdo que nosotros vivíamos en una colonia del poniente de la ciudad, llamada Olivar del Conde, el suelo ahí es muy duro y yo creo que por eso no se cayeron las casas pero, sí, el temblor estuvo fuerte.

Una vez que dieron las 11 de la mañana y en rápida reunión



familiar, tomamos una decisión, que a la larga marcaría para siempre nuestras vidas. Necesitábamos el dinero, los teléfonos no servían, por lo tanto, era necesario llevar la mercancía fabricada en el taller al centro de la ciudad, la Compañía Distribuidora de maquila, que nos compraba lo que fabricábamos, estaba ubicada en la calle de Tabaqueros, en la planta baja y en un edificio bastante viejo o cuando menos no tenía el mantenimiento adecuado porque su aspecto no era muy bueno.

Antes de emprender el viaje había que considerar varios aspectos, entre estos el hecho de que suponíamos que la zona era de difícil acceso, sabíamos que el Metro no funcionaba en algunos tramos y que los taxis cobraban casi un ojo de la cara por acercarnos al centro de la ciudad, en una familia como la mía, donde eres el mayor de los varones y tu padre ya se encuentra delicado de salud, pues estás en la posición número uno y eres el designado para encabezar la empresa; el segundo y único de mis hermanos no sobrepasaba los doce años, mis hermanas mayores encabezaban la lista de hermanas inteligentes y trabajadoras, pero con poco entusiasmo para internarse en una zona que suponíamos peligrosa, por tanto mi hermana Leticia, estudiante de la Escuela de Enfermería de la UNAM, se sumó al proyecto, una vez empacada la mercancía, nos enfilamos al centro de la ciudad, con una aprensión en el pecho y dejando atrás a la familia con un nudo en el garganta.

Nuestro *vía crucis* comenzó cuando, sobre la avenida Santa Lucía, intentamos tomar un transporte, ningún taxi se quiso aventurar, la radio por fin daba informes desde los sitios afectados por el temblor y estos no eran nada halagadores; se hablaba de edificios completos derrumbados en el centro de la ciudad y en la zona de Tlatelolco, por suerte un camión de los denominados *Delfines* concesionados a particulares, nos transportó sin mayores contratiempos a la colonia Mixcoac, ubicada en el arranque de la zona de Lomas, del poniente de la ciudad y perteneciente a la pujante Delegación de Benito Juárez, al bajar nos dimos cuenta de que la situación era mas grave de lo que pensábamos, pero ya no había marcha atrás, si esperábamos, corríamos el riesgo de dejar a la familia sin sustento por lo menos una quincena y como íbamos al día, no podíamos darnos ese lujo. En Mixcoac recorrimos de un lado a otro la calle Molinos, la avenida Revolución y la avenida Río Churubusco, buscando un vehículo que quisiera internarse

en el centro de la ciudad, sin éxito, por fin abordamos un camión de la ruta dos, que corría de San Ángel al Metro Chapultepec.

Fue en este camión donde supimos por primera vez, que el temblor había cambiado para siempre a la ciudad, durante el trayecto de Mixcoac al Metro Chapultepec, observamos que los semáforos no servían, no había energía eléctrica y el chillar de las sirenas que se escuchaban por todas partes nos enchinaba la piel como a las gallinas, por todos lados se veían conductores asustados y sin saber a donde dirigirse, la gente en las calles intentaba infructuosamente llegar a sus trabajos, a sus escuelas o simplemente buscaban llegar a las zonas de conflicto, con la expresión de miedo en el rostro, buscando algún familiar, algún hijo, algún hermano, en definitiva esa no era la ciudad que mi hermana y yo recordábamos, avanzando en un tráfico enloquecido, con calles cerradas y un desconcierto generalizado.

Pusimos atención a las noticias que en una transmisión de mala calidad, emitía *Radio Monitor*, ahí el señor Gutiérrez Vivó, narra los pormenores que sus reporteros le daban con miles de trabajos, dado que los teléfonos en su mayoría no servían y los sistemas de radio comunicación eran bastante deficientes, creo que hasta entonces mucha gente se dio cuenta de lo frágil que era la ciudad, tan grande, tan fastuosa en algunas zonas, era en realidad como una enorme ballena atrapada en la arena de una playa y esa playa en ese momento era un temblor de tierra.

Pasados no más de 50 minutos llegamos al Metro Chapultepec, ya para entonces pasaban de la una de la tarde y el tiempo apremiaba para llegar al centro de la ciudad y como dicen que en los momentos mas críticos de tu vida siempre hay un rayo de luz, no tardamos mucho en abordar un taxi, no sin antes negociar el exorbitante precio de 50 mil viejos pesos y eso hasta donde pudiésemos avanzar; el taxi, un vocho con mínimo 20 años de uso, era maniobrado por un viejo taxista conocedor de la ciudad, por lo que se enfiló al centro tratando de evitar las avenidas principales, se internó en la colonia Roma, buscando el Eje Central, ese fue nuestro primer error.

La colonia Roma estaba hecha un desastre, por donde pasábamos había edificios derrumbados, gente en ropa interior acampando pesadamente en los camellones y parques, y lo peor de todo,

no se veía por ningún lado ninguna autoridad, la policía, los bomberos y las autoridades de las Delegaciones habían quedado rebasados por el temblor, sólo divisábamos gente, gente por todos lados, corriendo de un lado a otro, cargando niños y sus escasas pertenencias; humo, mucho humo, de los incendios que se propagaban por todos lados y polvo, muchísimo polvo, de las casas y edificios que habían caído y seguían cayendo por cualquier lado que pasábamos.

No recuerdo en que calle vimos a mucha gente correr despavoridos hacia los camellones empastados, temiendo lo peor bajamos del taxi y los seguimos, en realidad era una réplica del temblor que hizo que todos palideciéramos y con la cara rígida por la tensión, observamos cómo los edificios se movían de un lado a otro, una vez que pasó, abordamos de nuevo el vocho y tuvimos que renegociar la tarifa hasta 70 mil viejos pesos, porque el taxista ya estaba espantado y no quería seguir el viaje, como pudimos y dando cientos de vueltas llegamos a no sé qué avenida, la cual nos sacó hasta el Eje Central, una vez en él, los tres respiramos profundamente, creíamos haber pasado lo peor.

Yo, sin embargo, sentía esa espinita en el corazón que me decía que las cosas todavía no estaban bien, recordaba a mi maestro de mecánica en el Politécnico, el cual una vez nos explicaba que el suelo del centro de la ciudad, era como una cubeta con agua y el suelo de las partes altas era como una cubeta con piedras, decía que si movíamos la cubeta con piedras, representando un temblor, las piedras se movían, al dejar de moverla, las piedras se estaban quietas y no pasaba nada, pero si movíamos la cubeta con agua, ésta se seguía moviendo una vez terminado el temblor, por eso las construcciones del centro de la ciudad tenían un mayor riesgo, no le comenté nada a mi hermana Leticia para no asustarla más y mucho menos al taxista para que no se desanimara y continuáramos el viaje.

Sin embargo, la realidad nos alcanzó demasiado rápido, el Eje Central parecía una zona de guerra, igualito y como lo habíamos visto en las películas, edificios derrumbados por doquier, humo y polvo como nunca habíamos visto y un mundo de gente, sí, muchísima gente en las calles, encima de los escombros, buscando no sé qué o no sé a quién, con las caras blancas por el polvo o a lo mejor las tenían así por el susto, por

el pavor de verse desamparados, en la calle, con heridas físicas difíciles de curar y con heridas del alma que nunca sanarían; gente por todos lados, descalzos , desnudos, llorosos... ya no podíamos avanzar en el vocho, nos bajamos no sin antes cubrir la tarifa y avanzamos a paso lento, entre el gentío que atiborraba las calles, avanzamos a paso lento entre el gentío que atiborraba cada rincón del alma.

Esquivando un sinfín de escombros, continuamos nuestro viaje a través del Eje Central, a pie pudimos ver la magnitud de la tragedia, no había casa o edificio que no estuviese afectado, no había electricidad, los teléfonos no servían, pero también observamos que la gente de la ciudad tenía una faceta desconocida hasta entonces, en largas filas de personas pasaban piedras y escombros, tratando infructuosamente de ayudar a las personas atrapadas en los edificios caídos; como pudimos auxiliarnos a dos niños que con el rostro blanco de polvo lloraban desconsolados, sentados en el piso, junto a un bulto cubierto por una manta, del cual nos dijeron que era su papá. Todavía recuerdo que hicimos un alto en nuestro recorrido y llorando a la par de los niños, tratamos de consolarlos, ofreciéndoles un poco de agua y limpiando su rostro con sus propias lágrimas.

Era la primera vez que yo veía un muerto, era la primera vez que yo sentía un dolor tan intenso que el pecho se me estrujaba en cada respiro, todavía recuerdo el rostro de dolor de mi hermana, bañado en llanto, cuando abrazó a los niños y los entregó a una ambulancia operada por unos policías y créanme que hasta ahora, no recuerdo los logotipos de su ambulancia, pero sí recuerdo muy bien sus rostros morenos, asustados pero con la fuerza que da el cumplir con tu deber. Todavía en mi cabeza rezumban los gritos de los niños, cuando los separaron del cuerpo de su padre, de su madre nunca supimos nada y a los niños jamás volvimos a verlos y, pensándolo bien, hasta ese momento vimos a alguna autoridad, durante todo nuestro viaje, oímos muchísimas sirenas, pero hasta ese momento vimos a los policías, había que reconocer su valor, ya que observamos que no tenían ni siquiera gasas para atender a los muchísimos heridos, pero estaban ahí, en medio de la nada, y créanme, su presencia como que le daba ánimos a la gente o cuando menos una esperanza.

Continuamos con nuestro viaje, giramos a la derecha sobre la

calle República de El Salvador y entonces todo cambió, la soledad del centro de la ciudad era pasmoso, el aire estaba enrarecido, olía a gas, el polvo se metía hasta la garganta y dificultaba la respiración, en las calles no había nadie, el viento arrastraba la basura y hacía remolinos interminables de polvo blanco, avanzar en aquella soledad, a sólo unas horas de haber pasado el temblor, se nos hizo más pesado que cuando estábamos entre el gentío. A cada paso tropezábamos con escombros, bordeamos varias calles, escalamos montañas de tierra negra, que supusimos que eran casas derrumbadas, hasta que por fin entramos con el Zócalo de la ciudad de México, la vista de los edificios viejos, que tantas veces habíamos admirado, nos trajo una paz en el alma difícil de describir, los edificios estaban de pie, el temblor no los había dañado y eso considerábamos que era ganancia, después de toda la destrucción y soledad que habíamos visto.

En la calle de Venustiano Carranza, un camión repleto de soldados nos hizo el alto y después de identificarnos y explicar nuestra presencia en el centro, nos escoltaron hasta las instalaciones de la Compañía Distribuidora donde llevamos nuestra mercancía, dando gracias que estaba de pie; el viejo edificio soportó el temblor y en un alarde de responsabilidad empresarial, la compañía estaba trabajando, recibiéndonos con afecto y ofreciéndonos un transporte de regreso a nuestra casa en el poniente de la ciudad.

El viaje de regreso lo hicimos en silencio, yo observaba el rostro de mi hermana y ella me observaba de reojo, creo que en el fondo, sabíamos que todo había cambiado, nuestra osada aventura, había terminado bien y estábamos de nuevo en casa; sin embargo, al abrir la puerta nuestros padres y hermanos, ambos, mi hermana Leticia y yo, soltamos a llorar como niños y no paramos de llorar hasta que nos cansamos, ya no éramos los mismos, la gente de nuestra ciudad ya no era la misma, nuestra ciudad ya no era la misma, nuestra ciudad había cambiado, para siempre, en aquel despertar del 19 de septiembre de 1985.

## EL DÍ EN UN DÍA CUALQUIERA DE VERANO

Alejandro E. Romero Romualdo

Envuelto en el silencio de mi cuarto, donde sólo se escucha el tic tac del reloj, suena el despertador anunciando sin control que la noche quedó atrás y el día comienza de nuevo. Son más o menos las seis de la mañana de un día cualquiera de verano aquí en la ciudad de México. Por suerte hoy no amaneció nublado o lloviendo, como es común en estos días. Eso me permite ver las sobrevivientes luces multicolores de la noche que quedó atrás.

A lo lejos, se alcanza escuchar, todavía, el cantar de los gallos, el ladrar de los perros, anunciando que la gente camina, con sus prisas cotidianas, hacia sus trabajos o la escuela. Algunos se saludan aunque no se conozcan, basta con el “buenos días, señora” y una sonrisa para empezar el día de manera agradable.

El ruido de los camiones de transporte rompe con el silencio que había apenas minutos antes. La ciudad se ha despertado. Los cristales de mi ventana vibran ante ese rugir de motores que se ponen en marcha. Mi casa situada en la colonia Cerro del Judío en la Delegación Magdalena Contreras, por una de las laderas del cerro que bordea esta metrópoli, aquí en el sur-poniente, permite desde mi habitación a través de mi ventana que más se parece a un palomar. Siempre me ha fascinado quedarme con la mirada inmóvil en todo su entorno.

Mi casa situada en la colonia Cerro del Judío en la Delegación Magdalena Contreras, por una ladera del cerro que bordea esta metrópoli, aquí en el sur-poniente, permite desde mi habitación a través de mi ventana que más se parece a un palomar. Siempre me ha fascinado quedarme con la mirada inmóvil en todo su entorno.

Desde el amanecer, cuando el cielo adquiere tonos rojos y naranjas, hasta llegar al amarillo. Y entonces el sol es un círculo trazado por la perfección. Surge por detrás de nuestros eternos guardianes el

Popocatépetl y la Iztaccihault y lentamente toma su altura y saluda con su amplia sonrisa al nuevo día y a la ciudad.

En la parte posterior de la casa, en lo que queda del bosque del cerro, que la mancha urbana no alcanzó a invadir, se presenta el rocío de la mañana que cae sobre las copas de los árboles y la hierba. Sus gotitas de agua que parecen copos cristalizados se dispersan y avivan la humedad de la tierra mezclándose con el olor a pino y eucalipto de los árboles. Los pájaros silvestres en su trinar componen un concierto que también se suma al paisaje descubriendo que la mañana tiene su magia y seducción.

La ciudad, con sus modernos y altos edificios, como en una carrera para ver quién es el más alto y llega primero a tocar el cielo, se transforma en ese monstruo de acero y concreto. Y el smog como oxígeno se dispersa en la selva de asfalto que amenaza con esperarte pacientemente para absorberte y aniquilar tus sentidos, tu vida, así sin piedad. Para que tu humanidad se pierda en la nada, en el autobús, el pesero, en el Metro, tu automóvil... qué importa dónde.

Son las nueve, tengo que partir a cumplir mi cita con las actividades de un día cualquiera.

Mi deambular por la ciudad, me llevará a conocer las entrañas de esta metrópoli.

La mañana avanza como la expectativa de encontrarme con Roxana, el amor de mi vida, hoy en nuestro aniversario de enamorados. Me tiene un poco inquieto por llegar al lugar de nuestra cita, me refiero al Sanborns de los Azulejos, singular construcción que perteneció a don Daniel Martínez, esta propiedad fue adquirida por Diego Suárez de Peredo en 1596, cuya hija contrajo matrimonio con Luis de Vivero, Segundo Conde del Valle de Orizaba.

El edificio actual data de 1737, fecha en que fue construido por la Quinta Condesa del Valle de Orizaba, quien había vivido durante varios años en la ciudad de Puebla de los Ángeles, motivo por el cual, probablemente, decidió recubrir su casa con azulejos, característica de la arquitectura poblana del Virreinato.

Por los títulos nobiliarios que ostentaba la familia, la casa debió contar originalmente con los espacios propios de un palacio, como: el Salón del Dosel o del Trono, el Salón del Estrado y una Capilla

Doméstica, además de el Salón de la Asistencia, las habitaciones, el comedor, el repostero, la despensa, la cocina, los cuartos de servicio, las letrinas, los placeres, etc.

Hacia 1881, la casa fue ocupada por el Jockey Club, centro de reunión de las clases privilegiadas de la época. En 1904, la construcción se amplió en la parte posterior al prolongarse la calle 5 de Mayo. La obra se encargó al arquitecto Guillermo Heredia, que continuó la fachada lateral y copió los elementos más representativos de la fachada principal y cubrió los muros de azulejos semejantes a los de las fachadas antiguas originales. En 1915, albergó la Casa del Obrero Mundial y más tarde fue arrendada a la Casa Sanborns Hermanos, que la adquiriera años después.

La fachada principal consta de tres niveles: la planta baja, el entresuelo y el piso noble o principal. Todas sus puertas y ventanas están enmarcadas con cantera gris y sus muros recubiertos de vistosos azulejos que le brindan el singular colorido que le da nombre a la casa y la vuelve un ejemplo único en la ciudad de México. En ella, sobresale la portada con un gran acceso enmarcado en cantera labrada sobre el que se apoya el balcón principal con barandal de bronce, probablemente traído de Oriente, rematado por un nicho y una cruz de cantera. En la esquina cuenta con otro nicho acentuado por roleos y cornisas molduradas. Toda la casa está coronada por un doble pretil, uno mixtilíneo y otro recto. Ambos pretilos están rematados por pináculos formados por piezas de cerámica que repiten los colores utilizados en los azulejos de las fachadas.

El alto zaguán de doble altura, conserva su pecho de madera y azulejos, al igual que los pasillos que rodean al patio y el cubo de la escalera. El zaguán comunica con el patio principal a través de un majestuoso arco de cantera labrada.

En el patio principal los corredores superiores se apoyan en las altas y esbeltas columnas, el patio principal fue decorado por paisajes campiranos, con flores y pavos reales y en uno de los costados luce una bellísima fuente barroca con brocal o plato lobulado.

La escalera de dos rampas tiene un lambrin de azulejos con escudos heráldicos. En su primer tramo comunicaba con el entresuelo, lugar destinado generalmente a la vivienda y a las oficinas del



administrador. La escalera era iluminada por cuatro óculos mixtilíneos colocados en la parte superior.

En 1925, le fue encargado a José Clemente Orozco un mural para decorar el muro de la escalera, mismo que le fue denominado Omnisciencia. Que cada vez que lo observo transporta mi imaginación a placeres insospechados, pero también ha servido de pretexto para robarle un beso y una mirada acompañada de un suspiro a Roxana. Y si bien, se ha respetado el exterior de la Casa de los Azulejos, desafortunadamente, el interior ha sufrido importantes alteraciones, muchas de ellas irreversibles, ocasionadas por los diferentes usos que ha tenido, como: la modificación de todas las habitaciones, la eliminación del entresuelo y el cambio de su posición original de la bella portada barroca de la capilla que se conserva en el piso superior y que miraba al patio.

Así, la Casa de los Azulejos, testigo de importantes sucesos históricos de la ciudad, amén de su belleza, se ha convertido en uno de los monumentos más representativos del Centro Histórico de la ciudad de México. Y un lugar siempre agradable para mis encuentros con Roxana. Hoy aún más, por ser nuestro aniversario.

Al salir de la Casa de los Azulejos, empezamos a caminar por la histórica calle de Madero, recientemente habilitada con tránsito peatonal, y nos dirigimos con rumbo al Zócalo.

Pasar el día junto a Roxana es para mí algo maravilloso, pero no entiendo porque el tiempo transcurre a una velocidad intensa, sin que se pueda contener. El día junto a ella es corto, rápido, y este lapso de tiempo como humo se esfuma. Ella me ha dicho que no se siente bien. Que la lleve a su casa. Para ello abordamos el Metro y nos bajamos en la estación de Tacuba, ella vive aquí en la colonia del mismo nombre, de la Delegación Azcapotzalco. Después de caminar unas cuadras, llegamos a su casa, yo me despedí de ella y me retiro.

Es tarde y empieza a oscurecer, la lluvia no para y amenaza con arreciar, un clásico día de verano en la ciudad de México; y, como en cualquier ciudad, sus calles y avenidas se tornan peligrosas al anochecer. Presa del temor, abordé un taxi y eludí el aburrimiento conversando con su conductor. Resultó ser habitante de la Delegación Azcapotzalco, me comentó que en la antigüedad, antes de la Conquista, esa zona

fue el Centro Ceremonial de una gran civilización que fue derrotada en aquel tiempo por los Mexicas cuando asentaron su Imperio en la Gran Tenochtitlán.

Me platicó de la Alameda Delegacional, que describió como un centro de convivencia familiar, donde se imparten clases de baile como el danzón y otros ritmos, de tejido, etc., de los juegos mecánicos que hay para la distracción de los niños, así como para los que no lo son, y la bella catedral que fue construida sobre una pirámide (como todas las de la Conquista), muy concurrida por la gente de los barrios y pueblos aledaños donde los fines de semana, después de asistir a misa, pasean por el parque hundido, (una construcción natural), conocido como Parque Tezozómoc donde existe una fuente que representa al Imperio de Azcapotzalco. Los amantes del deporte pueden acudir al deportivo Reynosa donde entrenó y jugó durante un tiempo el equipo de fútbol Atlante (¡arriba las Chivas!), allí se realizan actividades recreativas, culturales y deportivas para la comunidad. Creo que el próximo fin de semana junto con Roxana, visitaré este lugar.

El conductor era habitante de la Unidad Habitacional El Rosario, considerada la unidad habitacional más grande en Latinoamérica; al igual que el Metro Tacuba, la estación del Metro El Rosario es una conexión del Distrito Federal con el Estado de México, resulta ser la infraestructura de comunicación más rápida con la que cuenta esta demarcación; entre las colonias más antiguas se encuentra La Clavería, un conjunto de edificios de los años veinte, treinta y cuarenta, con una clara tendencia al Art Decó, una bella arquitectura. En donde la familia de Roxana acostumbra saborear un rico pozole es en el restaurante de “Don Toño”, quien es el actual dueño de la que fuera la casa del artista cómico infantil José Gaspar Elaine *Capulina*; sin dejar de mencionar que por estos rumbos nacieron y crecieron artistas populares como el cantante José José y el cómico Carlos Espejel, entre otros.

Nuestro recorrido con el taxista va por la calzada México-Tacuba, siguiendo su continuación por la calzada llamada Ribera de San Cosme y por fin llegamos a la avenida de los Insurgentes, la avenida más grande de la ciudad de México, y nos enfilamos hacia el sur. Y el siguiente punto de interés en nuestro camino es la Glorieta de Insurgentes.

Se trata de una enorme área circular justo a la mitad de una

de las principales arterias de la ciudad de México; en el centro hay comercios de todo tipo y la estación del Metro Insurgentes. Alrededor pasan los autos en un sólo sentido de lado oriente van hacia el norte; de lado poniente van hacia el sur. Está ubicada a cuatro cuerdas del Paseo de la Reforma, en el cruce de Avenida Chapultepec y en ella desembocan la avenida Oaxaca, y las calles de Jalapa y Génova. Está en un desnivel de ocho metros, donde se ubica, además de la estación del Metro Insurgentes, la parada Glorieta de Insurgentes del Metrobús, y el monumento al Sereno. El lugar perfecto para noctambular, ya sea con tu pareja o con tus amigos. Ya que encuentras de todo tipo de bares, discos, y un sinfín de variedades.

Últimamente, la Glorieta de Insurgentes —específicamente en los alrededores de la salida del Metro— se ha vuelto punto de reunión de varias tribus urbanas, así como de la comunidad lésbico-gay, convirtiéndose en una de las zonas en las que confluye la diversidad del mosaico social de nuestra urbe. A esa ciudad que aspiramos ser, la ciudad de las libertades democráticas.

En el continuar de nuestro recorrido llegamos a donde se levanta majestuosa una de las construcciones más altas de nuestra ciudad, el majestuoso World Trade Center, (o el ex Hotel de México), un lugar de exposiciones, oficinas y algo más. Hoy en día se ha convertido en uno de los centros de negocios importantes con los que cuenta la ciudad, sin dejar pasar desapercibido al enigmático Polifórum Cultural Siqueiros. Que se levanta imponente convirtiéndose en un lugar de referencia para cualquier tipo de encuentro, incluso los amorosos, como alguna vez lo he hecho con Roxana, cuando queremos ver una obra de teatro.

Metros más adelante nos encontremos entre las calles de Porfirio Díaz y Juan Francisco Millet, en la colonia Extremadura Insurgentes, uno de los más bellos parques con que cuenta la ciudad de México: el lugar, la gente lo conoce como parque “Noche Buena,” “Escondido,” “Arqueológico,” “Luis G. Urbina” o, el más popular de sus nombres, “Hundido.”

Entre los atractivos del Parque Hundido destaca un museo al aire libre, enriquecido con 51 piezas arqueológicas distribuidas en seis rutas, cobijadas por un asta bandera, que ilustran a las más sobresalientes culturas antiguas de México (altiplano, las culturas Zapoteca, Maya,

Olmeca, Totonaca y Huasteca). Precisamente al destinarse a esta temática, el parque se distingue de otros en el Distrito Federal por su propuesta de integración de reproducciones de piezas arqueológicas con áreas verdes y recreativas.

Otro de los atractivos del Parque Hundido son un Reloj Floral, que tiene 10 metros de diámetro en un ángulo de 35 grados, cuya carátula está adornada con flores y plantas que se cambian de acuerdo con las estaciones del año, y un videoaudiorama con capacidad para 141 personas, con la misión de ser un centro de recreación y convivencia sana, para el que lo visita. Este lugar guarda recuerdos agradables para mi, ya que fue en este espacio donde le declaré mi sentimientos a Roxana y por fortuna ella correspondió a ellos, por eso me llena de gozo y felicidad cada que pasó por este lugar.

Y ya casi para llegar a San Ángel, por la avenida de los Insurgentes y Barranca del Muerto, está una de las salas de grandes dimensiones, comparada a las edificaciones medianas que tenía la ciudad en los años 60. Estamos hablando del Teatro de los Insurgentes, que en su fachada luce uno de los extraordinarios murales creados por Diego Rivera, llamado *El Teatro en México*, que al centro del mismo destaca la figura del cómico *Cantinflas*, que tuvo a bien estrenarlo con la obra “Yo Colón”. Un lugar que ha servido para escenificar grandes obras de teatro, que aún en nuestros días es considerado para grandes estrenos.

Por fin llegamos a mi destino, aquí en el pintoresco San Ángel. Un lugar lleno de recuerdos de mi niñez, como cuando acompañaba a mi madre los días domingos al mercado Melchor Múzquiz; de mi adolescencia, cuando escudriñaba en sus bibliotecas su conocimiento para formarme; de mi juventud, cuando tuve mi primer cita de amor, cuando entré por primera vez al cine o simplemente para matar el tiempo al salir de clases de la Universidad; en fin, un lugar con su propia historia, que con los años poco a poco voy descubriendo a través de sus anécdotas.

Por muy pocas personas es sabido que el singular Barrio de San Ángel, en la ciudad de México, tuvo como primer nombre el de Tenanitla, que en náhuatl quiere decir “junto a la muralla de piedra”, debido a las enormes cantidades de roca volcánica que más tarde serían usadas como materia prima para desarrollo de la zona.

Sin embargo, San Ángel es mucho más que pintorescas calles empedradas, coloridas fachadas con amplios manchones de bugambilias, que forman bellos rincones característicos de la cultura mexicana. Que son el marco perfecto para decirle a Roxana, qué tan grande es mi amor por ella, ignoro si lo comprende, pero yo me siento desahogado al decírselo.

San Ángel se asemeja a un polígono irregular, delimitado al norte por la avenida Barranca del Muerto, al sur por el hoy seco río Magdalena; al oriente por avenida Universidad y al poniente el Periférico sur.

Después de la caída de México-Tenochtitlán y consolidada la Conquista, Tenanitla formó parte del amplio Marquesado del Valle donde Coyoacán se convirtió en la capital de la Nueva España.

El crecimiento de San Ángel estuvo marcado de forma notoria por las órdenes de los Carmelitas y Dominicos, entre los siglos XVI y XVIII; de hecho, los primeros fueron los que fundaron en este lugar el Colegio de San Ángel, sin olvidar que los segundos hicieron posible el Convento de San Jacinto.

La labor de los Carmelitas tomó mucha más importancia que la de los Dominicos y con el tiempo el nombre de San Jacinto Tenanitla pasó a ser sencillamente San Ángel.

En San Ángel todo tiene que ver con estas dos órdenes ya que los asentamientos de sus pobladores se fueron desarrollando en torno a estos dos grandes sitios religiosos, se puede apreciar que los caminos y mercados fueron hechos en función a los productos que comerciaban los evangelizadores.

Se dice que la armonía con la cual fue creciendo San Ángel no fue por casualidad, sino debido al arduo trabajo de los Carmelitas quienes lograron independizarse de Coyoacán, lo que les permitió crear una economía sustentable en toda la región. No sólo por el comercio, sino que usaban la mano de obra local para todos los trabajos requeridos, ya fuera en las cosechas y cultivos, construcciones y mantenimiento, sistemas de irrigación y la producción de productos que realizaba el mismo Convento.

Es importante señalar que en su conjunto San Ángel se fue convirtiendo en un referente y sitio obligado de paseo y compras para

la alta sociedad de la época, quienes visitaban el Convento y la iglesia para recibir sus servicios religiosos y recorrer sus incipientes calles y callejones. Hoy en día se sigue conservando como un centro de comercio importante, ahí encuentras de todo, porque aun es el centro de coincidencia de muchas de las colonias nuevas que han ido apareciendo.

Para llegar a San Ángel, los visitantes provenientes de lo que hoy es el centro histórico de la ciudad de México, salían rumbo a Tacubaya donde hacían una breve parada, para continuar a Mixcoac, de ahí tomaban el camino que los llevaba a su destino.

No fue sino hasta finales del siglo xvii y principios del xviii cuando San Ángel se vio rodeado de verdaderas residencias de verano o bien llamadas residencias para el cambio de temperamento, como lo nombraban en aquellos tiempos, esta etapa fue la que determinó la faz de lo que hoy conocemos.

Estas casas si bien no eran lujosas, si eran amplias tanto en sus interiores como en sus terrenos, los elementos arquitectónicos que las conformaban tenían detalles particulares, lo cual fue determinando la casa típica sanangelina, un amplio zaguán, su patio central, los jardines arbolados y los sobrios espacios interiores al más puro estilo de una pequeña hacienda.

Se conservan hasta estos días varias edificaciones de este tipo como la Hacienda de Goicochea, que hoy funciona como un conocido restaurante, la Casa del Risco, en la Plaza de San Jacinto, llamada así por la fuente virreinal que adorna su patio, hoy convertida en casa de Cultura.

Todavía hasta principios del siglo xx, San Ángel no formaba parte integral de la ciudad de México, la comunicación con este atractivo barrio se realizaba a través del tranvía eléctrico, el cual salía del Zócalo.

Pero fue con la construcción de la Calzada Nueva, que más tarde se llamaría avenida de los Insurgentes, que San Ángel cobró importancia y se conectó definitivamente a la gran ciudad, con esto se promulgó un decreto que prohibía la creación de nuevos fraccionamientos en este barrio.

Entre las edificaciones emblemáticas de San Ángel encontramos, el Convento del Carmen, la iglesia de San Jacinto, el templo de San

Sebastián, el de Tlacopác y el de Panzacola que se encuentra en el límite con Coyoacán, por mencionar algunos.

San Ángel es un buen anfitrión, que brinda a sus visitantes una muy amplia gama de lugares de interés, ya sean los importantes museos que alberga como la Casa Estudio Diego Rivera, diseñado por el arquitecto Juan O’Gorman y el Museo de Arte Carrillo Gil, entre otros.

También sus variadas plazas y vistosos jardines cargados de bugambilias, sus iglesias y templos así como sus restaurantes y cafeterías, sin olvidar su bazar de arte de los sábados, lo que hace del barrio de San Ángel un sitio que bien vale la pena visitar.

La lluvia ha cesado. Me despedí del amable taxista que con su plática logró que olvidara el tráfico y el tiempo, para sumergirme en los rincones de esta gran urbe que poco a poco cambia su encanto pero que vale la pena recorrer, conocer y disfrutar de vez en cuando.

Bien, ahora abordare el autobús que me lleve al Cerro del Judío, a mi reencuentro con mi balcón panorámico, para admirar ahora el multicolor de las luces de la ciudad y que me ayuden a conciliar el sueño en mi amada Roxana.

Primavera del 2011

## EL DÍA MÁS CORTO DE MI VIDA

José Miguel Briseño Jiménez

El día 19 de septiembre de 1985 me levanté a las 4:20 de la madrugada, me paré con gusto para iniciar un nuevo día laboral, tomé café con galletas como desayuno, me lave la cara, me peine tome mis cosas y salí apresuradamente hacía la calle para tomar el microbús.

¿Mi destino?

Era en la unidad habitacional Tlatelolco dónde realizaba labores como jardinero en un horario de 6:00 a.m. a 14:00 p.m.

Ingresé a la Villa por avenida de los Misterios y transbordé en otro microbus hacía Reforma; a las 5:50 a.m., ya me encontraba checando mi tarjeta en la Unidad Territorial de la Subdelegación Tlatelolco.

Saludé a mis compañeros y comentamos sobre los trabajos pendientes del día anterior y, bromeamos y acudimos al almacén por herramientas.

Victoriano, Martín, Anselmo y yo (Miguel), conformábamos una cuadrilla que se apegaba a la poda de pasto y árboles pequeños, en las diferentes áreas verdes de esta unidad, la tarea consistía en podar el pasto con guadañas y tijeras, barrido, recolección y acarreo de ésta al contenedor.

Solicité una guadaña al almacenista y firme el vale correspondiente, los demás sacaron otra guadaña, carretilla, tijeras, escobas y rastrillos.

Y nos retiramos a las áreas de trabajo, entonces Victoriano nos indicó que Martín y yo cortaríamos el pasto que estaba muy crecido en el Deportivo 5 de Mayo que se ubica dentro de la unidad a la salida del Metro Tlatelolco en la Segunda Sección, los demás se quedaron en la “Pera” a barrer y recolectar la poda del día anterior.

Así que Martín y yo nos dirigimos al Deportivo 5 de Mayo, el encargado nos abrió la reja y pasamos al interior de éste.



¡Vaya sorpresa, el pasto que rodeaba la alberca estaba casi a un metro de altura! Sacamos la piedra de afilar y procedimos a dejar como navaja de rasurar nuestras guadañas para iniciar la poda y comenzamos a trabajar, eran ya las 7:00 de la mañana.

Habíamos avanzado un promedio de tres metros cuando al lanzar la guadaña para el cortar el pasto, chocó con algo produciendo un estruendoso ruido, con curiosidad me agaché y moví el extenso pasto para ver que era, vi un envase de cerveza grande, una caguama, pensé que estaría vacía y la levanté para tirarla cuando observe que estaba tapada, llena y a una excelente temperatura; para este rato ya habíamos entrado en calor por el trabajo y sudábamos por lo cual este hallazgo fue como descubrir un oasis en el desierto, es decir, agua para el sediento, así que sin pensarlo la destapé, le tomé y le invité al compa Martín, platicamos un rato mientras terminábamos de tomarla, hasta que se terminó.

¡Bueno pues a darle compa!, le dije a Martín, y tomé la guadaña, me coloqué en posición para proceder al corte, sin embargo, sentí un fuerte mareo, como que me iba a caer, ¡no manches compa, creo que se me subió la chela! Dije nuevamente a Martín, al tiempo que volteaba a verlo pues no me contestaba nada; él se encontraba en cuclillas con la guadaña tirada aún lado y con ambas manos apoyadas en el suelo como agarrándose del pasto y con el rostro pálido.

Un zumbido brotó de pronto y sentí que era transportado a otra dimensión, un aire denso, pesado corría alrededor como sí de pronto estuviera dormido, soñando algo sobrenatural, entonces vi al edificio Tamaulipas, que estaba frente a mi por la posición en que estaba yo, lo vi moverse como un acordeón, se comprimía y se estiraba, seladeaba y se centraba aún lado y al otro, yo no era capaz de entender que sucedía, escuchaba gritos, llantos, ladridos y aullidos de perros, el agua saliéndose de la alberca como si la levantaran de un extremo y luego del otro.

Fue cuando interpreté aquel dolor, aquella brusquedad de la madre tierra, fue entonces cuando en mi cerebro comenzaron a fluir pensamientos, unas palabras, es un temblor, está temblando, mi madre, mis hermanos, mi familia y toda esa gente que está dentro de los edificios, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, sentí un temor infinito; pensé a ver qué hora se abre la tierra, a qué hora empiezan a explotar las instalaciones de gas, pedí perdón a la naturaleza por si la

hubiese agredido, así como a Dios por mis ofensas y comencé a rezar esperando el fin.

Y llego el fin del temblor que duró poco tiempo, pero para mí y el compa Martín y todas las personas que lo percibieron fue una eternidad.

Asombrados recogimos las herramientas lo mire a la cara y le dije:

¿Y ahora qué onda? ¿Qué hacemos? Vamos a ver qué pasó, me contestó.

Ya caminábamos a la salida cuando nos llamo Victoriano y nos dijo —vamos a apoyar en el edificio Nuevo León por que dicen que se desplomó—, al salir del deportivo la reja estaba caída, al caminar por el pasillo central de la unidad se observaba fuera de los edificios gente semidesnuda llorando, rezado, con crisis nerviosas; las fachadas que cayeron sobre los autos estacionados o alrededor de estos, ventanas con vidrios rotos, mucha gente en la Plaza de las Tres Culturas; así llegamos al edificio Nuevo León, el cual normalmente de primera vista no se apreciaba, pues había que elevar la cabeza en un ángulo grande para poder observarlo en su totalidad, pero en ese momento había una nube inmensa de polvo que poco a poco se diluía en el aire, hasta que dejó al descubierto, una sección de que éste parecía un sándwich de concreto, apreciable a primera vista y la otra sección del edificio semi-erguido, como apunto de desplomarse.

Un gran dolor y la impotencia se anudaron en mi garganta, era impresionante lo que mis ojos veían, negándose a la realidad ante el recuerdo que éste era el hogar de muchas familias que estaban dentro, tal vez algunos sobreviviendo a esta desgracia.

Inmediatamente se improvisaron camillas y comenzamos a retirar escombros buscando sobrevivientes; se realizó una cadena humana traspasando pedazos de concreto para desalojar zonas donde se escuchaban quejidos o se vislumbraba alguna parte de algún cuerpo entre los escombros.

Fueron mas o menos dos horas las que se permanecimos así, sacando restos y heridos con personal de la cruz roja y voluntarios, la Subdelegación se habilitó como centro de atención medica, después de ese tiempo llegó personal del Ejército mexicano con herramientas y

perros, nos indicaron que se harían cargo y que si queríamos seguir ayudando, recolectáramos material médico como vendas, alcohol, gasas, etc.

Al ver que el Ejército ya coordinaba la labor de rescate, caminé hacia los edificios donde mucha gente se veía triste, con cara de incredulidad, pero que al solicitarle ayuda para atender a los heridos reaccionaba con una triste sonrisa y aportaban lo que podían.

Realice varios recorridos, entregué el material recolectado en la Subdelegación Tlatelolco, así como en la Secundaria que se encuentra casi junto a Reforma, que también fue utilizada como centro de atención médica.

Ese día creo que fue el más corto de mi vida al querer hacer algo más por tanta gente en desgracia, por amortiguar un poco el dolor de éstos, pero el tiempo pasó rápido y el día terminó con un cansancio que no se sentía, con una opresión en el pecho, con una reflexión de lo que podemos ser en un momento ante la madre naturaleza, ante estos fenómenos impredecibles, ante tanta fuerza devastadora.

Los siguientes días estuvieron enmarcados por la ocupación de los damnificados en prados de alrededor de las ruinas de Tlatelolco de las Tres Culturas, así como la enorme plaza que fungió de albergue.

Un olor putrefacto en el ambiente, la solidaridad de muchas personas que proporcionaban consuelo y alimentos a los afectados y una comunión de mexicanos solidarios, fuertes, consientes ante la adversidad.

## EL FANTÁSTICO MUNDO DEL ALAMBRERO Y SUS ENREDOS POPULARES

Rubén Pac Pérez

Al caminar por el corredor cultural de la calle de Madero del centro de la ciudad de México, se encuentran muchas cosas, por ejemplo observar las formas que tienen los edificios que se construyeron durante la época colonial, ver las estatuas vivientes que por una moneda se mueven como muñecos de cuerda, escuchar melodías románticas del año del caldo en los tradicionales organilleros, deleitarse con la música de los grupos de rock, o dar una moneda a las personas que solicitan una limosna.

Al terminar el corredor cultural, se mira la majestuosa plancha del Zócalo, que en esta ocasión está ocupada por el plantón de los trabajadores del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). Antes de entrar a su campamento hay una gran manta, que tiene en letras grandes:

“Contaremos no sólo con la ENERGÍA del GOBIERNO que habremos de poner en juego, sino con la lealtad de los TRABAJADORES ELECTRICISTAS, que habrán de ser soldados permanentes en la VIGILANCIA de los intereses del PUEBLO”

Lic. Adolfo López Mateos

Al llegar al plantón, se siente otro ambiente, que es la lucha por la defensa de los derechos de los trabajadores. En cada tienda se ven mantas que tienen consignas en contra el presidente Felipe Calderón, o portadas gigantes que muestran noticias relacionadas con la huelga del SME; asimismo, se escuchan grabaciones con parodias políticas, como La Chamba.

LA CHAMBA  
(Con música de La Bamba)  
*Para salvar la chamba*

*Para salvar la chamba  
Se necesita unas bolas bien puestas  
unas bolas bien puestas y resistencia  
y arriba y arriba  
y arriba y arriba, yo ganaré  
yo ganaré con el SME  
Yo no soy arrastrado  
yo no soy agachado  
soy SMEita de hueso colorado  
de hueso colorado y sigo luchando  
y arriba y arriba  
y arriba y arriba, yo ganaré  
yo ganaré con el SME  
Chamba, chamba, chamba, chamba...*

Cerca de la entrada del Metro Zócalo, se encuentra algunas trabajadoras del SME vendiendo diferentes productos que les sirven para mantenerse en la huelga, también se encuentra discretamente el Alambrero con sus Enredos Populares. Lo rodean infantes, jóvenes y adultos, cada uno está concentrado en descifrar el RETO del rompecabezas artesanal que tiene en sus manos.

Al estar con el artesano urbano, surgen los recuerdos, cuando los oficios eran el orgullo familiar, cada uno de ellos era dueño de sus propios instrumentos de trabajo. Entre estas actividades destacaba el merengero, el afilador, el peluquero, el aguador, el herrero, el cochero, el pregonero entre otros. Muchos de estos oficios son en la actualidad un vago recuerdo y otros están en peligro de desaparecer.

Desde otro ángulo, también saltan a la memoria los juegos de las décadas de los 40 y 50 del siglo pasado. En estos años, los infantes y los jóvenes jugaban en las calles polvosas con juguetes que ahora son parte de colecciones particulares o de museos, en estos espacio se ven los juguetes como objetos extraños y sin vida: los baleros, las pirinolas, las canicas, la matatena de huesitos de chabacano, el tacón, lo cochecitos para jugar carreras, los boxeadores de madera, la lanchita de hoja de lámina, la ciriaca y muchos más.

Su puesto tiene como base una tela verde, en donde están colocados estratégicamente diferentes objetos. Su espacio, lo dividió

en forma equilibrada en tres módulos; en el primero se encuentran los carteles promocionales que muestran las cualidades de los productos, en el segundo se ubican las fotografías de todas las personas que han jugado con los Enredos Populares y en el tercero están los rompecabezas artesanales de alambre.

### **MÓDULO 1. LOS CARTELES PROMOCIONALES**

Son para llamar la atención, por su contenido, son ganchos que atrapan la mirada de los paseantes y por supuesto para despertar la curiosidad. El primer cartel es una invitación en donde se lee:

*MÁS QUE UN ALAMBRE  
MÁS QUE UNA ESTRUCTURA DE METAL  
SOY UN ENREDO POPULAR... QUE RETA  
TUS OJOS, TUS MANOS, TU INTELLECTO.  
¡ATRÉVETE A CONOCERLOS!*

En el segundo, el propio rompecabezas se describe a sí mismo:

*¿SABES QUIÉN SOY?  
Creo que no me conoces... así que permíteme presentarme...  
soy un Enredo Popular elaborado con un simple material,  
el alambre. Déjame darte más detalles de mi personalidad,  
mírame bien, tengo diferentes formas y en cada modelo soy  
un reto. Hay para los enamorados, para los que creen en la  
magia, para los curiosos, para los observadores y hasta para  
los pacientes.*

El tercero es más informativo de la actividad que desarrolla el alambrero:

*¡CUMPLIMOS UN AÑO!  
En abril del 2010, iniciamos esta campaña cultural bajo el  
siguiente plan de trabajo:  
1-. Revivir el oficio del artesano urbano (el alambrero).  
2-. Que se conozcan la tradición de los Enredos Populares en  
el Distrito Federal.  
3-. Crear espacios culturales para exhibirlos.  
4-. Todas las personas que se acerquen al espacio cultural,  
pueden jugar con los rompecabezas artesanales,*

5-. *En estos espacios culturales se evita todo tipo de competencia o concurso.*

6-. *Las personas que jueguen se guiarán bajos las siguientes reglas:*

- a) No enojarse,*
- b) Evitar la fuerza, y*
- c) Tener paciencia.*

7-. *Se cuenta con una selección de Enredos Populares divididos en:*

- a) Sencillos para principiantes,*
- b) Regulares para atrevidos,*
- c) Complicados para audaces y*
- d) Especiales para avanzados.*

8-. *Esta campaña no tiene ningún fin lucrativo.*

## **MÓDULO 2. GALERÍA DE FOTOS.**

Hay fotografías de diferentes tamaños. Muestra imágenes de las personas que han jugado con el artesano urbano, unas se ubican en la Cámara de Diputados, otras en el Sindicato Mexicano de Electricistas, otras más en el Buzón Ciudadano, en el Hemiciclo a Juárez de la Alameda Central y en la plancha del Zócalo. Cada foto es una escena congelada que dan varias lecturas, por ejemplo:

*Click:* Muestra un trabajador que viste una camiseta blanca que tiene en sus manos un Enredo Popular. El juguete tiene como fondo la imagen del Che Guevara y la acompaña una consigna: SME. *Lucharemos hasta alcanzar la victoria.*

*Click:* En primer plano se ve a un estudiante de espaldas que viste una camiseta de color guinda. En la prenda tiene la consigna: *orgullosamente politécnico* y el logotipo de esta institución educativa que impulsó el presidente Lázaro Cárdenas. En segundo plano se ven a sus compañeros jugando con los rompecabezas artesanales.

*Click:* Son dos infantes que venden dulces, y sin dejar su mercancía, ambos están muy contentos jugando con las esposas que tiene forma de ocho.

*Click:* Es de una joven muy atractiva que tiene en sus manos la prisión del corazón del amor. Lo que llama la atención son sus largas uñas y que en la práctica no son obstáculo para jugar con el rompecabezas artesanal.

*Click:* Son varios jóvenes, uno viste de negro, trae un cubre boca de cuero negro adornado con estoperoles y juega con la herradura de la buena suerte, su compañera tiene el pelo tusado pintado de diferentes colores y juega con el misterio de los triángulos.

*Click:* Muestra a tres trabajadores, cada uno está jugando con sus respectivos juguetes. Uno de ellos, muestra su triunfo al lograr vencer el RETO del rompecabezas.

### **MÓDULO 3. LOS ENREDOS POPULARES.**

El Alambrero creó historias, anécdotas o testimonios a cada rompecabezas. En sus folletos artesanales tienen títulos atractivos, como:

*Sólo para enamorados.*

*La pirámide (huebuetlatolli).*

*El misterio de los triángulos.*

*El arete de la catrina.*

*140 días que conmovieron a México 68.*

De este último se lee:

NOMBRE: El símbolo de las Olimpiadas.

OBJETIVO: Liberar la aguja.

GRADO DE DIFICULTAD: Sencillo.

DESCRIPCIÓN: Tiene un dibujo del juguete, a su alrededor una flechas con números que señalan las seis argollas que debe recorrer la aguja.

SIGNIFICADO DE LAS ARGOLLAS:

La primera argolla representa el mes de Julio. EL COMIENZO.- De una simple protesta estudiantil contra la brutalidad de los granaderos, se convierte en un verdadero movimiento de masas.

La segunda argolla representa el mes de agosto. LA PROTESTA.- La encabeza el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, por la violación a la Autonomía Universitaria. Se



forma el Consejo Nacional de Huelga (CNH). Se realizan dos grandes marchas estudiantiles los días 13 y 27 de agosto. En estas manifestaciones se difunde el pliego petitorio de los seis puntos.

La tercera argolla representa el mes de septiembre. DIÁLOGO O REPRESIÓN.- Después del IV informe del presidente Gustavo Díaz Ordaz, su gobierno escoge la represión como única forma para resolver el conflicto estudiantil. Por otro lado, los capitalinos son testigos de varios sucesos, por ejemplo: a) La impresionante marcha del silencio organizada por el CNH; b) La ocupación de Ciudad Universitaria por el Ejército; c) El cerco a Zacatenco y la toma policiaca y militar de la escuela del Casco de Santo Tomás.

La renuncia del rector Ing. Javier Barros Sierra es unánimemente rechazada por los universitarios y por la opinión pública.

La cuarta argolla representa el mes de octubre. EL LUTO.- A pesar de las negociaciones entre estudiantes y funcionarios gubernamentales, el gobierno masacra al movimiento estudiantil el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. Los periódicos y los medios masivos de comunicación ocultan o desvirtúan los sucesos.

La quinta argolla representa el mes noviembre. LA CONFUSIÓN.- Continúa la represión en contra del movimiento estudiantil y en contra de los líderes del CNH. Se solicita la liberación de los presos políticos y el movimiento pasa a la clandestinidad.

La sexta argolla representa el mes diciembre. LA NUEVA FORMA DE LUCHA.- Se disuelve el CNH y se plantea nuevas formas de lucha.

Hasta aquí la breve historia del movimiento estudiantil de 68, ahora resuelve el problema que plantea el Enredo Popular.

Termina la descripción de los tres módulos.

### **LAS EXPERIENCIAS DEL ALAMBRERO**

Hay una rica atmósfera de concentración, de descubrimiento, que se genera alrededor del artesano y salen en forma espontánea todo tipo de comentarios:

—¡Estos juegos son bien chingones, porque te pone a pensar!

—¡Estos juegos son muy antiguos, me acuerdo que los jugaba a la salida de la escuela!

—Nunca he podido resolver estos juegos.

También hay personas que dejan de jugar y le preguntan ¿en dónde aprendió este oficio? ¿Usted los inventó? Sin dejar de guiar a los participantes, contesta a cada pregunta o les da a leer un folleto en donde viene un poco de su historia.

### **CON EL SINDICATO MEXICANO DE ELECTRICISTAS**

Se empezó la campaña cultural en el 2010. Coincidió con la huelga de hambre del SME en la plancha del Zócalo. Hay que resaltar que estar con los trabajadores electricistas es una rica experiencia, porque cuando ellos juegan crean una atmósfera de juego, reto, gritos de consignas y albur. Para que entiendan este ambiente mostraré varias situaciones que se han presentado en todo este tiempo.

### **LOS GRITOS**

Cuando los trabajadores ven que alguno de sus compañeros está jugando con los Enredos Populares les gritan:

—¡Te vas a volver loco!

—¡Mejor agarra las pinzas! (Indicando que con esta herramienta se facilita la solución).

—¡Con estos juegos es con que Martín Esparza juega, pasen a jugar!

### **LOS RETOS**

Cuando ven que alguien encontró la solución, le gritan:

—¡Mejor resuelve el problema del SME!

—¡Para eso me estoy preparando!

## EL ALBUR

El doble sentido de las palabras surge a cada momento. Por ejemplo, en algunos casos el objetivo es liberar y colocar la argolla dentro de la estructura. En este sentido, cuando los trabajadores juegan surge la picardía:

- ¿A ver mete la argolla?
- ¿Qué pasó?
- ¡La del jueguito! (Risas).

## FAMILIAS Y NIÑOS

También se acercan las esposas, hijos y las trabajadoras del SME, quienes juegan con los rompecabezas. Algunas sólo solicitan una demostración de cómo se libera la pieza de la estructura. En pocas palabras el lugar se convierte en un verdadero entretenimiento familiar.

## CON EL BUZÓN CIUDADANO

Este se localiza en el Parque del Cartero de la colonia Postal. En este lugar, los compañeros que lo organizan lo bautizaron como el Buzón Ciudadano, pues tiene la finalidad de hacer reflexionar sobre la situación política, económica y social de México. Diferentes personalidades brindan sus conocimientos en forma de conferencias sobre la problemática del país. Entre los ponentes están Paco Ignacio Taibo II, Luis Garrido, Ricardo Montejano, *El Fisgón*, entre otros, o se presentan los trabajadores de la cultura.

Se decidió por este lugar, porque es un espacio para reflexionar, en este sentido encajan muy bien los Enredos Populares, porque cada juego ofrece un RETO en donde las personas tienen que utilizar el razonamiento, la observación para lograr liberar el problema que ofrece el juguete.

Este espacio ha sido muy importante para el Alambrero, porque llegan al lugar las familias de la colonia que no vienen a las actividades del Buzón, pero se quedan en el espacio para jugar con los Enredos Populares. A unos se les explica que son unos juegos muy antiguos, otros los piden para sus hijos, otros los piden para hacer una broma a un amigo, y otro los pide para coleccionar. Por ejemplo un vecino muy orgulloso comenta: “Yo quiero ser feliz, por eso estoy coleccionando los

juguets con que jugué en mi infancia como: el balero, la pirinola, el yo-yo, las canicas, y estos rompecabezas que tienes, eran para mí una delicia jugarlos cuando salía de la escuela.”

Otro opina: “Jugar con estos antiguos juguets es un arte, porque me enseña un poquito de matemáticas, un poquito de álgebra y un poquito de geometría.”

#### **EN EL HEMICICLO A JUÁREZ EN LA ALAMEDA CENTRAL**

Es un lugar similar al Buzón Ciudadano, pero más grande. Se da información acerca de las actividades del Lic. Andrés Manuel López Obrador, se analizan las principales noticias que ocurrieron en la semana, realizan rifas y muchas cosas más.

En lugar de explicar sobre las actividades que allí se realizan, relataré una experiencia no muy agradable: “Ocurrió algo que no está contemplado en la promoción de los juguets, que es conocer la famosa camioneta del gobierno del Distrito Federal. En ese día bajan del vehículo como unos veinte policías y la que lleva el mando dice: ¡Levántelo!

De inmediato seis policías me rodean, dos se colocan atrás de mí y los otros dos recogen los Enredos Populares que están sobre la tela verde. Me siento como un delincuente, me custodian para subir a la camioneta. No doy crédito de lo que está pasando.

Para no hacerla cansada me llevan al Metro Pino Suárez y allí me bajan, los policías me guían a unas oficinas, y allí estoy junto con otras personas que su único delito es vender gelatinas, dulces, chicles, entre otros productos en la vía pública.”

Al terminar su relato, los jugadores echan pestes contra las autoridades capitalinas.

Bueno después de estar varias horas con el artesano urbano, uno acaba cansado mentalmente y enriquecido con sus historias. Es la hora de irse, para dar espacio a otro grupo de jóvenes que quieren jugar con los rompecabezas.

## EL PODER DE LA MANTA

Alejandro Villagarcía Jiménez

Sumido bajo el sofá que heredó el abuelo al morir, veía la televisión, alrededor de las 10:45 de la noche el infortunio del destino se posó en el control remoto y el resultado del ejercicio maratónico del zapping, me postró frente a Joaquín López-Dóriga, un reconocidísimo, ético y prestigiado comunicador, un prócer en la historia del periodismo en México. La nota que vi cambió mi postura. Bajé los pies del sofá, me rasqué las bolas, me acomodé como todo un señor en su *repose* y escuché con atención como denostaba a un diputado, llamándolo cavernícola irascible. La nota fue acerca de cómo un tal Gerardo Fernández Noroña había interrumpido de manera abrupta, la sesión en la Cámara de Diputados con una protesta fuera de los protocolos asignados para ejercer su derecho a la libre expresión. La forma, sacar una manta en plena sesión parlamentaria. El alboroto cundió por todo el cuadrante de mi televisor, la voz en off de Dóriga no permitía escuchar qué se gritoneaban los señores Diputados.

—¿Es Calderón? ¿Qué dice la manta? A ver póngala. Quiero ver qué dice la manta. ¡Enfóquenla! ¿Ya? ¿Qué tal ahora?

Entre más corría el tiempo, la voz de Dóriga se perdía en el umbral de mi ansiedad voyerista, al final nada. Nunca mostraron que decía la dichosa manta. Si Joaquín y su séquito pretendieron ocultar el mensaje, se equivocaron, sólo avivaron más mi incertidumbre imperativa. Quería saber qué decía, observar, casi, casi, tentar con la mirada tan profundo mensaje que enardeció los ánimos en el recinto donde se gestan las leyes que habrán de encaminar al país por el buen camino hacia el primer mundo.

La solución, como últimamente ha sido para los jóvenes, fue Internet. Pero no por esa noche.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está?

Trascurrieron 24 horas hasta que pude encontrar en *YouTube* el video completo y desde diferentes ángulos acerca del afamado evento. Y claro, con objetividad, porque no hay mayor objetividad que la no subjetividad de los comentarios de los comunicadores. Incluso había ya una entrevista al mismo gestor de tan osado acto. Por eso, el valor hoy en día que tiene Internet es imprescindible, permite al usuario informarse y formarse su propio criterio y opinión, sin la necesidad de las guías torcidas y orientadas de los medios masivos de comunicación que han hecho y deformado la tan ya de por sí transgredida percepción de la sociedad mexicana acerca de su clase política.

Por fin había logrado ver el mensaje de la proscrita manta...

*“¿Tú permitirías manejar a un borracho tu auto? No, ¿verdad? ¿Y por qué lo dejas conducir al país?”*

Para mí que esa foto está retocada con *Photoshop*.

La imagen de Calderón lucía apoplética, el aura rojiza del fondo se mimetizaba con la agobiada mirada del señor Calderón, al pie de su mentón yacían varias copas vacías y un adorno floral galardonaba el deprimente atisbo de Felipe Calderón. En la entrevista o por llamarlo de alguna forma en la pequeña intervención de Noroña, manifestó que la imagen no había sido retocada ni manipulada por algún programa de edición de imagen.

Pensé que de ser así, los 40 mil muertos resultado de su guerra contra el narcotráfico en su intento por legitimarse, tras haber ganado supuestamente las elecciones presidenciales más disputadas en 2006, pesaban en su conciencia y que la forma de curarse era refugiándose en el alcohol. ¿O por los mil niños muertos de entre esos 40 mil?

O tal vez los 40 millones de mexicanos que viven en la pobreza le impedían conciliar el sueño y sólo en estado máximo de dipsomanía pudiera arribar a los reinos de Morfeo.

O incluso el peso de la presión de los gringos por el asesinato a su agente (con permiso para portar armas) lo mantenía en vilo y en constantes noches sin dormir; solo así tendría sentido esa cara.

En fin, pasaron las horas y ese acto presupuso en mí, un cambio en la percepción de hacer gestar el derecho a la libertad de expresión. La forma de hacerme oír en una realidad con demasiados decibeles. No era el hecho de la manta en sí, tenemos cientos de narco-mantas y no

mueven nada en mi ser ni en las autoridades. Fue más allá de fruslerías. Me cuestionó cómo en ciertas ocasiones el diálogo se merma, se aminora ante los desgastados protocolos, como muere ante un receptor exiguo, un receptor con artimañas subrepticias para controlar a la gente. Es ahí cuando las palabras dichas por Andrés Manuel López Obrador repicaron como enjambre defendiendo su miel:

“Al diablo con sus instituciones.”

El sinsentido llegó a su clímax cuando la cadena radiofónica mvs anunció el despido de la periodista Carmen Aristegui como titular de su noticiero matutino en el 102.5 de F.M. Los argumentos que dio la empresa vagaban en la ignominia, de acuerdo con el comunicado oficial, Aristegui habría dado por válida la premisa de que Felipe Calderón es alcohólico, esto en torno a la manta de los diputados del PT entre ellos Noroña.

—¿Ah, *chinga*? ¿Aquí sí dieron completa la nota? *Pinche* López-Dóriga.

El pretexto fue que supuestamente al cuestionar, Carmen en su programa, si el “mandatario” tenía problemas con la bebida, esto presuponía una violación al código de ética de la cadena, bajo el argumento de que no se puede dar por cierto un rumor.

—¡*Putá madre!* De ser así, medio clan de comunicadores estaría trabajando en telegrafía.

Al negarse la periodista a dar una disculpa pública, se le desterró del espectro radioeléctrico. Y al público se le privó de un verdadero noticiero imparcial.

Conmocionado y con el humor lóbrego, decidí marchar y emprender la búsqueda de la nota completa, así que allí estuve, mi refugio ocioso del Internet, YouTube y en el canal de *politicaypoliticasmx* encontré la razón de la zozobra mediática.

Ahí estuve, viendo los dos clips de 13 minutos aproximadamente, no encontré nada de suposición, ni siquiera un halito de supuesto.

—¿En qué momento la periodista falta al respeto a Calderón? Pues que código de ética tan mamón.

Su cuestionar fue incómodo para los que ostentan la presidencia, incluso para quienes conozcan a Felipe, aun sí fuera mentira la dipsomanía de nuestro “Presidente”. Pero, ¿qué no es ese el trabajo del

periodista de investigación frente a un hecho relevante y más si viene por parte de los mismos legisladores? ¿Qué ya no es válido dudar? Claro, lo olvidaba eran legisladores izquierdistas, revoltosos insurrectos, facciosos disolutos. Que su actuar y convicción están contra natura. Creo que la derecha ha hecho bastante bien su chamba, ha desprestigiado a la izquierda, pero yo no me lo trago.

Carmen Aristegui exhortaba, con toda seriedad y profesionalismo a la presidencia a que se manifestara, ya sea confirmando o rechazando tal afirmación. En todo el lapso mis oídos se prestaron atentos y nunca pudieron escuchar una afirmación como rumor, sólo pidió luz sobre el tema.

El despido significaba un grave error, lejos de terminar la polémica, el acto se recibió como una censura, fue una andanada producto de la presión gubernamental y más en tiempos donde mvs negociaba con el gobierno federal el refrendo de sus concesiones en la banda 2.5 Ghz.

Como faros en medio de la tormenta, las redes sociales hacían su aparición, *Twitter*, *Facebook*, *YouTube* formaron una poderosa triada bucanera contra la ola tirana de la censura, miles de usuarios se manifestaba con posturas de apoyo y hartazgo. De ira férrea contra el abuso del poder.

Mientras tanto en la televisión abierta el suceso no aparecía, el cúmulo de otras notas atiborraba mi atosigada comprensión, no existía postura alguna, la languidez frente al parricidio de una camarada se podía mirar en los ojos de cada uno de los llamados comunicadores. ¿Por qué no dicen nada? La autocensura es moneda para apaciguar el hambre, ir al cine y pagar las deudas. El rating es un prejuicio que no tiene juicio. Pobre de mi país.

Con el poder que cada uno de nosotros tenemos en la mano, tomé el control remoto y decidí terminar con el ejercicio de complicidad. Mi dedo índice nunca había sentido tan grande poder.

Ya inmerso en la red, las posturas de apoyo seguían, el fluir de miles de ideas construían y materializaba hechos para enfrentar tan desmedida canallada, más allá de un simple mohín, un movimiento para hacer justicia. Pero no fue hasta que Carmen pronunció que daría una conferencia en Casa Lamm para que todo ese caudal efervescente



se unificara y lograra generar un peso importante para que Carmen Aristegui volviera al lugar donde pertenece.

Antes de empezar.

En estos tiempos la información es mucha y los líderes pocos, hace falta que surjan héroes, líderes, figuras en las cuales poder fijar los anhelos de cambio de transformación. Luchar contra las embestidas derechistas y neoliberales; el país se encuentra inmerso en un desastre político, económico y social; las instituciones están profundamente desprestigiadas, las acciones impulsadas por la mafia, por las familias que ostentan la riqueza en México hacen mella en la población, los medios masivos nos atemorizan con la “guerra” contra el narcotráfico y no sólo eso, la derecha está dispuesta a apoderarse del principal bastión de la izquierda en el país: la ciudad de México. Una muestra es la agenda de los noticieros de TV AZTECA y TELEvisa que se han enfrascado en infamar la imagen de la ciudad de México.

Es en este son donde el malestar acumulado siguió creciendo entre mis entrañas y fue por ello que pasado el caso de las mantas en San Lázaro y el despido de Carmen Aristegui, decidí unirme a una protesta, más que simbólica, provocadora. Por qué si no es por uno mismo el cambio nunca llegará, porque entender es transformar los que ya es, porque la verdadera revolución es la revolución de la conciencias.

Así, con esa esencia el domingo 27 de marzo, me uní junto a dos amigos más para empezar con la revolución de las conciencias. Instados por la manta de los Diputados del PT y sin importar el no tener experiencia en las manifestaciones, emprendimos una larga jornada de protesta, exigiendo la renuncia de Felipe Calderón.

Sin el apoyo de una multitud que marchara a nuestros flancos, sin el cobijo de la furibunda multitud, acordamos iniciar en un lugar por de más representativo para la juventud, la plaza de las Tres Culturas. He de confesar que ese mismo día, el mitin a cargo del Sindicato de los Trabajadores Ferrocarrileros en apoyo a López Obrador, en esa misma plancha, nos ayudó a empezar en un clima de familiaridad, un clima álgido por la pauperización pero empático con nuestra manta.

Alrededor de las 11 a.m., el ambiente sudaba con la espera de AMLO, las multitudes se empezaban a aglutinar. El comercio emergente ambulante negociaba con la necesidad de las personas, aguas, gorditas,

discos. El capitalismo no desaparecía y peor aún, nos demostraba que sabe usar a los íconos socialistas a su favor. La deshumanización de la figura del “Che” bailaba con Fidel en las gorras, playeras, paliacates. A lo alto de un asta bandera, un pequeño banderín titilaba con la frase: 2012 vamos a ganar. Las mantas y pancartas desfilaban y se postraban en estadia maratónica. Nosotros por la premura de llegar al lugar, olvidamos rafia para amarrar a determinado lugar nuestra arma de transformación.

Sin otras alternativas, tomamos la manta y empezamos a recorrer con ella, lo ancho y largo de la hirviente plaza. Los apoyos no se hacían esperar, de entre los horizontes brotaban palabras de aliento y mentadas de madre.

—¡Sí, que se vaya a la mierda, pinche borracho culero!

—¡Puto!— ¡Espurio!— ¡Vende patrias!

—¿Me dejas tomarle una foto?

Posábamos como modelos de un auto maravilla, las sonrisas enmarcaban la fotografía, el sol ya no era molestia, habíamos comprado sombreros de a 10 pesos.

—¿Puedo escupirle a este hijo de la chingada?

La brisa de saliva voló y formó un fugaz arcoíris, sobre la frente de Calderón se derritió el “gallo” y sucumbió en evaporación exprés. Llegó Andrés Manuel y la aglomeración estalló en júbilo, era momento de detener la marcha y descansar.

El destino nos ubicó en la sombra, al pie de los majestuosos y cómplices edificios de Tlatelolco. Un vecino rabioso e iracundo salió maldiciendo de su edificio.

—¿Será panista?

En un reflejo instintivo, Nancy clavó su pie entre el viaje de la puerta y el marco.

—Sale, vamos a subir y mostrar la manta desde las alturas.

Allí, desde donde algunos arrojaron su plomo a la multitud hace 43 años, nosotros arrojamos nuestro malestar, arrojamos nuestro mensaje gráfico de inconformidad esperando que la semilla florezca en frutos de cambio.

Terminado el mitin, las energías seguían fulgurantes y decidimos ir a un punto donde tal vez no sería igual el apoyo, ni el ambiente ni la gente. Al centro, a Bellas Artes, al Zócalo.

Sobre el eje Lázaro Cárdenas tomamos el trolebús, arribamos a Bellas Artes. El impacto visual de la ropa, el calzado, las gafas de sol en las personas que circundaban la edificación de mármol, era un presagio que no íbamos rimar en el coloso blanco.

—¡Quiétense de ahí, pinches revoltosos!

El atrio de Bellas Artes nos acogía con su presencia pero la gente nos repudiaba con la mirada. ¿Qué está mal? ¿Las formas, el color, el mensaje, la ortografía? El país está mal y nadie hace nada.

Pasado el bochorno por el calor, no por otra cosa, acudimos al cruce más confluente de la ciudad: Madero y Lázaro Cárdenas, el mismo donde Carlos Slim cruzó. A mitad del Eje, aprovechando el color carmín del semáforo, desplegamos la manta varias veces.

—¡Qué oso, no mames!

Nuestros oídos estaban abiertos, nuestra mente concentrada, nuestros pies preparados, nuestro corazón lastimado.

¿Por qué la gente se burla, por qué siguen atados, por qué no despiertan, por qué miran y no ven, por qué no apoyan? El pueblo somos todos.

Ciertamente la conducta humana es incierta, impredecible, pero ante los ojos más burdos, ante la razón más nítida, ¿por qué no reaccionamos ante la injusticia que sufrimos? No importaba, teníamos la convicción y el amor para concluir nuestro cometido.

La antesala de nuestra conclusión había sido adornada por Marcelo Ebrard, sobre el nuevo andador Francisco I Madero, esparcimos el mensaje, como ánimas perdidas circulábamos entre el gentío, por lo menos las letanías que nos pronunciaban se habían emparejado, las fotos se dispararon, el apoyo surgió y la calumnia persistió, no importaba estábamos logrando el cometido. Incitar, promover, despertar la duda, el cuestionamiento entre los demás.

Por fin la plaza de las multitudes, el gran cuadro, el centro de México, el corazón de Tenochtitlán nos abrigaba. Y al pie de Palacio Nacional, algunos trabajadores del SME que están en plantón, se acercaron y animaron. Pidieron la manta y la hicieron parte de ellos. Fotos, risas, mentadas. Algrarabía que reanimaba nuestros cuerpos cansados.

—¡Señora Hinojosa por qué parió esa cosa!

—¡Señora Hinojosa por qué parió esa cosa!

—¡Señor Calderón por qué no usó condón!

—¡Señor Calderón por qué no usó condón!

Frases que avivaron ese sentimiento de lucha contra quien dice ser el presidente de México y contra quienes han sumido al pueblo al borde de la revolución, que han perdurado hasta ahora, no hay que olvidar que hoy el cambio se logra con las letras, la lectura, la unión, la empatía, la justicia y ya no sólo con las armas.

La mejor arma que tenemos es la conciencia, pero tenemos que despertarla y evolucionarla. Esa es la misión de cada uno de los luchadores sociales.

Al final y frente a Catedral una señora de avanzada edad, marchita y enjuta miraba cuidadosamente nuestros movimientos. A la mínima oportunidad se nos acercó y nos llamó:

—¡Pecadores idiotas!

A mis amigos, agradezco su apoyo. El abordaje electrónico está provocando ya reacciones positivas. Ahí está Egipto, Libia, Túnez, el pueblo árabe.

Citando a un apreciable maestro: “¡Salud y que el triste pasto de la desidia, el formalismo y la falta de creatividad no crezca bajo sus zapatos!”

Y a la señora de catedral: “La hipótesis celestial es mera propaganda inventada por los ricos para engañar a los pobres, niego la inmortalidad del alma, no será eterna la ilusión de una humanidad engañada. Rechazo categóricamente la hipótesis de Dios, todo lo que somos y esperamos ser se lo debemos al diablo y a su contrabando de manzanas.” Jonh Fante.

Todo es muy difícil antes de ser sencillo.

## ENTRADA TRIUNFAL DE LOS EJÉRCITOS ZAPATISTA Y VILLISTA A LA CIUDAD DE MÉXICO

Emilio Sánchez Ortega

Acabada la campaña contra Huerta, los constitucionalistas ocuparon la ciudad de México el 20 de agosto de 1914, haciendo en ella o mejor dicho haciendo de ella su lugar de diversión, armando grandes desmanes dignos de bárbaros sin cultura, ni respeto por sus propios connacionales. En esos días negros de ocupación por parte del Ejército Constitucionalista, algunos generales “neutrales” solicitaron trasladar la Convención Revolucionaria a la Ciudad de Aguascalientes, la razón que se atribuye a esta decisión es que el general Villa estaba ganando mucho apoyo. En Aguascalientes, Carranza rompe con la Convención y forma una nueva en donde fue cesado como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, pero se le confirió el Poder Ejecutivo, y el general Eulalio Gutiérrez fue designado como Presidente Provisional; comienza asimismo, la Convención Revolucionaria entre Villa y Zapata, la Convención de Aguascalientes trataría que no se separaran las diferentes corrientes revolucionarias. Sin embargo, esto no se logró. Estos hechos ocurrieron en los días finales de noviembre de 1914.

Mientras tanto Carranza, Obregón y otros generales se retiraban hacia Veracruz esperando que la Convención iniciara labores, y, para organizar sus fuerzas.

El general Eulalio se abrió camino a la ciudad de México para tomar posesión como presidente provisional, en ella se reunirían por primera vez el llamado “CENTAURO DEL NORTE” y, como lo nombraban los capitalinos, “EL ATILA DEL SUR”.

Antes de entrar a la ciudad de México, abandonada por los constitucionalistas, los dos grandes caudillos se reunieron en Xochimilco, donde firmaron el Pacto de Xochimilco.

Las primeras impresiones de ambos bandos fueron de increíble

asombro, los norteños veían con curiosidad los caballos pequeños de los zapatistas, mientras que los zapatistas al ver a esos grandes caballos del norte se asombraban, los norteños personas de alta estatura, mientras que los campesinos zapatista eran chaparros, inclusive uno que otro güero en la División del Norte, y por el otro lado puros morenos. Una de las anécdotas que más se cuentan o se conocen de esta reunión es que, cuando el general Emiliano Zapata le ofrece un trago de alcohol a Villa, (aclaro, Villa no era un tomador, a pesar, de que hay quienes le atribuyen este vicio, se sabe que lo primero que Villa hacía al tomar un pueblo o ciudad era cerrar todas las pulquerías y tabernas) de muy mala cara acepta el trago y lo que ocurrió a continuación, haría que el general Emiliano Zapata, guardará un silencio un tanto de burla, Villa después de tomarse el trago comenzó a toser sin parar. Otro de los aspectos que se recalcan en esta reunión son lo diferentes que eran los sombreros, por ridículo que parezca, mientras la División del Norte portaba quepis, los zapatistas utilizaban sus ya característicos sombreros de charro; indiscutiblemente, este encuentro de un país dividido por la distancia es parecido, tal vez, exagerado un poco, al encuentro entre los españoles y mexicas, los que asistieron a esta entrevista previa a la ocupación de la ciudad de México fueron:

El general Villa en una de las cabeceras de una mesa de comedor. A su derecha, en el siguiente orden, los señores Paulino Martínez, dos señoras, una de ellas pariente del general Zapata, en seguida el niño Nicolás Zapata, hijo del general don Emiliano, después el señor Alfredo Serratos, le sigue el general Roque González Garza a cuya derecha está el general Amador Salazar y por último el capitán Alberto S. Piña.

A la izquierda del general Villa el general Zapata, el general Eufemio de igual apellido, el general Palafox, secretario del general Emiliano Zapata, seguidamente el general Banderas, quien se levanta momentos después, siendo ocupado su lugar por el capitán Manuel Alza.

Lo que siguió en la reunión fue la plática entre Villa y Zapata, en una de sus cartas, Villa le dice a Zapata:

—Siempre estuve con la preocupación de que se fueran a quedar olvidados, pues yo tenía empeño en que entraran en esta Revolución. Como Carranza es un hombre tan, así, tan descarado, comprendí que

venían haciendo el control de la República; y yo, nomás esperando.

A lo que Zapata contesta:

—Ya han dicho a usted todos los compañeros: siempre lo dije, les dije lo mismo, ese Carranza es un canalla.

Esta charla sostenida en Xochimilco, en los límites de la ciudad capitalina, nos hace comprender el por qué de la alianza entre villistas y zapatistas, los dos grupos populares en la gesta revolucionaria, sin lugar a dudas, ellos por esta condición de ejércitos populares nunca podrían haber retenido el poder en caso de que lo obtuvieran y porque, bueno según la historia, el “pueblo en armas” se ha cambiado por un ejército regular que sirve de instrumento de opresión al Estado, y ninguno de ellos quería ser parte del Estado, la alianza entre ellos sería para combatir a las fuerzas de Carranza y Álvaro Obregón, de quien desconfiaba rotundamente.

El odio sentido hacia las tropas constitucionalistas y sus líderes, provenía del hecho de que estos supuestos revolucionarios, no eran más, que lo que quedaba de lo que podemos llamar los rastros de la burguesía “ilustrada” de la era de Díaz, para que me entiendan mejor, no eran más que otros supuestos Maderos, luchaban la “REVOLUCIÓN POR LA REVOLUCIÓN, Y NO LA REVOLUCIÓN POR LA LIBERTAD”, con esto no quiero decir que Villa y Zapata, sí, pero por lo menos en el caso de Zapata se promulgó el Plan de Ayala, que recoge el reparto de tierras a los campesinos, que nunca se puso en uso hasta la época de Cárdenas, casi 40 años después. Otra de las cosas en las cuales veían ambos ejércitos populares sus puntos de vista parecidos es que en el supuesto ejército constitucionalista protector de los más altos sentimientos de la nación, el respeto mutuo, el valor patriótico y la valentía, no eran más que simples palabras, pues como se demostró en la ciudad de México, como en otras ciudades, estos sólo hicieron destrozos sin razón, al mismo tiempo que aterrorizaban a la población civil, que se supone debían proteger, los comparaban con los bárbaros que antes de su tiempo acecharan Roma; sin embargo, estos supuestos “héroes” de tinta, serían los triunfadores de la contienda.

Después del banquete muy al estilo mexicano, los dos caudillos pasaron a decir unos discursos entre ellos los siguientes:

—“Compañeros: Van ustedes a oír las palabras de un hombre

inculto; pero los sentimientos que abriga mi corazón me dictan que ustedes oigan estas palabras que sólo se van a relacionar con asuntos de la Patria. Es lo que abrigo en el corazón. Hace mucho tiempo que estamos en la esclavitud por la tiranía. Soy hijo del pueblo humilde, y a ese pueblo que representamos nosotros, a ver si lo encarrilamos a la felicidad. Vivan ustedes seguros de que Francisco Villa no traicionará jamás a ese pueblo que han tenido en la esclavitud. Y soy el primero en decir que para mí no quiero ningún puesto público, sino nomás la felicidad de mi Patria, para que todos los mexicanos conscientes no se avergüencen de nosotros.”

—“Respecto a todos esos grandes terratenientes, estoy propuesto a secundar las ideas del Plan de Ayala, para que se recojan esas tierras y quede el pueblo posesionado de ellas. El pueblo que por tanto tiempo ha estado dando su trabajo, sin más preocupaciones esos terratenientes que tenernos en la esclavitud. Yo, como hombre del pueblo, ofrezco de una manera sincera que jamás traicionaré, que nunca traicionaremos su voluntad para que el pueblo no sufra.”

—“Cuando yo mire los destinos de mi país bien, seré el primero en retirarme, para que se vea que somos honrados, que hemos trabajado como hombres de veras del pueblo, que somos hombres de principios.”

—“Vengo, señores, para darles a ustedes el abrazo que me piden.”

Finalmente el general Roque González Garza hizo uso de la palabra, para decir:

—“Ciudadanos, jefes del Sur y del Norte, ciudadanos oficiales del Ejército Nacional, ciudadanos del Sur: El que os habla jamás en su vida había sentido emoción tan grande (en efecto, el Gral. González Garza estaba visiblemente conmovido). El que os habla comprende la trascendencia enorme del acto que estamos presenciando; porque no debemos olvidar que nuestra historia nacional registra un hecho análogo; el abrazo de Acatempan, entre dos hombres que hasta aquel entonces habían sabido cumplir con sus obligaciones y con sus deberes para con la Patria. Pero desgraciadamente uno no supo cumplir: traicionó. El otro, remontándose en las montañas del Sur, fue lo suficientemente abnegado para ceder el puesto que le correspondía y entregar todo el poder al que no supo hacer buen uso de él, al que no comprendió nunca la idea de



hacer grande y feliz a la Patria mexicana, y que ahora los reaccionarios a quienes estamos combatiendo pugnan por elevarlo a las altas regiones del ideal haciéndonoslo aparecer como el libertador de México; me refiero nada menos que al heroico Guerrero, sereno e impasible, y al traidor Iturbide.”

—“Que éste Pacto de Xochimilco no llegue a tener jamás la parte repugnante de aquel otro que registra nuestra historia. Yo tengo la seguridad de que el general Villa sabrá estrechar siempre en sus brazos al hombre sufrido; al hombre que sin elementos y enfrentándose con miles de necesidades ha sabido mantener incólume el estandarte de la libertad y de las reivindicaciones públicas.”

—“Generales Zapata y Villa: los destinos de la Patria están en vuestras manos. Escuchad los desinteresados consejos de los que colaboran con vosotros, y no dejéis para mañana la indicación precisa y oportuna en estos momentos, de que ninguno de vosotros debe aspirar a ningún puesto público. El general Zapata en el Sur está obligado a garantizar el triunfo de la revolución y vos, señor general Villa, estáis obligado a garantizar el triunfo de la revolución en el Norte.”

—“Que la Convención, producto puro y genuino de los hombres levantados en armas en toda la República, resuelva los problemas económicos y sociales en la ciudad de México, y vosotros, con vuestro poder y vuestra fuerza, y con vuestra fibra, sostened al que resulte electo, porque de esa manera seréis grandes, seréis fuertes, y seréis respetados, no sólo por la República, sino también por el mundo entero, por el extranjero, que nos escucha y que nos atisba.”

—“Este es un día grandioso en la historia de México. El abrazo de Acatempan quedará mucho más atrás que el abrazo de Xochimilco. Entonces eran dos hombres de raza distinta, y ahora son dos hombres de la misma raza, creados en distinto medio y por eso sus complejiones y sus figuras son diferentes: el uno macilento y endeble, pero perseverante, fuerte y poderoso en el alma; el otro robusto y con facciones duras, pero amable y noble en el fondo, grandioso en los combates y magnánimo con los vencidos.”

—“Vosotros, señores generales, tenéis un grave compromiso con la Patria, y ¡ay, de vosotros si no sabéis cumplir con todos los que os seguimos con entusiasmo y que estamos dispuestos a sacrificarnos!

El día que no cumpláis seremos los primeros en volveros las espaldas y reclamaros para la Patria el debido cumplimiento de los compromisos que habéis contraído.”

—“Que no se repita en nuestra historia el triste espectáculo de un pacto que no se cumpla. Es tiempo que de sepamos darle al pueblo lo que necesita, es tiempo de que lo hagamos feliz porque tiene derecho a serlo.”

—“Señores generales Zapata y Villa, que el Dios de las naciones os ilumine en el grandioso papel que desempeñáis y en la grandiosa empresa que el destino os ha encomendado.”

Los puntos que fijaron las dos fuerzas finalizada esta magna conferencia entre Sur y Norte fueron:

—La fusión de los dos ejércitos, (la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur) para hacerle frente a la amenaza que era Carranza y Obregón.

—La lucha seguiría hasta que el reparto de tierras, propuesto en el Plan de Ayala, fuera efectivo.

—Finalmente los dos grandes estrategas se comprometieron a no tomar la presidencia, pues ésta pertenecería a un civil, capaz de gobernar en pro del pueblo.

La conferencia entre Villa y Zapata, fue el 4 de diciembre de 1914, dos días después enterados de que Carranza había roto con la Convención en ciudad de México y creado una propia en Aguascalientes, se propusieron avanzar y tomar la ciudad de México.

El domingo 6 de diciembre llegan a lo que es hoy la ciudad de México, aquel día fue de intenso movimiento militar todos los llanos de Chapultepec, Anzures y Paseo de la Reforma, estaban invadidos por numerosos contingentes de tropas de caballería, infantería y artillería.

El general Emiliano Zapata, al frente de sus tropas avanzó desde los pueblos de Xochimilco, San Ángel y Mixcoac, hasta llegar al sitio de reunión donde las dos tropas marcharían hacia Palacio Nacional.

El general Francisco Villa salió del pueblo de Tacuba y se reunió finalmente con el Jefe del Ejército del Libertador del Sur, para poder dar inicio a su marcha triunfal por la ciudad de México, pasando por sus avenidas más famosas entre ellas: Paseo de la Reforma, avenida Juárez y Plateros, concluyendo aquella travesía en Palacio Nacional.

El gran Ejército ahora llamado Convencionista estaba conformado por más de 50 mil hombres armados y en pie de lucha.

Los habitantes de la capital también invadían no sólo las principales avenidas, sino hasta las orillas de la ciudad, deseosos de admirar a los hombres que formaban el nuevo ejército.

Al frente del poderoso conjunto iban en animosos corceles los generales, Francisco Villa y Emiliano Zapata. Villa vestía su uniforme de general de División y Zapata portaba elegante traje de charro; chaquetilla de gamuza color *beige*, bordada en oro un águila en la espalda, pantalón negro con bordados de plata y un amplio sombrero. Así caminaba silencioso y desgarbado al lado del sonriente y satisfecho Jefe de la División Norte.

Acompañaban a Villa y a Zapata los generales Rodolfo Fierro, Tomás Urbina, Rafael Buelna, Otilio Montaña y otros muchos más.

Los habitantes de la ciudad de México no dejaban de admirar la caprichosa vestimenta de éste alarmante ejército. Los soldados de la División del Norte, los famosos Dorados, llevaban sombreros de charros, tejanos y otros muchos perfectamente uniformados con gorra militar. El general Felipe Ángeles, al frente de su artillería, desfilaba marcialmente.

El Ejército del Sur se distinguía por la manera de disfrazar de sus hombres, pues la mayoría de ellos iban de calzón blanco, sombrero muy ancho de petate, donde podían acomodar su pan, el pañuelo y otras cosas de peso ligero.

En un momento del trayecto, Villa perdió su quepi, que cayó al suelo, y Zapata, mostrando sus grandes dotes de charro, sin bajarse del caballo y todavía en movimiento, se agachó y recogió la prenda, entregándosela al Centauro del Norte.

Las bandas de música que iban en desfile tocaban tanto y tan prolongado que su descanso fue imperceptible.

Los jefes de la División del Norte y el Ejército del Sur, al llegar al Palacio Nacional, se desmontaron de sus cabalgaduras y seguidos por los generales y numeroso público, minutos antes de entrar a los salones presidenciales Zapata le dijo a Villa:

—General, me permitiría quemar la silla presidencial, en cuanto lleguemos a los salones donde se encuentre aquella... cosa.

El general Villa extrañado por completo le replica a Zapata,

preguntándole, ¿por qué habría de hacer eso?, a lo que Zapata contestó:

—Mi gente cree, que esa silla está embrujada, porque cada vez que un candidato se sienta en ella se le olvida todo lo que prometió en su campaña, volviéndose deshonesto.

Villa, sonriente como siempre y para demostrar su “error” a Zapata, se sentó en ella. Es en esta parte en donde el fotógrafo Agustín Víctor Casasola, se hizo partícipe de la historia, tomando la tan famosa foto de Villa, empotrado en la silla presidencial, Zapata viendo hacia él, y miles de curiosos, inclusive se alcanza a ver a unos niños en la fotografía.

Los enemigos de Villa utilizaron esta fotografía para decir que lo que realmente querían los Dorados era el poder.

Entrando a los salones del Palacio, fueron recibidos por el presidente Eulalio Gutiérrez, el cuerpo diplomático y funcionarios públicos. Salieron después al balcón presidencial para presenciar el desfile y fueron largamente ovacionados por la muchedumbre.

Ya cerca de las cuatro de la tarde todos pasan al comedor de Palacio donde fue servido un *lunch*, que estuvo presidido por el presidente General Gutiérrez, tomando asiento a su lado los generales Villa y Zapata, así como los miembros de su gabinete.

Después del banquete Villa y Zapata se concentraron en sus respectivos cuarteles.

El Gral. Felipe Ángeles aconsejó a Villa que el Ejército Convencionista debería continuar su marcha hacia el puerto de Veracruz, para consumir el triunfo sobre los carrancistas, pero Villa no hizo caso de esa buena recomendación militar, argumentando que los zapatistas se encargarían de contener a los carrancistas en Puebla, lo cual no sucedió. Villa se sobrestimó porque “la silla estaba embrujada” y pensó que fácilmente derrotaría a los carrancistas, pero mientras éstos se preparaban y fortalecían en el puerto de Veracruz, Villa se dedicó a celebrar su triunfo en la ciudad de México, descuidándose de las cuestiones militares.

Ese día, la felicidad se desbordaba por las calles de la hermosa ciudad, que era testigo por primera vez, de ver a todo el país junto, la División del Norte (el norte del país), El Ejército Libertador del Sur (el sur del país, que se entienda que no todo el sur, pues en lugares como

Yucatán y Quintana Roo, no hubo mucha actividad revolucionaria), y los capitalinos (representantes del centro del país), la alegría que se sentía en ese momento, fue la última que se haría presente durante la ocupación del nuevo Ejército Convencionista. Los años que vendrían serían amargos para los capitalinos.

La presencia de Villa en la ciudad de México tuvo sus momentos principales. Al igual que Obregón fue al panteón Francés a rendirle honores a Madero. El Centauro lloró amargamente frente a la tumba del “apóstol de la democracia” y siendo realmente sincero su cariño hacia don Panchito, decidió cambiar el nombre de la calle de Plateros por el de Francisco I. Madero, jurando que mataría a quien se atreviera a cambiarlo nuevamente. Villa recordaba con cariño al “apóstol”, en su mente pasaba seguramente el recuerdo de su primer intento por tomar Chihuahua, sin tener éxito, siguiendo la línea cronológica deteniéndose a finales de 1911 cuando dio muestras de su lealtad a Madero al rechazar la invitación de Pascual Orozco para rebelarse. Más aún, retomó las armas para defender al gobierno maderista. Tomando siempre en cuenta que Madero, le salvó la vida mediante la intervención de su hermano Raúl y de Guillermo Rubio Navarrete cuando éste se adhirió al Plan de Guadalupe, formando parte de su ejército cabecillas como Tomás Urbina, Rosalío Hernández, Toribio Ortega Ramírez, Manuel Chao haciendo que Victoriano Huerta, receloso de su brillantez a pesar de no ser militar de carrera y molesto por su independencia, con el pretexto del robo de una yegua, lo procesará por insubordinación y ordenara su fusilamiento. Como alternativa, fue enviado a la ciudad de México y encarcelado en Santiago Tlatelolco. Desde ahí escribió a Madero una carta:

*Carta de Francisco Villa a Madero (1913):*

*Sr. Presidente de la República.*

*Francisco I. Madero*

*Presente.*

*Apreciable señor, pues aunque será, mucha la molestia, que le da su amigo, es mi deber hacerlo, así pues, yo he sido fiel con usted, y mi no me ha dominado ni el dinero, ni sus enemigos*

*para desfavorecerlo, y no creo justo lo que pasa conmigo, pues tengo cuatro meses sufriendo envidias y calumnias, y no lo considero justo, pues la historia consignará estos hechos tan odiosos, que mirarán los hijos del Sr. General, y espero en Dios que lo vean hasta los hijos de sus hijos, y a usted le pertenece hacer justicia, ¿quién es el que más a sufrido por usted, y por mi querida patria? Ese soy yo, y no me muerdo la lengua para decirlo por que lo sabe el mundo entero, no le digo que soy más capaz que el Sr. Huerta, pero si más tarde se nos ofrece, se lo probaré en mis hechos, yo para ayudarle al Gobierno, que me a costado tantos sacrificios, no necesito charreteras de General, que son las de la envidia, y una yegua, por lo que me iba a fusilar el Sr. General, me queda el consuelo, que donde me ordenó que me batiera, no le dejo ni que desear, pues Sr., quiero que me digan de que se me castiga, para saber si usted es justiciero, necesito que le exijan al General la maleta del archivo, porque quieren que les de cuenta de lo que yo traía a mi cargo, pero esto lo hacen por que saben claramente que no se los he de dar de memoria, si me dice el juez déme razón del rifle, que yo mismo portaba, pues le diré, que no sé, porque esa es la verdad, soy víctima de la ingratitud, yo no sé, porque permite usted esto, pido a usted, justicia, yo ya me cansé de hacerla, y si usted, no puede hacerlo, pido en nombre de la justicia, una junta de ministros para que se sepa quién tiene razón, una parte de mi mala suerte, es que yo sea hombre sin cultura, y no se defender mi derecho, pido justicia, y, ya me despido de usted, con el Cariño y Respeto de siempre.*  
*Adiós señor.*

El anecdotario no puede dejar fuera la zozobra que vivió la capital del país durante la estancia de villistas y zapatistas. Vasconcelos recordaba: “La permanencia de Villa en la capital acarrea desprestigio y escándalo. Sus oficiales se presentaban en los restaurantes más concurridos, bebían, comían y firmaban vales en vez de pagar. Lo que nosotros ahorrábamos en un mes, Villa y su gente lo gastaban en una noche de orgías.”

Paradójicamente, la ocupación zapatista fue muy ordenada y

tranquila. La mayoría de los campesinos nunca habían estado en una ciudad como la capital del país, y la recorrieron con mucha precaución, estaban impresionados y se veían incómodos. No saquearon ni practicaron el pillaje, sino que, como niños perdidos, vagaron por las calles, tocando las puertas y pidiendo comida. Una noche oyeron mucho ruido y sonar de campanas en la calle, de un camión de bomberos y sus tripulantes. Les pareció que el extraño aparato era artillería enemiga y dispararon contra él, matando a doce bomberos. El propio Zapata tuvo un comportamiento diferente al de Carranza. No sintiéndose tranquilo en la ciudad de México, se hospedó en un modesto hotel junto a la estación del ferrocarril que iba hacia Cuautla.

Sin embargo, una vez entrados en confianza, villistas y zapatistas hicieron de las suyas.

El alcohol hizo muchos estragos entre villistas y zapatistas, que por cualquier razón terminaban dándose de balazos. Hubo casos en que generales de ambos bandos intercambiaban hombres con alguna cuenta pendiente dentro de sus filas (esto me recuerda lo que Engels dijese sobre los tratos entre las gens o “tribus”, cuando hubiese una ofensa, la tribu no luchaba una contra otra, sino que se intercambiaban los afectados, y según fuese el delito cometido era la pena pagada por el miembro de la gens “culpable”), los dos hacían lo mismo y los fusilaban sin miramientos. Ni Villa, ni Zapata, respetaron la autoridad del presidente Eulalio Gutiérrez ni de sus ministros. Vasconcelos, por ejemplo, estuvo a punto de perder la vida al proteger la propiedad conocida como: “el Molino de las Rosas”, perteneciente al hijo de Porfirio Díaz.

La vida diaria de los habitantes de la ciudad, llegó a volverse insoportable cuando, además de las pugnas entre villistas y zapatistas, otros elementos contribuyeron a amargársela: la escasez de los artículos de primera necesidad, el aumento de precios, lo corto de los salarios, la abundancia del papel moneda y su poco poder adquisitivo. La miseria y el hambre provocaron saqueos, asaltos, huelgas, manifestaciones y la contrapartida de los tiroteos de la policía para restablecer el orden.

Esos difíciles meses para la capital del país, fueron los únicos en que la sociedad pagó su indiferencia y falta de politización. El asesinato de Madero no sólo significó la pérdida de una vida humana, sino el abierto rechazo a los principios democráticos que había tratado de

instaurar en México. No existía la posibilidad del perdón.

El presidente Eulalio Gutiérrez no pudo contener las actitudes y procedimientos de Villa ni de Zapata, por lo cual decidió salir de la ciudad de México el 16 de enero de 1915, acompañado por las tropas de Lucio Blanco, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles y otros jefes que lo apoyaban, pero su campaña fue un fracaso rotundo. Con esa postura del Gral. Gutiérrez se diezmó la Convención de Aguascalientes, quedando acéfala, por lo que se nombró al Gral. Roque González Garza como presidente provisional.

Mientras tanto en Veracruz, Carranza gobernó de facto el país: el 12 de diciembre de 1914 reformó el Plan de Guadalupe y poco después, el 6 de enero de 1915, promulgó una serie de leyes redactadas por Luis Cabrera.

El 10 de junio Francisco Lagos Cházaro recibió de la Convención el Poder Ejecutivo. La capital fue tomada de nuevo por los carrancistas el 2 de agosto y ante su llegada la Convención se trasladó a Toluca y posteriormente a Cuernavaca, en éste último sitio sin la presencia villista.

Desde inicios de 1915 era claro que la lucha por el poder continuaría, ahora entre carrancistas, villistas y zapatistas. Los últimos dos grupos contaban para entonces con la ventaja de tener un ejército más numeroso, y habían ocupado la capital, aunque conforme avanzó ese año la balanza se fue inclinando hacia el bando carrancista gracias a las victorias de Álvaro Obregón frente al ejército de Francisco Villa y a que, a pesar del pacto realizado en Xochimilco, nunca hubo una verdadera colaboración entre Villa y Zapata debido a que éste último tenía por objetivo mantener aislada su región, por lo que se mantenía a la defensiva.

El 6 de abril de ese año las fuerzas de Villa intentaron tomar Celaya, la cual estaba bajo el control de Obregón, quien pudo defender la plaza, causando alrededor de 2,000 bajas en el bando contrario. Una semana después, Villa volvió a intentar tomar la plaza, esta vez perdiendo alrededor de 4,000 soldados y fallando en su objetivo. Estas derrotas debilitaron fuertemente al ejército villista, el cual se dirigió a León con la intención de recuperar sus fuerzas. En total se desarrollaron cuatro batallas en el bajío guanajuatense, y a pesar de que todas las ganó



Obregón, en la última, en el poblado de Santa Ana del Conde, un casco de metralla lo hirió en el brazo derecho, por lo que los médicos se lo amputaron.

Carranza logró recuperar el control de la capital en el año de 1916.

El triunfo del Constitucionalismo fue sin duda alguna, premeditado, porque, bueno la historia demuestra que sólo quienes están mejor organizados obtendrán el triunfo, Villa y Zapata a pesar de ser los estandartes de la lucha proletaria y campesina, nunca se apoyaron mutuamente, eso aunado a sus preceptos de no gobernar el país y su indecisión para tomar la acción, subrayando a Zapata como el más defensivo y aislado de todos, no fue más que la tierra que echarían a sus tumbas.

Finalmente la ciudad de México fue recuperada por los Constitucionalistas el 2 de agosto de 1916.

## REFERENCIAS

[http://es.wikipedia.org/wiki/Pancho\\_Villa—cite\\_note—55](http://es.wikipedia.org/wiki/Pancho_Villa—cite_note—55).

El 26 de junio de 1920 Villa firmó los convenios de Sabinas, obligándose a deponer las armas y a retirarse a la Hacienda de Canutillo, Durango, que el gobierno le concedió en propiedad por servicios prestados a la revolución.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Pancho\\_Villa—cite\\_note—56](http://es.wikipedia.org/wiki/Pancho_Villa—cite_note—56).

Mediante una emboscada, Villa fue asesinado la tarde del día 20 de julio de 1923 cuando se dirigía a una fiesta familiar en Parral.

El gonzalista Jesús Guajardo le hizo creer a Zapata que estaba descontento con Carranza y que estaría dispuesto a unirse a él. Zapata le pidió pruebas y Guajardo se las dio al fusilar a aproximadamente 50 soldados federales, y ofrecerle a Zapata armamento y municiones para continuar la lucha. Así, acordaron reunirse en la Hacienda de Chinameca, Morelos, el 10 de abril de 1919. Zapata acampó con sus fuerzas a las afueras de la hacienda, y se acercó a la misma acompañado únicamente por su escolta de 300 hombres. Al cruzar el dintel, una ordenanza apostada a la entrada, tocó con su clarín la llamada a honores. Los hombres formaron dos filas a la entrada de la hacienda y entre ellos se mezclaron los 10 hombres de Guajardo. Ésta fue la señal para que los tiradores ocultos en las filas de zapata dispararan contra este que cayó herido de nueve balazos, sus soldados huyeron despavoridos después de esto.

“Es mejor morir de pie... que vivir de rodillas.” Zapata.

“Los ejércitos son los más grandes contribuidores a la tiranía.” Francisco Villa.

## FUENTE DE INSPIRACIÓN

Nora Georgina López Rosete

Actualmente las grandes ciudades del orbe se caracterizan por lo deshumanizado de sus habitantes y la falta de comunicación entre vecinos ocasionada principalmente por las actividades de cada quien, pero sobre todo debido a hechos que fomentan el uso excesivo del automóvil, como la construcción de grandes avenidas y vías rápidas, con lo que aíslan colonias, alejan vecinos y familiares al no poder atravesar con facilidad dichas avenidas.

Sin embargo, a pesar de lo anterior existen hechos que marcan a comunidades locales como “El parque de la Pasión”. Así es conocido el espacio ubicado en la colonia Guadalupe Insurgentes entre las calles Roberto Gayol, Basiliso Romo Anguiano, Excélsior y Carlos Daza. A un costado se encuentran la parroquia de la Pasión y la casa de cultura José María Velasco.

Vivo en la calle Carlos Daza, soy trabajadora social egresada de la UNAM, estudiante de danza clásica y contemporánea, escritora y apasionada de la lectura; he trabajado en comunidades de alto riesgo, fui voluntaria de la Cruz Roja Mexicana, me he interesado por conocer de mi país no sólo hechos que fueron decisivos para su evolución social, política y económica o sus bellísimos paisajes, sino también las costumbres y tradiciones del pueblo lo cual se aprende observando y escuchando con respeto, viviendo su vida cotidiana.

La colonia Guadalupe Insurgentes se fundó a finales de la década de los 30. Las fuentes, algunas casas y el edificio de la casa de cultura fueron construidos con estilo neo colonial y detalles art déco, corrientes arquitectónicas imperantes desde los años 20 hasta los años 40. Dichas corrientes arquitectónicas buscaban recuperar los símbolos del nacionalismo post revolucionario vasconcelista que se desarrolló en esos años en colonias como Polanco y partes de La Condesa.

En dicho parque hay una fuente y una explanada. La explanada es de los niños que corren, juegan, pasean en bicicleta o patines, practican fútbol americano, fútbol rápido o artes marciales, de las señoras que pasean a sus graciosos perros chihuahua o maltés, de los jóvenes que entrenan a sus impresionantes perros dóberman o pointer, de las parejas de enamorados que platican y sueñan en alguna de las jardineras.

La fuente resplandecía por las tardes en idilio con los rayos de sol y hubo un tiempo en que los niños jugueteaban en el agua los domingos al salir de misa, pero un día dejó de funcionar y el parque se volvió algo taciturno.

Una mañana del mes de septiembre del año 2007 la vida cotidiana del parque se vio interrumpida por el equipo de construcción que un ingeniero mandó para derribar la fuente, bajo el argumento de que ya no funcionaba y que el parque debía modernizarse aunque se rompiera con la armonía y estilo de la colonia.

Supuestamente era necesario un foro al aire libre en la explanada, se retirarían algunos árboles y derribarían las jardineras, con este espacio sucedería lo que con otras plazas como Garibaldi. Los antecedentes históricos de dicha plaza se remontan a la época prehispánica, era un mercado de trueque mucho más pequeño que Tlatelolco pero no menos importante puesto que aquí se intercambiaban servicios y productos de medio uso; lo que en la actualidad se conoce como mercados de chácharas; entonces el principal argumento de las autoridades correspondientes no era coherente. Tenían que desalojar a los “chachareros” por ser un riesgo para los asistentes a la plaza cuando los verdaderos problemas son las personas en situación de calle y los delincuentes que operan en el lugar, narcomenudistas y tratantes de personas principalmente.

La Delegación Cuauhtémoc decidió remodelar y modernizar la plaza, pero la delincuencia continúa, el número de personas en situación de calle aumentó y la basura ostenta el descuido de las autoridades. Ahora la plaza tiene un museo, pintaron algunas fachadas y colocaron carpas donde había jardineras en total abandono.

En el “parque de la Pasión” estuvo a punto de suceder algo similar y los conflictos de la colonia son los mismos aunque en menor medida; sin embargo, podría empeorar ya que abundan las personas en situación de calle, los grupos de jóvenes en situación de riesgo, la ausencia de

contenedores para depositar los deshechos previamente seleccionados en orgánicos e inorgánicos, las áreas verdes abandonadas. Ambos sitios son de importancia para las delegaciones a las que pertenecen, son lugares hermosos y con historia.

En las calles aledañas al parque cuando las flores de jacaranda cubren el piso y la tarde está cayendo parece que es otro tiempo y las casas junto con el piso de adoquín lucen esplendorosas.

Se dijo que eran órdenes de la Delegación, de una constructora particular, de la casa de cultura, lo único importante en ese momento era rescatar la fuente.

Nadie pretendía desacreditar a una institución, a las autoridades delegacionales o a algún particular, el fin era proteger ese espacio que vio crecer, jugar y enamorarse a varias generaciones.

Nos organizamos y se llevó a cabo una asamblea en la cual se discutió la necesidad de rescatar no sólo la fuente sino todo el parque. No podíamos permitir que un espacio representativo de nuestra colonia fuera destruido con el pretexto de una supuesta modernización cuando no se había preocupado ninguna autoridad ni siquiera por el alumbrado o la falta de atención a las jardineras.

Los trabajadores quisieron continuar con su labor y era verdad, ellos sólo cumplían órdenes pero ya se habían tomado una decisión: A como diera lugar impedir que la fuente se demoliera y la voz de la comunidad se hizo escuchar, las autoridades delegacionales aceptaron entablar un diálogo. Esto ocurrió a finales del mes de septiembre de 2007.

A pesar de que las primeras reuniones con los representantes delegacionales no fueron tan fructíferas el ánimo no se perdió y continuaron las asambleas siempre en la explanada o en la fuente con el fin de integrar cada vez a más vecinos y porque no había nada que ocultar, aunque surgieron los primeros desacuerdos, un objetivo en común nos mantenía unidos: rescatar y proteger nuestro parque.

El 2 de octubre del año 2007 se llevó a cabo una reunión a la cual asistieron algunos arquitectos vecinos indignados por este hecho y tal encuentro fue muy esperanzador para el naciente movimiento vecinal puesto que tendríamos más argumentos para dialogar con los representantes delegacionales. No somos fanáticos ni ignorantes sino

personas conscientes, organizadas y solidarias, jamás hubo discriminación hacia quien quisiera apoyar al movimiento.

Resultado de este trabajo fue el rescate de la fuente, la remodelación de las jardineras y la colocación de luminarias pero falta mucho por hacer, aún falta mantenimiento para la fuente principal y la que se encuentra frente a la Parroquia de la Pasión sobre la calle de Basilio Romo Anguiano, faltan contenedores de basura, reubicación de personas en situación de calle, vigilancia, apoyo de las autoridades para realizar campañas de limpieza y cuidado de áreas verdes. Los vecinos de la colonia Guadalupe Insurgentes mantenemos la comunicación y la organización.

¿Cómo íbamos a permitir que ocurriera una injusticia en nuestra comunidad? Si tantas aventuras, fantasías y hasta tristezas tuvieron lugar y siguen sucediendo en el parque de la Pasión. Las trabajadoras domésticas que ven al novio a la hora de ir al mandado, los pilluelos que escapan de la escuela, los niños exploradores para los cuales el parque es una gran selva llena de obstáculos, las señoras que se desploman abrumadas por los problemas del hogar sintiéndose un poco aliviadas al escuchar a los pájaros o al ver la lluvia, la comunidad religiosa que siempre se mantuvo al margen y se conmovió al descubrir una imagen del rostro de Cristo en uno de los árboles que serían retirados, yo que tantas veces jugué, corrí, grité, lloré, sonreí, leí, escribí en las jardineras, en la explanada y principalmente en la fuente, aquella que nos unió, la que nos inspiró, nuestra fuente, la fuente de mi inspiración.

## INJUSTICIA

Bonifacio Santiago Ramírez

Buenas tardes, mi nombre es Kamilo. Recuerdo haber tenido un sueño, cuando uno sueña piensa en soñar cosas bonitas, pero este sueño no lo fue, al parecer fue una pesadilla. Empieza con dos bandas supuestamente opuestas, unos apodados “los azules,” sí, “los azules,” y otros apodados “los rojos,” ellos siempre andaban en conflicto; peleas y un sinfín de rencores existían a su alrededor, nunca estaban de acuerdo, “los rojos” siempre peleaban por tener la banqueta más ancha y más larga, al igual que “los azules,” se ponían a pensar cómo iban a pelear por la banqueta, que no hay más. No, no la hay porque en esa banqueta se pueden hacer muchas cosas que en otras no, convencían a gente para poder integrarse a su banda, nunca descansaban siempre vivían peleando, ya sea por la colonia, o por la banqueta, pero nunca estaban de acuerdo, nada les parecía, hasta que un día llego otra banda que tenía más fuerza, “mejores ideas” y atraían a más gente, por sus propuestas, a “los rojos” y a “los azules” no les gustó lo que veían y empezaron a negociar una posible alianza. Me puse a pensar, ¿cómo es posible?, ¿no que eran muy enemigos? Algunos miembros de “los rojos” no querían aliarse porque ellos tenían ideas diferentes, ellos podían discutirlo y pensarlo, ¿cómo es posible que este pasando esto?, si nosotros pensamos diferente de nada servía, si los líderes ya lo habían negociado, ¿cómo que negociado?, sí, negociado, ¿por qué a “los azules”? Como a “los rojos” les convenía, ellos decían vamos a consultárselo a los miembros ya que es un requisito, y ellos ya no podían hacer nada, pues todo ya estaba arreglado, se me hizo absurdo, ¿cómo es posible que se unan al enemigo?

¿Cómo?, ¿qué es esto, que alguien me lo explique.

A los líderes no les importa nada, ellos sólo querían ganar ya que “los rojos” y “los azules” ya se sentían derrotados, sin aún haber comenzado la contienda. Me duele mucho pero quizá esto no es nada

en comparación de lo que pueda venir, ¿cómo se pudieron vender de esa manera?, ¿cómo?, ¿y por tan poquito? Me puse a pensar cómo era posible, si eran los rivales que más se odiaban y ahora, ahora que ese topan con un rival más fuerte deciden aliarse y aún seguían diciendo, tenemos propuestas diferentes; la diferencia de uno a otro eran los principios, pero fue más fuerte su interés, pienso que los dos son iguales, ¿en qué forma?, en la forma que los dos buscaban el mismo fin, no importando traicionar sus propios ideales y al saber que llega otra banda mejor ¿qué sucede? ¿Le teme? Y disque nos aliamos para darle en la torre al más fuerte, ¡qué tontos!, no creo que esto se solucione así, creo que peleando limpiamente se puede ganar cualquier banqueta, ¿no lo creen así? A poco no sería lo ideal, me dije, ¡ya despierta Kamilo!, como iba a despertar si esto no era un sueño ni mucho menos una pesadilla, ¿a poco esto es real?, y si es real, no es algo que me agrada y, desafortunadamente, si está sucediendo supongo que esto pasará de hoy en adelante.

No sé que está pasando en este México que tanto amamos, no lo sé, ni siquiera me atrevo a imaginar tanta cosa que hay; llega a mi mente un recuerdo de aquel 2006 cuando llegué a creer que todo iba a ser diferente, una diferencia que llegaba mas allá de lo que queríamos y creíamos que íbamos a tener un nuevo cambio, un cambio verdadero, pero no fue así, otra vez mis esperanzas se vinieron abajo y no nada más las mías sino las de miles de personas. No se si han sentido impotencia, sí, impotencia de saber que en este México no existe igualdad y que tus opiniones mucho menos pueden ser escuchadas, creo que todos sentimos eso.

Todavía creo que se puede lograr algo, no hay que dejar que nuestras esperanzas se vengan abajo, por más que intento olvidar no puedo, creo que así te sentirías si te lo dicen; te sacaste el premio mayor y uno ilusionado lo festeja, porque lo cree, llega el día deseado y te dicen: “disculpe usted, falló el sistema, el boleto no es ganador,” ¡qué desilusión! Es evidente, toda la porquería que existe y es lo mismo que nos pasó, nos hicieron creer en algo que no era, ¿cómo es posible? ¿No existe la democracia? Siempre quieres hacer las cosas bien, nunca te lo permiten, te cortan las alas.

¿Qué tenemos que hacer para que haya un cambio verdadero? Me niego a pensar que exista mucha gente a nuestro alrededor que se

convenza, tan rápido, de ciertas cosas que pasan aquí. Quizás hubieron cosas que nos marcaron, nos hicieron sentir mal, ¿acaso no valemos nada?, ¿qué somos?, ¿unos tontos?, y con el tiempo se nos olvida todo lo malo que nos hicieron. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo? Miren ahora cómo está nuestro país. Sin darnos cuenta, nos pusieron una venda en los ojos y más aún, nos ataron de manos para que ellos pudieran hacer las cosas a su antojo, ¿qué más nos quedó?, ¿qué más? No tuvimos otra opción que aceptarlo, pero eso no es todo, ya no tenemos confianza de decir o decidir lo que mejor nos convenga.

¿Ustedes creen que es posible transformar todo esto? Creo y confió que sí ¿Cómo podemos hacerlo? Organizándonos bien, fijarnos una meta para que se puedan cumplir los derechos de todos, y ¿qué decir del mal gobierno represor?, no permitamos que decidan por nosotros, no estemos esperando que ellos sean los únicos que decidan, no permitamos que esto se haga realidad, muchas veces uno se pone a pensar o al imaginar, ¿será posible que haya una revolución social?, ¿será posible? Yo creo que sí, pero para eso hacen falta muchas cosas, porque no es tan fácil, aunque deseo que eso pase, tengo la esperanza de que en algún determinado momento todo esto cambie, que lo que el pueblo desea se cumpla, que haya igualdad por el bien del país y todos sus habitantes. En algún momento de mi vida creí que se podía hacer más de lo que acontece, imaginaba lo imposible creyendo lo posible, pero no fue así; creo fielmente que cada persona puede hacer lo que quiera siempre y cuando no afecte a sus semejantes, pienso que lo que se está viviendo actualmente en el país y en el mundo es responsabilidad de todos nosotros, no se puede predicar de ciertas cosas cuando se carecen de ellas, no podemos aparentar estar bien si ni siquiera hemos elegido un bien común, quizás sea muy ingenuo en cuanto a la política se refiere o quizá no, o tal vez sea un gran partícipe de la política activa o igual estaré en el anonimato, lo único que sé es que quiero cooperar para que nuestros hijos vivan en un mundo diferente, libres de tanta basura; creo que cuando el pueblo se decida y se una por encima de todo obstáculo común, triunfara; sin embargo, seguimos tomando tal cual, se nos presentan las cosas, esto no terminará, debemos de poner un fin a todo esto, y entonces tendremos un México que todos anhelamos.

Los tiempos han cambiado y es por demás mencionarlo. Pero



en cualquier momento si no hacen algo inmediatamente, por nuestro pueblo, va a suceder lo que tantas veces han predicado y entonces no habrá marcha atrás.

No entiendo, por estar disputando sus luchas partidistas están descuidando lo que realmente tienen que hacer, que es velar por sus ciudadanos, no permitan que se hundan más en la miseria, y que a todos los de arriba les valga una mierda, ya que ustedes son nuestros representantes, ¿hasta cuándo se va a acabar esto? Hoy lunes, me tocó ver en el Supermercado algo muy desagradable, un señor con sus tres pequeños, lo detienen y le dicen que algo se está robando, a lo que responde: “no, no me llevo nada” y en realidad no alcanzo a ver más. ¿Saben? Eso me recuerda algo similar que le sucedió a mi amiga Silvia, un domingo cualquiera, ella y sus dos hijos van al Supermercado a comprar un medicamento a la farmacia, va saliendo y un policía la intimida y le dice: “¿qué se lleva de más?,” ella, sin saber qué pasa, lo toma a la ligera contestando: “no me llevo más que el medicamento que pagué. ¡No, señora! ¡Usted se está robando algo! Al darse cuenta intenta pagar, pues nunca le había sucedido algo así. El policía prepotente la empuja a los lockers y muy grosero le dice: ¿cuánto traes?, ella, sorprendida, le dijo: traigo \$350 ahorita le pago lo que mi hijo sin querer tomó, a lo que le responde. “No, si tuvieras unos mil pesos otra cosa sería,” ella le dijo, “mira, déjame hablarle a mi marido para que venga,” a lo que responde que no con una risa burlona, le responde: “¡qué lástima!, porque ya viene la patrulla por ti, para trasladarte al M.P.,” ella llorando, le dice que no haga eso, “por favor ahorita pago esto que no pagué”, pero los policías y los de ahí del Supermercado no se lo permitieron. Además, los policías le dijeron que a sus hijos se los iban a llevar al D.I.F., y que si ella no decía que había tomado eso, sus hijos iban a dar a la correccional de menores; ella asustada porque no conocía las leyes y mucho menos sus derechos, se declara culpable. Qué más le quedaba, pues el amor de madre, es más fuerte ante otras cosas, y los policías haciendo uso de su poder se meten a la tienda y buscan muchas cosas más para así poderla llevar al M.P. Ella es trasladada ahí sin saber cómo se manejan las cosas en esos lugares, puesto que jamás había estado. Empieza a darse cuenta de cuánta impunidad existe hoy en día en esos lugares, soltó lágrimas de impotencia y de coraje al no poder hacer nada ante las intimidaciones,

sabiendo que los hechos pasaron sin que ella lo deseara; al apoyar a mi amiga me di cuenta de cuantos casos similares llegan , y algunos por falta de dinero, o por no completar van a parar a la cárcel, tal vez nunca me hubiera dado cuenta cómo funciona el sistema, de no haber sucedido ese hecho lamentable; por fortuna los familiares de mi amiga pudieron completar para la caución, pues todos temíamos lo peor, ya conociendo un poco cómo funciona esto, y sabiendo que algunos trabajadores usan su prepotencia para no cumplir bien su trabajo. Por fortuna mi amiga pudo recuperar su libertad, cumpliendo los requisitos que se le pidieron, y ya mi amiga más calmada y estando en su casa nos empieza a platicar, dijo, “no sabes el infierno que te hacen pasar, las intimidaciones, las burlas, las ofensas, si seguimos enumerando, quizá nunca acabaría, con todo lo que te hacen y lamentablemente es negado, me tocó estar con una señora y su hija ahí dentro, que al igual que a mí las acusaban por algo que no habían hecho, por la ventanilla nos percatábamos de todo, de que cómo los encargados de la tienda son muy amigos del M.P., cómo se trataban, con una confianza como si fueran muy buenos amigos, desde ahí pudimos ver muchas cosas que pasaban , de hecho la corrupción que existe dentro, como que la corrupción si, por que los familiares de la señora, le habían dado una “mordida” al P.J. y así le dejaba pasar cuantas veces querían; por mi parte mi esposo no dio nada y no le permitían la entrada aunque lleváramos a un abogado; yo soy una mujer diabética, me empezaba a sentir mal, por causa del azúcar, pero el P.J. me negaba mi medicamento a la hora que me tocaba, me lo daba a la hora que él quería, recuerdo bien que me dijo: ‘si tú quieres, todo a tu alcance, ya sabes qué puedes hacer. ¿Cómo? Si ya sabes ponte bonita,’ me molestó y le hice ver mi enojo, como yo no obedecí a las cochinas que él me pedía, no me hacía caso en nada, a la hija de la señora que estaba conmigo, en realidad no sé qué pasó, pero con ella era diferente ya que le prestaba su propio celular.”

Pero eso no es todo porque ella oyó decir que cada tres días van a dar personas nuevas ahí sean o no culpables, lo que importa es el dinero que ellos reciben. Me puse a pensar, ¿cómo es posible?, entonces ya no vas a poder ir a hacer tus compras, porque si por un descuido vas a ir a dar hasta allá, ¿cómo es posible esto?, ¿cómo es que ustedes no saben cuántos casos similares o iguales estén pasando?, quizá, a algún

conocido le haya sucedido, deben de tener una idea de cómo te sientes que te traten como un delincuente, sabiendo que llevas una vida recta y saber más que nada que eres inocente, quizá haya delincuentes que anden en la calle. Mientras tanto, las cárceles están llenas de inocentes, ¿qué podemos hacer nosotros?, nosotros solos, nada, pero si nos unimos podemos lograr mucho, para que no haya tanta impunidad ante muchos casos que terminan en donde no quieren o en donde no merecen.

Alcemos la voz ante lo que a diario sucede, no permitamos mas injusticias; yo creo que todos tenemos derechos, derechos de los cuales no sabemos, no engrandezcamos los bolsillos de tantos corruptos. No, no lo hagamos. Creo en las leyes y confié que los legisladores hagan algo respecto al tema de impartición de justicia, adecuada, para que se pueda aplicar de manera adecuada, para que las partes involucradas sean enjuiciadas con justicia.

A la ciudadanía le urge que esto se aplique bien, la justicia, porque muchas veces no eres culpable y acabas pisando la cárcel, o tal vez a los burócratas les convenga esto pero a nosotros no, ¿a ustedes les gustaría que se violaran sus derechos?, yo creo que no, porque a la primera los harían válidos.

No permitamos que esto siga, hagamos un llamado de atención de lo que está pasando para que esto no siga sucediendo. Sé que hay veces que no se debe hablar con la verdad, porque la verdad ofende y la mentira engrandece y te hace tener falsos amigos, y no habiendo más que decir, y no teniendo más por el momento, me despidió con un abrazo fraternal esperando un criterio, amplio y maduro.

Muchas gracias por su tiempo y atención, su amigo Kamilo.

## LA BASURA: CRÓNICA DE UN PROBLEMA CON POTENCIALES APLICACIONES A FUTURO

Antonio Zamora Munguía

*La Delegación Venustiano Carranza se ubica como una de las principales delegaciones generadoras de desperdicios en el Distrito Federal, con un promedio de entre 180 a 200 toneladas de basura al día, sobre todo, por la presencia en la demarcación de zonas como: La Merced y Jamaica. ¿Qué hace el G.D.F. con la basura en el presente? Esto fue lo que encontramos.*

Una mañana como tantas, nos despierta el tañer de una campana, poco a poco nos hace reaccionar el ruido que produce su proximidad, es imposible ignorarla, ahora acompañada por un grito: ¡la basura!... ¡la basura!... la gente, como hormiguitas, empieza a salir de sus hogares para entregar todo el desperdicio que durante el día anterior se juntó, y antes de que se acumule la del día de hoy.

Todos estamos inmersos en el problema, todos la generamos en grandes cantidades y tenemos que estar al pendiente para deshacernos de su “no grata presencia”, que podría ocasionar malos olores en casa, amén de otras consecuencias, como la aparición de fauna nociva.

La emergente sociedad industrial del siglo XIX se tuvo que ocupar de cómo manejar la basura(1), que se define, de acuerdo a la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana*, como el conjunto de materias sobrantes, recogidas en casas y vía pública y que por su estado de deterioro no son susceptibles de ser recogidas y clasificadas de un modo especial.

La definición en Internet menciona: *Basura*(2): “Todo material considerado como desecho y que se necesita eliminar. La basura es producto de las actividades humanas, al cual se le considera de valor igual a cero”, esto es, la basura, hipotéticamente, no serviría para nada más.

Con el correr del tiempo, se han llevado a la práctica diferentes métodos para “desaparecer la basura”, desde sencillas como arrojarla al mar, como en Génova, que traía serios inconvenientes, al flotar y ser llevada a las costas, generando focos de infección.

Otra manera, durante muchos años aplicada en nuestro país, fue incinerarla: aún recuerdo un pequeño “horno” que era suficiente para una unidad habitacional en los años 60, los inminentes daños ambientales en grandes ciudades, como la de México, hicieron voltear los ojos hacia otras formas como tiraderos a cielo abierto; así pues, podríamos decir que hay dos grandes subtemas a tratar: formas de recolección y uso de la basura.

El “boom demográfico” a nivel nacional, de la segunda mitad del siglo xx, ha conllevado serios conflictos en el manejo de los desechos en las grandes ciudades como Guadalajara, Monterrey, Puebla, etc.; en la capital del país, el Gobierno del D.F., ha instrumentado diferentes campañas tendientes a “cultivar una cultura cívica,” en torno al problema de la basura; la última de ellas, puede ser observada a través de espectaculares, colocados en el Sistema de Transporte Colectivo Metro, con un objetivo extra: que el ciudadano se detenga y reflexione acerca de la importancia de no tirar la basura en las calles, puesto que de nada sirven las grandes inversiones en la infraestructura, en especial del drenaje, si el ciudadano las sabotea, bloqueando las coladeras con pilas de basura, ocasionando con ello que la temporada de lluvias de cada año sea una auténtica pesadilla para los habitantes de la metrópoli.

La Ley de Residuos Sólidos del D.F.(3), se ha constituido en un “parteaguas”, en la historia de la recolección y post-utilización de la basura. Promulgada el 22 de marzo de 2003, esta ley entró en vigor el 1 de octubre de 2004 y *dentro de las obligaciones de los ciudadanos está el separar la basura en orgánica e inorgánica*. Para tener una idea del tiempo de degradación de diferentes tipos de desechos, considere la siguiente lista de residuos inorgánicos:

<b>Material</b>	<b>Tiempo de degradación</b>
Chicle	5 años
Juguetes de plástico	300 años
Bolsas de plástico	50 años

Latas de refresco	10 años
Pilas	1,000 años
Botellas de vidrio	4,000 años

En contraste, algunos tiempos de degradación de basura orgánica:

Zanahorias	1-3 meses
Plátano	2-5 semanas
Manzana	2-4 semanas
Pan	1-3 días

### CRONOLOGÍA DE UNA “INTRODUCCIÓN AL MUNDO DE LA BASURA”

Los días siguientes, se convirtieron en una “pequeña aventura alrededor de la basura”; cómo la viven, por un lado, los empleados de limpieza y la ciudadanía en las calles y, por otro, cómo lo hacen los funcionarios públicos, desde “la comodidad de su oficina.”

Martes 29 de marzo, 10:30 a.m. Platicamos con Jesús Muriño Ramos(4), chofer de camión recolector de basura de la Delegación Venustiano Carranza, en una parada dentro de su recorrido en la esquina de Calzada Ignacio Zaragoza y Jesús Galindo y Villa, en la Colonia Jardín Balbuena, una mañana fresca y despejada, el conductor, con 30 años de servicio, se muestra muy accesible a una charla mientras recibe los desperdicios de los ciudadanos y nos comenta:

A.Z.M.: ¿Cuál es su horario de trabajo?

JESÚS MURIÑO RAMOS: Todos los días checo a las 6 de la mañana, pero no tengo una hora fija de salida, eso depende de los servicios que me sean encomendados o si hay que cubrir o apoyar a alguno de mis compañeros, puedo salir a las 4 ó 6 p.m.

A.Z.M.: ¿Les da la Delegación alguna capacitación para realizar el trabajo?

J.M.R.: No, algunas veces contamos con voluntarios, a los cuales nosotros, los de mayor experiencia, les enseñamos, pero uno aprende sobre la marcha; hay que tratar de ayudar a la ciudadanía, a la cual nos debemos y dándoles un buen servicio, ganarse las propinas.

## CAMIÓN RECOLECTOR SIN DIVISIONES

A.Z.M.: ¿A dónde lleva usted la basura que recolecta?

J.M.R.: Al depósito de la Delegación, en la calle de Agustín Lara, junto a la puerta uno de la Ciudad Deportiva de la Magdalena Mixhiuca, de ahí se pasa a tráileres que la llevan al Bordo Poniente.

Jesús, organiza, pausadamente, en la mente sus respuestas; con plena convicción de ayudarnos, bajito de estatura, alrededor de 1.60 metros, manejando semejante camión y de unos 55 años, piel morena, pelo escaso, entrecano, viste un pantalón azul de mezclilla y playera blanca, zapatos informales color café, eso sí, muy limpios que contrastan con el aspecto del camión, el cual no tiene división alguna y a pesar de que se lava con frecuencia, la huella del tiempo de servicio hace mella, le hace falta una pintadita... Un hedor insoportable emana de su gran caja... De repente hace una señal, levantando su mano, para contestar su celular... A pesar de su limitada educación, pues sólo cursó hasta el tercero de primaria, es coherente y cooperativo en sus comentarios, cuando retomamos nuestra conversación:

A.Z.M.: ¿Puede usted hacer algún negocio particular con alguno de los materiales que recoge?

J.M.R.: Pues... sí, pero no es tan fácil ni tan seguido como uno quisiera. Algo que se vende mucho es el cartón, lo malo es que luego hay que esperar mucho tiempo por las personas que lo quieren y a veces no puedo.

A.Z.M.: ¿Sigue una ruta fija todos los días?

J.M.R.: No, uno puede ir a diferentes puntos dentro de la demarcación que debe conocer muy bien, a veces nos tocan zonas difíciles... Usted sabe... Hay gente no educada en ciertas colonias como: Valle Gómez, 20 de Noviembre, Artes Gráficas, Tepito, Morelos, Jamaica, en donde la gente tira la basura por montones en las calles y eso nos hace trabajar un poquito más.

A.Z.M.: ¿Le pagan ese tiempo extra?

J.M.R.: No, como le dije, uno tiene que ir a donde lo manden, aunque la verdad, mi sueldo es miserable, si se mira la gran responsabilidad que tengo.

A.Z.M.: Pero, ¿la Delegación lo apoya si llega a tener algún problema o percance?

J.M.R.: Pues sí, todos los camiones cuentan con seguro, eso sí, sólo tengo copia de la tarjeta de circulación, con la que tenemos que pasar la verificación.

El fiel servidor público de limpieza ayuda a una persona con un retrete viejo y pesado, su actitud es muy positiva, congruente con lo que predica, acostumbrado a cargar cosas voluminosas, su semblante denota su gusto por el trabajo, no obstante haberlo hecho durante tantos años, pues como él mismo nos dijo “no estudié más... Pues usted sabe... La vagancia, afortunadamente después senté cabeza,” nos comentó también que diariamente viaja desde su humilde hogar, que heredó de su padre, con el mismo oficio, en Santa María Aztahuacan, en Iztapalapa, en donde vive con su esposa Martha y su hijo Mauricio de 14 años de edad, quien padece síndrome de Dawn: “Mi sueldo no alcanza para pagar alguna escuela especial para mi hijo, aunque el Delegado nos refirió a una escuela de un patronato, pero mi esposa se asustó, pues un par de veces le quisieron quitar al niño en el camino a la escuela, en el Metro y no precisamente por ser bonito... Ya sabe, dicen que a esos niños los quieren para quitarles órganos y luego venderlos.”

A.Z.M.: ¿Tiene algo que ver con la Unión de Pepenadores?

J.M.R.: No, ellos están en el Estado de México y yo no puedo ir para allá.

Nos despedimos de este singular personaje, agradeciéndole su entusiasta cooperación, a lo cual nos respondió, al mismo tiempo, que rechazaba una propina “para el chesco”: “No... Cómo cree, jefe... En lo que yo le pueda ayudar, pues con mucho gusto.” Y se subió a su camión a continuar con su jornada.

30 de marzo, miércoles. Es alrededor del mediodía, ¡no cabe duda que la primavera ya está presente! El calor en la gran ciudad se siente más fuerte de los 26 grados que indica el termómetro, gracias al “efecto invernadero;” visitamos el depósito de residuos de la Delegación, ubicado en la calle de Agustín Lara. Desde afuera no se aprecia el giro del lugar, si no fuera por el mal olor en el ambiente y por continuos montoncitos de “cartón amarrado” y algunas pilas de latas de refresco de un solo lado de la acera; los trabajadores, afanados en su labor, se sintieron cohibidos ante la presencia de nuestra cámara fotográfica...



Continúa en plena vía pública el proceso de separación de los desechos que podrían resultar en un ingreso extra para ellos. Contemplando el continuo ir y venir de camiones “bien cargados,” que entran y suben una rampa de acceso al depósito y con la experiencia previa de haber visto que la ciudadanía no separa su basura, y que los camiones no tienen división alguna, conversamos con el señor Rosendo Solís(5), trabajador de un vestir sencillo, y parco en sus comentarios, quien nos informó:

A.Z.M.: ¿De cuantas unidades consta la flota recolectora de basura en V. Carranza?

ROSENDO SOLÍS: Son entre camiones y trailers, alrededor de 160.

A.Z.M.: ¿Qué cantidad de basura genera la Delegación?

R.S.: Un promedio diario de 180 a 200 toneladas de desperdicios.

A.Z.M.: De este depósito, ¿a dónde se lleva la basura?

R.S.: Al Bordo Poniente.

A.Z.M.: ¿Por qué no se ha implementado el sistema de clasificación de la basura en orgánica e inorgánica en esta Delegación?

R.S.: Porque no contamos con el equipo adecuado para ello, lo que se hace en algunas colonias difíciles como Arenal es, en un día recogemos pura orgánica y otro día la inorgánica.

Las respuestas escuetas por parte del encargado denotaban que no se sentía cómodo, quizás por el estrés propio del trabajo o porque le estábamos causando una breve distracción del mismo; ya de salida, escuchamos rumores por parte de los trabajadores de que se podría construir un Parque o Estadio de Béisbol, en el terreno que actualmente comprende la Puerta uno, de la Ciudad Deportiva de la Magdalena Mixhuica, para que sea la casa de los Diablos Rojos del México, de la liga Mexicana de Béisbol de Verano, nos quedamos reflexionando que tal posibilidad implicaría la necesidad de hacer algunas adecuaciones a esta calle de Agustín Lara (lado poniente) que, seguramente, sería la parte posterior del inmueble, por su aspecto y tráfico, se han quitado ya muchos hojalateros que trabajaban, al aire libre, sobre la calle de Fernando Iglesias y Calderón (costado oriente del terreno).

## EL ENCUENTRO CON UNA EXPERTA

Es martes 5 de abril, alrededor de las 10 a.m. Mañana con viento fresco, nos dirigimos al edificio de la Delegación ubicado en la esquina de Fray Servando Teresa de Mier y avenida Francisco del Paso y Troncoso, colonia Jardín Balbuena; después de pedir informes en el módulo correspondiente, nos enviaron a otro edificio contiguo, en el lado sur, llamado “Edificio Gris o de Cristal”, en cuyo segundo piso se ubica la Dirección General de Servicios Urbanos. Para mi sorpresa el acceso fue relativamente fácil, pues existía la posibilidad de que no fuera atendido o tuviera que hacer alguna cita previa, fuimos “canalizados” con la Bióloga Maribel Aguirre(6), Inspectora Ambiental en Venustiano Carranza quien, por cierto, de una manera accesible y amable, más que una plática, nos hizo una muy completa presentación en su monitor de computadora y que podemos resumir de la siguiente manera:

“La mayor parte de la basura de nuestra Delegación, desde el año 2007, se lleva en tráileres, al Bordo Poniente, ubicado en los límites del Estado de México y el Distrito Federal. Es una Zona Federal del ex-lago de Texcoco, manejado por la Dirección General de Servicios Urbanos del D.F.

“Estamos próximos a llegar al límite de este espacio, por lo que se contempla a futuro inmediato el Centro General de Reciclaje y Energía, en Tláhuac, el cual está prácticamente listo, sólo que ha habido algún conflicto, para su arranque, por parte de grupos de vecinos del lugar que se oponen a su operación.

“Sí existe, dentro de la Delegación, un Programa de Separación de la Basura, contamos, para tal efecto, desde el año 2007, con ocho camiones totalmente equipados, con base en la Ley de Separación de Desechos Sólidos del D.F., empezamos con la recolección en mercados públicos: el primero fue el Kennedy, posteriormente el Álvaro Obregón, Jamaica y Merced, el problema real de esto es con los vecinos de los mercados, quienes empezaron a entregar su basura separada, pero necesitan una continua supervisión, pues cuando ven que no hay nadie vigilándolos, comienzan a hacer de las suyas, esto repercute en un control de calidad, pues cuando nuestros tráileres llegan a la Planta Procesadora Poniente, ubicada muy cerca del Bordo y la basura no va bien separada, nos la regresan.”

La inspectora continúa con su presentación, en su espacio de trabajo que carece de escenografía alguna, sólo estantes alrededor de su mesa de trabajo... Nada, ninguna fotografía u ornamento, no hay lugar para el toque femenino... Simplemente su computadora, la cual maneja ágilmente; morena clara, de edad madura, ataviada con blusa negra y falda roja, aretes dorados y zapatos de tacón negros, está consciente de la confusión aún existente entre la ciudadanía, al momento de querer separar sus desechos, cuando acentúa:

“Para no confundirlos más, simplemente les decimos que la basura inorgánica está compuesta por: plásticos, vidrio, metales, medicamentos, materiales de curación, artículos de higiene, cuero, piel y silicón; porque si nos enfocáramos estrictamente en su origen, un envase de pet, para el agua, está hecho de polímeros compuestos de carbón, por consiguiente, sería orgánico; mismo ejemplo del cartón, pero, para efectos prácticos, al separar, los consideramos inorgánicos.

“Para el año 2010, trece colonias, aparte de los ya mencionados mercados públicos aportaban 11,261 toneladas mensuales de basura, ya separada, para nuestra Planta de Composta Poniente.”

Al referirse a la conversión de la basura en composta, la funcionaria nos remarcó:

“Con este procedimiento, se logran innumerables beneficios: Durante el proceso se llega a temperaturas entre 55 a 70 grados, con lo cual se matan gérmenes, se secuestra el carbono y el gas metano, con lo cual obtenemos abonos ricos en nutrientes, así como mitigar el efecto invernadero y combatir el calentamiento global, la basura de parques y jardines se regresa a los mismos en forma de composta, así como la resultante de procesar los árboles de navidad.

“El objetivo de todo esto, es minimizar los residuos, hacer consciente a la ciudadanía de que, cuando hagan un regalo, no le pongan tantos envases, envolturas, cajas, moños, etc.; que cuando compren agua para llevar, utilicen el botellón para rellenar la botella, esto es, una cultura de minimización y separación de la basura.”

La presentación se acercaba a su fin, pero se abordaron aspectos importantes:

“Existe una Agenda Ambiental, de aquí a 12 años, llamada Plan Verde, con un programa de acción climática. La Delegación trabaja con

empresas como Enclose, que mediante campañas, recupera las botellas pet para agua, para reciclarlas, a cambio, ofrecen, pintura para las escuelas, etc., con este material se fabrican: playeras, corbatas, cubre bocas, bajo alfombras, etc.

“A propósito del pet, la Delegación ofrece talleres a la ciudadanía que los solicite, no son de una sola sesión, acudimos varias veces para enseñarles la fabricación de un sinnúmero de artículos como: collares, aretes, bolsas, así como de otros materiales, tales como: semillas de melón, cáscara de naranja, revistas de papel, etc.” concluyó.

Francamente me quedé sorprendido, mis expectativas de obtención de información valiosa fueron ampliamente rebasadas, estoy seguro de que el ciudadano común no puede imaginar todo lo que ocurre con los desperdicios que entrega todos los días al camión recolector y que no tenemos conciencia del papel clave que jugamos al clasificarla en casa.

## **REFLEXIONES**

Resulta paradójico que, tratando un tema como la basura, haya tantos aspectos “rescatables” dentro de ella. El hombre la ha generado, en nombre de la civilización y el progreso y tiene que ser responsable de aportar soluciones, una luz de esperanza ilumina el horizonte. El futuro ya está aquí y ¡por fin!, se ha puesto “manos a la obra”, en este espinoso asunto.

Una de las más fuertes críticas al Sistema Capitalista es que, en su infinito afán de vender, ha echado mano de llamativos envases, empaques, etc., de toda una gran maquinaria mercadológica, grandes campañas publicitarias, con el consecuente impacto en los bolsillos de los consumidores, así como en la multiplicación de la basura.

Nuestra entrevista con Jesús Muriño Ramos, es un retrato del principio de la cadena de recolección, que lamentablemente refleja un mal que aqueja al país: una improvisación, falta de capacitación y condiciones inadecuadas para ejercer las tareas encomendadas.

Es común ver camiones de basura, transitando por la demarcación casi a cualquier hora del día, llenos hasta el tope, dejando “estelas de desagradable olor” y muchas veces tirando la basura por el camino. Por si fuera poco, es revelador que tanto el chofer de camión,

como el trabajador del depósito, desconocen el manejo y transformación de basura en composta, pues nunca mencionaron la existencia de la Planta Poniente, lo que evidencia una falta de comunicación, o mejor dicho una distorsión en la comunicación al interior del personal de la Delegación, tanto vertical, como horizontal.

Por lo que toca a la ciudadanía, esta continúa sumamente confundida, pues como me dijo Arturo Cabrera(7), vecino de la colonia Jardín Balbuena: “A principios de año, a través de los noticieros, nos dijeron que el camión recolector ya no nos iba a recibir la basura, si ésta no se encontraba bien clasificada; recientemente, hemos visto cartelones anunciando que hay que separar la basura, pero, honestamente, al día de hoy, yo no veo que la ciudadanía lo haga.”

Educar y concientizar a la ciudadanía será una labor ardua y constante, se tiene que trabajar con los niños desde muy pequeños para crear una “verdadera cultura” acerca del tema. El ciudadano piensa que con entregar sus desechos al camión recolector ya cumplió, pero esto es apenas el primer paso, necesario e importante, pero no suficiente, puesto que se requiere que cada quien sea responsable, y en conjunto, la sociedad pueda aspirar, por consecuencia, a mejores condiciones de higiene, ecología y bienestar.

Nos quedamos con una grata impresión, por parte de la Delegación, pues teníamos la idea de que poco o nada se hacía con respecto al uso de la basura, ahora, es justamente la Delegación Venustiano Carranza, la cual, se encuentra a la vanguardia en el proceso de composta en el D.F.; lo que al principio de esta crónica enunciamos como un factor negativo ( la presencia en la demarcación de los mercados de Jamaica y La Merced ), como altos generadores de desechos, se convirtió en fortaleza, ya que dichos mercados aportan la “materia prima” para la elaboración de la composta.

Otra prueba contundente de que el futuro ya nos alcanzó en este tema fueron las declaraciones de Fernando Menéndez Garza(8), Coordinador General de la Comisión para la Gestión Integral de los Residuos Sólidos en el D.F., quien anunció la creación de tres plantas de composta, que procesarán 3 mil 500 toneladas diarias, y que se ubicarán en las zonas norte, oriente y sur de la ciudad, “estas plantas tienen un costo aproximado de 30 millones de dólares cada una y el esquema será

de concesión a la iniciativa privada”, acotó; amén de la inserción del CIRE, Centro Integral de Reciclaje y Energía, con ubicación aún por definir y en donde se aprovechará el biogas de la basura para generar energía eléctrica, con todo ello se pretende pasar de reciclar el 15%, hoy día, al 60% de los desechos de la ciudad para la fabricación de composta.

Finalmente, mientras gente en todas partes del mundo se continúa trabajando en investigaciones que nos lleven a un uso práctico de los residuos, muy probablemente la realidad superará a la ficción, como en la película Volver al Futuro, de Steven Spielberg, en donde el vehículo que los transporta en el tiempo pasa de alimentarse con plutonio a utilizar basura, para lograr dicho objetivo.

## FUENTES DE CONSULTA

### BIBLIOGRAFÍA:

(1) Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana, ESPASA CALPESA, Madrid, Tomo 7, 445 PP.

### PÁGINAS ELECTRÓNICAS:

(2) [www.wikipedia.org/wiki/basura](http://www.wikipedia.org/wiki/basura).

Fecha de consulta del documento: 22/03/11.

(3) [www.leyderesiduossolidos.df.gob.mx](http://www.leyderesiduossolidos.df.gob.mx).

Nombre del documento: Ley de Residuos Sólidos.

Maza Pérez, Maximiliano, et.al.

Fecha de consulta del documento: 26/03/11

### ENTREVISTAS:

(4)\* Sr. Jesús Muriño Ramos. Chofer de camión recolector de basura. Delegación V. Carranza. Fecha de entrevista: 29/03/11.

(5)\* Sr. Rosendo Solís. Trabajador del depósito delegacional de Basura, en Del. V. Carranza. Fecha de entrevista: 30/03/11.

(6) Bióloga Maribel Aguirre. Inspectora Ambiental, Delegación V. Carranza. Fecha de entrevista: 05/04/11.

(7) Sr. Arturo Cabrera. Vecino de la Unidad 4, Edificio 9, Depto. 905, Col. Jardín Balbuena. Fecha de entrevista: 04/04/11.

Hemerografía:

(8) Menéndez Garza, Fernando. Periódico *Reforma*, Sección Ciudad, 22/08/10.

\*NOTA: Los nombres reales fueron cambiados, a efecto de evitarles cualquier conflicto laboral.

## LA PIEDRA BLANCA

### Tlalpalcoatl

Cuenta mi abuelo que su abuelo, los tíos y las tías de mi pueblo Tepalcatlapan, “Lugar de la tierra de tepalcates,” nuestros venerables abuelos, venían a nuestra aldea a romper basillas de barro como parte de la ceremonia del nuevo ciclo, esto sucedía cada 52 años cuando se prendía el fuego nuevo en Iztapalapan y se hacía el atado de los años. También dicen que hace ya mucho tiempo cuando llegaron los invasores a nuestra tierra en la aldea habitaba un guerrero con el grado de Quetzalcoatl, sabio y fuerte, de nombre Tlalpalcoatl y su amada Azayacatl, una mujer muy hermosa e inteligente, compañera de toda su vida donde enamorados vivían, al enterarse de la invasión de gente extraña ambos se prepararon para la defender su tierra.

Tlalpalcoatl partió hacia el centro de Xochimilco convocado por el consejo de ancianos de nuestro calpulli a la gran batalla que se libraría en ese lugar; mientras tanto Azayacatl lo esperaba en una gran piedra gris que se encontraba casi al centro de la aldea ahí fue donde los dos se conocieron desde niños y donde ambos juraron que su amor sería eterno. Ahí ella había prometido no moverse de ese lugar hasta el regreso de Tlalpalcoatl como se acostumbraba en esos tiempos, cuando la mujer esperaba pacientemente a su pareja. Tlalpalcoatl fue el guerrero que hizo caer a Hernán Cortés de su caballo en batalla, cuando éste iba a matarlo un soldado desconocido llegó con su caballo y por la espalda dio muerte a Tlalpalcoatl quedando tirado en el campo de batalla.

Azayacatl fiel a su compromiso, lo espero ahí hasta que se enteró del fallecimiento de su amado, triste y con amargura en su corazón se quedó sentada por 104 días en la gran piedra gris hasta que murió y, así pudo reunirse con su amado nuevamente.

La gran piedra gris, al momento de morir Azayacatl, se volvió blanca como si su alma tan pura se fusionara con ella; desde aquel



acontecimiento los habitantes de la aldea le llamaron la piedra blanca y, desde entonces fue referencia de uno de los puntos de la comunidad.

Ya con la invasión consumada, la vida en la aldea cambió empezando con el nombre del lugar, se le agregó Santiago en honor al Santo Patrón del mismo nombre que, según dicen Hernán Cortes invocó al caer de su caballo en la invasión de Xochimilco, y así le hizo el milagro de salvar su vida, ya que fue salvado por un jinete. Nuestra aldea desde entonces se llamó Santiago Tepalcatlalpan, de ahí en adelante ya nada fue igual.

En México-Tenochtitlán, como en todo territorio, los grandes cambios empezaron. Los españoles levantaron sus edificaciones, nuevas construcciones al estilo del invasor; para crear sus casas se necesitaba de mucha piedra y de preferencia para sus cimientos de grandes rocas, ahí fueron a parar muchos de nuestros libros que eran hechos de piedra, y que contenían todo el conocimiento y experiencia acumulado a lo largo de la vida, y que pudieran durar mucho tiempo y ser leídos por futuras generaciones. Para la construcción del palacio del centro de la nueva España buscaron por todos lugares del valle de México piedras grandes para sus cimientos, por lo que todas las rocas y piedras labradas fueron llevadas a Tenochtitlán, llamada la Nueva España.

Dicen nuestros abuelos que un día 13 serpiente, Hernán Cortés conoció nuestro pueblo y se dio cuenta que la aldea se dedicaba en su totalidad a la siembra de todo tipo de maíz: blanco, azul, rojo, amarillo; nuestros abuelos siempre nos dijeron que en nuestro cultivo estaban representados los cuatro colores de nuestros rumbos cósmicos y quién diría que también las cuatro razas de nuestra venerable madre tierra. Tepalcatlalpan era desde entonces, un pueblo dedicado al cultivo y elaboración de derivados del maíz: tortillas, pinole, tamales, atole, esquites, elotes, cañas, etc. Hernán Cortés se quedó un tiempo en nuestro pueblo para conocerlo con más detalle, probar la comida de la localidad y, lo más importante, para encontrar oro; ese día por la tarde-noche paseando por el lugar vio por primera vez a una hermosa joven sentada en una gran piedra blanca, él de inmediato se acercó al lugar, detrás de un árbol se ocultó para no ser visto por ella, pero su sorpresa fue cuando llegó un joven con ella y los dos se sentaron en la piedra, platicaban, se abrazaban y besaban con tanta ternura que para Hernán Cortés era extraña esa sensación de ver a los dos jóvenes, lo insólito para

Hernán Cortés es que sólo podía verlos en la tarde-noche, Nunca se los encontraba por la mañana, por lo que el empezó a intrigarse; un día Hernán Cortés quiso tomar por la fuerza a la hermosa joven, pero al querer tocarla se dio cuenta que era sólo una sombra, se impactó tanto, que corrió de miedo hacia sus aposentos y rezó toda la noche; ya vencido por el sueño había pensado que fue sólo un sueño, por lo que al otro día volvió nuevamente al lugar justo al mediodía, donde se percató que sólo estaba la gran piedra blanca la cual llamo su atención en lo inmediato; regresó ya caída la noche, vio al guerrero que había visto antes, recordó que el había sido el único que casi logra matarlo, pero esta vez no estaba ataviado con su traje de guerra, cuidaba a la piedra, lo que le causó nuevamente pánico y terror; regresó al centro de la aldea para jamás volver al lugar de la piedra.

Por la mañana del día siguiente, dio órdenes para que se llevaran al centro de la nueva España la piedra blanca y así ayudar a la construcción del palacio, sabía que haría un buen cimiento; para este entonces un batallón de soldados españoles se dieron a la tarea de cumplir las órdenes de su capitán, muy temprano partieron hacia donde les indico Hernán Cortés, ahí encontraron la piedra y vieron el reflejo de una hermosa mujer, al principio sentada en la piedra, lo cual hizo que balbucearan ya que mujer como ella jamás habían visto en su vida, cuando fueron acercándose más a la piedra blanca vieron a un guerrero que la defendía, por lo que muchas veces salían corriendo del lugar. Hasta que un día llevaron a un sacerdote católico para que ahuyentara a los espíritus que rondaban en el lugar, después de tanto borlote que armaron los soldados españoles, intentaron llevarse la piedra blanca, no podían, era muy pesada, lo intentaban y lo intentaban y no podían moverla ni un sólo centímetro; acercándose ya la oscuridad de la noche los soldados españoles se marcharon y regresaron al otro día. Nuevamente sucedió lo mismo de los días anteriores, así pasaron casi 20 días y no podían moverla, no se explicaban que es lo que sucedía, eso sí, todos los abuelitos que por ahí pasaban se carcajaban de los españoles que no podían mover una piedra.

Hernán Cortés empezó a investigar entre la población, pero nadie le decía nada, hasta que un día torturaron al abuelo mayor, nuestra primer palabra en la aldea, para preguntarle qué sucedía con la

pedra y saber dónde estaba el tesoro del pueblo. Lo que no sabía es que nuestro mas apreciable tesoro era el conocimiento y no el oro; ese día el gran árbol que nos daba sombra cayó, mataron a nuestro guía, además, descubrió Hernán Cortés el glifo de Tlalpalcoatl, guerrero que casi le dio muerte, era nativo de ese lugar, además de saber que él jugaba con la piedra en su infancia porque ahí estaba enterrado su ombligo.

Fue entonces que un escalofrió recorrió completamente el cuerpo de Cortés y mandó a destruir la piedra blanca, la quemaron, le pegaron con mazos y nada le ocurría.

Cansado, desesperado y confundido, Hernán Cortés se regresó al centro de la nueva España donde seguía mandando soldados para intentar mover a la piedra blanca, pensando que un día podría vencerla, ya se había convertido en necedad el mover la piedra.

Así, envió varios batallones de soldados y de cada vez de mayor número, aunque nunca pudieron llevarse la piedra al centro de la nueva España; así pasó el tiempo, días, semanas y años hasta que dejaron de intentarlo y se dieron por vencidos. Dicen que un día un soldado español le señaló a Hernán Cortés el lugar donde se coloca la piedra blanca, pero era una mentira, ya que con su constante insistencia, sólo así lograron que dejara de mandar gente a Santiago Tepalcatlalpan por la piedra.

Hernán Cortes nunca supo que la piedra blanca de Santiago Tepalcatlalpan permanecía en su lugar, con su partida hacia Cuernavaca no se cercioraría jamás, siguió pensando que nuestra piedra forma parte de los cimientos del hoy Palacio Nacional.

Desde entonces, y con el paso de los años, muchos habitantes de nuestro pueblo han intentado por todos los medios ocupar la piedra blanca, pero nunca nadie pudo moverla, muchos lo intentaron y nadie tuvo éxito y hasta la fecha sigue en su lugar.

Dicen los vecinos de nuestra comunidad que hasta lo intentaron con una grúa mecánica y lo mas que pudieron hacer fue levantarla, pero que por extrañas razones se les caía y se les caía cada vez que lo intentaban, hasta que ya de plano la dejaron en paz. Si supiéramos leer esa piedra nos contaría tantas cosas, tantas historias y vivencias de nuestro pueblo; ella sabe de lo chaneques, de los nahuales, de las brujas, del significado de nuestro día de muertos; vio como gente del centro de la ciudad iba a enterrar su dinero al pueblo en la época de la revolución, etc.; dicen los

abuelitos que las piedras hablan, sólo que hay que saber leerlas.

La piedra blanca se encuentra en avenida del Trabajo y hoy día sirve como referencia para ubicar una parte de nuestro pueblo, como lo fue desde antaño; recuerdo que de niño mi abuelo Chabelo, de 104 años de edad, me contó esta crónica y me enseñó algunas palabras en nuestra lengua madre el náhuatl.

Así dicen que fue y ahí esta la piedra blanca que conocí desde pequeño, y hoy a mis 34 años de edad, sigue estando en donde la vi por primera vez.

## LA SOMBRA DEL ALCOHOL

Arturo Razo

Pareciera que era un día como cualquier otro, con la rutina que encierra cada día, el ir y venir por las calles, donde nada parece cierto.

Con flores en mano decidía si abordaba el Metro o el camión para dirigirme a mi destino; paradójicamente, el destino fue quien habló con la voz de un hombre que pasaba y me alentaba por el detalle que sostenían mis manos, gritando con voz embriagada “tú puedes”, acercose luego de ver en mi respuesta una sonrisa que contestaba a su apoyo moral brindado y dirigiéndose a mi diciendo:

—Bien hecho, ¡tú puedes!, ¿es para tu esposa?

Yo, apunto de abordar el camión y con monedas en mano para el respectivo pasaje, decidí escucharle y esperar al siguiente camión, respondiendo a su pregunta con algo de nervios, pena, riendo y por educación:

—¡No, no!, para nada, soy muy joven aún para el matrimonio, sino ¡imagínate!

Creía yo era suficiente esa respuesta para poder retirarme; sin embargo, aquel hombre con facha de vagabundo alcoholizado, mirando las monedas en mi mano, me pide le ayude con tres pesos para su pasaje en el Metro. Realmente sabía que si le daba algo de dinero este sería empleado para algo de alcohol; no pregunten por qué, pero sólo le pude dar los dos pesos extras que traía de cambio, a pesar de que sabía para qué lo emplearía.

A punto de irme, el mismo hombre me detiene del hombro y me dice:

—Regálame por favor sólo 15 minutos, no te voy a hacer nada, ni quitar dinero, ni nada, no soy malo, sólo escúchame.

En ese instante pensé que podía regalar algo más que dos pesos o perder el tiempo, podía prestar mis oídos a alguien desconocido que con

la mirada pedía a gritos un poco de desahogo; accedía a escuchar a aquel hombre sin identidad con el que hablaba, simplemente le escuché.

—Yo soy abogado, tengo 36 años, sé inglés y toda la cosa, pero el alcohol me acabó; yo amaba a una mujer que decidió dejarme, eso me acabó, yo la quería mucho y creí estaría toda la vida con ella, era feliz, hasta que se hartó de mi por el alcohol que poco a poco comenzó a acabarme, ¡mírame!

En ese momento mi detalle visual lo escaneó de pies a cabeza mientras el seguía hablando de su experiencia en el amor; era un tipo con una bolsa de plástico en mano que andaba por los caminos de la ciudad, no estaba muy sucio, como los tipos que habitan en las calles, se veía como una persona destruida y vagando por el mundo, bien peinado, de tez y ojos claros, su barba desaliñada y con una chamarra delgada cubriéndolo del clima o mejor dicho de las noches frías.

—¿Crees que le gusten tus flores?, yo lo hice algún día, le pedí que se casara conmigo y toda la cosa...

De pronto, el hombre que algún día tuvo una vida, agachó la mirada y encontró una colilla de cigarro, desesperado la alzó del piso.

—¿Tienes lumbre?

—¡No!

—Un cigarro, ¿algo?

—No, no fumo, ni nada.

En ese momento, como si Dios le escuchase su súplica, una mujer joven que pasaba por el mismo punto fumando un cigarro de esos largos y chistosos, fue interceptada por aquel hombre que corrió con la colilla de cigarro en mano y le pidió a la chica si tenía lumbre o un cigarro que le brindara, aquella mujer se busca en la ropa esperando encontrar algo, de pronto le da al hombre el cigarro que fuma pidiendo con una grata sonrisa de satisfacción se lo quedara y continuó su camino.

Aquel hombre que parecía elegido de los dioses, ya que todo lo que pedía en ese momento le era concedido, continuó su plática conmigo.

—Yo tenía un gato, ¿te gustan los gatos?, a mi me cagaban los gatos, pero éste era especial, se llamaba “esponja” (sonriendo y añorando me continuó explicando), le puse así porque parecía esponjita y me lo dieron así chiquito (simulando con sus manos el tamaño del animal),

vivía conmigo y con ella, ahora dicen las malas lenguas que le calienta los pies al “Sancho”, pero ¿sabes qué?, ¡me vale madres!, lo extraño.

Yo simplemente escuchaba y me entretenía con lo que el hombre decía, él necesitaba que alguien lo escuchara y en ese momento me convertía en un psicólogo sin cédula, que simplemente escuchaba y reía.

—Ella se hartó de mi, del alcohol y mis hijos también; yo era bien parecido, tenía un buen trabajo y buen sueldo, pero, ¿de qué te sirve el dinero si se convierte en vicio? Yo tenía dentadura perfecta, ¡ahora vela!

Parecía que él me diera las instrucciones de lo que debía de hacer, entonces revise su dentadura que me mostró con una sonrisa disimulada para enseñarme sus dientes deteriorados por el vicio, consumidos por el alcohol, chuecos por la calle, amarillos por el tiempo, con la ausencia de uno que otro y con la debida falta de higiene que alberga la calle.

Entonces fue cuando decidí participar en su plática y pasar de oyente a emisor y le dije:

—Si no te gusta estar así, ¿por qué te dejas?

El hombre decepcionado de escuchar siempre lo mismo, con voz desgana y cortada me contestó:

—¡No puedo! He estado en 13 centros de disque curación y no sirven, siempre vuelvo, pareciera que el vicio me llama, mi cuerpo me lo exige, ¡ya estoy cansado!, no puedo, ¿crees que pueda?

Al mirar sus ojos envueltos en lágrimas analicé lo que me decía y entendí que el alcohol se convierte en una sombra que mientras no salgas a la luz no esta presente, y en el momento que pisas la calle o se presenta el brindis, el sol refleja tu persona y vuelve esa sombra que sólo por un momento ausentaba su vicio; y ahí me quedé sin respuesta aunque intenté ayudarle y motivarlo a continuar su vida:

—¡Claro que puedes!, ¿y sabes por qué puedes?, porque quieres, lo deseas, luchas, no quieres estar así, deja esto, no es lo que eres, ¡tú puedes!

Él, decepcionado me contestaba que lo intentaba y que hasta quería escribir un libro de los centros de la ciudad de México, sus vivencias, la agonía, la lucha constante contra sí y la eterna búsqueda de la salida sin fin de aquel vicio, que sólo por momentos se ausentaba;

realmente pensé que no cualquiera tendría intenciones de escribir un libro o que una persona sin escuela quisiera hacer algo de su vida de tal magnitud, lo que me permitió pensar que era cierto que tenía estudios, que sí había tenido la vida que me contó, ¡no lo sé!, realmente sé que todos tenemos sueños y deseos, que el estar en la calle no te marca, o no debiera, en ese aspecto; no sé si me explico, no quiero discriminar ni enjuiciar, ni nada, simplemente quiero dar entender que el hombre me convenció de todo aquello que me contaba y que no era un delirio más de alguna borrachera o cruda que arrastrara.

De pronto me comienza a contar que tenía una banda y que le gustaba cantar, que tal vez la banda fue quien le ocasionó el primer encuentro con el alcohol y que lo llevó a donde ahora estaba.

—Yo tuve una banda y antes de cantar o tocar, tenía que tomar, tocaba en fiestas y muchos lados, ¡sé lo que es ver desde arriba de los demás!

Después comenzó a hacerme preguntas de personajes y de bandas de rock.

—¿Los conoces?

—Mmm... Sí, mmm... ¡No!

Ni idea de lo que me hablaba y preguntaba, pero me hizo una pregunta que sí conocía.

—¿Sabes quién es Axel Rose?, es el de los Guns'n'Roses.

—¡Wow!, ¿sí?

—Él tenía millones de dólares y supe que estuvo en la cárcel por el alcohol, 15 días encerrado y 15 días de servicio social, para que te sirva el dinero entonces, “el vicio es el vicio” y te acaba. Él tenía un *Ferrari*, y ¿sabes lo qué cuesta un *Ferrari*?, como un millón de dólares; no sirve de nada el dinero cuando te enfrentas al alcohol, ahí todos somos iguales.

—¿Conoces los toros de lidia?

Absurdamente creí que seguía hablando de bandas de rock y contesté que no los conocía, ni los había oído, él continuo con su plática y sus constantes cambios de tema.

Después me carcajeé cuando comenzó su siguiente etapa de la historia, contándome que su papá tenía toros de lidia, un rancho y toda la cosa, ahí entendí a qué se refería, además el contexto de la misma plática me llevó a suponer que era de familia acomodada y así fue, bueno



así me lo dijo:

—Se podría decir que “tenía dinero”, que soy de buena familia, pero todo eso lo perdí por el alcohol.

Me platicaba sus experiencias con los toros y el dolor que le causaba ver que el pequeño crio, que el vio crecer, se lo llevaron para el ruedo donde perdería la vida.

—Yo sé torear, mi papá me decía Gerardín (así me decía de cariño), ¡eres bueno!, cuida a los toros, éste ya se tiene que ir... ¡Eso me dolía!

Después dejé todo eso, me enamoré y no me fue bien, espero que a ti sí te vaya bien y te valoren, que no te pierdas.

Ahí por fin supe su nombre, Gerardo.

—¡Ayúdame! ¿Crees que pueda? Ya me canse, ¡ayúdame! Sólo Dios sabe por qué acabamos y estamos aquí, yo no lo sé, ¿sabes por qué te pedí una moneda? Para poder comprar algo de comer, tengo hambre, no quiero alcohol ahorita, ni nada, no tengo nada en mi panza.

Entonces estrené las tarjetas de presentación que me habían dado ese día en mi trabajo, y mi primer tarjeta de presentación en la vida se la dí a aquel hombre.

—Búscame, mira yo trabajo ahí (estando en la esquina del trabajo, le señalé dónde era el lugar) o háblame, no lo sé, es más, mañana te veo aquí a las 3:00 P.M., confiaré en ti, no faltes, ven, de verdad ¡eh!, aquí te voy a esperar y veremos cómo te puedo ayudar, buscamos a tu papá, ¡algo!, pero no faltes.

—Gerardo te llamas, ¿no?

—Sí, sí, Gerardo.

Él leyó la tarjeta y me dijo:

—Gracias, Arturo, en serio lo voy a hacer. Voy a verte mañana aquí a las 3:00 p.m. y ¡es más!, te voy a pagar la moneda que me diste hoy.

Después me abrazó, me agradeció de nuevo y me volvió a preguntar.

—¿Crees que pueda?

—Sí, sí puedes, yo te voy a ayudar.

En realidad no tenía ni idea de cómo le podía ayudar, pero tenía tiempo de ese momento hasta las 3:00 p.m. del siguiente día para

pensarlo y ver cómo le iba a hacer.

De pronto seguí caminando, él entendió que me tenía que ir, y pasamos a la tienda que estaba al lado y le dije:

—Mira, sé que si te doy más dinero te lo vas a gastar en alcohol, mejor compramos la comida.

Gerardo se preparó un *hotdog* desesperadamente y con lágrimas en los ojos, agradeciéndome infinitamente el gesto, lo pagué y nos salimos sin ningún pormenor, mientras él decía a la cajera del lugar.

—¡Gracias güerita!, gracias, ¡eh! Adiós.

A la salida la pregunta volvió a ser mencionada:

—Gracias, muchas gracias; oye, ¿crees que pueda?, ¡ya me cansé!

—Sí podrás, veremos cómo, pero no faltes, ya me tengo que ir, pero nos vemos mañana.

Antes de irme se paró, me abrazó y nos despedimos, no sin antes regresar al inicio de la plática.

—¡Tú puedes!, le van a gustar las flores, ¡suerte!

Me despedí y agarré el camión que iba pasando, volteando a ver como se quedaba Gerardo, quien agachado y sentado en la banqueta comía.

Ahora corro a las 3:00 p.m. en punto a ver si Gerardo llegará a aquella esquina de Tlalpan donde lo conocí y pactamos volver a encontrarnos, al siguiente día él no llegó, quizá por no tener la moneda que prometió y que no era necesario regresar, pero no pierdo la esperanza de volverlo a encontrar, y por ello lo espero siempre a las 3:00 p.m. en el mismo lugar.

## LAS PLAYAS DE MI BARRIO

Gustavo Aquino Domínguez

Las estaciones de radio anunciaban que, como cada año, una vez más crucificarían a Jesucristo. Hacían entrevistas con María Magdalena, los centuriones, el niño que cada año va en la procesión para cumplir una manda. Presentaban reportajes, notas especiales, cápsulas, historias que involucraban a los personajes de la Pasión.

Se hacía énfasis en la representación que se realizaba en Iztapalapa, ensalzando a quien representaría al Cristo. No faltaba la noticia de un gran operativo de seguridad, con la prudente recomendación de que en caso de ir, no llevar automóvil.

La ciudad estaba abandonada a su suerte. Por momentos, las grandes avenidas parecían solitarias, en varios kilómetros no se veía ningún automóvil, y se podía caminar tranquilamente en ellas, sin prisas ni gritos de conductores desesperados.

El Metro llegaba tranquilamente a cada estación, nada le apuraba, los pocos pasajeros se veían insomnes, desvelados, viajaban sin ganas. A media mañana la gente planeaba las tareas del día, lejos del ajetreo diario, vestían holgadamente, al parecer no les preocupaba lo que estaba por suceder en Iztapalapa ni en ningún otro lado. Ni quién se acordara de Jesucristo.

El sol finalmente estaba en su esplendor, aunque el meteorológico anunciaba lluvia el día pintaba bien, además, qué flojera cargar paraguas y chamarras. La ciudad pertenecía a aquellos que por alguna razón no salieron de viaje.

Pero aquel microbús de la ruta Tacuba-San Pablo Xalpa estaba lleno. Avanzaba sobre la avenida Azcapotzalco, y de acuerdo a su ruta, tenía que pasar enfrente del deportivo Reynosa, por la UAM, no muy lejos del centro de Azcapotzalco.

Por si fuera poco, el microbús se topó con una procesión, por

lo tanto había que esperar a que desfilara toda la gente, y aunque el chofer intentó otra ruta fue imposible. Finalmente avanzó, y a lo lejos se divisó a un Cristo cargando una cruz que parecía de cartón. Detrás, una multitud lo seguía, implorantes, llorosos, solemnes.

Según la indumentaria, parecía que los pasajeros de nuestro microbús iban al mismo lugar.

Se veían niños y jóvenes con mochila al hombro, otros con bermudas, pantalones cortos, alguna jovencita con traje de baño, en plena ciudad, pero la mayoría, con una toalla al hombro. La razón se adivinaba con aquellas mantas que anunciaban: “El gobierno del D.F. de invita a la playa en el Deportivo Reynosa.”

Y ya fuera caminando, en coche, en transporte público, ya viviera por la zona o viniera de lejos, la gente llegaba. Incluso había gente del Estado de México, que queda a cinco minutos de aquí.

Desde la ventanilla se veía una alberca y la supuesta playa. Al bajar del microbús, uno entraba automáticamente a la algarabía de los paseantes que entraban y salían del deportivo, la entrada era gratis, podía entrar quien quisiera.

A unos metros de las rejas de entrada estaba la tan anunciada playa en el D.F., criticada, alabada, denunciada, polémica, pero que sirvió para que el jefe de Gobierno se mantuviera en las primeras planas de los periódicos.

Había un sonido a través del cual un improvisado locutor trataba de animar a la gente, cantaba, intentaba bailar, decía chistes, pero nadie le hacía caso.

La playa no era más que un montón de arena distribuido en unos cuantos metros cuadrados, junto a un chapoteadero de unos seis metros de largo por dos de ancho ubicado en un sitio donde, en los días restantes del año, se colocan grandes macetones. Macetones que esta vez albergaban un remedo de palmeras raquílicas, pequeñas, chafas. Todo improvisado, pues.

Los niños, que eran la mayoría, se divertían como enanos, acompañados de sus familias que ya habían tendido dónde se pudiera, sus bolsas de comida. El gobierno de la delegación había colocado unas mesas con sombrillas, que no eran suficientes para satisfacer la demanda de tanta gente.

Algunos jóvenes, que iban ataviados como si realmente estuvieran en una playa de verdad, miraban decepcionados la escena. El chapoteadero era para niños, el espacio era muy pequeño, ya no cabía nadie, así que tanto atavío para nada.

Se retiraban haciendo comentarios burlones, irónicos, con risas tímidas, esa playita no era para ellos. “Pinche Marcelo, mamón”, se alcanzó a escuchar.

No faltaba el clásico letrado donde el jefe delegacional da la bienvenida a esta playa, que daba más la impresión de una campaña política que de un programa social, hay que aprovechar los espacios para ensalzar la figura del jefe político en turno. No en balde recibió una buena dosis de críticas por ser un acto populista que tanto le gustan a López Obrador.

Dentro del mismo deportivo había otra sección más grande, para llegar había que cruzar la playa, o en todo caso, había otra entrada que iba directo a la Alberca Olímpica. También aquí estaba abarrotado, para entrar, había que hacer una colota, más de cien gentes esperando, pero al menos se lograba entrar.

Nada de arena, pero alrededor de la alberca había mucho espacio verde, suficientes para tenderse sin topar con otros cuerpos, e imaginar que estamos en Acapulco. En realidad parecía balneario, y aquí sí, jóvenes, adultos, niños, hombres, mujeres, disfrutaban por igual.

En la salida estaban colocados dos trabajadores del gobierno, daban informes y amablemente despedían a los que se retiraban.

“Imagínate si hubiéramos cobrado, hay muchísima gente,” comentó uno de ellos, “sí, que lástima,” contestó su compañero.

El cielo parecía nublarse, el sol como que se ocultaba, pero la algarabía en la “playa” continuaba, algunos funcionarios estaban por allí, se veían preocupados, algo les falló. No se despegaban de sus celulares, gritaban, daban órdenes, se hacían los importantes cuando algún ciudadano se acercaba a ellos. Finalmente se tranquilizaron al ver llegar a un tipo con una playera anaranjada que tenía un letrado: “SALVAVIDAS”. Y al parecer sí les salvó la vida a estos funcionarios, que tenían prisa por irse. Si es Semana Santa, merecemos vacaciones, parecían decirse entre sí.

Hacer el camino de regreso fue más sencillo, la pasión concluía,

en el camino otra vez, la multitud. Ahora dentro de un pequeño parque donde se levantaban tres cruces con ladrones y el Cristo atados a ellas. Nada de relámpagos, ni lluvia, como sucede en las películas, todo estaba tranquilo, aunque nublaba, el sol se defendía, no se quería ocultar.

Ahora el rumbo era el centro de Azcapotzalco, el microbús avanzaba rápido.

El mercado, La Toluca, cantina, la gasolinera, un banco, el Jardín Hidalgo, la Casa de Cultura, un hospital. Azcapotzalco a todo lo que da, como un viejo pueblo que no se atreve a ser ciudad, en el que destacan más las iglesias y sus pedazos de tierra verde con banquitos para las parejas.

Y otra vez la algarabía. La gente y sus días libres, sus tardes de paseo, sus helados, sus sonrisas, sus novios y novias, su familia, su soledad y su alegría, su cafecito de la esquina, su quiosco en el jardín, su pedazote de chicharrón con crema y salsa picante, sus viejitos sentados en la banca, sus boleros con uniformes deslavados y su “¿le damos grasa joven?”

El sol retoma su esplendor y acompaña a los transeúntes al último tramo de su paseo, es el centro, no hay más a dónde ir. Aquí el tráfico de automóviles es lento, todos, peatones y automovilistas, coinciden en el mismo lugar.

Se acerca la hora de entrada al cine, la plaza comercial llena, las películas de estreno están buenas, valen la pena, y a la salida, un café o un refresco, y la despedida. Si no traen automóvil, a esperar el microbús o trole, que distribuirán convenientemente a la ciudadanía en cada rincón de esta parte de la ciudad.

Ahora sí amenazaba la lluvia, y se deja sentir un ligero frío.

Pero es viernes, algunos aprovecharán para irse de parranda, al fin que aquí en Azcapotzalco y sus barrios, aunque pocas y modestas, las cantinas no faltan.

De la crucifixión nadie se acuerda.

En el noticiero, una voz solemne, santurrona, acongojada, un sacerdote tal vez, recuerda los últimos momentos del Cristo en la Cruz, y para concluir repite aquella conocida frase de antes de morir. “*Perdónalos señor, porque no saben lo que hacen.*”

## LO VERDE

Julio César Sosa López

El día comienza a las cuatro de la madrugada, entre ollas hirviendo y venas de chile envenenándole las puntas de los dedos bajo las uñas.

Todos los días con todo listo para cargarse mira hacia enfrente. Y ahí están. Moviéndose de un lado a otro, como saludando. Como quitándose la niebla.

Para cuando el sol los estuviera dorando ya debía estar atendiendo a los primeros desayunantes...

Apenas lee y escribe, las cuentas le salen bien. Fue a la escuela...  
A vender.

Su madre decía que los cuadernos no se comen y que el que no trabaja no come. Casi desde que dijo sus primeras palabras tuvo que ocuparse en algo.

Ya había cargado bolsas, limpiado zapatos, cantado, pintado figuritas y pasado por todo lo que puede hacerse en sesenta años, hasta llegar a la comida.

Conoce todo alrededor. Ha visto gente y peinados llegar e irse, y al pueblo convertirse poco a poco en una colonia.

—Debería sacar algo ahorita que todavía puede. Si no vende de todas maneras expropiando se va a la chingada.

¿Llorar? Cada vez que tenía ganas, sentía la gigantesca mano de su madre zafándole la cabeza para que llorara de verdad. En lugar de eso dejaba de respirar.

Desde que tiene uso de razón recuerda dos cosas: Bajar caminando de entre los árboles de su mano y la de sus hermanos al pueblo; y la cachetada. No lloró cuando se llevaron a dos sus respectivos padres, ni cuando murió ella.

—No viene uno aquí a llorar ni a hacer amistades. Buscar amor es buscar sufrimientos, te hace creer y hacer pendejadas. Y no compras

comida con eso. Se compra con dinero.

Y sí.

Ella se fue descomponiendo y acabándose a medida que se iba poblando y apareciendo negocios ofreciendo lo mismo. Terminó pidiendo limosna afuera de la iglesia.

Después de la hora de la comida, al terminar de lavar y guardar, hay que comprar lo del siguiente día. Mira hacia arriba y piensa que antes de que hubiera tantas casas veía mejor los lugares donde jugaba y corría y atrapaba viboritas...

*Esta mañana policías bloquearon la entrada a los predios expropiados...* (Primero de enero de 2011.)

Uno de estos días se daría una vuelta donde había estado su primera casita de cartón. Y llevaría a sus nietos. Y les contaría de cuando las calles eran caminos de tierra sin nombres, de cuando el agua del río se podía beber... De cuando la gente se saludaba.

Pero los nietos sólo se asoman cuando quieren algo.

Las casas lo tapan todo y creen que así ha sido siempre.

Ha visto a gente que sonrío mucho repartiendo juguetes, ropa o comida según la ocasión, y esos días son como de descanso. Hace como que los escucha, hace como que les aplaude y estira la mano.

No sabe de izquierdas ni de derechas, cree que cuando hablan de eso se refieren a la mano donde va el reloj.

Ha visto montar postes, poner banquetas, abrirlas al mes, meter cables, rajar calles, poner drenaje, reparar baches...

—El sentido de la calle es competencia delegacional.

—El uso de suelo es competencia del gobierno de la ciudad.

—Estos predios son competencia federal.

Y la impresión que tiene después de tantas campañas a lo largo de tanto tiempo, es que aunque les dicen que lo más importante es el bienestar de los habitantes de la zona, en realidad a lo único que se le hace espacio y le dan importancia es a los carros. Le parece que la gente cree que posee sus casas y sus carros, pero que en realidad son sólo el relleno de las casas y los carros. Que ellos son los verdaderos habitantes, los verdaderos dueños. Eso piensa.

Eso piensa, pero no lo dice.

Algunos de sus clientes llegan en carro.



Se encuentra a alguien en el camino. Platican de la primera vez que escucharon que querían desaparecer la colonia y desalojar a la gente de la barranca.

—”Cuarenta años. Levantarla piedra por piedra y batallar por las escrituras... Son chingaderas.”

—”Nosotros como dependencia no encontramos hasta el momento violaciones en el transcurso de la obra... Tuvimos que pedir permiso a la constructora para entrar a hacer una inspección...” (Primero de febrero de 2011.)

Y tocan en una casa, y tocan en otra y en otra...

—Aquí no vive.

—Ya murió.

—*I don't speak Spanish.*

Y corren. Y corren. Y mientras corre va pensando que no le ha pedido a sus hijos y nietos que al morir rieguen sus cenizas entre lo verde. Así, cada que ellos miraran desde la casa sentirían. Sabrían, que los ve, y que sigue viviendo, ahora como parte del aire, de los animales y de los árboles, que seguramente estaban ahí desde antes que su madre naciera.

El día continúa a las cuatro de la madrugada, entre ollas hirviendo y venas de chile envenenándole las puntas de los dedos bajo las uñas.

Y al ir tomando forma todo con el sol, alza la vista hacia La Loma, y mira a través de sus lágrimas una excavadora abriéndose camino entre la tierra y los árboles descuartizados.

## LOS FANTASMAS DE CASA LAMM

Samuel Maldonado Bautista

*De lo que ocurrió en la casa que usa La Jornada cuando de presentar libros se trata o, para que algún personaje del momento, platique de sus memorias.*

Hace ya muchos meses, me sucedió un accidente de grata memoria, el cual me sirvió de base para tejer una pequeña y ridícula historia de espantos, que tal vez no parezca tanto y que en lugar de meter miedo, induzca a reír. Lo cierto es que conocí en sueños a una maja bruja que habitó una hermosa mansión, en los albores del siglo XX, ubicada en la colonia Roma de la ciudad de los Palacios. Estaba esta bruja perdidamente enamorada y, como yo, mal correspondida, de tal manera que la desesperación por querer y no ser ni siquiera requerida, le produjo el deseo de vengarse de cuanto hombre la cortejara, haciéndoles creer que les correspondería y solamente para burlarse de ellos. En esos tiempos pasados, si lo sabré yo, la venganza no era del tamaño de la maldad actual y lo que antes pasaba hoy es cosa de risa.

Cabe señalar que los hombres adinerados y pudientes andaban como las moscas sobre la miel, sin que ésta les hiciera caso de tal manera que se moría de la risa por ver el sufrimiento y la desesperación de los galanes.

Con éste cuento, de ninguna manera quiero que te mueras de risa, porque si te mueres no podría confirmar que lo que dices de tus piernas es totalmente falso. Pensaré que tu espíritu no es de enamorada; si te espanta, no tendré duda alguna de tu fragilidad, pero si te inquieta y te deja queriendo saber más de lo que te cuento, seguramente me afirmará que, como toda mujer soñadora y además maestra de brocha gorda, te servirá para en lugar de escribir como yo, puedas pintar lo que viví.

Estaba yo tomando una taza de café en la cafetería, situada en

la terraza de una casa solariega de principios del siglo pasado localizada en la ciudad de México y que la llaman Casa Lamm, sitio utilizado para hacer la presentación de libros, conferencias, etc., cuando entró a la cafetería una linda bruja y se sentó justo frente donde yo me encontraba. Viéndola tan sola y bonita, acerté a saludarla y con su respuesta me atrevía e invitarle y compartir, mientras llegaba su, o sus acompañantes, una taza de oloroso y perfumado café. Para mi fortuna, éste o estos, no llegaron y tuve en consecuencia la oportunidad de platicar con toda calma y agradablemente con esta mujer divina.

Así pasaron muy rápidamente los minutos en los que ambos disfrutamos la tarde en medio de una plática sobre música y literatura. Al momento de despedirse aproveché la oportunidad para invitarla a que nos reuniéramos nuevamente cuando ella lo determinara y, habiendo aceptado y fijado fecha, comenzaron a repetirse una y otra vez, las oportunidades de compartir café, galletas y sabrosas pláticas relativas a la literatura, la música y otras nimiedades, y así fue naciendo una amistad que se fue transformando en una fuerte atracción amorosa.

Un día tomé la determinación de confesarle lo que me sucedía en ocasiones en Casa Lamm cuando la esperaba, por lo que llegada la hora de la cita, que ya era prácticamente costumbre para nosotros, le dije lo que a continuación podrás leer, si te animas a seguir los pasos de esta lectura.

—Maja: en Casa Lamm, hay muchos fantasmas.

—¿Y cómo lo sabes?

—Es que suceden cosas por demás extrañas y como mi espíritu es muy sensible, los alcanzo a percibir; no te digo que los veo pero sí te afirmo que los presiento. Cuando las ánimas deambulan por las viejas recámaras y salones de esta casona, que hoy está convertida en cafetería y sus interiores arreglados para recibir a muchos conferencistas, muchos de ellos famosos, se me acercan. Como saben que no les tengo miedo, pasan junto de mí y me hacen travesuras.

—Que tonto eres en creerte eso.

—¡Es cierto lo que te digo! Por esta vieja residencia, Maja, los espíritus han visto pasar y se han divertido con todos los ilustres cuentistas, filósofos, pseudo políticos, periodistas, que aquí vienen a exponer su tema y charlas sobre sus particulares asuntos y se han burlado

de aquellos politicones que se creen muy muy. Estos fantasmas, ¡sabes!, en su época de seres humanos, seguramente fueron residentes de esta mansión o tal vez asiduos concurrentes a la misma y seguramente que gozaron de las fiestonas que se realizaron en los días dorados de esta colonia, planeada y edificada por los nuevos ricos de la época porfirista, allá en los años de 1900.

—No me vas a creer, pero cuando la casa está más desierta, Maja, sobre todo en las tardes húmedas y en las noches oscuras, las ánimas deben darse vuelo haciendo travesura y media o vacilando a los que aquí presentan los diversos libros sobre Ética o Moral, de política o de asuntos sociales, o aquellos que disertan sobre principios filosóficos. Más se han de pitorrear de aquellos que presumimos de doctos sin serlo. En sus ratos de ocio, Maja, que son muchos, pienso que han hojeado las miles de páginas que guardan los cientos de libros de La Pegaso y tal vez se destornillan de la risa cuando los cuenteros presentan sus obras o más se carcajean cuando los conferencistas muestran su aparente sapiencia o de su ignorancia dan fe.

—En las tardes lluviosas, Maja, no sé por qué es cuando más falta me haces; cuando me siento más solo. En esos momentos de depresión, llego a la Casa Lamm a tomar café y estos seres no reales se aprovechan de lo semidesierto de la casa para hacer sus diabluras, tratando de asustarme; ahora sí que con el petate del muerto se burlan de mi tristeza. Sus correrías no son perceptibles para otros parroquianos, que ni siquiera se dan cuenta de su existencia, en cambio yo, que no los veo pero los siento, tratando de ahuyentarlos, les reclamo su conducta, manoteo sobre la mesa y esto hace que los que me observan piensen que tengo extraviada la razón.

—Sabes, Maja, en cuanta ocasión estoy aquí, esperándote, tomándome un trago, un café, un Cinzano o simplemente fumándome un cigarrillo, que cada vez lo hago menos, al pasar a mí lado estas endemoniadas y travesurientas ánimas, al pasar junto a mí me rozan el alma y aún cuando sé que son ellos, se me pone la piel chinita, chinita.

—¡Créeme, Maja!, no se trata de cuentearte, pues para cuentos, los mismos cuenteros que aquí, con frecuencia se presentan.

—¡No cabe duda que estás muy loco!, pero... y ¿qué otras cosas ocurren?

—Si te las platico, confirmarás tu afirmación y lo menos que me dirás es lo que siempre acostumbras decirme, que mi locura no tiene remedio, pero aún cuando reconozco que medio sí lo estoy, ya sabes que no es por cualquier ánima, sino por la tuya que me trae lelo. Y tú tienes la culpa, pues por más que te busco, te desapareces, y por más que te ruego, no me haces caso. Tal vez si te contara mis cuitas, los fantasmas se burlarían de mí y se enojarían conmigo por éstas, mis debilidades y no me gustaría que se desaparecieran.

—No obstante que de cuando en cuando me dan lata y escalofríos, poco a poco me he ido acostumbrando a ellos y te comentaría que ya hasta me parecen simpáticos, graciosos y juguetones. Si te contara lo que me hacen te asombrarías, pues se han vuelto hasta cariñosos conmigo, como quisiera que tú lo fueses, y la verdad, con tanto detalle de ellos, no quiero perderlos.

—Con ellos, Maja, platico y me río de las simplezas que hacen al querer asustarme. Imagínate, con la selva que es la ciudad y lo peligroso que se ha vuelto, ¿crees que me infunden miedo? Al contrario, ¡me entretienen! Sé que me escuchan y por eso les narro tu desamor por mí, les doy cuenta de mis tristezas por lo que luego entienden de mi melancolía. Tal vez ellos crean que porque me haces falta, me refugio en estos “mis amigos,” como tu llamas a los fantasmas de esta vieja residencia de tipo porfiriana y afranchutada, de esta colonia Roma que fue habitada por nuevos ricos de la época funesta del “mátenlos en caliente.”

Era costumbre que antes de pensar en ir a Casa Lamm, le llamara por teléfono, o más bien que la invocara y que ella acudiera a la cita. Y así, mientras esperaba su presencia, gustaba de escuchar atentamente la música, que sin estruendo, quedamente, llegaba por las bocinas instaladas en la cafetería. Se escuchaba música de todo tipo y en la ocasión particular que relato, había una especial para enamorados, así sentía que lo era, tal era mi estado de ánimo y bien me acuerdo que era de Lara. De repente cambiaron de ritmo y se dejó sentir el romanticismo de los clásicos con la conocida *Nabuco* y con otras en la que reconocí *Salut d'amour*, supongo.

Cuando ella llegó, el ambiente del salón persistía tranquilo (éramos los únicos parroquianos en la cafetería, además de los fantasmas) y tan apacible era, que me indujo a romper con mi timidez y

contarle de mis amores no correspondidos; de mis anhelos que me eran prohibidos, de mis inquietudes no satisfechas; en fin, de mis esperanzas y desesperanzas.

De nuestra soledad y de la música a nuestro alrededor, como que mágicamente le nacía una mayor atracción y estaba cierto que ésta era recíproca. Me pareció, finalmente, que se convencía de la sinceridad de mis palabras y de mi sentimiento. Su interés por mí creció y sentía que *La Maja* empezaba a emocionarse y transformarse en algo más que una simple amistad, nuestra relación.

Platicábamos de muchas cosas y de nada a la vez y la conversación se tornó interesante y simpática, por lo que para que no se olvide, pues hay que recordar que del olvido al Alzheimer, no hay abismo. Y para que no se me olvide lo escribo y lo relato:

—Si sigues con tus tonterías y locuras, tal vez la que se desvanezca sea yo. Pero... cuéntame más de todos tus a-mi-gos, de los fan-tas-mas que i-ma-ginas. ¿Cómo son, cómo los miras, son ellas o son ellos?

—¡No te burles! Por el tono en que me lo preguntas preferiría contarte más bien de mis fantasías, a las que perteneces por completo, pero no quisiera que tuvieras un pretexto para fugarte como lo hacen los duendecillos cuando llega gente ruidosa a la casa.

—¡Insisto en que me platiques!

—¿De mis fantasías? Bueno, siempre te miro con mucha profundidad; por nuestras charlas conozco de tus gustos y anhelos, por lo que empiezo a conocer tu pensamiento y me doy cuenta que hasta me quieres un poquito. Empiezo a besarte y después te sueño toda desnuda y, cómo al abrazarte se encienden nuestras pieles y como te acaricio y como me besas y como en un abrir y cerrar de ojos, pues estoy dormido, te desintegras. Otra de mis fantasías es que al verte desnuda, tu y yo...

—¡Párale con esas majaderías! Déjate de cuentos y dime, ya, de tus fantasías... perdón, de los fantasmas. ¡Con tus tonterías, me haces decir otras tantas!

Sin darme tiempo alguno para continuar, me siguió diciendo:

—¡Sabes, loquito, que me fui a San Antonio!

—Me hubiera gustado acompañarte.

—¿Y por qué no lo hiciste? Hubieras podido realizar tu sueño.

—¡Porque no sabía si querías que lo hiciera!

—¿Y por qué no me lo preguntaste?

—¿Todavía me estoy preguntando la razón por la que no te lo pregunté?

—Si sigues todavía con esa duda, se va a pasar mucho tiempo sin que salgas de la misma.

—¿Si te hubiera preguntado, hubieras aceptado?

Se quedó pensativa y mientras se decidía a contestar, aproveche para saborear su imagen toda, su bronceado color que iba en juego con su dorado cabello, con su vestido negro, con su Blazer rojo y su bufanda negra. Traía pintados sus labios con un carmín rojo, que hacía resaltar su belleza y sus ojos cafés, “*de un café oscuro son sus ojos*”.

Alrededor de la mesa, o sobre la mesa misma, no dejaban de molestar esos seres irreales que me decía existían sólo en mi imaginación y que, se supone, sólo salen de noche. ¡Curiosos y más desesperados que yo, esperaban su respuesta!

Un trago al café, y una leve y maliciosa sonrisa se dibujó en su cara. Se veía radiante, feliz, y yo esperaba con ansia, la respuesta a mi tardía pregunta.

Los duendes prácticamente no se quitaban de nuestro alrededor, estaban encima de nosotros y los miraba mucho más ansiosos que yo por saber lo que ella me diría. Estos terribles diablillos me empujaban, saltaban sobre mis espaldas y al mismo tiempo, no dejaban de correr de un lado a otro. Rápidamente regresaban, murmuraban entre ellos, se sentaban sobre la mesa pues veían venir el momento en que *La Maja* hablara. En ese preciso instante los duendes nos rodearon, se sentaron encima de mí, sobre mis hombros, en mi cabeza, todos muy quietecitos a la expectativa del acontecimiento. Cuando al fin *La Maja* parsimoniosamente reiniciaba el diálogo, me veía, esbozaba una maliciosa sonrisita y me dijo:

—Si me hubieras pedido que me acompañaras Loquito, ten la certeza de que...

Justo en ese instante, la espera que ya me tenía sumamente inquieto y nervioso, me indujo a levantar la taza de café y llevármela a los labios. No llegó la taza a mi boca ni ella terminó la frase, pues repentinamente la mesa se bañó con el café que de la taza cayó y ésta casi rebotó sobre la mesa pues, imprudentemente, los fantasmas me la tiraron.

Este inesperado accidente, la hizo que prácticamente saltara de la silla. Para su fortuna, ni a su Blazer ni a su vestido llegaron las gotas de la olorosa infusión. Para mi desgracia el café le cayó sobre la mano, le brincó en el reloj de pulso y al mismo tiempo que sentía lo caliente, como resorte, retiró su otra mano de la mía, vio rápidamente la hora, indicó que era tarde y salió huyendo tal como los hacen los duendes de Casa Lamm cuando hay parroquianos ruidosos.

“¡Ah, pinches metiches aparecidos!, por su culpa, por mi ansiedad compartida con ellos, me tiraron el café y no pudimos conocer lo que yo ya suponía pero quería confirmarlo y escucharlo, de sus propios labios.”

Su escapada fue inmediata e intenté comunicarme con ella, telepáticamente, por correo electrónico, por teléfono y lo que obtuve fue un silencio sepulcral. La busqué por muchas partes y como si se la hubiera tragado la tierra. Regresé a Casa Lamm, ¡y nada! Mis visitas a la cafetería eran por la mañana, por la tarde y a todas horas, preguntando a los meseros y a cuanto conocido tenía: el resultado fue el mismo. Los fantasmas y yo, ahora sí que parecíamos realmente fantasmas: tristes, lúgubres, silenciosos, de tal manera que nuestra conducta se parecía a la que todo mundo guardaba en los viejos tiempos de la Semana Santa silenciosa, cuando todavía ni esperanzas de contar con los adelantos cibernéticos y solamente el radio nos traía música clásica, pues era pecado casi mortal escuchar otra cosa que o fuera música sacra o del tipo indicado.

Los meseros, a quienes ya había preguntado por *La Maja*, tampoco tenían respuesta alguna y sólo me decían que nunca la habían visto, ¡ni antes ni ahora!



## LOS PALACIOS DE LA ILUSIÓN

Sergio Vicario García

No soy tan viejo como parece, pero aunque lo fuera; en todo caso sería una senil presencia colmada de recuerdos, algunos gratos y otros no tanto. Las cosas son así y me gusta porque puedo distinguir mejor lo que me parece lamentable de lo que no, pero a decir verdad, por causa de los recuerdos a veces me nace la nostalgia, sobre todo en esos días de domingo cuando por aquello de la convivencia familiar planeamos a donde ir, entonces resulta que si la opción es ir al cine, me acuerdo cuando solía ir cada mañana, siendo un niño, a las funciones de matinée. Entonces aquel mundo poblado de imágenes transformaba mi cotidianidad y mis sueños, eran, por decirlo de alguna manera, los palacios mágicos donde revivía la ilusión; conocí películas e historias y, por supuesto, otros cines, cuya existencia como todo cuanto hay en la vida, al fin fue pasajera. Así que de aquellos palacios, aquellas salas monumentales ya sólo quedan, sino ruinas, al menos los recuerdos.

No pretendo hacer una historia del cine, que muy buenas las ha de haber; por además, comenzar a contar desde aquella primera función cinematográfica en 1886, en el entresuelo de la droguería Plateros, hoy calle de Madero e Isabel la Católica (que equivocadamente llamamos Isabela Católica, donde hoy precisamente está el Museo del Estanquillo y una tienda de discos), pues de eso ha pasado ya más de un siglo y ya ni quién se acuerde, salvo los expertos en cine, historia o algún cronista de la ciudad.

En todo caso es una crónica peculiar para recordar una ciudad que antes vi, y que hoy, a fuerza de haber transformado este mismo espacio que un día fue un lago, y en otro una ciudad nunca antes vista, ni soñada por conquistador alguno; esta misma ciudad de Palacios y barrios pobres de indígenas y pueblos y más pueblos que se fueron sumando, así como las colonias populares, hasta convertirla en la

gran ciudad de México; esta ciudad que es, que fue y que ya no será, es aquélla que de una forma conocí: a través de recorrer los cines de la capital.

No recuerdo, pese a lo que dije inicialmente, cuál fue la primera sala de cine que conocí, con todo seguridad era muy pequeño para saber de cuál se trataba, pero en todo caso hubo un cine que acercó al universo filmico y que ahora me acerca a mi niñez, me refiero al cine Continental, con toda su parafernalia y su fachada emulando el fantástico castillo de Disneylandia, entonces sí había matinés y aún puedo citar algunas películas que ahí vi: *Bambi*, *Dumbo*, *La Cenicienta* y hasta *La novicia rebelde*, la algarabía de ir al cine en familia me atrae la vendimia de dulces, entonces pasaban a la sala aquellos vendedores de bata blanca con su charola repleta de golosinas y, por supuesto, de palomitas, entonces sí, ya con abastecimiento: a disfrutar la función.

Sin duda los cines fueron también un espejo arquitectónico que reflejaba la mentalidad o las aspiraciones de los ciudadanos, por ello, es necesario reconocer que una vez que el cine comenzó a florecer, se cuidó en concebir los espacios no sólo amplios, sino atractivos para los asistentes; así que se construyeron inmensas salas y llenas de fastos y ornamentos, pues en ello radicaba el prestigio y su consideración. Hubo cines de primera categoría, de segunda y populares.

Si al inicio del cine por allá de finales del siglo XIX no había industria fílmica, toda vez que los equipos eran extranjeros y cuando se aventuraron los empresarios mexicanos tuvieron que traer los aparatos de importación, además también tenían que comprar las “vistas” del nuevo invento que comenzó a capturar la atención de todos, con sus excepciones, por supuesto. Poco a poco el cine fue sentando terreno, no sólo en la ciudad capital, sino también en los estados; al principio eran el cine ambulante o locales que se rentaban, pero en algún momento se construyó un recinto específico para las funciones del cinematógrafo, incluso algunos teatros de época se adaptaron para este fin.

Años después, por mi parte, comencé a conocer otras salas y en derredor de éstas algunos fragmentos de la ciudad, que como dije, se fue transformando, así por ejemplo, cerca de mi escuela estaba el cine Ajusco, (o *fájusco*) al que alguna vez tuve oportunidad de ir, pero que después fue quedando en el abandono, por allá de mediados de

los sesenta, poco antes de que se inaugurara el Sistema de Transporte Colectivo Metro, y derruido poco antes de aquel terrible accidente que tuvo el Metro sobre calzada de Tlalpan, en 1975. Toda la ciudad se conmocionó por ese choque de trenes.

Otra sala que bien recuerdo y que aún persiste, es el Palacio Chino, aunque lamentablemente fue transformado en una serie de salas a costa de dañar su fastuosa decoración interior, por decisión de ese empresario de cines que fue Carlos Amador; el Palacio Chino fue vistoso y ornamental, está sobre Humbolt, muy cerca de Bucareli. Cuando se inauguró hasta los embajadores de China acudieron y es que no era para menos, pues disfrutar de su decorado interior que simulaba un pueblo típico de china, con sus pagodas y esas enormes figuras de esos personajes obesos que eran los budas; era toda una aventura matizada de magia y exotismo. Incluso la taquilla de aquel cine era una pagoda, pero bueno, también se perdió, así es esto. El proceso de transformación de las antiguas y monumentales salas de cine se debió a dos causas en particular, Después de la llegada de la televisión, fue la aparición del video (y luego la venta “pirata” de las películas de estreno) que alejó a mucha gente de las salas de proyección; luego por el costo de mantenimiento, era más rentable modificar los enormes espacios que fueron quedando subutilizados y crear más salas, aunque si bien pequeñas e incómodas, mantenían y mantienen una asistencia regular que permitió la supervivencia de las salas de exhibición.

Este proceso empezó por allá de los años setenta y ya no se detuvo. Luego además aparecieron los centros comerciales y sí, se pensó con afán lucrativo, dotarlos de cines. Pero me estoy adelantando, regresemos al centro de la ciudad, porque fue en esa zona que conocí otros inmensos cines, que valdría la pena recordar. Muy cerca del Palacio Chino estaban los cines: Metropolitan, hoy convertido en un teatro y que afortunadamente conserva su fachada *art decó* (salvo por el cambio de su marquesina, ni modo); está sobre la calle de Independencia, casi enfrente de donde estaba el antiguo edificio de Marina, que también ya desapareció para dar paso al Museo de Arte Popular. El Metropolitan se inauguró en los años cuarenta con la película *Los miserables*; muy cerca de ahí estaba el Real Cinema, me gustaba su marquesina cargada de focos iridiscentes y porque estaba muy cerca de la Alameda. Enfrente

de este cine había otros edificios, entre éstos el que ocupaba el hotel y el cine Regis, con sus palcos y gruesas cortinas como de teatro, ambos desaparecieron con el sismo del 85, dando paso a la actual Plaza de la Solidaridad. Se cuenta que en el restaurante de ese hotel, despachaba Emilio Fernández y desde ahí planeo, junto con Mauricio Magdaleno, el escritor y guionista, aquellas películas de tipo nacionalistas que tanto encandilaron a los ciudadanos y donde Gabriel Fernández hizo del cine en blanco y negro, todo un arte; recordemos otro ejemplo, ese film extraordinario que fue *Los olvidados*, de Luis Buñuel.

Sin duda los años cuarenta fueron la meca del cine en México, mientras en gran parte del mundo se padecía la conflagración de la Segunda Guerra Mundial, aquí se vivía un resurgimiento nacionalista por la recién sucedida expropiación petrolera, aunque también esto ocasionó que se contrajeran la inversión extranjera, por aquello del “tufó socialista” que asustaba a los gobiernos pro-capitalistas. En todo el país apenas éramos 19 millones y medio de habitantes.

En las carteleras destacaban los nombres de los artistas mexicanos: María Félix, Jorge Negrete, *Cantinflas*, Emilio Fernández, Pedro Armendáriz, Los hermanos Soler, Mantequilla, Joaquín Pardavé, el argentino Arturo de Córdova, José Medel y Dolores del Río, entre otros; Pedro Infante y Germán Valdez *Tin Tan*, aún no eran los ídolos que llegarían a ser y como todavía no aparecía la televisión en nuestro país, la gente se volcaba al cine a ver a las películas mexicanas, ahí se recreaba la vida mítica en el campo mexicano, con películas como *El peñón de las ánimas* o *María Candelaria*, por supuesto, también llegaban películas extranjeras, sobre todo las *hollywodenses*, italianas y de cine francés, sin embargo la guerra alejó un tanto la producción extranjera, así que el cine mexicano dominaba, incluso hacia los países sudamericanos. Ir al cine era lo del momento. Muchas señoras encopetadas querían emular a sus artistas favoritos, como la imagen mexicana de Dolores del Río o de las norteamericanas Greta Garbo y Rita Hayworth, si bien no había tantas revistas como las que hoy en día abundan (entonces se leía *Vea*, *Vodevil* y *Revista de revistas*), la gente estaba enterada de vida y milagros de la farándula. Tampoco se había dado plenamente el fenómeno de agringamiento que ocurriría años después; México aún era una ciudad provinciana. Muchos usaban sombrero, de palma o fieltro,

incluso andaba la gente armada, con revólveres de todo tipo, de ahí que constantemente había campañas de despistolización. Aún quedaban los resabios de México bronco.

En Reforma comenzaron a abrirse otras salas como el colosal cine Chapultepec, donde precisamente hoy está la Torre Reforma; también abrió sus puertas en 1950 el Roble, un auténtico palacio donde se llevaron a cabo las primeras muestras internacionales de cine, allí iban personajes de todo tipo, con *smoking* y toda la cosa, pues habría que ver el inmenso salón de tres niveles, con salas para fumadores y el interior adornado con esculturas y cristales biselados. En 1960 el Latino abrió sus puertas, este cine se caracterizaba porque en el lobby había un enorme mural alusivo a la cultura latinoamericana que pintó Octavio Ríos; dos años más tarde, el cine Diana, que a la fecha sigue por ahí, cerca del Ángel de la Independencia, aunque ya modificado. Otros fueron el cine Paseo en 1958 y el París, en 1964.

Regresando hacia a la Alameda, ahí se inauguró a finales de los cuarenta el cine Prado, que pertenecía o estaba en el mismo inmueble que ocupó el lujoso hotel Prado y enfrente de éste el Regis, ambos sufrieron las consecuencias del sismo del 85, y se cayeron. Otro que estaba ya por ahí casi frente a Bellas Artes era el mismo Alameda, al interior se podía disfrutar de un decorado en que simulaba un cielo azul con estrellas, además de un pueblo mexicano, que era la plaza de Taxco, estaba revestido con azulejos, maderas labradas y una vistosa herrería. Ahí pude ver la película Enamorada con María Félix y Pedro Armendáriz, que dirigió el Indio Fernández, con mucho éxito. Además de estos cines estaba el Variedades que ocupaba un viejo edificio de la época porfiriana en desuso y luego remodelado (por cierto, antes se llamó Magerit, en los cuarentas.)

Pasear por la Alameda realmente se disfrutaba, no había grandes edificios como hoy en día, ni tanta contaminación, ni anuncios, se podía caminar con mayor soltura y ver los nuevos automóviles Buick, Fiat, Ford, Lincoln, Chevrolet o Mercury, además de los tranvías que circulaban por Bucareli, Artículo 123 o San Juan de Letrán, y quizá, era en esta la vieja avenida de San Juan donde se podía pasear de una manera diferente, pues se podían mirar los escaparates curiosamente adornados y con los últimos artículos de novedad, tomarse una foto del recuerdo

con los fotógrafos ambulantes o ir por churros al Moro.

En esta avenida también hubo importantes cines. Si nos situamos donde esta la fuente de Salto del Agua, hacia el norte veríamos (y aún existe su fachada estilo art decó, pero pronto habrá de desaparecer o modificarse) el imponente cine Teresa, que de mejores épocas pasó a ser sala para cine porno, aunque fue un cine con cierto lujo y con tres mil quinientas butacas. Al interior de este cine había unos relieves que eran por detrás iluminados y se veían las nueve musas y las tres gracias. Este cine es uno de los que tienen una amplia marquesina en su frente. Muy cerca de ahí y enfrente, estaba el cine Princesa, a ese no tuve la oportunidad de entrar. Más al norte estaba el cine Mariscala y más arriba, en lo que era Santa María La Redonda, estaba el cine Isabel y el Apolo; este cine se quemó por allá de 1968, año crucial para la capital del país, por aquello del genocidio cometido meses después el 2 de octubre, muy cerca de donde estaba este cine; en Tlatelolco (por cierto, el cine Tlatelolco, actualmente está cerrado y queda afuera del Metro del mismo nombre, ahí asistían principalmente los vecinos de la Unidad Habitacional.) También, una calle antes, en Mosqueta estaba el viejo cine Odeón. Hacia el sur estaban otros dos colosos además del Cinelandia, eran el Titán (este cine era de los más antiguos, pues abrió sus puertas en los años veinte, aunque tuvo modificaciones, fue el cine preferido de los vecinos de la colonia Doctores; y el cine Maya.

En la calle de 16 de septiembre estaba el Olimpia, en Venustiano Carranza el Savoy, este cine se distingue porque al igual que el Cinema Río, en la calle de Cuba y el Venus, en República de Chile, por ser los lugares preferentes de adolescentes ansiosos y por depredadores sexuales, pues son los cines del ligue calenturiento, ahí se exhibe cine porno y en la oscuridad de sus salas pues más de uno ha perdido sin saber con quién. Hablando de cines para el encuentro furtivo, sin duda el Cine Las Américas, en Insurgentes, era uno de ellos, al igual que el cine Gloria, en la colonia Roma. De ambiente, decían.

La ciudad se siguió transformado, los tranvías fueron desapareciendo y los taxis, aquéllos llamados cocodrilos, por su peculiar diseño con triángulos invertidos y pintadas de blanco en sus laterales, a modo de una fila de colmillos. También había unos fordcitos que hacían el recorrido, llevando a todos los que cupieran por un peso, de

ahí que vino lo de *peseros*, aunque ahora no cobran nada de eso y son los cafres vituperados de la ciudad. A principios de 1956 se inauguró la espectacular Torre Latinoamericana, que vino a darle un aire cosmopolita a la ciudad. El teléfono ya tenía años de estar funcionando, pero no lo había en todas las casas, como tampoco había televisiones, que a partir de los años cincuenta comenzó a cautivar la atención de la gente este nuevo y revolucionario invento. Sobre San Juan de Letrán había tiendas que vendían los aparatos *Philco* o *Telefunken* y *Zonda*, y era común ver a la gente enfrente de los escaparates viendo abobados las imágenes que se lograban transmitir.

El cine mexicano fue perdiendo popularidad, pero todavía las películas de Pedro Infante y de *Tin Tan*, por mencionar algunos, provocaban que la gente acudiera en masa. Comenzaron a llegar más películas a color que desplazaban el antaño cine en blanco y negro (no mencioné lo de el cine sonoro, porque las únicas películas en cine mudo que vi, fueron las del Gordo y el Flaco y las de Chaplin, luego vería otras, como las de Buster Keaton.)

También conocí nuevas salas, en los años sesenta hizo su aparición la Zona Rosa, donde José Luis Cuevas colgó un mural efímero, para atacar el clásico muralismo mexicano. Ahí, en la Glorieta Insurgentes, estaba el cine del mismo nombre. Pero había ya muchas otras salas, por ejemplo el cine Encanto, en Serapio Rendón, Colonia San Rafael, aún con reminiscencias de art decó. Por cierto que este cine estaba muy elevado, como si fuera un teatro, las funciones costaban entonces tres pesos (en los años cuarenta y cincuenta) y había permanencia voluntaria, es decir, que uno podía ver la misma película las veces que aguantara o ver otra, si el programa las contemplaba. El cine Ópera también estaba en Serapio Rendón. Era una enorme sala como para tres mil espectadores. Afuera del cine había dos colosales figuras femeninas. Al interior como muchos otros de la época, tenía enormes candiles, muros con espejos y un mobiliario de lujo. A mí me gustaba ir al cine del Pueblo, desde la mañana, podía ver hasta cuatro películas diferentes, pues luego hubo dos salas, este cine estuvo cerca del cruce de Ermita y la Viga, por el sur. Otro cine con estilo *Decó*, fue el Ermita, luego llamado Hipódromo, en Avenida Jalisco y Revolución, por Tacubaya.

Regresando hacia el centro, no puedo omitir el cine Olimpia,

que fue uno de los primeros en los años veinte y como anécdota, Enrico Caruso colocó ahí la primera piedra para su construcción, pero a fin de cuentas tuvo la misma suerte que los demás palacios del cine, fue demolido y este particularmente fue transformado en una sex shop. También me acuerdo del cine Orfeón, en Luis Moya, un cine de primera que aún existe, pero que no tarda en desaparecer, como ya le ocurrió a otros dos que estaban por ahí, en la misma calle: los cines Alfa y Omega.

El cine Alarcón, estaba en la calle de Argentina fue un ejemplo los cines populares, así que los precios variaban, a veces, por un peso se podía entrar a ver la función. En otras colonias también hubo cines populares, como el Francisco Villa, que está en la Viga y Viaducto, pero que ahora es el Circo Volador, de ambiente *dark*; luego el Fausto Vega, nombrado así en homenaje al piloto aviador de la Segunda Guerra Mundial. En Calzada de Tlalpan, donde ahora es una tienda comercial estaba el Viaducto, un cine donde sentaron sus reales las afamadas películas de ficheras de los años setenta. En la zona de La Condesa había una sala muy especial, era el cine Lido, luego cambió su nombre al de Bella Época, y efectivamente, tuvo mejores épocas, terminó siendo una librería del Fondo de Cultura Económica. Ese cine contaba con un fono decorado y espejos y taburetes en su lobby. Algunos otros comenzaron a desaparecer como el Roxy, en Santa María la Ribera, que fue demolido a principios de los sesenta, este cine se caracterizaba porque sólo exhibía películas donde al inicio aparecía el legendario leoncito rugiente (que en sí no fue un solo león sino cinco diferentes, en diversas épocas) de la Metro Goldwin Meyer. Aquí se disfrutaban dos películas por uno cincuenta. En San Cosme estaba también el Cosmos, frente a este cine ocurrió la masacre del 10 de junio de 1971, día de *Corpus Christi*, con la aparición de Los Halcones que mandó Echeverría a golpear a los estudiantes que se concentraron en el casco de Santo Tomás. Todavía estaba fresca la herida de Tlatelolco y de nueva cuenta la represión.

Sin duda los finales de los cincuentas y los años sesenta fueron de profundos cambios. En la música, se desplazaba el mambo y el chachachá por el *rock and roll* y la música *swing* de las grandes bandas, la guerra de Vietnam y la pasada revolución cubana, con la figura emblemática del Ché atrajeron el interés de las juventudes hacia una



participación política. Legó además comenzó a sonar con más fuerza el movimiento hippie, el amor y paz y la psicodelia. Fue la época de la Zona Rosa y los cafés existencialistas, de leer a Marx, a Sartré, Camus, Revueltas, Dos Passos y a los poetas de la generación Beat. Mientras tanto, al cine habían llegado películas como *Rebelde sin causa* de James Dean o las de Elvis Presley. Hubo una película, *Rififi entre los hombres*, película francesa que duró más de un año en el cine Prado. Hacían su aparición Carlos Fuentes, Octavio Paz y el viejo militante y escritor José Revueltas, además de Novo, Pellicer, Urrutia y Rosario Castellanos. Entonces recuerdo que la gente andaba muy animada con el baile. Si en los cuarentas y cincuentas eran centros nocturnos, como El Leda y el Waikiki, en los sesentas eran los salones de baile y aún había muchas “pulcatas” por doquier.

Aún pude conocer cines como El Nacional, en Avenida Fray Servando Teresa de Mier, muy cerca de la estación de bomberos, al igual que el cine Sonora, también de grandes dimensiones, pero muy pobre en cuanto a su fachada, era un cine popular por el rumbo de La Merced. Un cine muy antiguo del que aún queda el vestigio de su fachada, fue el Colonial, que asemejaba un pueblito del oeste, ahora hay una unidad habitacional en el interior, y otro igual de antiguo era el Rialto, en Pino Suárez. Hacia arriba, yendo al norte por Circunvalación, en Peña y Peña, estaba El Florida, enorme cine de los llamados de *piojito*, porque al paso del tiempo su deterioro fue evidente. Hacia la colonia Morelos estaba El Bahía y más lejos, por la colonia Romero Rubio, el Piscis.

Un dato curioso es que en casi todos estos cines había colocados afuera los cicloramas que anunciaban las funciones; eran pequeñas cartulinas a colores con los títulos de las películas y fotoramas, aún se pueden conseguir de estos anuncios en La Lagunilla o en bazares de viejo; por cierto, los que anuncian las películas del Santo, son de los más cotizados. Ya que hablo del Santo, hay que decir que las películas de luchadores entre los años sesenta y setenta tuvieron enorme éxito, no sé porque, pero esas películas de tan chafas resultaron divertidísimas, y quién no recuerda el laboratorio del científico loco, con sus matraces humeando (era hielo seco), y sus foquitos, además de los típicos sonidos electrónicos o a las “mujeres vampiro”, a Lorena Herrera o a Miroslava, al luchador Blue Demon o Wolf Rubinsky. Recuerdo que en el cine

Majestic vi la película *Pepito y Chabelo contra los monstruos*, lo más cómico era ver al monstruo de la laguna verde con todo y cierre.

Por ahí de los ochentas se quemó, con un gran acervo fílmico compuesto de más de seis mil películas y otros materiales, la Cineteca Nacional, que penosamente dirigía doña Margarita López Portillo, a través de la Dirección de RTC. Ahí mismo estaban los famosos Estudios Churubusco, donde se filmaron películas de acción, pues al interior contaba con un pueblito tipo western y canales que asemejaban una selva. En ese mismo espacio estaba el cine Pedro Armendáriz, ahora es un conjunto de cines y está el Centro Nacional de las Artes, por un tiempo el elefante blanco de Salinas.

Cerca de ahí, hacia Coyoacán se construyó la nueva Cineteca y en la misma avenida de estaba el cine del mismo nombre, también de época. Si nos seguimos hacia Universidad, frente a las grandes oficinas de Bancomer, estaba El Pecime, más al sur, los Viveros (uno y dos).

Anteriormente se decía que nada como el cine en el cine, y es que después de los ochentas, muchas salas tuvieron que cerrar por la falta de público, ya había mencionado que por la llegada además del video. Cines como El México, El Tepeyac, Atlas, Linterna Mágica, Géminis, Galaxia, Lindavista, 23 de abril, Pedregal 70, la Raza, El Corregidora o el Jalisco, de igual modo pasaron a mejor vida, los que no se trasformaron en ridículas plazas, simplemente fueron demolidos.

Tal vez ahora, las nuevas generaciones no echen de menos a estas enormes salas porque simplemente no las conocieron. Sin duda, hoy con los novedosos sistemas de sonido y de proyección, incluyendo el 3D, el cine se disfruta de otra manera. Anteriormente era frecuente que la cinta se estropeará o estuviera fuera de foco, entonces gritábamos: ¡Cácaro, deja la botella!, ahora ni eso. Tal vez el último cine de época que estuvo funcionando haya sido el Teresa (aunque el Savoy tiene su historia), de muchos otros que desaparecieron no quedó registro alguno, como el Triana Palace o El Mundial (este estaba en el anexo del convento de Jesús María y Corregidora, todavía hace poco se podía ver dos figuras femeninas en yeso a la entrada, a modo de arco, pero ahora es bodega de “ambulantes”). En fin, demasiados cines hubo, eran palacios que tuvieron gloria y esplendor en una ciudad que constantemente cambia sus formas y con ello, a veces siento que me aleja. Total, nuevos espacios

se abrieron aún a costa de que los cines perdieron su rasgo de identidad particular. Ahora son similares, lo mismo pero más pequeños y con acabados estandarizados. Antes tenían nombre con una historia propia, así que ahí quedan otros nombres para el recuerdo: Acapulco, Mitla, Carrusel, Santos Degollado, Popotla, Emiliano Zapata, Lux, Versalles, Internacional, Cuitláhuac, Mod, Arcadia, Cinemundo, Coliseo, La Paz, Germán Valdés, Futurama, Dorado 70, Edén, Agustín Lara, Visconti, Chopo, Alex Phillips, Relox, Revolución, Janitzio, Soto, Polanco, Rívoli, Tlalpan, Cuicuilco, Capitolio, Briseño, Brasil, Copacabana, Soledad...

## MI NOMBRE ES RICARDO

Arturo Razo

Deseando una mujer con quien hacer una vida a mi lado, crecer y tener una familia; existe otro yo que se apodera de mi ser cuando arriba el Metro que sale por esos túneles oscuros, mismos que parecieran la morada de mi ese otro yo, su nombre es Ricardo, por lo menos si te atreves a preguntárselo.

El Metro de la ciudad de México pareciera un simple transporte anaranjado con vagones exactamente iguales y quizá eso sería suficiente para describirlo cuando no está en actividad; sin embargo cambia su función y su interior cuando es tripulado por la gente que lo ocupa para trasladarse de un lugar a otro.

En ocasiones, decidido por las autoridades, este transporte, dependiendo el horario, tiene ciertas restricciones, unos vagones son designados para las mujeres que lo ocupan y otros tantos para los caballeros que lo abordan; no obstante a cualquier hora del día, y con designio de quien sabe quién, el último vagón es abordado por homosexuales o como dicen algunos usuarios por los “gays”, “por los putos, pues” y es ahí donde nació mi ser.

No tengo fecha, ni tiempo de aquel día de aquel suceso, pero sí recuerdo los hechos; subí a aquel vagón, el último de tantos, al abordar la última puerta en aquella hora pico, los empujones no se hacían esperar y nos rejuntaban los unos con los otros, todos eran hombres, el tren comenzó su marcha y poco a poco mi cuerpo fue sintiendo los roces de aquel que se movía, del que se acomodaba, del que algo buscaba, mi corazón comenzó a palpar precipitadamente, la adrenalina se apoderó de mi cuerpo y mi conciencia quedó silenciada, amordazando la moral y olvidando todo lo demás. Su cuerpo rozaba el mío, sus dedos poco a poco se fundieron con el nervio y el sudor de los míos, su mano tomó la mía y yo me colgué de ella, la tomé y la apreté fuertemente aceptando la

invitación de salir en la siguiente estación.

Al salir el me miró, yo lo observé, en ese momento ninguno dijo algo, sólo salimos y lo seguí, en el camino hizo la pregunta para saber quién era y qué se podía crear, yo sólo experimentaba, era la primera de las tantas veces que ocurrían después, quizá no con él pero sí con distintos viajeros pasionales de un momento. ¿Cómo te llamas?, sólo recuerdo aquella pregunta, ¿su nombre? no lo pregunten, tampoco lo recuerdo. ¿Qué pasó? Llegamos a un parque que estaba por ahí, nos quedamos frente a frente el uno del otro y sin pensarlo, borrando y bloqueando mi pensamiento sólo cerré los ojos y todo pasó, sus labios desencadenaron el primer beso de un hombre con otro hombre, mi primer beso de ese tipo, que procedió con el descontrol del cuerpo y merodeo de las manos por el cuerpo de uno con el otro, aquellas caricias sin nombre pero con el deseo de una identidad distinta a la rutinaria mía, el encuentro de un momento que no se repetiría, el desliz de un sólo día, la pasión del instante, donde no hay pasados ni preguntas.

El beso pasó a algo más que ese simple contacto, las manos se desataron los cuerpos cayeron detrás del árbol que ocultaba la pasión a los ojos de los que pasaran por ahí, el parque era inmenso, el rincón era único, el momento continuó, no pasó a nada más que un faje y la marca de aquel encuentro con un chupetón, encuentro interrumpido por el policía que en cuatrimoto llegaba y alejaba los cuerpos de aquellos hombres que apenados se volvían.

El policía quería remitirlos y solicitar que sus padres, nuestros padres que no sabían la existencia de aquel ser, de aquel gusto, de aquel desliz, fueran a recogerlos y pagar la multa que fuera puesta. La desesperación, la pena del momento se convirtió en la súplica al oficial y en la mordida para escapar.

Un reloj, veinte pesos y el argumento de la pena por la identidad desconocida por la gente y por la familia y el temor al rechazo el salir del clóset de aquella manera fueron suficientes para escapar de aquella justicia y de aquel acto inmoral en la vía pública.

Los hombres corrieron del lugar, como si escaparan del hecho, el encuentro terminó con la despedida de los hombres, sin nada más que un adiós y la simulación de no pasó nada.

Fue la primera vez de las ahora tantas veces que me he subido

a ese vagón, solo, en secreto, donde nadie vea y mucho menos se entere de mi otro yo, donde habita el deseo; no sólo mío sino de muchos deslices que se encierran en aquel vagón de los tantos trenes que hay en el Metro de la ciudad, donde muchos pierden la identidad, la figura, donde muchos desatan sus demonios y otros tantos sus deseos, donde las perversiones son validas y permitidas, donde cobran vida por sólo unos instantes, mientras dure tu viaje y si tienes suerte o el cuerpo lo demanda puede llegar un poco más lejos de aquel vagón, puede llegar las afueras de alguna estación o quizá de alguna habitación.

Aún recuerdo la pregunta, la misma pregunta que la mayoría hace, porque no todos la hacen, pensando que eso le quita compromiso o formalidad, quizá por que todos sepan que sólo es viento de un rato y nada más.

Donde tanto mi nombre como mi personalidad cambian, mi moral se distrae, me convierto en otra persona y donde quizá Ricardo encierre lo que quiero ser, lo que soy o lo que me gusta o tal vez sólo sea deleite de un rato, mientras mi yo rutinario, mi nombre de acta, la persona que reflejo o que creen todos que soy quizá demuestra lo que la sociedad permite y quiere o lo que me esfuerzo por ser o por querer ser, viviendo así mi dualidad y mi mentira, no distinguiendo lo que deseo y simulando la situación con el cambio de nombre y de identidad.

Aún recuerdo tu pregunta y también recuerdo mi respuesta... el nombre del deseo, por lo menos en el Metro... mi nombre es Ricardo.

## ORGULLO EMPAPADO

Armando Garduño

Los sábados a las once de la mañana el Metro de la ciudad de México es diferente al de la semana laboral. Menos congestionado y caluroso, lleva a familias, a ancianos, a parejas, que lo mismo van de compras al Centro Histórico que a pasear al Bosque de Chapultepec, en lugar de transportar a miles de empleados y estudiantes que atiborran los vagones de lunes a viernes.

El sábado 20 de mayo del 2009 el Metro era distinto, incluso a otros sábados. En cada vagón iban cuando menos cuatro o cinco personajes vestidos de forma inusual para un sábado a mediodía. Algunos ataviados como para una fiesta, otros completamente maquillados y disfrazados. En el tren de la Línea dos, que va de Pantitlán a Observatorio, un joven vestido como si fuera a un *antro* llevaba en una bolsa —de esas de cartón azul con asa que dan en unas tiendas de ropa de moda— unas alas blancas, hechas de alambre y tapizadas con plumas. Al llegar a la estación Insurgentes se apeó del tren y esquivó hábilmente —como el resto de los que descendieron— a los vendedores de pulseras y banderas policromáticas.

Fuera de la estación, en la calle Génova, con rumbo a Reforma, el joven con las alas en la bolsa apenas pudo pasar entre los tenderetes multicolor que llenaban las aceras, en los cuales, junto a las banderas, playeras, pulseras y antifaces, estaban los sombreros, los collares, las tazas, las bufandas de plumas y las películas de cine *gay*, “de a 15 la película, de a 20 el antifaz. Lleve, lleve, para todos hay, lleve, lleve la pulsera, el antifaz, la bandera de la comunidad”. Cientos de asistentes caminaban junto a él hacia el Ángel de la Independencia, de donde comenzarían a avanzar los contingentes, en donde comenzaría la fiesta.

Porque es una fiesta, o cuando menos eso parece. Cientos de disfrazados, cerveza en mano, bailando al ritmo de la música *house*.

Piratas bailarines musculosos, vestidos con botas, calzones y sombreros negros, lanzando *cedés* de cartón desde un camión siguiendo la música. Miles de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, güeros y morenos, con vestimentas normales o disfrazados, encuerados, todos de ambiente. Miles de banderas multicolor en la xxxi Marcha del Orgullo Lésbica, Gay, Bisexual, Transexual, Transgénero, Travesti e Intersexual (LGTTFI), bajo el inclemente sol de mediodía.

Una gran bandera gay atraía toda la atención. La cargaban unas cincuenta personas, medía unos treinta metros. De pronto, la entonces candidata a diputada por el ya extinto Partido Socialdemócrata, Silvia Irabien “La Chiva”, para las elecciones del cinco de julio de ese año, agarró con las yemas de los dedos un extremo de la tela de colores, buscando los *clicks* y *flashes* de los fotógrafos presentes. Lo mismo de siempre, posar para la foto, con *políticos* nuevos.

*Políticos*, en cursivas, debido a que “La Chiva” se dio a conocer en este país porque ganó un reality show televisivo llamado *Big Brother*, o, en español, *El Gran Hermano*. En este programa, un grupo de desconocidos era hacinado en una casa y vigilado con cámaras de video y micrófonos todo el día. Por fin, las telepantallas orwellianas de 1984 se materializaban en televisión abierta. *Big Brother* fue la forma perfecta de que los ciudadanos aceptaran y amaran al *Gran Hermano* (el de Orwell) y se acostumbraran a la vigilancia permanente, y de que amaran a un nuevo personaje, frívolo pero acorde a los estándares de belleza impuestos por la moda, que ahora quería dedicarse a la *polaka*.

Pasando junto a la gran bandera la masa llenaba Paseo de la Reforma, del Ángel a la Diana Cazadora y seguramente más allá. Los organizadores calculaban que acudirían 300,000 personas al llamado anual para manifestar su orgullo y mostrar sus atavíos, para demandar tolerancia, para llenar el antiguo Paseo del Emperador de —siempre de acuerdo con las *buenas conciencias*— desviados, de locas, de putos, de aberrantes, de antinaturales: de marginados. Pues son marginados al carecer de los mismos derechos que el resto de la gente, sólo por tener gustos sexuales diferentes.

Con el sol en el cenit, se dio por inaugurado el recorrido. “¡Vivan los gays!”, “¡vivan las lesbianas!”, “¡viva México!” se oyó en el altavoz. Luego, el sistema de sonido se convirtió en discoteca, y el camión que la



soportaba comenzó a avanzar y junto a él, la gente. Y la fiesta comenzó. Juan, de 20 años, sin disfraz, sin maquillaje, mientras caminaba, dijo: “esto es una fiesta, no es una protesta”. Difícil diferir. Porque las demandas de la comunidad homosexual, bisexual, transgénero, transexual, travesti e intersexual, tales como el matrimonio, la adopción, campañas de salud efectivas, programas de información en contra del estigma y la discriminación quedan de lado. Y no es que no sean legítimas, al contrario, lo son tanto que extraña ver que se quedan a un lado por la fiesta ambulante. Porque el altavoz es para la música, no para la exigencia de derechos.

En Reforma e Insurgentes unos albañiles miran desde el cuarto piso de un edificio en construcción a un hombre vestido de sirena —con conchas en el pecho, peluca azul y maquillaje que Lin-May o La Tigresa envidiarían— que se luce en un camión-escenario. Lo señalan, se ríen, le chiflan, “¡nalguita!”, le gritan, mientras el sireno se luce bailando El sirenito, de Rigo Tovar. “¡Rigo es amoooooor, putos!”, grita un indigente alcoholizado que desde la acera quizá se pregunta si lo que ve es real o su *delirium tremens*.

Bajo el rayo quemante, la fiesta sigue por avenida Juárez y las porras se alzan por fin: “Pucha por pucha, lesbianas en la lucha”; “esos son mirones, también son maricones”, “detrás de las persianas se esconden las lesbianas”. Y las vestimentas son tan variadas, que en todas partes está *la foto*. Dos chicas, retratadas varias veces por representantes de los medios informativos que cubrían la marcha, le dicen a uno de ellos: “a ver si no salimos en los periódicos mañana, y que mi mamá se entere que soy gay. Me corre de la casa, me cae”. Y siguen caminando, sin esconderse, con una gran bandera multicolor en mano, pero mirando de reojo a los fotógrafos, evitando las cámaras adelante.

Ya en el primer cuadro, en Francisco I. Madero, cientos cantan al unísono: “No controles mis sentidos, no controles mis vestidos. No controles mi forma de pensar, no controles, no controles, no controles...”, suena a todo volumen y a todo pulmón a dos cuerdas del Zócalo. Esta canción, popularizada por una fabricación juvenil llamada Flans —y luego interpretada por Café Tacuba— es ahora una especie de himno para la comunidad LGBTTTI. Quizá, en los tres minutos que dura, *No Controles* puede albergar la frustración, la ira, y la liberación

de los estigmas que pesan sobre esta minoría. Quizá, rodeado de miles similares, es posible rebelarse y hacer que la rola dure mucho más.

En el Zócalo, para seguir la fiesta, estaba un escenario en el que sonaría la música de Giovanni Falchetti, Sheila, Salario Mínimo y Oculta. A esta hora, las cuatro y media, el sol es ya tolerable, próximo a desaparecer tras las nubes que empiezan a pasar de blanco a gris, de pocas a muchas, y que esperan a condensarse lo suficiente para ser negras.

Terminando la actuación de Falchetti, la lluvia comenzó y no hubo nada que hacer más que desperdigarse. En pocos segundos la plaza de la Constitución estaba inundada. Los miles concentrados se desbandaron hacia el Palacio de Gobierno y edificios aledaños, guareciéndose del inclemente aguacero. El maquillaje corría por las mejillas, los cientos de portadores de alas de alambre con plumas daban la impresión de ser flamencos huyendo del águila que acecha, intentando volar llenos de pánico. Pero algunos, sólo algunos, se quedaron bajo el agua, mojándose hasta el último rincón, revolcándose en los charcos, brincando de júbilo. Esto contagió a otros que se sumaron a la liberación que la lluvia trajo. El agua arreció hasta convertirse en granizo, cuyos impactos obligaron a los pocos que quedaban a refugiarse. El sonido se apagó y las porras cesaron, cediendo el paso al rugido del cielo.

## ROCKEROS DE PROFESIÓN

Alejandra González Martínez

¡Cómo nos encanta pistear! Todos los cuates han perdido hasta la camisa en honor a Baco... yo sólo perdí a mi esposa. La muy ingrata se largó con mis dos hijas cuando ellas aún eran pequeñas y a mí no me quedó de otra que apechugar y ponerme a camellar; ni siquiera pude terminar mis estudios, me quedé en segundo semestre de la facultad.

Por suerte sé tocar la guitarra y eso me da para mal comer y bien beber, y ahí la vamos pasando, unas veces salgo a tocar y otras me toca... madrina en los separos. Pero no me quejo, sólo quienes somos bohemios sabemos que vida es una y lo demás, es lo de menos.

Me gusta despertarme a las diez de la madrugada para que me rinda el día. Como a eso de las doce un compa y yo nos vamos a darle duro en los camiones; él toca la guitarra como los mismísimos serafines; yo sólo cobro, bueno a veces también toco, sobre todo si el instrumento está bien afinado y es de ojos grandes.

Por ahí de los veinte años empecé a juntarme con la banda teporocho de la Vicente Guerrero, entonces sí supe lo que era amar Dios y eso que soy ateo. De lo único que se trata es de gozar hasta que el cuerpo reviente, al cabo que nunca falta un alma piadosa y caritativa que nos salve de estar en aquello tan endemoniado que es permanecer en ese estado alterado que es la sobriedad.

Neta que hasta la realidad se percibe distinta; con decirles que una vez en que me quedé sin un quinto, el delirius tremens que sufrí me duro varios días, en los que conocí a una morrita, y otro poco y me pierdo por completo. Por suerte llegó el escuadrón de la muerte por mí y me rescató de la pesadilla que es la vida laboral. Yo ya ni supe si fue la falta de alcohol la que me hizo proponerle matrimonio a mi tortita, o ella fue la que hizo que me faltara el alcohol, pa'l caso es lo mismo.

Y bien dicen que el siete de octubre no se olvida, para festejar

mi regreso al pisto en un día tan importante, todos los del escuadrón nos pusimos a puros hidalgos, hasta quedar como la cola del perro.

Ya anocheciendo, al que le dicen el Loco, no se conformaba con las chelas. Por suerte llegó el Profesor y nos aliviaron chido; fuimos a su casa, y ahí nos servimos como Dios manda, y él mandó mucho; con decirles que hasta hubo del fuerte para el que quisiera, pero uno que es decente no le atora a la perdición, bueno, nomás cuando de vez en siempre.

El Loco sí que se voló la barda, se empinó el solo el vinito tinto y si no le arrebato la botella, me cae que nos deja sin güisqui del mero bueno: un Juanito Caminante; no conforme con eso que le dice al profesor:

—Oiga profe, no tendrá por ahí tantito resistol que le sobre, del fuerte.

—Métete al baño y...

—No si hay que pagarla con cuerpomatic, yo mejor ni le entro.

—No menso, déjame acabar, métete al baño y sobre la repisa está el bote, toma lo que necesites y lo tapas bien.

Ya ni la friega, hay que ser abusivos, pero sin mandarse; después de un rato que se acerca a donde estábamos el Profesor y yo, desechando los dones recibidos sobre el limonero.

—¿Qué pasó Loco? ¿Ya estuvo?

—No maestro... ¿es qué?

—¿Qué te traes pinche Loco? —le dije, conociendo sus mañas.

—Me da pena.

—Habla ahora o jetéate para siempre —le dije.

—Me da pena con el maestro... ¡él tan decente!

—De seguro te lo acabaste —insistí—. ¡Pinche encajoso!

—No es qué...

—Dime qué es —le dijo el maestro.

—¿No tendrá una bolsita que le sobre?, por favor.

—¿Para qué la quieres Loco? —le dijo el Profesor.

—Oh, pu's para curármela mañana.

Yo por eso digo: a chupar que México se va endeudar, y ahí les encargo sí me ven por los rumbos del Periférico o la periferia de

la ciudad, a veces salimos a recorrer nuestro hermoso país para que la gente conozca el talento desperdiciado, no sean ojaldras y apiádense de nosotros, los trovadores.

Somos dos almas en desgracia: mi compa y yo, ambos tocamos la guitarra e intentamos cantar, morenos como la buena raza de antes que nos la partieran los blancos, rockeros de profesión y blueseros por convicción; aunque también tocamos las rolas fresas para las niñas bonitas, las serenatas para las madres en su día y domamos fieras a domicilio.

Pasárnoslas chido en esta vida de recogimiento, yo miento y ustedes... mejor luego les platico... amén.

## SEIS MOVIMIENTOS PARA OLVIDARTE

Jaina Itzel Mata González

### JULIO 2010

Camino bajo la lluvia y con enojo sobre la calle Madero aún en construcción. Llegó tarde a la cita, ni modo, lo corto. Se hace de noche y nos despedimos para siempre. Al día siguiente me reúno con una vieja conocida en la Alameda Central. Ahí me entrevistan los del Canal 40 y una semana después pasan la nota en TV, me avergüenzo. Uno, dos, tres, no sé cuantos días han pasado y sigo llorando. Quiero olvidarlo pero es casi imposible porque la ciudad es toda él. Toda nosotros. Me reencuentro con el Niño que vaga. Platicamos, nos ponemos al tanto de nuestras vidas. Andamos por La Lagunilla en lunes. Tomo fotos, él pega sticks. Se avecina una tormenta y nos guarecemos en la pulquería La Antigua Roma. Pésimo, la primera vez que la visité fue con el Niño Eterno. Los recuerdos fluyen. Intento vanamente entumirlos. La vida debe seguir.

Curado de avena para abrir apetito y un pulque natural pa'l amarre. Los vasos se vacían y la tarde aún es joven, así que nos dirigimos a la cantina de enfrente, La Esperanza se llama, “esperanza es lo que necesito ahora”, me digo. Ordenamos una ampolleta cada quien, nos llevan botana, aún hay resquicios del Mundial, el ambiente es supremo. Levedad y calma. Tomamos, platicamos y nada, yo aún no supero mi ruptura amorosa. Se termina el dinero y emprendemos la graciosa huída, el Niño que vaga y yo rompemos la taza y cada quien se dirige a su respectivo hogar. Lluve, llueve incesantemente y parece que no dejará de llover. Se hace de noche, duermo, sueño, me despierto. Mi madre intenta ayudarme y organiza una salida al zoológico de Chapultepec. Experiencia más divertida, los animales huyen de las aguas, nosotros nos mojamos y nos perdemos entre las multitudes que buscan refugio. Llegamos a casa con la extraña sensación de que la empapada no estuvo tan mal.

Un miércoles regreso a la escritura, es lo único que puedo hacer, escribir y llorar. En eso recibo una llamada del amigo dentista de un amigo, me invita a salir, acepto y nos encontramos en la estación Pino Suárez de la línea 1 del Metro. Antes de empezar con la historia de mi incipiente soltería le pido me acompañe a comprar un par de botas de plástico para que las épocas no me agarren de bajada. Vana mi búsqueda, el precio supera toda expectativa y toda posibilidad, será para la otra, confío. Caminamos por Regina, me invade una terrible nostalgia ya que en esa calle compartimos un sinfín de aventuras, por eso le pido al dentista que tomemos otra ruta. Nos movemos a Mesones, me fastidio fácilmente y sugiero entrar en un bar cuya fachada es adornada por la Santa Muerte. Me aventuro a probar una famosa gomichela y procuro que no se note mi aburrimiento. La pasarela de cervezas comienza su curso al tiempo que alabo la música de los Adolescentes Orquesta que nos acompaña. Se termina la cita. Retorno a casa con la satisfacción de que no nos volveremos a ver.

Cuando uno regresa a la soledad después de tres años de relación, la vida se torna sumamente pesada pero queda el consuelo de que “las velitas prendidas” aparecerán de inmediato. Así sucede. El Trovador Urbano me escribe un correo electrónico y me invita a beber en CU. Acudo al llamado. Nunca antes lo había hecho, estuve cinco años en ese lugar y nunca se me había ocurrido ingerir bebidas alcohólicas. Un Kosako de Arándano y otro de mango para amenizar la tarde. Disfruto su compañía, me alegra conocer gente nueva. Regreso a casa con la certeza de que ese fue otro “amor” efímero. El fin de semana posterior salgo de paseo con el Niño Solo, de nuevo la misma rutina. No vemos en una estación del Metro, nos saludamos con cariño y emprendemos la búsqueda de algún bar. Le platico mi tragedia, hecho que le intriga de sobremanera pues fue él quien nos presentó. Reitero mi congoja, trata de alivianarme un poco, me escucha y me invita unas micheladas en El Pent, un sitio medio chacal en la colonia Molino de Rosas que conocí por un buen amigo hace un tiempo. Recibe una llamada de su hermano y terminamos el momento. De nuevo, nos condenamos al vacío.

## AGOSTO

Comenzó la aventura. Estuve encerrada en mi cuarto hasta que me encontré en el Messenger al Niño Vainilla, le compartí mi tragedia y nos pusimos de acuerdo para vernos al día siguiente. A pesar de que llegué quince minutos tarde a la estación Pantitlán de la línea nueve, él me recibió con una hermosa sonrisa. Salimos a los paraderos dispuestos a tomar el Pecerdo, como él decía, indicado que nos llevaría a un lugar de ensueño para los cheleros. Como en las citas anteriores, le conté la razón por la cual, luego de tres años, todo había terminado súbitamente. Estaba muy emocionada pues el Niño Vainilla me gustaba desde que había ingresado a la Universidad, todo era perfecto pues. Luego de un recorrido ignoto para mí, por fin llegamos al sitio prometido, Nezapunk según algunos lugareños. El rumbo era totalmente desconocido para mí, sin embargo, no me rajé en ningún momento. Compramos una michelada con piña en un expendio de bebidas, la nueva aventura gustativa me impresionó drásticamente. Después, nos adentramos más en las colonias de por allá y llegamos a una casa que fue acondicionada como bar, adquirimos unas pozoleras y continuamos la charla. Aquella cita había sido la más divertida, sin duda. Al final me despedí con un beso. Antes de que arrancara la micro, el Niño Vainilla me cuestionó sobre nosotros. “¿Nosotros?” me pregunté, así que contesté con un “luego te digo” y me fui. Llegué a casa como a las doce de la noche y pedí la clásica gordita de chicharrón de la que soy tan fan con mi tía, que vende garnachas los fines de semana afuera de mi unidad habitacional.

En la madrugada le escribí que nuestro amor era profano, que no podía llevarse a cabo. Traté de ser lo más sincera posible, le agradecí la experiencia compartida y le ofrecí mi amistad. Pero me contestó con una negativa y me comprometió para otro encuentro. Y ahí empezó todo con él. Nos vimos de nuevo; esta vez lo alcancé en la explanada del Museo de las Intervenciones, nos sentamos en una banca a divagar sobre nuestro futuro, amenazaba con llover por lo que huimos al Centro Nacional de las Artes en busca de cobijo. Ahí me platicó sobre su vida, creía conocerlo, más me di cuenta de que era un completo extraño y comenzamos a revelarnos el uno para el otro. Capturé los instantes con mi cámara. Estaba feliz. Una vez que la tormenta se calmó, me invitó al parque Masayoshi Ahira, me sorprendí con su belleza. No



había imaginado un espacio así dentro de la ciudad. Horas después nos percatamos de que no habíamos comido en todo el día, para mí ello no era de mucha importancia pues mi estado depresivo era más poderoso, pese a ello, caminamos por la calle Héroes del 47 en busca de alimento. Llegamos a un café y me limité a un chocolate caliente y a un pan de dulce, el Niño Vainilla se inclinó por un capuchino y por una baguette de champiñones.

La vida con el niño Vainilla se parecía bastante a la vida que llevaba con el Niño Eterno pues museos, cines, cafés y bares fueron nuestros escenarios. El clima había cambiado favorablemente, como si se empatara con mis emociones. La ciudad empezaba a mostrar esos tonos sepías con los que suelo identificarla cuando son vísperas del otoño. Todo era felicidad y sosiego. Pero no se puede tenerlo todo en la vida y entonces las cosas empezaron a complicarse. Un día, luego de largos e incómodos ratos de silencio, el Niño Vainilla y yo decidimos que lo más sano para ambos era la despedida. Entonces, por la tarde, en el Parque México, conversamos por tiempo indefinido, compramos tamales para amenizar un poco el momento, aunque ya todo estaba a la deriva. Se hizo de noche y no había manera de que él regresara a casa sin peligro alguno, así que nos quedamos en un hotel cerca de la estación Chabacano. Triste encuentro de seres rotos. Por la mañana alistamos nuestras cosas y cada quien partió a su hogar. Nos despedimos, sin lágrimas y con decoro. Lo peor es que ahí no cesó nuestra historia.

## SEPTIEMBRE

Asumo las cosas tal y como se presentan. Trato de encontrarle un nuevo sentido a lo que acontece. Me refugio entre el gran acervo bibliográfico de la Biblioteca Vasconcelos y así transcurren mis días. Se acerca el cumpleaños de un amigo y me doy permiso de asistir. Acudo con la Mujer que teme a Dios y compartimos un excelente episodio allá por la colonia Los Girasoles. En la fiesta conozco a un chico dos años menor, bailo con él, simulo que me interesa conocerlo y obtengo su teléfono celular y su correo electrónico. Lo agrego a mis contactos de Hotmail pero elimino toda posibilidad con él ya que tanto el Niño Eterno como el Niño Vainilla aún siguen en mi mente. Fabrico la idea de que tengo corazón de marinero. Es jueves y no quiero salir de casa

debido a un ataque de melancolía. La vida me compensa y me gana el disco Soldier de Sade en Horizonte radio. El viernes voy por el CD a las instalaciones de la estación de radio en la calle de Mayorazgo, luego busco desesperadamente los periódicos Reforma o La Jornada y no los encuentro. Regreso a casa con la certeza de que ahora sí todo ha de cambiar.

Y entonces me llama y me cita afuera del Centro Cultural España. De inmediato lo alcanzo y de nuevo recaigo en sus garras. Esta vez hay un invitado, uno especialmente guapo. Escuchamos una conferencia sobre la investigación musical durante la Independencia y nos dan un recorrido por los interiores de la Catedral Metropolitana. Como siempre, tomo fotos, me sorprende de un cuadro que asumo es de Mathias Goeritz porque este escultor-arquitecto contribuyó con los vitrales modernos de la Catedral. Nadie me confirma o me saca de dudas. Nos ofrecen bocadillos y soda. Socializo con el amigo del Niño Vainilla y continuamos con la explicación musical y física del órgano central de la Catedral. No hay besos ni insinuaciones ni nada, así que pienso que se trata de una relación de amistad. Me alegro y trato de entender algo de lo que se me dice. Termina el tour y nadie quiere regresar a casa. Sugiero la plaza Garibaldi y unos Tonayán para disfrutar la noche.

Aceptan, armamos la vaquera y empezamos a ingerir bebida ponzoñosa y barata. El ambiente es excelente, tomamos fotos, nos conocemos, compartimos anécdotas y le entramos a los Valentones que de tan picosos nos bajan la peda. Así hasta que el dinero se agota pero con los ánimos aún prendidos. El Poeta Cósmico ofrece su casa y nos lanzamos para continuar la chesta. Tomamos el Metro de la línea B hasta la estación Aragón y de ahí caminamos entre risas y chistes. Un gatito atropellado sobre la acera me estremece, me comentan que no le dé importancia. Y sigo. Hacemos una parada en una vinatería de la calle Florines y compramos una “maracas”, no tengo idea de qué rayos son pero igual las consumo. Llegamos a su morada. Platicamos y llamamos a nuestros padres para avisar que no nos esperen. Estoy cansada, me gana el sueño y duermo. Ellos siguen con su conversación. Por la madrugada nos despertamos. Lloro, entonces me abraza, me besa, me promete la vida eterna, hago lo mismo, juramos que nos casaríamos. Se duerme el Niño Vainilla. Mi sueño se ha ido, no pego ojo en lo que queda de la

noche, sólo pienso en regresar a mi hogar. Pero él, el Poeta Cósmico se acerca, me platica, me recita poemas a la luz de la noche. Me enamoro al instante pero me confundo. Le reitero mi amor por el Niño Vainilla. Se aleja. Duermo...

Llega el 15 de septiembre con su colorido y su promesa de alegría. Me siento el grinch de la Independencia porque todos festejan y yo sólo recuerdo. Durante tres años consecutivos, el Niño Eterno acudió a la pozoliza en mi casa. Ahora sólo está su ausencia. Ni siquiera trato de organizar algo y rechazo las tres invitaciones de noche mexicana que me han surgido entre los amigos. Me encierro en casa y enciendo la TV para ver el desfile conmemorativo por el Bicentenario tan sonado a lo largo del año. En eso una reportera anuncia una serie de tokines en Reforma y la Niña Dulce y yo no dudamos un segundo en acudir. Me alisto para una noche inesperada. Tomamos el metrobús y nos bajamos en Revolución porque hasta ahí da servicio, caminamos por Insurgentes y llegamos el lugar prometido. Espinoza Paz nos deleita con su música y aprovecho para tomar fotos. Cantamos Sólo un día con el resto de la audiencia. Se va. Anuncian a Lila Downs y nos emocionamos de sobremanera. Nos brinda un espectáculo divertido pese a que eludió varias de sus canciones famosas, por desgracia la cortan para que se transmita “el grito de independencia”.

La Niña Dulce y yo huimos porque en unos minutos más tarde estará Zoé enfrente del Caballito. Aceleramos el paso y por fin damos con el escenario de rock. No cabe un alma más, la calle de la República está a reventar y como podemos, como gusanos entre la tierra más bien, nos adentramos hasta donde de plano ya no hay paso. Y empieza el momento cumbre de la noche. León Lerregui y su banda nos endulzan los oídos. Bailamos, cantamos, gritamos y agradecemos a quien organizó esto. Capturo a la multitud con mi cámara rosa. Quiero llorar de la emoción pero contengo las lágrimas. Termina el show. Regresamos a casa, porque un rico pozole nos aguarda. Abordamos el Metrobús a eso de la una de la mañana, hecho que nos sorprende porque siempre andamos corriendo para que no nos lo cierren. Preparamos la mesa para el ritual de cada año. Estoy con mi familia celebrando un Bicentenario poco convencional. Después de la comilona, platicamos y bailamos un rato con el disco que mi madre compró en el Metro mientras regresaba del mercado.

Han transcurrido algunos días y no nos hemos comunicado. Sospecho que ahora sí ya no hay remedio. Entumo el alma, de nuevo. Regreso a la Biblioteca a terminar de leer *La era del vacío* de Lipovetsky. Su estudio sobre la sociedad postmoderna parisina se empata con mi vida. Sigo sin empleo. Y entonces se suscita lo que llamo el periodo aciago. Me invitan al homenaje del Ángel Luminoso. Asisto, platico con los amigos que hace tiempo no veía. Y entonces sucede. Mi abuela paterna se debate entre la vida y la muerte. La ingresan de inmediato al hospital Santa Teresa en la colonia Roma. Lloro, temo y me aferro a la fe. Dios no quiso llevársela de regreso. Agradezco y me comprometo a alejarme del caos. Se cumplen dos años de su partida. Cada 23 de septiembre recuerdo al Ángel Luminoso con una amarga sonrisa. Sé que sigue entre nosotros, al menos en el doloroso recuerdo. Celebramos su misa en la Iglesia de Fátima ubicada en la calle Yucatán. Septiembre es un mes trémulo y peligroso.

## **OCTUBRE**

El otoño es en sepia, al menos en mi ciudad de chinampas de concreto y lagos de cemento. Regresé a la pista atlética del Plan Sexenal a correr. Me di la oportunidad de empezar de nuevo. Diseñé una disciplina para reorganizar mi existencia. Por las mañanas trotaba y por las tardes me refugiaba en la biblioteca; los martes y jueves, después de leer, me dirigía a las clases de danza árabe en la Casa de Cultura de la Delegación Venustiano Carranza. Me empeñé en concluir la investigación de mi tesis. Todo se colocaba en sus debidas dimensiones. Sosiego y calma hasta que de nuevo recibí una llamada de él. Me invitó a un concierto de son jarocho en el Museo de Antropología, asistí y de nuevo nos comportamos como si nada hubiera sucedido. Después del evento, el Niño Vainilla y yo caminamos por avenida Reforma, luego nos adentramos en la Zona Rosa y terminamos comiendo una torta de soya en un puesto de la Glorieta de Insurgentes. Acordamos formalizar nuestra relación.

Por esos días recién habían restaurado el Palacio de Bellas Artes y se organizaron eventos en la explanada. Acudimos al concierto de Philip Glass después de tomar un té de mango en la cafetería El Cordobés, ese jueves también reinauguraron la calle Madero y sin querer fuimos de sus primeros visitantes, todo era felicidad.

Al día siguiente me reuní con un amigo del CCH para ayudarlo con la corrección de estilo del libro que escribió, nos encontramos en CU y platicamos por largo tiempo, después de los recuerdos de la vida académica comimos gorditas en un puesto del rumbo, luego nos lanzamos a Bellas Artes a ver a Los Dorados, quienes, no está de más mencionarlo, ofrecieron un concierto supremo. Aquél día culminó con unos Kosakos y un mensaje desesperado de celular para el Niño Eterno. El otoño hacía lo suyo, las hojas adornaban el asfalto de la urbe y parecía que mi vida encontraba un nuevo curso. Un viernes de ese otoño mágico, el Niño Vainilla y yo acudimos al campanario de la Catedral Metropolitana. La experiencia fue maravillosa puesto que siempre es un placer percibir la ciudad desde las alturas. Tomamos fotos, apreciamos el hermoso panorama y después fuimos por un helado de yogurt al Súper Soya de la calle República de Brasil.

Días después, al Niño Vainilla y a mí se nos ocurrió ir al Cervantino y en menos de dos días organizamos un viaje que marcaría nuestra despedida definitiva. Con dinero prestado (la revista para la que elaboré resúmenes en junio nunca se dignó a pagarme y la corrección de estilo tampoco fue remunerada) y sin tener nada que perder, me aventuré a salir de la ciudad por medio de uno de esos paquetes económicos que se ofrecen en la Universidad. El camión partió del Estadio Universitario a las siete de la mañana de un viernes y ahí empezó el principio del fin. Regresamos del viaje y como en todas las despedidas, agradecí infinitamente los momentos compartidos. En la estación Centro Médico, justo enfrente del Domino's nos regalamos palabras hermosas, con un fuerte abrazo nos dijimos adiós acaso para siempre. Partí y no volví la espalda. Encendí el playlist de mi teléfono celular y regresé a casa con un amargo sabor pero con un alivio insospechado.

## NOVIEMBRE

La nostalgia se apodera de mí nuevamente. Ahora sí pretendo alejarme de todo. La Mega Ofrenda Universitaria me recuerda, a cada paso, que fui feliz en alguna época y que ahora todo es desdicha. La Mega Ofrenda del Zócalo es un altar para los tiempos mejores de antaño. Las festividades del día de muertos se convierten en la antesala del desencanto. Quizá lo que necesito es un empleo, pero nada, como si fuera una maldición, o

peor, como si fuera una condena. Me alejo de las personas y vago por mi cuenta. Visito la exposición de Rankin en la Estación Indianilla, acudo al Museo Archivo de la Fotografía a ver fotos del sanatorio La Castañeda, acudo constantemente al Centro Cultural España porque adoro esos asientos rosas de la sala de lectura, me refugio en mi soledad. Mi abuela mejora considerablemente, los PUMAS ofrecen buenos partidos y el dinero escasea por completo. Decido empeñar mi cámara en el Monte de Piedad de la calle El Carmen. Me prestan 900 pesos y cubro la deuda que generé por ir a Guanajuato.

Acaso somatizo la tristeza y me enfermo terriblemente. Se inflama mi ganglio derecho y me cuesta trabajo tragar la comida. Acudo al médico del rumbo, se aterra con mis síntomas, me receta muchas pastillas y me indica que consuma sólo líquidos. Reposo para recuperarme. Después de los días de encierro regreso a la Biblioteca Vasconcelos, encuentro títulos fascinantes y me emociono por uno en particular: Las horas de la eternidad de Manuel Garrido, lo releo y trazo un plan para hurtarlo y tenerlo en casa, todo se queda en mi imaginación. Llevo cuatro años tratando de encontrar este libro a la venta pues ya no lo editan, mi búsqueda ha sido infructuosa pero conservo la esperanza de que un día lo obtendré. Me propongo conocer la ciudad a través del olfato, un poco como homenaje a El Perfume de Patrick Süskind y un poco, también, como experimento sensitivo.

Siempre me ha causado gracia la ambivalencia del D.F., sobre todo en cuestión de olores, ya que las sorpresas están a la orden del día. Se puede ir de los aromas succulentos de los puestos de tacos hasta las pestilencias de las coladeras. La pura diversión. Emprendo mi encomienda. Camino de la Vasconcelos a mi casa pues el recorrido es de 20 minutos: comienzo con el olor de los libros, tan fascinante siempre, luego salgo y percibo el olor del cemento pues están por construir una nueva estación de Metrobús, continuo mi recorrido, agarro Insurgentes y empiezo la encomienda olfativa: diesel quemado por los coches, gasolina, comida casera, peluquería, más comida casera, humedad (de las casas abandonas), jabón y agua de un autolavado, basura revuelta, en realidad no hay mucho que oler. Regreso a casa un poco decepcionada. Para la otra, me voy por otra avenida.

A mis tíos se les ocurre festejar los tres años de su niña el mero 20 de

noviembre, entre caos vial y ropa elegante, acudimos al evento. Nos vamos en Metro porque no hay mucho dinero para un taxi. Sugiero una ruta: tomar la línea 3 en la estación Tlatelolco hasta Centro Médico, de ahí trasbordar hacia la línea 9 y bajarse en Mixhuca, caminar por el Eje Tres Oriente hasta llegar al salón de eventos Joys. Disfruto la reunión familiar y me permito comer más de lo permitido, es decir, rompo la dieta que había llevado desde lo de mi ganglio. Bailo con la Niña Dulce, platico con mis primos, robo dulces de la piñata, le sirvo tequila a mi vaso con Coca-cola a escondidas pero lo dejo por la paz pues el sabor es espantoso para mi paladar, y presiento que la nostalgia pronto ha de empacar maletas.

## DICIEMBRE

Me citó la Mujer que busca a Dios en el café Expresso de la colonia Roma. Le preparé una sorpresa e invité a la Niña hermosamente tierna para que nos acompañara. Cuando llegamos, ella estaba sumamente triste porque se había enterado de que su ex novio ya tenía otra pareja. El momento fue muy conmovedor y tratamos de sanar juntas. Conté mis clásicos chistes, la acompañé hasta su casa en Río de Luz y después regresé a casa. Mi madre me tenía la noticia de que había encontrado un empleo para las dos y al día siguiente nos presentamos en los Talleres de la Nación a trabajar. La tarea consistía en elaborar el material electoral para las próximas elecciones estatales del Estado de Baja California Sur. Le llamé a esa actividad “ser obrera estatal” y así estuve hasta mediados de mes. La experiencia me encantó pues nunca antes me había dedicado a labor semejante, además de que me permití imaginar miles de cosas, como que ese lugar era perfecto para que se rodaran películas de zombies.

Por fortuna, el 12 de diciembre nos dejaron descansar, pero un día antes estuvimos medio turno chambeándole, cuando salimos aconteció un hecho fascinante: mi madre y yo estábamos acaloradas y exhaustas por la jornada, ambas vestíamos ropa cómoda y calzábamos tenis, nuestro aspecto era muy similar al de un peregrino; aunado a ello, decidimos caminar desde los Talleres hasta la casa por todo el Eje Dos Norte puesto que, debido a las peregrinaciones, el tráfico era una infamia, en eso, un niño le obsequió a mi madre una botella de agua pues pensó que veníamos de manda. Mi madre lo agradeció mucho y yo

amé esa hospitalidad de las personas de las colonias aledañas a la Villa. Por la noche vimos en TV el clásico homenaje que hacen Lucerito y los cantantes del momento a la morenita y escuchamos las mañanitas que cantan los vecinos de mi unidad habitacional, después los acompañamos a la celebración de la tradicional misa y comimos tamales.

Luego de un rumor de que no nos pagarían, cesamos de trabajar y nos dedicamos a organizar todo para las fechas decembrinas. Para empezar, aprovechando que mi padre y la Niña Dulce ya estaban de vacaciones, acomodamos los muebles del departamento para decorarlo con el arbolito y el Nacimiento. Sacamos de las cajas todos los adornos y guardamos todo lo que no era ni rojo ni verde. Una vez que estuvo listo mi hogar, nos dedicamos a acudir a las posadas que se organizan año con año en el patio del predio 41 de la calle Nopal en la colonia Atlapa. Entre piñatas y ponche convivimos con los vecinos y con la familia. Como de costumbre, mi actividad más recurrente fue comer y subí cinco kilos en menos de dos semanas. Lo peor es que me enorgullecí bastante por ello.

Un fin de semana antes de Navidad, mi familia y yo nos ajuaremos en el Bazar Navideño de ropa que organiza la Cámara Nacional de la Industria del Vestido en el Palacio de los Deportes. Llegó por fin la Navidad y cenamos el clásico pavo que le obsequia Centros de Integración Juvenil a mi padre como parte de sus prestaciones. Por motivos obvios de la llegada del invierno, me enfermé y el 25 no pude acompañar mi torta de pavo con una cerveza en el recalentado. La levedad y la comida eran parte de mi cotidianidad hasta que, el 29 de diciembre, mi padre nos anuncio que saldríamos de viaje. Como pudimos la Niña Dulce y yo hicimos maletas y compramos lo necesario para recibir el año (calzones rojos y amarillos por si las moscas) y frituras para el camino. Esa noche, en la Central Camionera del Sur partimos en busca de descanso. A veces es bueno alejarse de la ciudad pero es mejor anhelar el momento de regresar para no dejarla jamás.



## SENTIR EL CÉSPED

José Alfredo Reyes Palacios

*Sitio de amor, lugar en que he vivido  
de lejos, tú, ignorada,  
amada que he callado, mirada que no he visto,  
mentira que me dije y no he creído:  
en esta hora en que los dos, sin ambos,  
a llanto y odio y muerte nos quisimos,  
estoy, no sé si estoy, ¡si yo estuviera!  
queriéndote, llorándome, perdido.*

(Esta es la última vez que yo te quiero.

En serio te lo digo.)

Jaime Sabines

A Daniel le duele la espalda, pero éste no es el dolor al que los taxistas como él suelen acostumbrarse con el tiempo. No, el dolor de Daniel es de otra índole, y en parte tiene que ver con aquél accidente de hace diez años, cuando el conductor del trolebús, distraído con el tocacintas, estúpidamente decidió ignorar la luz roja en la que debería haber frenado esa inmensa mole de hierro y que embistió de costado al vochito del año que manejaba Daniel para llevar a Marisela a su nuevo trabajo allá por los rumbos de Coyoacán.

El impacto fue, por decir lo menos, brutal. Tanto así que el vochito que circulaba en el carril de baja con dirección al norte, quedó montado sobre el camellón que divide División del Norte en su cruce con Miguel Ángel de Quevedo; más de una hora tardaron los servicios de emergencia en rescatar el cuerpo adolorido de Marisela, más de una hora en la que él trató en vano de mantener su rodilla izquierda en su lugar, más de una hora en la que vio conmovido la espalda fragmentada de Marisela.

Apenas tenía un mes que les habían entregado el Volkswagen, blanco y austero pero del año, que con tanto esfuerzo lograron comprar juntando un poco del dinero que entre él y ella recibieron como liquidación del banco que los echó a la calle, después de haber prestado sus servicios por más de quince años continuos.

Daniel y Marisela se conocieron en una fiesta de fin de año, ésas que acostumbran celebrar las empresas para agasajar a sus empleados; él pertenecía al área de contabilidad y ella se acababa de incorporar al área de sistemas del Banco de Comercio que se ubicaba en pleno centro de la Ciudad, a media cuadra exacta de la XEW de Ayuntamiento y a cuatro cuerdas de la Alameda Central. A Marisela le entusiasmaba caminar frente a la estación de radio, se imaginaba que en una de esas podría encontrarse con artistas de renombre; a veces también se imaginaba que era una cantante famosa deseando pasar desapercibida para el común de los mortales y que para hacerlo, se escondía en el edificio de cuatro plantas del banco aquel, ése era el verdadero motivo por el cual siempre entraba en las mañanas sonriente a su trabajo.

A Marisela le gustaba caminar, disfrutar los olores y colores de la calle de Ayuntamiento, no le importaba que para ello se tuviera que bajar en la estación Juárez del Metro, le gustaba el trájín de los negocios que a esa hora comenzaban a levantar sus cortinas metálicas, grandes almacenes de azulejo y artículos para baño, y algunos otros dedicados a las cuestiones eléctricas; le gustaba ver los aparadores llenos de lámparas para techo o de buró y espejos para baño con iluminación de lo más moderna, nada que ver con los focos amarillentos que alumbraban tristemente el cuarto que ocupaba con su madre en la calle de Naranjo, allá por Santa María la Ribera; le ilusionaba pensar que algún día ella misma escogería el azulejo y los pisos para su propia casa, a su madre le dejaría escoger las lámparas del techo, pero eso sí, deberían tener incorporado un abanico en forma de hélices de madera, porque su casa debería ser fresca y muy iluminada, tendría grandes ventanas que permitirían el paso de la luz del sol y, si fuera posible, también un pequeño jardincito al frente para poder cultivar rosales de muchos colores o ¿serían gardenias? En fin, eso era lo de menos, pero de que tendría césped, ¡vaya que lo tendría!

A Marisela siempre le gustó sentir el césped con sus pies desnudos, le agradaba mucho esa sensación de cosquilleo que transmite

el pasto a quienes se atreven a quitarse los zapatos.

Le gustaba la hora de la comida; acudía a un lugar que ofrecía comidas corridas a muy buen precio, las raciones eran bastante generosas y sobre todo tenía la fondita aquel olor de las cocinas de su barrio, un olor a frijoles de la olla mezclado con el de la ciudad que invariablemente a esa hora, atiborraba sus calles de camiones y cientos de autos que sin piedad, arrojaban sus negros vapores al aire.

Al volver, le llamaba mucho la atención atisbar al interior de las cantinas que a veces dejaban ver como en un sutil coqueteo a su selecta clientela: músicos desafinados procurando endulzar el aturdido oído de los parroquianos, niños vendedores de chicles, boleteritos con su cajón de madera lustrando zapatos que muchas de las veces sucumbirán bajo los jugos gástricos vomitados por sus dueños. Si podía, hacía coincidir su andar con el abrir de alguna de las puertas de la cantina, miraba de reojo su reflejo en el inmenso espejo que se ubicaba justo detrás de la barra y que parecía tener la misma o más edad que la vieja cantina y sus dueños, le gustaba su imagen, le gustaba sentirse halagada por su figura, le gustaba lo que el espejo le devolvía: una Marisela en la flor de la edad, deseosa de comerse el mundo a tarascadas.

Era el primer festejo al que acudía por parte del banco y nunca se imaginó estar en un lugar como aquél, un hotel de lujo en plena avenida Reforma. Ella que los veía sólo de vez en vez a través del cristal del Ruta 100, cuando acudía a Chapultepec en compañía casi siempre de su madre y algún familiar que, venido de lejos, les pedía servir de guía en la ciudad que tanto amaba y de la cual se sentía tan orgullosa de revelar a sus fuereños familiares, devueltos siempre a su terruño con el ojo cuadrado y espantados de tanta modernidad.

Marisela nunca imaginó que en el banco pudiera laborar tanta gente como la que estaba reunida esa noche en ese lujoso salón, atiborrado de meseros y de los acordes de una orquesta que tocaba los ritmos de moda y que, en honor a la verdad, la deslumbró.

Junto a sus compañeras de área se divertía tratando de contar cuanta gente se encontraba en ese momento en la fiesta; fue en una de esas tantas idas al baño que las mujeres acostumbran realizar casi siempre en pareja cuando, sin querer, tropezó con Daniel volcándole el vaso que éste traía en la mano, sobre el traje color verde y cuyo olor a

nuevo aún no se esfumaba del todo.

Daniel no aceptó un “disculpe” como excusa sino que, en venganza, casi obligó a Marisela a bailar con él, ése era el precio que ella tendría que pagar si quería ser disculpada.

Marisela se sintió atrapada por aquél hombre, por primera vez en su vida supo lo que era bailar toda la noche y reír con las ocurrencias que apagadas por el ruido de la orquesta casi le tenía que gritar al oído el hasta hoy, desconocido Daniel.

Daniel formaba parte del equipo de atletismo del banco y como trabajador sindicalizado, tenía ciertos privilegios que le permitían entrar un poco más tarde a laborar después de cumplir con su rutina de entrenamiento previo, casi siempre, a competencias de diversa importancia dentro de la Federación de Sindicatos Bancarios.

Ese año en particular revestía especial importancia para Daniel, ya que si lograba obtener una medalla de oro en los juegos de Octubre podría ser catapultado a participar en los Juegos del Caribe que se celebrarían en Cuba, lugar que siempre soñó conocer, pasear por su Malecón, conocer sus costumbres, disfrutar un mojito en plena Habana, saludar al Embajador, ser condecorado, ¿por qué no?, por el mismísimo Fidel, regresar a México como un campeón, un vencedor por todo lo alto.

Para eso se preparaba, para eso y para poder alejarse el mayor tiempo posible de Elena, la esposa con la cual compartía un pequeño departamento muy cerca del Metro San Antonio Abad, así como las tardes y noches de infierno en que se había convertido su vida.

Elena laboraba en el Hospital Juárez, justamente en la recién remodelada sección de cuneros y en la medida de lo posible, procuraba cubrir guardias o doblar turnos con tal de no regresar a su casa y encontrar los reproches y el mal genio de Daniel, el hombre con el cual decidió crear un hogar y compartirlo todo “hasta que la muerte los separara”; lamentablemente para Elena, Daniel comenzó a exigir cada vez más y más con el pretexto de que él era un campeón y ella no pasaba de ser una “simple enfermerita”, reproches y amenazas de muerte ante los cuales ella se rebelaba, espetándole su conducta machista y retrógrada cada vez que podía y antes de que Daniel, casi siempre alcoholizado, se quedara dormido en el sillón de la sala.

Daniel, contrariando la costumbre de los verdaderos atletas, había hecho suya la afición de acudir dos o tres veces por semana a la cantina que estaba cerca de su trabajo con el pretexto de que ahí servían mejor botana que bebida, llegando incluso a no estar en condiciones de regresar a laborar, ausencias que invariablemente el Sindicato disfrazaba como “comisiones especiales” y que sin chistar, el área de Recursos Humanos justificaba ante el gerente en turno.

El alcohol comenzaba a hacer estragos en los tiempos de pista de Daniel, tiempos que en vano trataba de recuperar sobrentrenándose y sometiendo su cuerpo a esfuerzos para los cuales no estaba preparado ni física ni mentalmente, y era esa frustración la que invariablemente lo empujaba a buscar consuelo en la cantina y en sus fieles compañeros de “comisión”. Esa tarde, como tantas otras, se le pasaron las “cucharadas”, un amigo que no estaba en tan mal estado se acomodó a manejar el viejo Valiant azul del “Campión” hasta calzada de Tlalpan en la Colonia Obrera, para depositar en propia puerta el auto y a su étlico propietario.

Daniel, ya seguro en su casa, encendió el modular a todo volumen y sin poder contener la tentación, sacó de un librero falso una botella de Azteca de Oro que escondió de su último cumpleaños, y que Elena no pudo encontrar para tirar su contenido al drenaje como lo había hecho en no pocas ocasiones; bebió uno, dos, tal vez tres vasos de brandy sin refresco ni hielos, “derecho como los hombres” se decía a sí mismo, por eso y para no acostarse en la misma cama que Elena, una vez más, se quedó dormido en el sillón; tal vez por el alcohol que aún corría por sus venas fue que no sintió el terremoto que esa mañana del 19 de septiembre despertó a sus vecinos y que a muchos otros los hizo regresar, cuando apenas se aprestaban a abordar el autobús rumbo a sus trabajos o a sus escuelas, sólo para encontrarse con que sus viviendas se habían convertido en un triste montón de escombros y quejidos.

Tal vez por eso fue que cuando llegó a su trabajo, no pudo parar de reír de la felicidad que según él, le causaba saber que Elena, su compañera de hacía varios años, había quedado atrapada bajo los escombros del Hospital Juárez; fue tal vez el alcohol que aún transpiraba lo que le hizo volverse casi loco de contento al gritar a todos los que a esa hora se encontraban en el banco, que su “infierno” al fin había terminado.

Fue su propio jefe quien lo obligó a retirarse del lugar e incluso comisionó a un chofer del mismo banco para que lo llevara a su casa, firmándole un adelanto de vacaciones para que pudiera enterrar a Elena en cuanto su cuerpo fuera rescatado de entre los escombros.

Lo que Daniel no sabía es que esa mañana, Elena debería comenzar un nuevo turno, le había tocado cubrir la ausencia de una de sus compañeras y se alistaba para cubrir el suyo propio, se sentía algo incómoda por la desvelada, por eso pidió a la jefa de enfermeras permiso para salir a bañarse en unos baños públicos cercanos, y de regreso desayunar una torta de tamal con un buen vaso de arroz con leche. En la entrada del Hospital se encontró con Carmen, una jovencita oriunda de Tláhuac que realizaba sus prácticas profesionales y que, al no traer el suéter del uniforme, venía casi azul y tiritando de frío; ese año a Elena le había parecido en particular un poco más frío que el anterior, por eso le prestó su suéter a Carmen, prometiéndole ésta que cuando regresara se lo devolvería, pasando desapercibido para ambas un pequeño detalle: a Elena se le olvidó quitarle al suéter la plaquita metálica con su nombre.

Dos días tardaron en recuperar el cuerpo aplastado de la supuesta Elena. Dos días en que ansioso, Daniel esperó con todos los trámites hechos en la funeraria para ser viudo oficialmente y poder comprometerse de manera formal con Marisela, quien dicho sea de paso, ignoraba su condición de casado y casi viudo.

Con dos días de ventaja, Elena pudo, con ayuda de su familia, cruzar el país y la frontera norte, dos días que le ayudaron a escapar del infierno en que se había convertido su vida y también su ciudad, estaba consciente de que extrañaría muchas cosas que dejaba atrás: a sus familiares y amigos, su trabajo en el Hospital Juárez, a su perro “Manchas” y a su Daniel, no al de los últimos días, sino al Daniel que la enamoró, al mismo que conoció entrenando en las instalaciones del Deportivo Coyoacán, al de los triunfos y las medallas, al que le prometió llevarla algún día a Cuba a recorrer La Habana y saludar a Fidel, y que finalmente esa mañana de septiembre, para ella, había muerto como su suéter azul al que nunca, nunca más volvería a ver.

A Daniel le duele la espalda, se ha tenido que acostumbrar a manejar su taxi con una rodillera mecánica que le sujeta parte del muslo y que a mediodía, sobre todo en primavera y parte del verano le quema

la piel; le duele la espalda y el corazón, aún no se acostumbra a pasar por la zona donde estuvo el Hospital Juárez, como tampoco se acostumbra a pasar por Ayuntamiento. En la medida de lo posible procura evitar las dejadas que lo acerquen a la colonia Obrera. Pero ¿qué hacer?, si sus necesidades económicas son tremendas, los medicamentos para el dolor son cada día más caros y a Marisela le urge una silla de ruedas nueva, en julio próximo él tiene programada una nueva intervención quirúrgica que, con suerte, le ayudará a recuperar un poco la movilidad de su pierna izquierda, y para colmo hay que renovar el tarjetón y la revista del taxi.

A Marisela no le importa o al menos finge no importarle mucho, el hecho de no haber podido cumplir a su madre la promesa de tenerle un jardín pequeño en donde sembrar sus rosales, tampoco le importa no sentir el césped bajo sus pies descalzos, ni salir a caminar por Ayuntamiento como solía hacer al volver de comer o de trabajar; no le importa mucho, o al menos finge no importarle, con tal de estar al lado del hombre al que ama, de “su” Daniel, al cual aún cree ver en esa fiesta, de pie con su traje verde oliendo a nuevo y con el saco manchado de brandy, aún recuerda verse bailar con él hasta la madrugada y su etílica simpatía, sus bromas, su alegría inmensa cuando a unos días del terremoto, le pidió casarse con él.

Daniel no se acostumbra aún a pasar horas y horas formado esperando turno en el hospital de ortopedia, no se acostumbra a tener que recorrer media ciudad con Marisela y su vieja silla de ruedas a cuestas y todo para que le surtan la misma receta con los mismos medicamentos que no le sirven para nada; no se acostumbra a tener que pasar tantas horas en los tribunales repitiendo una y otra vez la misma versión que declaró en cuanto estuvo consciente, y que una y otra vez le han hecho repetir los Ministerios Públicos, los jueces, los agentes de tránsito que atendieron el accidente con el trolebús, y aquellos abogadillos que con tal de no hacerle efectivo el seguro y alegando mil tonterías, decidieron llevar el accidente a juicio, un juicio absurdo que no tiene para cuando resolverse. Él, que tantas medallas acumuló en su juventud, él que tantos récords batió en los anales de la Comisión de Atletas de la Federación de Sindicatos Bancarios, hoy arrastra su pierna y sus esperanzas de conocer Cuba totalmente rotas.

A Daniel le duele la espalda, pero éste no es el dolor al que los taxistas como él suelen acostumbrarse con el tiempo; no, el dolor de Daniel es de otra índole y en parte, tiene mucho que ver con su paso obligado por ciertos rumbos de la ciudad.

Marzo, 2011



## TERREMOTO

María Orlando Rodríguez Herrera

19 DE SEPTIEMBRE DE 1985

7: 19 A.M.

LUGAR: CIUDAD DE MÉXICO.

NOTICIERO MATUTINA: ¡ESTÁ TEMBLANDO!

CATEGORÍA DEL SISMO: 8.1 EN LA ESCALA DE RITCHER.

DURACIÓN: ENTRE 3 Y 4 MINUTOS.

La niña Claudia, de cinco años de edad, ha ido al baño a hacer pipí. Es uno de esos baños con cadena y un tanque encima que al halar ésta hacen un gran estruendo. A las 7 y 19 exactamente tira de la cadena... Y todo empieza a bambolearse, estremecerse, temblar. Como es argentina, nunca había sentido un temblor de tierra. Y grita, para que su padre, el escritor y guerrillero Miguel Bonaso no vaya a regañarla:

—¡YO NO FUI, PAPÁ!

A varios kilómetros de allí, en la colonia San Pedro de los Pinos, la bonita rubia conocida por “La Guera” mira a su esposo, chofer de la ruta 100 y lo despierta, pues tiene el sueño pesado. Como piensan que ha llegado el fin del mundo y por tanto él no tiene que ir a trabajar, deciden hacer el amor por última vez. Otro vecino del viejo edificio, Felipe, instructor de deportes, igual cree que el mundo está por terminarse y tranquilamente pone la radio, a la que es aficionado, y se toma un vaso de agua, algo que siempre recomienda hacer a sus alumnos al comenzar el día.

En el hotel Imperial, de la avenida Reforma, Dinorah, una espectacular mulata que ha venido a bailar mambo con la orquesta de su coterráneo Pérez Prado, decide tomar, si es que puede llegar al aeropuerto, el avión de regreso a su isla. Allá hay huracanes, ciclones, tormentas caribeñas de todo tipo... pero no temblores de tierra, pues ha oído a otros huéspedes que gritan: ¡ES UN TEMBLOR DE TIERRA!

18 millones de personas, más los miles de turistas que cada día llegan de visita al D.F., inician lo que tal vez sea su primera visita al infierno. El terror y el pánico más brutal se ha posado sobre la ciudad, como un ave de presa que rompe, desgarrar, aniquila a familias enteras sin distinción entre edades o sexos.

Los edificios y casas empiezan a derrumbarse, sin darle tiempo a sus ocupantes de alcanzar la calle supuestamente salvadora. Alguien lo compara con el lanzamiento de varias bombas de 500 kilogramos, o una pequeña como las lanzadas por el presidente yanqui Harry Truman sobre Hiroshima y Nagasaki. No hay donde esconderse, pues el terror viene de las entrañas de la tierra.

El tiempo adquiere dimensiones especiales, pues apenas alcanza para que todos y cada uno luche por salvar su vida y la de sus seres queridos. Hijos, padres, ancianos, amigos, animales domésticos y hasta la mata de rosas sembrada en una lata vacía de manteca, con que se pretende alegrar el balcón de la casa.

26 años después me hallo contemplando el monumento levantado en honor de las 15 mil víctimas de la tragedia más espantosa vivida por la ciudad de México actual, cuando un señor se detiene a mi lado y me dice:

—Aquí se levantaba el hotel Regis, que colapsó totalmente. Una de las 500 construcciones que se vinieron abajo aquel trágico jueves de 1985.

Se trata de un señor ya entrado en años, cabellos largos canosos, lentes gruesos, mirada triste y cara de buena persona, por lo que me atrevo a dirigirle la palabra.

—¿Usted vivía aquí en esos momentos?

—SuelocaminarmuchoportodoMéxico,perodesgraciadamente en esos momentos estaba aquí. Además, aquí vivía.

—¿Realmente fueron 15 mil los muertos?

—Nunca logró saberse con exactitud. Es la cifra que oficialmente se dio. ¿Tiene tiempo usted?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por su acento me doy cuenta que es extranjero.

—Bueno, no tan extranjero. Soy cubano.

En el rostro de mi interlocutor aparece una chispa de sonrisa que

de momento borran su rostro de tristeza... y pienso que no es que tenga rostro triste, sino que al contemplar aquel monumento a sus hermanas y hermanos caídos se puso triste. Yo también debo haber tenido algo de tristeza en aquellos momentos.

Y me dice: Cubano... sí, no tan extranjero.

Y ambos sonreímos, entendiéndonos. Y fue tal vez por eso, porque entendió que un cubano no es extranjero en México ni un mexicano lo es en Cuba, preguntó:

—¿Pero vive aquí o en Cuba?

—Aquí, desde 1992 resido temporalmente en México con un documento migratorio que se llama FM-3. Pero voy y vengo de Cuba.

—¿Tiene tiempo disponible? Como lo he visto observando este monumento cómo si se preguntara de que dimensión real fue aquel terremoto de 1985, me gustaría invitarlo a caminar las calles donde se desarrolló la tragedia y contarle, sobre el terreno, como fueron los hechos.

—¡Nada me sería más interesante! Y no digo agradable porque los hechos luctuosos como este no pueden ser, en modo alguno, agradables.

—Vamos, pues —me dijo echando a caminar y yo lo seguí. Caminando a la par por las distintas calles y banquetas me fue relatando.

—Uno pensaba que la tierra se iba a abrir y sepultarnos a todos, mientras los edificios comenzaron a temblar, a bambolearse, a oscilar y a resquebrajarse como si una mano gigante los empujara... y a desplomarse.

—Debe haber sido espeluznante, señor.

—El estruendo que causaban era como para dejarte sordo. Y como si esto fuera poco, entonces llegaron los gritos. Gritos de todo tipo, de dolor, de terror, de angustia, de súplica.

—¿De súplica?

—Como usted debe saber los mexicanos somos un pueblo muy creyente. Y sobre todo las mujeres rogaban a Dios por la vida de sus hijos y seres queridos.

—Entiendo.

—Y era terrible, unido al estruendo de los edificios cayendo,

el de los gritos a todo pulmón de las víctimas. Hubo una señora que gritaba por sus hijos. Un joven intentaba hacerla callar y al no lograrlo, no se le ocurrió otra cosa que ponerse a gritar también.

—Los edificios al caerse, aprisionaban entre sus muros y paredes a los que no hubieran tenido tiempo de ganar la calle. Eran como contenedores del infierno, del cual no se podía escapar. Al romperse las vías de gas, comenzaron a surgir llamaradas e incendiarse los edificios. Los bomberos, no lograban apagarlos, pese a su reconocido heroísmo, pues al mismo tiempo rescataban a heridos y moribundos atrapados adentro. Algunos edificios al resquebrajarse tomaban poses fantásticas.

—Me figuro que el caos sería espantoso.

—La policía trataba de organizar este caos, pero al mismo tiempo junto a los bomberos y socorristas voluntarios salvar vidas.

—¿Socorristas voluntarios?

—Sí, de forma espontánea se iban creando grupos de vecinos y gente venida de todas partes, que ayudaban a sacar heridos de los escombros, llevarlos hasta donde médicos y enfermeras prestaban los primeros auxilios. O hasta las ambulancias que, sorteando los edificios derrumbados trataban de llegar hasta los distintos hospitales. Cuatro de estos, pertenecientes al Centro Médico, estaba también en peligro de colapsar: el Oncológico, el de Traumatología, el Ginecológico y el de Pediatría. Estos dos últimos sepultarían a niños y mujeres. Médicos, enfermeras, camilleros, choferes de ambulancia no se daban abasto, pese a que no descansaban nunca.

—Unos héroes...

—Heroicos, pero el gran héroe anónimo de aquellos trágicos días. Digamos que del 19 al 22, fue el pueblo. Y los jóvenes.

—¿Los jóvenes?

—Se formaron igual que los socorristas, de forma espontánea. La mayoría eran jóvenes, incluso adolescentes, que se fueron organizando en brigadas que iban de uno a otro lado del la ciudad, que lo mismo rescataban a una anciana o a un niño de los escombros, que hacían de enfermeros voluntarios prestando los primeros auxilios. El nombre se lo puso el mismo pueblo: voluntarios. Hay ejemplos de estos muchachos, e incluso muchachas, que serían dignos de quedar plasmado en la historia colectiva del D.F. Usted veía a estos voluntarios y a los socorristas

formando cordones alrededor de los hospitales y edificios derrumbados, con las manos ensangrentadas, horas y más horas luchando por el familiar del prójimo al que ni siquiera conocía. Nunca brilló con luz más alta la condición humana que en aquellos días del terremoto. Por cierto, que un especialista aseguró que no volvería a temblar, y para probar que a la madre naturaleza le importa un comino lo que digan los especialistas, al otro día y el 22, tembló de nuevo. Aunque con menos intensidad.

—Hay que escribir algunas de esas historias colectivas del D.F. que usted menciona.

—No olvide que han pasado 26 años. Actuaron tan generosamente, incluso arriesgando sus jóvenes vidas, que en la satisfacción de haberlo hecho, conservan su más íntimo reconocimiento... o en contarle a sus hijos, los que sean papás y mamás y hasta un posible abuelo o abuela.

—Tiene usted toda la razón... Pero yo he leído en algún lado que no sólo de ciudad México vino ayuda.

—No, claro que no. Desde los pueblos más cercanos acudieron miles de personas al prestar su apoyo humanitario. Aparte de los médicos, habían otro profesionales universitarios que estaban en la calle: ingenieros y arquitectos recorrían los edificios para dar su dictamen sobre el peligro que representaban. Albañiles, carpinteros, electricistas, plomeros, obreros altamente calificados brindaban su trabajo gratuitamente. Creo que en el corazón de los voluntarios, los socorristas, los trabajadores de la salud, bomberos, policías había un idea, un propósito definido: salvar una vida. ¡Salvar aunque fuera una sola vida!

—¿Llegó ayuda del exterior?

—Claro, unos sesenta países enviaron socorro. Cuba, como era lógico, entre los primeros.

—Sí, eso yo lo sabía.

—Mire.... ahora estamos en la colonia Roma: esta colonia fue devastada. Antes pasamos por Tlatelolco. Allí había un gran edificio que se derrumbó causando un estruendo que se escuchó en varios kilómetros.

—Perdón... ¿Cuánto abarcó en redondo en los daños del terremoto?

—Hasta un radio de 30 kilómetros.

—¿Cuántos edificios se derrumbaron?

—Quinientos edificios, sin contar las casas.

—Me figuro los momentos de angustia y pánico y muerte vivido por sus habitantes...

—Los que no pudieron alcanzar las calles a tiempo... porque las calles del D.F. fue sin duda el refugio, salvados de miles de defeños. Apoyados por la solidaridad de miles de mexicanos.

—Yo creo que trascendió el límite de la solidaridad, pues fue como una toma de conciencia ciudadana donde, por salvar una vida, incluso estaban dispuestos a perder la suya. ¿Existe algo más hermoso?

—Sinceramente, no. Oiga, perdone si soy indiscreto... ¿Cómo sabe usted tanto de aquellos días terribles para la capital de todos los mexicanos?

—Porque soy periodista, y como tal, reporté desde el mismo lugar de los hechos, muchos de los dramáticos momentos vividos por nosotros aquí en ciudad de México en aquel septiembre.

—Parece que septiembre en un mes propicio a las tragedias de grandes ciudades, como Nueva York, y sus Torres Gemelas.

—No había pensado en eso... ¿Y usted qué hace, qué tanto pregunta?

—A que no acierta.

—Pero claro... ¡Periodista como yo! Un colega cubano.

—Colega pues.

—Pues sí, colegas.

Y nos estrechamos las manos. Le agradecí todo lo que me había enseñado sobre aquella tragedia terrible del 85. Le brindé mi apoyo y mi amistad, y nos despedimos de nuevo, pues nunca sobra ni está demás un estrechón de manos entre ciudadanos de dos pueblos que tanto se quieren: el cubano y el mexicano.

Y ya se iba el colega y me iba yo, buscando el rumbo que siempre nos trae y nos lleva a los seres humanos en un mundo cada vez difícil de entender, cuando me percaté de que no le había hecho la pregunta que, como supuesto periodista, debía haberle hecho desde el principio. Y la hice:

—¡ Oiga!... ¿Y usted como se llama?

—Mi nombre es Carlos, pero mis amigos me dicen Monsi.

## TIERRA HÚMEDA

Dulce María Romo Zúñiga

Hacia un buen rato que viajaba sujeta con su mano izquierda. Con su brazo derecho trataba de rodear con seguridad los hombros de sus dos hermanos menores que viajaban de pie frente a ella. Los tres realizaban un nervioso vals que los hacía interpretar el movimiento del aquel enorme cuerpo metálico que los albergaba. Cada tarde se adentraban en aquel monstruo anaranjado como muchos otros más que también lo hacían, pero ellos como Pinocho en la Ballena esperaban vivir una nueva aventura, llegar a conocer otro mundo, otra parte de su mundo, algún aspecto espectacular no conocido o algo que antes no hubieran notado antes de regresar a su casa en la misma “bestia”. Disfrutar una nueva experiencia al máximo.

El enorme gusano viajaba por la superficie terrestre calentada tímidamente por los rayos de sol vespertino y pronto se adentró en la tierra. Ya en el túnel el animal seguía vivo, muestra de ello eran los resplandores continuos al paso del tren huyendo de las lámparas dentro del agujero, brillaban a lo largo de ese hueco y ese sonido, el cacofónico aullido del animal que avisaba el arribo a un nuevo descanso obligado en su viaje.

Algunas veces hacían un alto en la primera parada subterránea del gusano metálico llamado comúnmente llamado Metro y antes de seguir el viaje a su destino visitaban el lugar en el que la tierra albergaba una construcción de piedra que sobrevivía como memoria de un antiguo reino, como tímido sello que se mantuvo en pie desafiante al consumo que hizo la tierra firme y después el asfalto de la grandeza de un pueblo guerrero, dominador y dominado.

Esta ocasión continuaron el viaje directo a su destino, al

centro político de su país y de su ciudad. Pronto se escuchó un nuevo aullido del animal artificial mientras todos se apresuraban a salir de ese enorme vientre repleto de gente. Los tres niños conocían la rutina de ese intenso viaje; se hicieron a un lado para no ser arrebatados en ese torbellino de pies, cuerpos y mercancías que prometían someterlos a subir las atropelladamente escalinatas para salir del túnel y encontrarse en la superficie con la joya que prometía exhibirse en pleno para ellos. Quietos y en silencio permanecían cercanos a la pared de ese reino.

Siempre permanecían por algún tiempo dentro de la entraña que había dejado vacía el animal. Su estancia ahí ofrecía uno de los tantos atractivos de la odisea, las imágenes y figuras ahí reunidas señalaban el inicio de la aventura de ese viaje; en los diferentes niveles de ese inframundo las paredes y vitrinas de esa gruta modernista y utilitaria estaban fijadas las imágenes de la infancia, del inicio, del esplendor y de la casualidad de la ciudad de México. Ahí la ciudad se ofrecía como un familiar que enseña el álbum de su vida, sus épocas mozas, su lozanía, su belleza, su majestuosidad, su inocencia, y también sus momentos de sorpresa, de rabia y de dolor.

El ambiente se completaba con los sonidos que llegaban de la superficie y del continuo paso del tren subterráneo que anunciaba con sonidos familiares su constante presencia en el lugar.

Aunque aún era temprana la tarde y la luz de sol iluminaba en pleno, pintando de plata los parabrisas de los autos que circulaban los alrededores de la plaza Mayor, la gente agilizaba sus pasos sobre las calles que recordaban hombres, mujeres ilustres y eventos de la vida de la Nación. Recién empezaba una débil llovizna que amenazaba con humedecer todo lo que se amontonaba en la superficie: edificios, palacios, iglesias, comercios, gente y animales, todo lo que quedaba bajo su manto se impregnó en segundos de un aroma de lluvia, pero el sol volvió a campear.

Aprovecharon la distracción que sufrió la lluvia con los intensos destellos del sol y se adentraron por las fauces de un gigante de piedra, inmenso, magnífico, imponente. El Palacio Nacional los albergó en su entrada central, bien conocida y recorrida por ellos.

En las afueras del Palacio se sentía el tránsito de seres y de cosas que acompañan a la corte citadina, la Corregidora, Correo Mayor,



Moneda y la Plaza de la Constitución como un amplio mantel que en algunas épocas ha sido un mosaico hermoso de colores y formas y en otras tantas albergado el dolor y el sentimiento de un pueblo que lucha por sus derechos.

Esos tres niños recién entraron a la majestuosa construcción que ha sido Palacio, cárcel y Congreso, se engolosinaron de luz, forma y color. Un patio amplio y formado por fuertes columnas se abría hacia el espacio superior, rodeado de pasillos inferiores y superiores vestidos de intenso colorido. El sonido franco y apacible del agua al caer que vertía la fuente que adornaba dicho patio los saludaba como cada tarde en una alegre bienvenida. Caminaron con prisa adentrándose en la majestuosa construcción, atravesando el patio Mariano y el Jardín Botánico para llegar a la parte posterior de la construcción, cercana a la salida oriente de Palacio Nacional; esa tarde el acceso por ésa puerta estaba cerrada. Aunque siempre era un deleite pasar un buen rato observando y tratando de reproducir en sus cuadernos deshojados las pinturas de Diego Rivera que se encuentran en el Patio principal o disfrutar la caída de la tarde en los bellos patios interiores del Palacio, esa tarde había prisa y no era para menos: su madre saldría de trabajar el turno correspondiente y los llevaría al recorrido prometido por la calle de Corregidora.

Esa mañana se había inaugurado la recreación de un tramo de la antigua Acequia Real que iba de la esquina de la calle José María Pino Suárez hacia las calles de Alhóndiga y Roldán, el recorrido en el largo de unas cuantas calles prometía a los niños un viaje por la historia desde hacía más de cinco siglos, desde la fundación de México-Tenochtitlán, en donde hombres y mercancías, monarcas y plebeyos, gobernantes y pueblo, entraban y salían de la ciudad haciéndola suya.

Recordaban en voz alta lo que habían leído en alguna ocasión en la crónica de Bernal Díaz del Castillo; lo escrito por el soldado español, cierto o no, los había impactado; intuían que la fundación de México marcó el comienzo de la lucha contra el agua. Sabían también de otras historias como la inundación que duró varios años sobre la ciudad y cómo se abastecía la población gracias a canales sobrevivientes de la furia de la Colonia. Era imposible rechazar la imagen mental de que alguna vez esa tierra ahora asfaltada había sido humedecida por el agua que salpicaba el chapaleo de los remos utilizados para mover las

embarcaciones de todo tipo y tamaño que habían viajado por esas añejas aguas. Alguna vez habían escuchado decir a su tía abuela que “el agua tiene memoria”, esto es: el agua siempre regresa a donde estaba, regresa a su origen, siempre sabe de dónde es, el agua siempre sabe a dónde pertenece. Y en esos momentos era más nítido el olor a tierra húmeda que les llenaba la nariz y la imaginación.

El “nuevo” canal cruzado de vez en vez por puentes de piedra volcánica, todos ellos flanqueados por uno que otro edificio colonial y modernas construcciones que albergaban —y a la fecha existen— oficinas y comercios, guardaban un brillo de espejo en el fondo, los amplios pasillos laterales invitaban al paseo a pie y a detenerse en la contemplación de ese espacio que invitaba a disfrutar del momento; el reflejo del sol hacía a los niños entrecerrar los ojos y contemplar mágicamente las imágenes que salían de su deseo de sentir la vida de ese canal. La hermana mayor dijo: ¿Ven algo...? Ahí, en el agua... o, ¿qué se imaginan?

—Yo veo unos patos... es la mamá seguida de sus patitos... dijo el menor, tratando de apoyar su barbilla en el filo de la construcción de piedra que se alzaba frente a él y era cierto, quien sabe de dónde habían salido pero ahí estaban. Esa tarde la naturaleza daba muestras de su memoria.

Después de unos minutos de mirar en silencio el segundo de los tres niños dijo seriamente, dirigiendo su dedo índice hacia el oriente:

—Yo veo como entra por allá atrás una chalupa, llena de flores y verduras, un hombre indígena la viene moviendo en el agua con una garrocha y en el frente una mujer sostiene a su hijo... vienen a vender sus mercancías desde Xochimilco, ojalá vendan todo...

Es impactante, sólo cuando miras con los ojos de la imaginación todo es tan claro; en el momento que el aire forma estelas en la superficie del agua y los sigues con mirada infantil, como si todo lo que te imaginas fuera verdad, entonces, de verdad lo ves. Casi podían tocar con las manos extendidas las olorosas flores que pasaron flotando en la “chalupa mágica”.

En ese momento la madre les dijo: “Tenemos que regresar a la oficina, me esperan en el Conmutador para entregar las llaves, vamos a subir a Palacio, por favor”.

“Mamá, por favor no... Sube tú, aquí nos quedamos... Ándale, no nos pasa nada, si llegamos solos hasta acá, tu sabes que no nos pasa nada...”; suplicas mal escuchadas y camino con prisas.

“Nada, nada, a andar... aquí va a estar para siempre... luego volvemos a venir, además no me voy a tardar”.

“Mañana...” parece que fue el acuerdo silencioso y secreto de los tres niños al mirarse uno al otro mientras trataban de ponerse al paso de la madre.

Eran ya las seis de la tarde, la guardia presidencial hacia los honores a la Bandera en la Plaza de la Constitución. El estruendo marcial de trompetas y tambores retumbaba sobre ese cuadro de piedra y el himno nacional se escuchaba orgulloso y fuerte. Todo transeúnte de la Plaza, de los portales, la Catedral y el edificio del Ayuntamiento detenían su camino para honrar el acto cívico vespertino.

Los niños y su madre esperaron ver pasar la marcha militar que se adentraba en Palacio Nacional y seguía hasta los patios posteriores del Palacio Nacional. Fueron avanzando atrás de la corte verde hasta llegar a su destino.

Justo en la escalinata que usaba su madre diariamente para llegar a su espacio de trabajo se colgaba la bandera que reinaba en la Plaza Mayor, justo después de haber sido descendida del asta. Doblada y vuelta a desdoblar para que se secase de las lluvias que sorprendían el ondear de sus metros y metros de colores verde, blanco y rojo. La mirada del águila vigilante que colgaba en el segundo piso seguía atentamente a todos los que caminaban por ese descanso de escalera. Era como pasar por un altar; siempre que el lábaro patrio estaba ahí, caminaban frente a él con paso solemne, como quién no quiere despertar la furia de los dioses. Así ocurrió esta vez; caminaron en silencio por el estrecho pasillo que comunicaba el descanso hasta llegar a la salita de servicio, lugar de descanso de las telefonistas de Palacio Nacional. Un dispensador de agua, un ventilador, reproducciones del Dr. Atl adornando las blancas paredes, dos sofás de piel, una mesa de centro, y dos mesas laterales de servicio eran el mobiliario que recibía mudo el cansancio de dos turnos de trabajadoras. Siempre limpia y acogedora esa salita, la mayor parte del día estaba iluminada por la luz natural que entraba por un gran ventanal con barrotes estilo colonial que separaban la vida de la calle

alborotada del ambiente ceremonial burocrático. Algunas veces había servido de refugio al sueño para esos niños, no pocas veces, sobre todo cuando iban al encuentro de su madre a la salida del turno de trabajo y se encontraban con la sorpresa de que debía suplir la ausencia o retraso de alguna compañera. Esa salita también fue lugar de juegos, charlas, y de elaboración de proyectos, de corrección de incipientes copias de los murales de Diego Rivera o dibujos producto de la contemplación de las estructuras monumentales que se erigen en las calles cercanas a Palacio Nacional y por esta vez, sería el espacio del martirio que contuviera los deseos de encontrarse con una parte de sus inquietudes de “viajar por la historia”. Esa ocasión la puerta de madera que custodiaba el cristal del ventanal estaba cerrada.

“Esperen aquí, no me tardo... pero mamá... Mamá, dijiste...”

La madre se apresuraba a cumplir su responsabilidad y se alejaba ya por el corredor haciendo una señal de silencio sobre sus labios. Justo en ese instante se percataron de la lluvia furiosa que se había desatado en las calles y con mayor razón ahora tendrían que esperar a que dejara de llover para regresar juntos a casa.

La calle de Corregidora con acequia o no, siempre era —y sigue siendo— un lugar muy concurrido. Sonido y luces del exterior se hacían presentes a través de los cristales opacos del ventanal. En ese momento sólo se escuchaba el golpeteo del agua sobre la superficie translúcida los cuales cesaron repentinamente.

La mayor de los tres hermanos abrió la ventana y acompañado al chirriar de las bisagras se escuchó una sonora expresión de sorpresa que los niños dejaron escapar; los adultos corrieron a la salita alarmados por la exclamación tan vehemente de los menores. Madre, compañeras y niños se prendieron a la ventana para contemplar la belleza exterior. Afuera había dejado de llover, el aire era fresco y oloroso. En la parte alta de los edificios que bordeaban la Acequia Real, potentes lámparas colocadas para una eterna iluminación del bello paseo provocaban efectos luminosos en el espejo acuoso.

Un cuerpo enorme y oscuro revoloteaba sobre las luces y el agua, era un oleaje de mariposas oscuras de todos tamaños que recorría esa memoria de agua. La majestuosa belleza de esa estampa impone necesariamente reconocer y advertir la maravilla que resulta del maridaje

oportuno entre la naturaleza y la mano del hombre. Se me va el aire.

Sé que quien fue niña alguna vez recuerda aún maravillada ese cuadro instantáneo de arrebató de belleza conjugada, natural, espontánea; sé que en muchas ocasiones de su vida la memoria ha hecho presente ese momento, incluso cuando el cansancio de la jornada de trabajo y el desvelo estudiantil al que se sometía por necesidad dentro del palacio del Gobierno del D.F. en su temprana juventud, allá por los años noventa, le hacía necesario acudir a contemplar por la ventana del tercer piso del edificio la plancha del Zócalo iluminada en plenitud nocturna y añorar bajo el tapete de flores azules el camino de agua que se encontraba señalado.

Escribo estas líneas y el olor de tierra húmeda de aquella tarde aún llena mis sentidos. Fueron épocas muy hermosas. No han pasado cien años, fue apenas en 1982; no está muy lejos la fecha en que mis hermanos, mi madre y yo disfrutamos en la ciudad de México el evento de impactante belleza que les he compartido.

Abril de 2011

## UN PEDAZO DE MI VIDA EN LA CIUDAD MONSTRUO-FÁBRICA

Raquel Campos Miguel

*“Crónica de un corazón roto”, “crónica de una chica citadina”, a la que le gustan los panques...*

¡No, no, no!, por más que pienso ponerle un título a estas letras parece que un caudal de ideas se escapa por la ventana tan rápido como aparecen, algunas me pidieron permiso para salir un momento y jamás regresaron.

¿Por qué habría de empezar con el corazón roto? ¿Tan rápido he de hablar de cosas que parezcan tristes? Y si es así, ¿por qué estas cosas deberían interesarle a los demás? ¿Por qué una crónica como ésta debería permanecer?

Bien, pues, porque poco se sabe de una mujer, pero hablo de una verdadera mujer, una que se precie a sí misma valiosa y luche, muy a pesar de todo, contra la corriente y los convencionalismos. Aunque defiende a capa y espada a las de mi género de que las hay, ¡vaya que las hay!, y saben a qué me refiero con esa frase, mujeres que se devalúan ya sea por quedar bien con todos o simplemente porque les da lo mismo ir por la vida cómodamente, como sea, con un lema escrito en la frente que dice: “me encanta malpasar la vida”.

He de decir que por un tiempo yo pensaba así, pero espiritualmente una va creciendo y va acumulando cierta seguridad, empatía y tenacidad; ahora llevo todo ese paquete conmigo bien amarrado y no salgo sin él.

¿Qué me pasó con el tiempo? Bueno, esas cualidades no las fui acumulando de la noche a la mañana, yo crecí toda mi vida en la ciudad, a excepción de esos inolvidables días de vacaciones por allá, en el campo.

Mi papá conoce a este monstruo y sus engranes mejor que

nadie; no ha pasado días u horas, si no años. Verán, pues, que mi papá trabajó poniendo el orden a sus arterias, cocinando bajo el sol ardiente y el humo que producen los vasos sanguíneos de este monstruo en nuestras vidas; mi papá cocino nuestras vidas cada día, habría de tener cuidado cada vaso, por donde quiera que circulase a los ojos de mi padre no se escapaba nada que no tomará su rumbo.

Mi papá es un icono.

Mi papá siempre fue un pedestal de mi casa, ahora, está sobre uno.

Mi papá se dio tiempo de mostrarnos la ciudad, esos cabos sueltos que escapan como involuntariamente de entre sus venas más indispensables, oasis perfectos y espaciosos, que todavía conservan algo de verde, los parques y el zoológico, pero de lo que estoy más agradecida es que nos enseñó a andar sin miedo por la limousine naranja con sus líneas que entrelazan otros colores.

No se si la ciudad me vio crecer a mi o a la inversa.

Recuerdo que mi primera escuela me parecía ¡tan grande! Y que las coladeras no se abrían tanto como ahora, regalando bocanadas de “aire fresco” o hasta inesperadas explosiones de “chispas y luces”.

Ahora la veo más grande, a ratos más bonita, cuando sus lejanas y temblorosas luces resultan ser una invitación seductoramente irresistible que te embelesa para volver a ella lo antes posible.

La he visto con el tiempo elevarse, más no expandirse.

¡Me ha dado tantos buenos momentos! Es culpable de los malos, pero también de los que en mi corazón siguen acumulándose.

El mundo con sus leyes, esta ciudad se empeña en adoptar algunas absurdas, risibles, quien sabe quien en sus cinco sentidos pudo inventarse.

La ciudad vio mis encantos hacerse más visibles, hasta este punto en el que mi larga cabellera se mueve contra el viento y mis hombros se vean tostados por el Paseo de la Reforma.

Pero también ha sido la culpable de las malas rachas y de un acontecimiento que positivamente encuentro doloroso.

Para llegar a este punto tuve que haber leído tres libros en lo que va del año, el más viejo impreso en 1927 y el más nuevo se terminó de imprimir en febrero de este año. Contrastes, ¡sí!, siempre me han

gustado, no vivo sin ellos en todas las cosas, excepto en las profundidades de mis decisiones y principios en el otro lado de mí, el que lucha contra mí misma, pero volviendo a esas maravillosas lecturas en igual forma saboree cada palabra.

Tuve que llegar a este día en el que veo acumulados de manera sincera y exenta de censura muchas de esas horas que me hicieron verme a mí misma desnuda, descalza y helada, y las del otro lado donde el calor y la brisa fresca se entrelazaron de la mano para hacerse inseparables.

Esos secretos, mis secretos, están vertidos en poco más de 600 hojas, de letras estampadas por mí, en letras cursivas que entrelazan almas, lugares, y cosas.

Nací con un don, una sensibilidad extravagante, pero no de ese tipo “paranormal” esas cosas para mí no existen, más bien con el tipo de percepción como de una antena que capta señales invisibles, casi imperceptibles, yo veo el trasfondo de semblantes, momentos y objetos hasta inanimados.

Quizá parezca soberbio de mi parte o hasta presuntuoso pero así es, no sólo veo a las personas a primera vista si no que descubro mucho de lo que llevan dentro, más aún, cuando tengo la oportunidad de intercambiar aunque sea un par de palabras.

En fin, pero ¿qué acontecimiento encuentro pues tan doloroso?

Partiré por decirles que, después de eso, hubo un cambio radical que se tejió en mi corazón, pensamiento y vida golpeando mi existencia.

Partiendo de una mujer que como yo ama, pues se enamoró del tipo equivocado.

Puede ser entonces que si me enamore de él no sea tan equivocado, pero el caso es que no ocuparé los diálogos para hacer notar “sentimientos”, si pudiera expandir ese caudal de emociones como una tela sobre el océano, no me alcanzaría, para mi corazón hay más que eso.

Se agita, grita y corre al mismo tiempo.

Cuando lo vi la primera vez no me pareció nada fuera de lo común, el tipo es poco más alto que yo, tiene unas manos muy poderosas y fuertes, que rematan una sonrisa perfecta, pero conforme pasó el



tiempo empecé a sorprenderme pensando en cómo estaría, más bien pasó externamente, como cuando uno empieza a imaginar a la persona de una o de otra manera.

Nos vimos pocas veces, pero las noticias que constantemente recibía de él, robaban cada vez más mi atención, y tuve que aceptarlo, el realmente me gustaba.

Todo inicia de admirar sus buenas cualidades y su forma de enfrentar la vida, yo sabía que era trabajador y algo en él lo hacía especial; caballerosidad, diligencia y sentido del humor, entre otras cosas. Es noble, sonrío, es paciente y dice las cosas como son, es una parte bien opuesta a mi, a lo que soy, y no porque yo no tenga estas cosas que arriba mencioné, estoy partiendo precisamente de lo que tenemos en común, es porque él tiene lo que yo no tengo o lo tiene en mayor medida que yo.

Veo cosas que los demás no ven en él, porqué no sé si existan o sean imaginarias, pero las veo porque le amo. ¡Además es muy valiente!, cuando encaro algunas tormentas que a cualquiera le hubieran robado la razón y las ganas de vivir, el creció como una enorme ola. Y no es la clase de amor obsesivo y egoísta que se confunde con un capricho, es aquel que enriquece, del que pocas veces existe, del “raro”, que no busca con vehemencia saciar la sed con sus labios, si no viendo su sonrisa, con el crecer de su espíritu, esa clase de amor que se necesita con las manos, el corazón y la mente limpios.

El mundo debería emanar al menos un poco más del de esa clase.

Impulsiva, intempestuosa, así soy yo. Me gusta el arte, el impresionismo, escribo a mano, letras cursivas y todas esas cosas ya lo había mencionado.

Un buen día (¿o debo decir malo?) después de tanto y tanto verlo pasar de mi lado sentí un fuego correr por mis venas.

El mismo que me llevó en menos de una tarde a suponer que si le decía lo que me estaba pasando yo iba a descansar, ya no cargaría más con eso, es más, tal vez las cosas serían diferentes.

Y se lo dije.

Sí, se lo dije.

¿Cómo? ¿Cuándo?

Después de eso, salí corriendo, pero no se puede huir de uno mismo, así que entre él y yo empezó a construirse un puente de comunicación más abierto, más cálido.

Hasta el momento en el que llegó alguien a su vida, la mujer que se convirtió en su vida.

Estoy segura de que hubiera sido yo, pero uno no puede entregar algo que alguien no se merezca, no hay manera cuando no se valora y menos se cuida, pensando que siempre estará ahí.

Cualquier mujer puede permitírselo, cualquiera, pero yo no soy cualquiera.

Por mucho que le ame hay cosas que una no debe permitirse.

Se lo dije porque así lo sentía en medio de esta ciudad atribulada, en el centro de la conmoción de un ir y venir de gente que trabaja.

Pude decírselo bajo esa nube matutina de frescura fragante o quizá una tarde en el Periférico, o en medio de una manifestación, probablemente tras la puerta que se cierra después del timbre, o pudo ser mientras limpiaban el parabrisas en el semáforo o mientras aquel se pasaba el alto, es hilarante pensar que en medio del caos se asoma un halo sublime de amor puro. Se colocan las manos sobre el pecho tratando de que no se le escape una pizca, pero yo dejé que se asomara completamente.

Imaginen cuándo y cómo fue en cualquiera de sus formas, la que más les guste.

Las cosas importantes o se dicen, o se escuchan sólo entre los oídos. Como sea, hay una certeza, él me escucho, y lo supo en esta ciudad.

Después de eso me retiré, y también se convirtió en algo más civilizado, aunque por el momento no puedo librarlo de eso, es mejor así, aunque él me pidió que no lo hiciera, tomé la resolución y nada pudo detenerme.

Nada tengo que hacer en medio de dos, y vaya que dolió, duele como un montón de agujas calientes atravesando tu cuerpo, len-ta-men-te.

Gritar que se ama a alguien con ese nivel de amor y que ese alguien sea el primero en escucharlo es una de las crónicas que deben permanecer, y es de lo más difícil de moldear.

Es un respiro cuando se lucha con este monstruo-fábrica todos los días, cuando se sobrevive a la portada del periódico o se busca un empleo, cuando se mira sin punto fijo.

Se puede respirar más tranquilo sabiendo tomar tu lugar con dignidad en vez de no tener ninguno.

Hoy es el ombligo de la semana, se supone, en teoría los miércoles el boleto de cine es más barato, y que el día se pasa rápido para pasar al jueves, tengo muchas cosas en mi cabeza, a las que le doy vueltas como un ratón en su jaula, dentro de ese engrane que gira, gira y gira. Por cierto ya pasa de medianoche y no puedo dormir.

A mis 27 ya conocí a gente realmente mala.

La vida es como una rosa, a veces si la quieres ver así, “piensa positivo y te irá bien, “suerte”, en fin. . . Frases triviales, gastadas, y aún pienso que, a pesar de todo las personas valen la pena por el simple hecho de ser personas.

A mis 27 me siento feliz cuando veo los ojos de mi sobrino mirándome, cuando mi hermano me abraza sin pedírselo, cuando me pregunta cómo me fue y le digo “bien” a pesar de que tuve un mal día.

Hoy me sentí feliz.

Siempre le compro el diario en las mañanas al mismo señor en el pasillo del Metro, pero no lo compro porque me encanten las páginas que escurren sangre, si no porque el señor no ve, porque lucha vendiendo las noticias y palpando monedas sentado en el pasillo entre la línea de mujeres y niños menores de 12 años, porque me parece que hace un esfuerzo de proporciones míticas y, a pesar de todo, quién sabe cómo le hace para siempre ser amable, me despierta ese lado blando que está al pendiente cuando no lo ve.

—¿A ver, poli, escuché que lo encontraron en la calle, lo balacearon? ¿O qué le pasó? —Pregunta el señor que no ve.

—Sí, mano. A ver, dice: mi-érco-les 2 de marzo. Méxi-co defe. El cu-er-po de un jo-ven de a-pro-xi-ma-da-mente 25 a-ños, fu-e...”

Me sonreí tan sólo de ver al oficial leer la nota al pobre ciego, con poca menos dificultad que él mismo.

De regreso, me encuentro con que ya no hay en mi bolsa dinero, el dinero se acabó y tengo como dos pesos en el móvil, al menos para mandar un mensaje; recuerdo que mi mamá dejó pegado el recibo de

la luz en la vitrina junto con el dinero, porque aquí en casa cooperamos todos como se pueda.

Hay un billete de 50 pesos, entre otros, con esto gano tiempo ya lleva ahí una semana ni quien lo note.

Lo tomo, necesito llamarle a Alina urgentemente para ver cómo va lo de mi solicitud para el trabajo, así que voy...

Haciendo un resumen de las malas rachas de las que encuentro culpable a esta ciudad; hubo un tiempo en que me quedé sin trabajo, sin liquidación, sin los niños a los que daba clase, con los cuales me llegue a encariñar y a los que sigo queriendo con el alma, sin mi proyecto de trabajo, que se quedó el director y que ni siquiera va a usar, porque no sabe cómo hacerlo, y me quedé sin él, pero de él ya había hablado, ¿no? Eso me hizo descubrir que no tengo competencia, me rebajaría si pensará de esa forma, pues no me comparo con nadie.

Te decía, me quedé sin muchas cosas, y casi sin mi cámara también, porque estuve a punto de venderla, pero no encontré a la dueña del local que me dijo que la compraría y ¡ni modo! (¿afortunada o desafortunadamente?).

Pero, ¿qué se hace en casos como éste?

La parte más difícil fue ser valiente y ver mi realidad tal y como es, sonreír a pesar de ello, y no sentir lástima de mi, a pesar de tener como presupuesto 50 centavos; bueno, no, honestamente 1.50 pesos, porque ese día encontré una moneda de a peso debajo de la cama.

No puedes rendirte.

Habría que pensar que viene algo mucho mejor para mi, no sé cómo, no sé qué, pero de que viene claro que sí! Y no puedo cansarme.

Creo firmemente en Dios, y la parte más difícil, es tal y como dice esa leyenda estampada los billetes verdes americanos, confiar en Él, en ese ser que más allá de una figura, para mi es un ser espiritual que no causa las cosas malas, las permite con un propósito.

Y es que, luchar contra la corriente no es fácil, en pleno siglo XXI, la verdad no me importa ir contra lo convencional(de hecho, a veces pienso que no soy normal, ¡jajaja!).

En ese aspecto definiendo lo que pienso y lo digo con respeto, aunque a veces eso me meta en problemas.

Pero bueno, ¿cómo se sobrevive a este monstruo y sus engranes?

¡Hay tanto por hacer!

Me encanta ver el sol y pensar en el mar, cuando paso un momento así, es necesario también hacerlo cuando el dentista me pone anestesia y tengo que poner mi mente a raya y cerrar mis ojos ante la maldita aguja bastarda; por cierto, él no sabe de ese punto de fuga.

A todo esto es más lo que tengo que agradecer, mi familia, mi salud, amar, (aún sin ser mutuo, todavía no, al menos por ahora no, ¡jajaja!), y las ganas, energías y capacidad para trabajar y luchar por lo que quiero, por tener metas bien definidas y sobre todo dignidad y respeto por mí misma.

Lo mismo he disfrutado de una buena comida en un excelente restaurante hasta de unos buenos tacos, de mandar a la... al que se propasa conmigo, pero mantenerme impecable y pararle el alto firme comportándome como una dama, y a veces ¿por qué no? Darme permiso de ser insensata, de perder la compostura... de equivocarme.

Si también tengo miedos, lloro y me hago la fuerte pero, al fin y al cabo, mujer.

Y tan sólo por eso soy afortunada.

Último libro leído: Hace una semana, La alargada sombra del amor de Mathias Malzieu que me regaló una de las frases más hermosas que he leído: “No cedas a la desesperación, ¡sueña!, y si tus sueños están rotos, ¡pégalos! Un sueño roto bien pegado puede llegar a ser más bello y sólido.”

Hoy me tomé un café frappé, que me invitaron, me dolió la cabeza de lo frío.

Y mirando el movimiento interminable de la ciudad, con mi mochila a los hombros y mis audífonos, escucho lo nuevo de Maná...

## UN REFLEJO OSCURO DE LA CIUDAD

Sergio Vicario García

Hablar de la Cárcel de México o Lecumberri como una de las prisiones más significativas de la ciudad (y del país) es hablar de la primera prisión “moderna” del estado mexicano. Ésta se construyó y estuvo en funcionamiento justo en la transición del México rural al urbano, por tanto guarda una historia paralela (triste, si se quiere considerar así), de lo que sucedía en la capital y en el ámbito judicial y penitenciario, por demás político, durante la primera mitad del siglo XX y un poco más; Lecumberri no sólo era la cárcel de la ciudad, sino su institución punitiva y de coerción y su reflejo, por ello hacer una crónica de la prisión es, de algún modo, hacer la crónica de algunos sucesos delictivos y hechos políticos que impactaron a la capital.

Lecumberri, en lengua vascuence significa: “lugar bueno y nuevo”, y era el apellido del español que vendió esos terrenos cercanos a la extinta estación de San Lázaro; y que se escogieron por estar apartados de la ciudad. A partir de 1885 se inició el proyecto de construcción. Se cuenta que una vez que Porfirio Díaz acudió a visitar la “recién” remodelada Cárcel de Belén, dijo “que había quedado bien la vecindad”, y es que Belén era eso, el cascarón de un inmueble colonial venido a menos, ahí, donde una vez estuvo el colegio de recogidas “Belén de las mochas” se había adaptado para ser una prisión verdaderamente insalubre; entonces el hacinamiento era evidente, los presos que habían cometido todo tipo de delitos estaban mezclados entre sí, lo mismo por un robo menor que por un homicidio. Así que, por evidentes razones de falta de espacio e influenciado por las ideas de los positivistas y el deseo de paz social, además de los cambios que hubo al código penal, Porfirio Díaz instruyó para que se edificara una nueva penitenciaría, quedando lista para su inauguración el 29 de septiembre de 1900. Pasadas ya las celebraciones del fin de milenio.

Vista desde fuera, la construcción es una mole de piedra maciza que simula una fortaleza de más de 15 metros de altura, colosal y sombría; aún conserva su fachada de estilo clásico con almenas y una torre en cada lado, a modo de un castillo, sobrio e imponente. El portón de hierro macizo durante mucho tiempo conservó el color verde oscuro y por ahí pasaron miles de personas, reos, convictos, abogados, mujeres, niños, policías, burócratas y artistas, hasta que tras setenta y seis años de funcionamiento fue cerrada y, años después, remodelada para albergar el Archivo General de la Nación. Entonces, ahora acuden académicos, curiosos, investigadores y viejos presos que evocan aquellos días en desgracia.

Muchos años después la penitenciaría habría de ser conocida como El Palacio Negro, porque fue también lugar de infamias, injusticias y múltiples vejaciones, tanto para los presos como para sus familiares que ahí acudían.

La ciudad en la primera década del siglo XX, era realmente pequeña, y con escasos trescientos cincuenta mil habitantes (en todo el país había tres millones y medio de personas). Los límites de la ciudad correspondían en buena medida a los trazos de la época colonial, aunque existían asentamientos de origen prehispánico. Al sur llegaba hasta la Fuente de Salto del Agua, al norte, terminaba donde estaba el Río Consulado; al poniente llegaba a la Ciudadela, (de hecho, el paseo Bucareli, junto con la Alameda y la Plaza de Toros, que estaba por donde ahora está el edificio de la Lotería Nacional, eran los lugares para el esparcimiento preferidos de los capitalinos); finalmente, al oriente estaba el Canal de la Viga y Candelaria de los Patos; ya más alejados, los diferentes pueblos: Peñón de los Baños o Texcoco, y al sur, Coyoacán, Mixcoac, San Ángel, Chimalistac, Tlalpan, Xochimilco, Iztapalapa y Cuajimalpa, mientras que para el poniente estaban: Tacubaya, Tacuba, o Santa María la Ribera y San Cosme y al norte Azcapotzalco, San Simón Ticomán y los asentamientos de la Villa, entre otros.

A principios de siglo se fueron fraccionando las colonias Condesa y Juárez; luego a finales de 1910, la colonia Roma, cuando se inauguró también el Ángel de la Independencia. Si bien ya existían colonias populares como la Guerrero, Tepito y Morelos, y pueblos, además de los mencionados, la ciudad no era ni la cuarta parte de lo

que es hoy en día. No había edificios y sí en cambio, enormes terrenos des poblados y los lagos: Texcoco y Chalco.

Cuando se inauguró la cárcel, los primeros presos que llegaron provenientes de Belén causaron alboroto entre los ciudadanos, incluso, asistieron familias a ver dicho traslado, (hay grabados de Posada que dan cuenta de eso), así, la penitenciaría de México o Lecumberri pasó a ser la prisión porfirista por excelencia. Si bien en 1905 se inaugurarían Las Islas Marías, y aún estaba en funcionamiento la cárcel militar de Tlatelolco (de donde se evadió Francisco Villa, que también fue preso en Lecumberri al igual que Felipe Ángeles), y el fuerte prisión de San Juan de Ulúa, esta nueva prisión que contemplaba albergar a menos de 100 presos, incluyendo mujeres y jóvenes infractores, pronto fue insuficiente. El costo de la paz social porfirista fue a costa de mandar a los opositores al régimen a vivir tras las rejas y a podrirse literalmente en las mazmorras.

En ese periodo, otras obras fueron inauguradas, entre estas, el manicomio de la Castañeda, y otras más quedaron inconclusas, como el Palacio Legislativo (hoy monumento a la Revolución) o Bellas Artes, edificación que fue terminada hasta 1934, aún conservando su diseño art decó y art nouveau que había importado la élite porfirista tratando de emular la influencia europea.

Con el advenimiento de la Revolución hubo una liberación de presos, a causa de la leva, pero otros llegaron a ocupar su lugar a Lecumberri, entre estos: Madero y Pino Suárez que fueron ultimados en la barda del extremo oriente, durante los sucesos del golpe militar de Huerta en 1913, en la llamada Decena Trágica.

Lecumberri seguía siendo la penitenciaría más importante del país. Poco a poco a su alrededor se fue urbanizando, la ciudad crecía y todos aquellos parajes como los llanos de Balbuena o el potrero de San Lázaro se transformaron. Ahí estaban el leprosario y también la antigua estación de ferrocarril, ambos ya desaparecidos, además de la conocida fábrica de loza del Ánfora, y las colonias populares como Morelos y Penitenciaría fueron ampliándose.

Algo notable de esta penitenciaría fue sin duda el sistema panóptico que el europeo Jeremías Bentham proyectó décadas atrás y que consistía en colocar una torre al centro para vigilar cada una de las crujías



que, en fila, la circundaban, en forma radial. Sergio García Ramírez, insigne director de Lecumberri, apunta en un estudio introductorio a El estado de las prisiones en Inglaterra y Gales de John Howard, que el crimen sigue al hombre como la sombra al cuerpo, por tanto, el castigo o la condena. Quizá el ser humano pervive junto al delito, como un Dr. Jekyll y un mister Hyde con nosotros. Lecumberri, en el siglo XX, fue un sinónimo de la infructuosa necesidad de acabar con la delincuencia y tratar de reintegrarla a la sociedad, no obstante la severidad con que eran tratados los reos, pues al principio estaban completamente aislados, en penitencia, sufriendo el silencio y la soledad.

En los años veinte, la ciudad recién recobraba la calma del levantamiento revolucionario. Habían surgido nuevas colonias populares como la Obrera, Tránsito, Morelos y más alejadas, la Portales y Nativitas, entre otras. La arquitectura revolucionaria modifica el paisaje urbano, en 1910 éramos 716 mil habitantes. La radio comenzaba a desarrollarse y el cine también, así que nuevas diversiones atraían la atención a la gente. El tranvía sustituía a los carrromatos tirados por mulas y aparecían cada vez más automóviles y nuevos edificios, como el de Correos en el centro de la ciudad, en 1912, o la ampliación del mismo Palacio Nacional, por esas mismas fechas. El canal de La Viga, aún era recorrido por canoas que transportaban mercaderías y legumbres del sur hacia la zona de La Merced (en las calles de Corregidora y Correo Mayor, aún hay vestigios de las antiguas acequias).

El incipiente crecimiento urbano atrajo nuevos problemas ante la falta de servicios: agua, drenaje, saneamiento, pavimentación; los garajes van sustituyendo a las caballerizas. “Entre 1922 y 1927, la gran operación de saneamiento para combatir el tifo llegó a modificar la estructura interna de la ciudad. Se desalojaron grandes espacios centrales, se demolieron viviendas antiguas, se ocuparon viejos inmuebles coloniales como vecindades y se abrió paso a las nuevas edificaciones modernas de carácter comercial que modificaron a la ciudad” (Asamblea de ciudades). La constante migración del campo a la ciudad provoca un crecimiento desmedido y, por supuesto, esta situación atrajo nuevos problemas sociales: entre estos, las constantes peleas y robos con violencia. Recordemos que además, por toda la capital proliferaban pulquerías y algunos bares (de herencia francesa, posteriormente serían

las cantinas). Por lo mismo, “el sistema penitenciario se convertía en instrumento principal de control social, de pena ejemplar para atemorizar a la población pobre que quisiera violentar una moral y un orden social que había logrado paz y progreso. Contra quienes quisieran subvertirlo, estaba la amenaza latente del castigo. Pero se cubrían las intenciones bajo el discurso de la regeneración, pero eso era necesario que fuera ejemplar y capaz de intimidar al revoltoso. Y no podía ser de otra manera porque, a pesar de lo que había alcanzado el país en la esfera social y económica, todavía el pueblo bajo no había logrado asimilarlo, por lo que seguía siendo más propenso al crimen, al arrastrar una vida de miseria y de vicios...” (De Belén a Lecumberri, A.G.N.)

A la prisión de Estado cayeron no pocos opositores al naciente régimen posrevolucionario. Ahí deambularon personajes célebres como José de León Toral, perpetrador del asesinato de Obregón, en el parque de la Bombilla, en 1928. En tanto que la autora intelectual, la madre Conchita, fue confinada a las Islas Marías. A final de los veinte, se consideró que los presos debían tener una ocupación, para poder, efectivamente, reinsertarlos a la sociedad. Así que se abrieron talleres, como el de zapatos y costura, además del de panadería que ya estaba funcionando.

Si en la ciudad corrían vientos de nacionalismo, en la prisión el tiempo parecía detenerse; afuera, Vasconcelos promovía la revolución educativa y luego su candidatura presidencial; Diego Rivera comenzaba a pintar sus murales didácticos nacionalistas mientras la ciudad seguía cambiando y se acercaba a un proceso de industrialización que detonaría en los años cuarenta y cincuenta. Pero entre los años veinte y treinta, la guerra cristera dejaría un fuerte impacto en la vida social, no sólo eso, los saldos de la revolución son denunciados por los escritores de la época, como Mauricio Magdaleno (*El Resplandor*, 1937), Gregorio López y Fuentes (*Arrieros*, 1935) o Mariano Azuela, que en *La luciérnaga* (1932) describe un barrio donde impera la tristeza y un paisaje desolador.

La vida en México transcurre llena de contraste, si las notas de sociales hacen su aparición, la nota roja también da cuenta de los hechos, no sólo de los homicidios escandalosos, como el de Guty Cárdenas (famoso compositor de la época, junto con Agustín Lara), sino también daba cuenta de los homicidios políticos, como el caso de los ahorcados

de Topilejo. (En los primeros días de marzo de 1930, cerca del kilómetro 43 de la carretera a Cuernavaca, inmediato al pueblo de Topilejo, se encontraron varios cadáveres con huellas de estrangulamiento. Si bien la pena de muerte fue abolida en México en 1929, el último fusilamiento fue el José de León Toral, en 1928, en varios estados de la República se siguió practicando, y en México, como en la misma prisión de Lecumberri, era sabido que se seguía practicando la llamada Ley Fuga.) En el centro de la ciudad hubo un impulso comercial, por doquier se abrían nuevos negocios y la gente buscaba estar a la moda; aún la mayoría de los hombres usaban sombrero y las mujeres faldas largas y ya se habían desprendido del uso del corsé. Fueron desapareciendo las calesitas tiradas por mulas o caballos y el automóvil sentaba sus reales, además de los tranvías que comenzaron a tener rutas más largas. Y hacían su aparición los vuelos comerciales a mayor escala. Durante los años treinta y cuarenta, la ciudad se empeñaba en alejar de sí misma la condición campirana, abrieron nuevos y vistosos centros nocturnos y las noches eran, para la mayoría de los hombres, con aún marcado machismo, la posibilidad de las parrandas y las juergas; existían centros nocturnos como: Leda, Waikiki, el Ciro's, La Rata Muerta, el Tranvía, Las Veladoras, el Clave Azul y a estos lugares se sumaban las calles del Órgano, Espíritu Santo, la Calle 2 de Abril, Las Vizcaínas, entre otras, donde se ejercía la prostitución. Además de los prostíbulos o casas de citas, como el de la mencionada La Chata o el de La Bandida.

En las estaciones de radio de la época, genuino termómetro de la sensibilidad musical popular, se escuchaba a Agustín Lara, Pedro Vargas, Juan Arvizu, Gonzalo Curiel, Luis Alcaraz, Alfonso Ortiz Tirado, Antonia Peregrino Toña la Negra. El famoso Cri-Cri, Francisco Gabilondo Soler, compositor de melodías para niños triunfa en la XEW en 1934 y un año después ya su fama es continental. En este mismo año, 1934, fue inaugurado el Palacio de Bellas Artes.

Regresando al presidio, entre otros personajes que tuvieron la desgracia de caer en Lecumberri podemos incluir a Enrico Sampietro, el genial falsificador que en 1938 se fugó de la cárcel tras sobornar a los celadores, sin embargo, fue recapturado y condenado a 18 años más. El general Humberto Mariles, famoso en México por haber ganado la primera medalla de oro para nuestro país en 1948, como caballista

en las olimpiadas de Inglaterra, y quién victimó a balazos a un albañil en un mísero conflicto de automovilistas. Por ahí pasaron, Siqueiros, perpetrador de un cobarde atentado contra Trotsky; José Revueltas, a quien se le reconoce su extraordinaria novela *El apando*. Por cierto, José Revueltas fue un hombre de ideas injustamente encarcelado, no sólo ahí, donde fue varias veces reincidente, sino también en las Islas Marías (léase también *Los muros del agua*, de él mismo); Demetrio Vallejo y los presos políticos del 68, Heberto Castillo, artistas como Juan Gabriel, Alberto Vázquez, o ahí cayó, por balacear a un parroquiano, el “güero” Gil, integrante del Trío Los Panchos. Estuvieron además los ex campeones del box José Ángel “Mantequilla” Nápoles y Rubén “el púas” Olivares, quienes al final la libraron en los juzgados. Los asesinos confesos y carne de cañón, que por robar un pan o una camisa fueron a parar a bartolinas. En *Los huéspedes de la Gayola* y *La Mansión del delito*, ambos libros (o populibros *La Prensa*), de David García, se narran las desventuras de otros tantos. Todavía se recuerda al multiasesino de mujeres Goyo Cárdenas, personaje que estudió abogacía desde la prisión y ejerció en defensa de varios convictos aunque decían que estaba loco. Por supuesto que también hubo mujeres en esa penitenciaría. “Ahí está el caso de Lola ‘La chata’, mujer fea y narcotraficante que comandó a una camarilla de rufianes por ahí de los años treinta, y que llenó las manos de dinero a muchos policías” (David García Salinas, *Los huéspedes de la Gayola*, Populibros *La Prensa*). Y quién puede olvidar a las “Poquianchis”, que en 1964, desde su natal Guanajuato tenían un prostíbulo con jóvenes que, ya vejadas, encadenaban hasta matarlas de hambre y enfermedad. Con todo eso, la situación delictiva que se vivía en la ciudad no era por mucho como la que se viviría después y hoy en día, no existían las organizaciones criminales que provocó el narcotráfico, ni el deterioro social era el mismo, pues aún se vivía bajo una férrea moral y el sistema político era profundamente autoritario.

Después de la expropiación petrolera, México sufrió otra severa retracción de capitales ante la política de Cárdenas de “corte socialista”, aunado a esto, en el otro lado del Atlántico se libraba una guerra que terminaría por implicar a nuestro país. Es la época del cine nacional y nuevos y modernos edificios hacen su aparición así como enormes salas de proyección cinematográfica. Pero la vida en la prisión no se modifica,

al interior, se padece ahora por el flagelo de los traficantes de droga y la existencia de los llamados “mayores”, que no eran otra cosa que reos de la peor ralea y que se les había otorgado un “mando”, para controlar al resto de los presos. Además, en el exterior, la llamada policía secreta, se encargaba de detener y encerrar a cuanto desdichado cayera en sus manos, sobre todo si eran opositores al régimen en el poder.

Muy pronto habrían de caer nuevos presos políticos, entre estos, los del movimiento ferrocarrilero y magisterial (1958) y una década más tarde, los detenidos del movimiento estudiantil de 1968. La ciudad ya era otra, el paisaje campirano había desaparecido, llegaba la televisión a nuestro país y al sur ya se había construido la nueva Universidad, más y modernos asentamientos. Entonces ya éramos tres y medio millones de habitantes, tan sólo en la metrópoli que había crecido caóticamente, pues entre los treinta y sesenta, la ciudad triplicó o cuadruplicó su tamaño.

A Lecumberri le quedarían pocos años de vida. Sin embargo, otras prisiones se estarían proyectando, como la cárcel de mujeres y posteriormente Santa Martha. La ciudad había crecido a su alrededor y más allá. Colonias como la Moctezuma, Romero Rubio, 20 de noviembre, crecían hacia el oriente de la prisión; los viejos ríos habían sido desecados o entubados y la ciudad se acercaba vertiginosamente a ser la más poblada de toda Latinoamérica. Antes de ser clausurada, la fuga de Sicilia Falcón en 1976, por un túnel, puso al descubierto las condiciones abyectas en la que vivían los presidiarios. Al final de su ciclo Lecumberri tendría más de 3000 presos. El último de sus directores fue el penalista Sergio García Ramírez. Esta prisión cerró o mejor dicho abrió sus puertas en 1976, para trasladar a los presos a Santa Martha y luego al reclusorio Norte y Oriente. Y sólo quedó el inmueble como vestigio de un periodo cruel en la vida penitenciaria de México.

## UN ROSTRO DE MÉXICO

Jesús Ortega Rodríguez

Mover a más de cinco millones de personas es una indecible hazaña de la que casi nadie tiene idea ni siquiera por qué ocurre todos los días hábiles en la ciudad de México. Semejante desmesura la realiza el Metro o bien, con todas sus palabras, el Sistema de Transporte Colectivo Metro (STC) de la Ciudad de México.

No es exagerado afirmar que el Metro es una ciudad, incluso un mundo en el subsuelo de la ciudad de México. En ningún otro sitio de la metrópoli se encuentra tanto y tan variado pueblo. Sin embargo, ante las colosales dimensiones de la multitud que se traslada en el Metro, son en realidad muy escasos los incidentes graves que ocurren en las instalaciones del STC. Por supuesto, es imposible olvidar que al menos en cinco ocasiones han ocurrido balaceras, ya sea por intentos de robo o por asesinatos que, con arma de fuego, han atentado contra la vida de los “usuarios”. En la última de éstas, tuvimos ocasión de enterarnos de la acción heroica del obrero michoacano Esteban Cervantes, quien ofreció su vida intentando capturar al asesino del Metro, al que sí logró detener y aislar para que la policía lo capturase. Aunque fuera con el costo de su vida.

A pesar de lo anterior, es justo decir que el Metro es muy seguro, puesto que se transportan más de mil quinientos millones de seres humanos por año y desde 1995 hasta 2011, sólo se han registrado cinco balaceras por intentos de robo o bien por sujetos desquiciados que han disparado contra los llamados usuarios.

Algún día dijo el ilustre escritor Carlos Monsiváis, algo así como que en el Metro, más que en cualquier otro sitio, se encuentra el verdadero rostro de la inmensa metrópolis que se constituye por la ciudad de México y los múltiples municipios conurbados en donde habitan unos 20 millones de personas.

En efecto, en el Metro va de todo. En el Metro viaja el pueblo. Y a pesar de que es uno de los medios de transporte que mayor cantidad de personas transporta en el mundo, a pesar de que con frecuencia nos hemos percatado de que su capacidad ha sido rebasada, es también justo decir que el Metro es el más eficiente y el más barato medio de transporte con que cuenta la ciudad y quizá sea el más barato del mundo.

Sin duda el Metro es el retrato de la megalópolis y en buena medida del país, puesto que la monstruosa ciudad es prolijo muestrario del país entero. Y tan es reflejo del país que en pocos lugares puede verse la pobreza tan desnuda —así como la desesperada lucha contra ella y por la sobrevivencia— como en el Metro.

Ya los pasajeros están acostumbrados a que en el trayecto de una estación a otra, siempre habrá un vendedor o un pordiosero. Siempre. En los vagones del Metro se venden desde alimentos, golosinas, herramientas, instrumentos de oficina, hasta múltiples accesorios para diversas actividades, como hacer maniquiur o pediquiur, trabajos electrónicos o eléctricos, artículos de papelería, juegos de mesa, juguetes, pomadas, medicinas contra enfermedades sencillas como la gripe, artículos escolares, discos de música y de video (pirateados) y decenas de objetos más que suelen cambiar según la época, el clima, la moda o quizá hasta la sobreproducción de algún artículo por parte de los chinos. Lo asombroso son los precios, risible, increíble, grotescamente baratos.

Los pedigüeños son, asimismo, abundantísimos. Desde los invidentes que cantan acompañándose con un aparato de sonido que reproduce la pista musical para interpretar, hasta tristísimos cantantes enojosamente desafinados, descuadrados y sin el menor sentido musical. Pero también hay músicos jóvenes (raramente viejos) que son verdaderos artistas en ciernes si no es que virtuosos ejecutantes e intérpretes, aunque son los menos y también es cierto que desaparecen rápido del Metro porque sin duda consiguen mejores opciones que recibir donaciones voluntarias a cambio de su arte.

No es menos proverbial la vergonzosa costumbre de que muchos hombres hostigan sexualmente a las mujeres. Es difícil no encontrar una mujer capitalina que no haya tenido una desagradable experiencia de tocamientos o fricciones sexuales en el Metro. También hay que decir que no son tan escasas las mujeres que permiten y toleran

(¿será que también las desean?) esas aproximaciones. Es verdaderamente aborrecible que una mujer sea ultrajada por manoseos o fricciones sexuales sin su consentimiento. He visto, una vez, a un hombre —sin duda perturbado sexualmente— entrar al vagón del Metro y (lo juro) con ojos desorbitados, boca casi babeante y respiración fuertemente agitada, colocarse (a punta de codazos y empujones para hacerse un lugar) detrás de una muchacha —que por cierto ni siquiera deslumbraba de belleza— para tocar con alguna parte de su cuerpo el trasero de la chica.

Sé por los periódicos de aquel descabellado sujeto que hundió su existencia en la peor miseria (era un hombre casado, tenía dos hijos, trabajaba como ingeniero) pues incluso llegó a caer a la cárcel cuando fue descubierto por una mujer a la que manoseó y ultrajó sexualmente al ir vestido de mujer y así entrar en los vagones destinados para mujeres en horas pico). No es posible evitar la reflexión acerca de la inmensa miseria sexual de ese hombre para llegar a semejantes extremos y sortear, al final sin éxito, riesgos tan severos.

Los tentadores de mujeres, finalmente, son pobres hombres que padecen una atroz inopia sexual. Son hambrientos sexuales. El apetito, el antojo por el cuerpo femenino es sin duda descomunal, instintivo en la mayoría de los hombres. Pero de ahí a intentar de manera falsamente subrepticia —porque la mujer sin duda siempre se dará cuenta— una palpación, es un acto de indudable miseria aunque no menos audacia. Es como un mendigo que se atreviera a robar un mendrugo a sabiendas de que muy seguramente deberá sufrir un despiadado castigo. Esto ocurre con frecuencia: una mujer grita furibunda y abofetea a un pobre imbécil que perdió los límites y manoseó a la dama o quizá la haya friccionado de una manera que logró hacerla sentir terriblemente ofendida. En el trasfondo de la actitud del palpador está una muda súplica de que la mujer se haga de la vista gorda y lo deje gozar del tocamiento (“tocar el cuerpo de una mujer es tocar cielo”, dice el gran poeta romántico alemán Novalis). También pudiera estar una actitud autoritaria, impositiva, intimidatoria. Ante lo cual las mujeres deben tener el valor de, en efecto, abofetear al abusivo. En el caso del miserable que desea tocar buscando la complicidad de la mujer me hace recordar que la gran escritora francesa Margarite Duras confiesa en un texto que en cierta ocasión, cuando ella era joven (y ciertamente bella), en una conferencia



que ella apreciaba de pie en un auditorio repleto, un sujeto se le colocó detrás, repegando su pene contra las que sin duda serían lindas nalgas de la escritora, exactamente como ocurre en el Metro de la ciudad de México. La Duras cuenta que volvió su vista por un instante al rostro del atrevido y encontró un doloroso gesto de súplica, de insoportable vergüenza, de miseria sin duda que, ella, misericordiosa, confiesa haber pensado para sí, “pobre hombre. Debe ser un desesperado incapaz de ganarse el afecto de una mujer que lo deje acariciarla. También tiene derecho a disfrutar”. Y nos cuenta que se hizo la loca y permitió durante toda la conferencia que aquel anónimo hambriento sexual se solazara, se consolara con las formas del que suponemos, habrá sido un hermoso *derrière* de la gran escritora.

Ante tanto hostigamiento sexual que repetidamente han denunciado las mujeres, en la actualidad hay ministerios públicos en varias estaciones del Metro, en donde las féminas pueden asistir a denunciar a los abusivos en las mejores condiciones para ellas, sin confrontar a los abusadores, sin preguntas incómodas ni hostigamientos de otros tipos por parte de las autoridades, circunstancias de las que solían quejarse siempre las ofendidas. En la ciudad de México se han aprobado leyes que defienden amplia y consistentemente a las mujeres contra esta clase de agresiones. Pero también es imprescindible cuidar los excesos. Sé que pretendió aprobarse una cláusula de una de las leyes de protección contra el hostigamiento sexual a las mujeres, en la que se punía las miradas lascivas. Creo que es difícil clasificar una mirada. E igualmente ignoro si mirar de cierta manera, por más lascivia que pudiera imprimirse en la mirada, llegara a dañar a una mujer.

Recientemente se ha hecho costumbre evitar la ocupación de los tres últimos vagones de los convoyes del Metro después de las diez de la noche. ¿La razón? El hecho de que se comprobó que parejas de jóvenes (homosexuales, pero también heterosexuales) realizaban diversos actos lúbrico-sexuales —si bien de común acuerdo y entre adultos: palpaciones y caricias en desnudez parcial e incluso placeres orales aprovechando la soledad, el vacío de pasajeros en estos vagones en las horas finales de servicio del Sistema.

También agreguemos que —en el Metro como muestrario de la realidad mexicana— es posible notar que la gente está triste,

terriblemente triste y desesperanzada. En las mañanas, en medio de los tumultos, sorprende la cantidad de personas que van durmiendo (hay quien incluso ronca) o al menos dormitando. Lo que asombra es que el número de los que dormitan de pie es apenas menor que el de los que lo hacen sentados. Las imágenes suelen ser un tanto desoladoras cuando duermen desamparados, cabecean de pie; pero no lo son menos cuando van despiertos, sumidos en pensamientos que parecieran ser sumamente tristes. En el Metro no hay gestos faciales relajados o vagamente risueños, lo común son los ceños endurecidos, las miradas desoladoras, las posiciones rígidas y los rictus de fatiga. Pues ocurre que no es necesario ser un analista sociopolítico para estar al tanto de que los salarios son bajos como nunca en la historia reciente de México y la gente tiene que trabajar duramente al menos dos turnos u horarios al antojo de los patrones, quienes están viviendo la gran revolución empresarial a costillas de los salarios de hambre para los trabajadores. Las razones para la desesperanza, el enojo, la tensión y el descontento están más que a la vista.

Los pedigüños, los cientos de vendedores llamados vagoneros, los músicos, el gran número de comerciantes que se colocan en los sitios próximos a las instalaciones del Metro corroboran lo anterior, México está sufriendo una grave crisis de empleo, pero más, de gran pobreza económica, de educación (no es menos indicativo observar lo que la gente lee en el Metro: los periódicos más baratos (y peores) del mercado, pues a duras penas incluyen noticias, pero abundan en anuncios comerciales, muchos de éstos anuncian productos milagro o bien ofrecen servicios de brujos, sujetos autonombrados chamanes, hechiceros más un enorme número de mujeres más algunos hombres que brindan servicios sexuales a cambio de dinero).

No es tan raro encontrar personas que leen libros, en especial en la línea 3, que circula hacia la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero la gran mayoría de la gente que lee en el Metro trae pasquines que muestran historias de sexo que si no fuera por el fondo serían en realidad cuentos infantiles. No es tan escaso también el número de personas que se “informan” leyendo revistas de chismes entre “artistas” de televisión, como *TV y Novelas* y otras. Lo asombroso de esas publicaciones es su espectacular diseño, la formidable calidad del papel y la impresión en

rotundos colores y más que nada, la monstruosa cantidad de basura informativa que ofrecen. Lo que lee la gente en el Metro es un doloroso indicador de que el promedio de nuestra educación es paupérrima y de que la cultura se encuentra en situación aterradora, por más que México sea un grandioso productor de arte y de cultura, además de tener una tradición de creadores artísticos de más de tres mil años.

Desde hace muchos años los sucesivos gobiernos han castigado la promoción de la cultura, dejándola sin recursos económicos; los programas masivos de lectura de nivel literario no existen, el apoyo a los artistas es notorio por su ausencia y muchos intelectuales y artistas, si no están uncidos al poder, vendidos a éste, se encuentran en lamentables circunstancias económicas y tienen que trabajar en otras actividades que les quitan el tiempo, a veces todo el tiempo que podrían dedicar a la creación de arte o al oficio de inteligir sobre nuestra realidad.

El ambiente del Metro cambia mucho cuando el horario no es de los trabajadores sino de los estudiantes. Los chicos viajan en grupos alharaquientos, alegres, risueños y juguetones. Son las horas felices del Metro. Otro ámbito peculiar en algunas estaciones, como Hidalgo, Revolución e Insurgentes es el hecho de que suelen abundar grupos de jóvenes parejas homosexuales, ya sean femeninas o bien masculinas que, libres por fin de prejuicios y miradas de reprobación, se dedican al sano deporte del faje, entiéndase apasionadas sesiones de abrazo-beso y arrumaco a la vista del mundo. Aunque también proliferan un poco los sexoservidores, chicos atrevida y exhibicionistamente vestidos de chicas.

Ciertamente, en el Metro es notable el individualismo, la escasez de solidaridad, pero esto tiene sus límites. Es común que los hombres jóvenes o maduros no cedan el asiento a las mujeres de sus mismas edades. Aunque hay que reconocer que es igualmente difícil que no lo cedan a ancianas o mujeres que llevan niños pequeños. De igual manera, cuando los vagones están casi llenos de gente, los hombres que quedan al límite de las puertas se ponen tiesos para que los que tratan de entrar se desanimen con la resistencia a pesar de que los de afuera ven que en el interior del vagón haya claros en donde pudieran haber unas cuantas personas más. Pero en las horas pico y en las estaciones donde cruzan líneas los tumultos por entrar al Metro —todo el mundo tiene prisa por llegar

a su trabajo— venzan más o menos brutalmente la resistencia de los que no dejan entrar. No es raro que ocurran circunstancias muy similares a los choques que forman parte de las jugadas de fútbol americano cuando hacen contacto las líneas de golpeo. También es común que cuando una “infame turba” se abalanza a ingresar en un vagón, no dejen salir a un solitario que es arrastrado por el tumulto hasta el fondo del vagón.

En el Metro como en ninguna parte de la ciudad —ya se ha dicho— se encuentra el más amplio muestrario del pueblo raso. Es ahí donde mejor que en cualquier sitio, se palpa el sentimiento de la gente. E igualmente, es en el Metro donde se nota el sufrimiento, la pobreza y el gran esfuerzo que realiza el pueblo mexicano. Es visible que la gente lucha con inmenso denuedo que es tolerante que tiene un sentido, diríamos instintivo o quizá más bien intuitivo de la organización, pues sin ella sería absolutamente imposible mover a cinco millones de almas cada día en medio de cientos de pequeños o medianos tumultos y cuando casi todas ellas tienen urgencia por desplazarse con buena velocidad.

Es innegable que el Metro es miles de veces más eficiente que, por ejemplo, los automóviles, los cuales, apenas con un pequeño disturbio callejero, un breve chubasco, una mediana manifestación o un choque entre ellos mismos, dislocan por completo su tráfico que ya de por sí es siempre lento, tedioso, contaminante, pesado y dañino para la salud tanto para los conductores como para todos los ciudadanos por muchos motivos, entre otros lo estresante, pero más que nadie se ve afectado en la salud que los niños y los ancianos. Los automóviles constituyen uno de los más graves problemas para la ciudad. Han hecho venenoso su aire, ocupan demasiado espacio para trasladar a muy pocos pasajeros, consumen enormes cantidades de combustible y participan en una notable cantidad de accidentes que provocan muertes y lesiones perdurables. En el Metro ha habido una cantidad mínima de accidentes en sus más de cuarenta años de existencia. No deja de ser admirable el hecho de que las instalaciones del Metro se encuentren en tan buen estado y hasta excelente presentación después de tantos años de trabajo y de servir con cifras cuyos números son tan estratosféricos. El Metro es admirable por muchas razones, entre otras porque es —según sus propios datos— el tercero en trasladar a más pasajeros en el mundo y casi seguramente sea el más barato de todo el orbe.

La delincuencia en el Metro está muy acotada. Es imposible, por supuesto, eliminarla totalmente si cada día pueden contarse cinco millones de usuarios. El robo es muy difícil y se restringe a los famosos “dos de bastos” que atracan sin que la víctima se dé cuenta de que la están bolseando, aunque cierto día, en una hora pico pude observar el siguiente modus operandi de una pequeña banda de mujeres ladronas en el Metro:

Dos señoras cuarentonas de esas matronas regordetas, morenazas y bravas que suelen encontrarse en los mercados, como lideresas de algunas organizaciones sociales o en la calle como simples vendedoras ambulantes, se dedicaban a hacer el trabajo más importante: extraer el dinero o los bienes, sin duda su lema era “lo que caiga es bueno”. Les daba un imprescindible apoyo una más que se hacía la loca para armar escándalo y con él sembrar la confusión entre los usuarios (como suelen llamar en el STC a los pasajeros) del Metro. De tal manera que mientras la una le gritaba a un compungidísimo y desconcertado usuario que no la hostigara sexualmente, que se fuera a manosear a su madre, al tiempo que lo empujaba para así provocar un tremendo tumulto (o un pequeño infierno) en el vagón que iba atestado de gente hasta los entresijos. Mientras los sufridos viajeros se distraían tratando de entender el conflicto y se cuidaban de que la violencia no les llegara, las otras dos mujeres bolseaban a quienes podían del resto de desconcertados pasajeros.

Claramente sentí cuando, en su momento, una de ellas metió su mano en mi mochila y se dio el lujo de rebuscar, paseando diestra, velozmente su mano en los interiores de mi talega buscando que robar. Trasculcarían a unas ocho, quizá diez personas y sin verificar ganancias se salieron del vagón. Se reunieron afuera del andén. Hicieron cuentas de lo ganado, esperaron el siguiente convoy y pusieron de nuevo en práctica su artemio, palabra propia del caló de los ladrones que significa plan preconcebido para atracar.

No me quedó duda de que su actividad era demasiado arriesgada y, casi de seguro, no les reportaría dividendos jugosos. En el Metro no suele viajar gente que lleve encima arriba de cien o difícilmente doscientos pesos, a menos que sea quincena. Lo cual indicaba que esas mujeres eran muy arriesgadas, pues lo más fácil para alguien que se diera cuenta de

que lo habían asaltado era denunciarlas con los policías del Metro. Pero eso también era indicador de que sin duda eran gente desesperada.

No dudo que en cualquier momento hayan caído en manos de la policía. Cuando me bolsearon noté que todos los que sufrieron el intento de atraco se habían dado cuenta de ello y si no las denunciaron fue porque, al parecer, ninguno se vio despojado de valores.

el Metro es posible descubrir una buena parte del alma de lo mexicano, incluso, como se ha visto, una parte no despreciable de sus costumbres sexuales. Mas afinando la mirada, abriéndose al máximo para “sentir” a los pasajeros del Metro es posible captar una terrible calma que recubre algo enorme y tremebundo. Algo grandioso o quizás aterrador que se encuentra debajo de esos gestos impertérritos, serios, algo tristes. Eso profundo que está en los sustratos abisales del alma colectiva constituye la inmensa fuerza que surgió esplendente e impetuosa, incluso brutal para tomar el mando de las acciones y subsanar los daños en la gran catástrofe del año 85 del siglo pasado. Esa fuerza fue, individualizada, la que impulsó al trabajador Esteban Cervantes para enfrentarse con un hombre armado que disparaba contra los pasajeros. Cervantes, con su acto logró salvar, con el sacrificio de su vida, a muchos más.

De alguna manera es esa la misma energía que ha hecho que desde el año 88 del siglo xx hasta el momento, no haya vuelto a ganar aquel perverso, tiránico partido político, el Revolucionario Institucional ni, más recientemente, el persignado y retrógrada Partido Acción Nacional. La gente que viaja en el Metro es la que ha dado las (hasta ahora) permanentes victorias a la izquierda, por más que ésta jamás esté de acuerdo consigo misma, la que ha empujado las leyes de avanzada (de primer mundo) que permiten los matrimonios homosexuales, el aborto antes de los tres meses de embarazo, las pensiones del gobierno para los adultos mayores y muchos más privilegios sociales que, hay que decirlo, gozan los capitalinos y de los cuales carece la población de los estados.

La tristeza y la desesperanza de los viajantes en Metro quizá sean incurables con un cambio radical de gobierno que permita algunos detalles que eleven el nivel material de vida de la gente, como la inopia salarial, como la urgentísima mejoría de la educación, como la desesperante necesidad de mucha más cultura y muchos menos bodrios televisivos e impresos. Como lo dijo el gran escritor mexicano

José Revueltas, que la gente sea infeliz dado caso porque sea incapaz de resolver sus problemas sentimentales o existenciales, pero que no lo sea (como lo es en este momento) porque no tiene lo suficiente para comer y subsistir con la mínima comodidad.

## URBANO EL ESCLAVO

Alejandro E. Cornejo Mérida

La tiranía de la administración federal es un suplicio que en mi ser sólo encuentra alivio los sábados y domingos danzoneros que se llevan a cabo en diversas plazas públicas de la ciudad de México. Los eslabones de las cadenas invisibles que me atan al neoliberalismo me oprimen sin misericordia y sólo se desvanecen cuando llegan esos días de intenso regocijo; las ataduras me hacen vociferar maldiciones a la clase gobernante. Todo el dolor y la angustia que me causa el sistema social en que me encuentro inmerso, se olvidan cuando llegan los instantes en que mis sentidos se abren para empaparse de las edénicas notas del ritmo inmortal que nació en Cuba para disfrute de los mexicanos. Ahí, en las plazas públicas donde bailo, todo es alegría, placer y vida plena. Desde antes de llegar al lugar de la danza, cuando empiezo a seleccionar la ropa que llevaré al baile, mi corazón, mi cuerpo y mi espíritu se visten de alegría; el optimismo transforma mi ser, mi rostro se engalana con la sonrisa, mis ojos resplandecen de felicidad y mis pies que llevan por vestido zapatos combinados, se vuelven más activos y ligeros.

Recuerdo que cuando era niño, en la escuela me enseñaron que al inicio de la Guerra de Independencia se abolió la esclavitud. Por ese hecho no debería decir que soy un esclavo, pero pienso que la opresión a la que estoy sometido es tan severa que merma y limita mis libertades. Sobre ese cautiverio que padezco quiero platicar para desahogar un poco mis amargas penas. ¡Ah!, pero antes quisiera comentarles una pequeña anécdota:

Después de muchos años de haber llegado a la ciudad de México, cuando ya había alcanzado la etapa de la edad madura, regresaba de una entrevista sostenida con un alto funcionario de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, quien por tenerme confianza, me sugirió que si quería ser Agente del Ministerio Público tenía yo que ser de



carácter fuerte, “un verdadero hijo de la chingada”, lo cual me pareció incorrecto y por lo tanto no acepté. Luego de esa entrevista caminé por las calles de Bolívar, y cuando estuve frente a lo que ahora es el recinto de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, rememoré algo que me ocurrió cerca de ese lugar.

“Se vivía el año de 1959, tenía pocos meses de haber llegado a la ciudad y era apenas un adolescente; empezaba a oscurecer cuando regresaba de las calles de 5 de Mayo a donde había acudido para ver si me contrataban en un café como ayudante general. Estaba en la esquina de Donceles y Bolívar cuando se me acercó un caballero bien vestido, al parecer un hombre decente, de apariencia refinada, de traje y corbata. Su edad, madura y respetable; la imagen que proyectaba no levantaba la mínima sospecha de que se trataba de un elegante sodomita. Se me acercó, observó mi aspecto provinciano e intuyó mi necesidad de empleo y de que mi estómago andaba vacío. Su actitud discreta no ahuyentó mi desconfianza hacia él. Me dijo que era homosexual y que deseaba que le hiciera el servicio, que por eso me pagaría cincuenta pesos. ‘No te espantes, yo sólo quiero que...’ No permití que terminara de decir lo que había pensado. Me retiré inmediatamente del lugar maldiciéndolo en silencio y pensando que en una ciudad como la nuestra, está uno expuesto a todas esas calamidades”.

¿Cómo tuvo el atrevimiento de hacerme esa sucia propuesta?, me preguntaba, y, mi limitada forma de pensar, carente de información sobre la homosexualidad, me obligaba a expresarme mal de esas personas. Ahora comprendo que esas conductas no tienen su origen en la depravación, ni son enfermos mentales; tampoco son víctimas de fuerzas malignas sino que las causas suelen ser innatas o factores de tipo genético, hormonales, ambientales y biológicas. No son anormales y no merecen ser discriminados por sus preferencias sexuales. Sin embargo, al desdeñarlo me acordé de lo que había escuchado de uno de mis amigos: “El que se mete con ese tipo de personas tiene siete años de mala suerte, que son como una maldición”. Al alejarme del sujeto pensé que de por sí la buena suerte ya me había abandonado y ahora con eso, ¡imágínense la gran desgracia! Mi moral hizo que el asunto no llegara a más y esa experiencia no tuvo mayor consecuencia que las narradas aquí.

Antes de estar bajo el dominio del neoliberalismo, yo había

deseado estar en México, ya lo había conseguido, pero nunca pensé en lo difícil que resulta enfrentar un cambio de vida como lo es el trasladarse de una tranquila población a una ciudad como lo es la capital de la República, donde la competencia por sobrevivir es tan intensa, que luego dan ganas de abandonar la paupérrima casa de huéspedes, nido de desempleados marginados, y regresar al lugar de origen.

Algunos años antes de salir de mi pueblo, cuando aún era niño, mi mamá me platicó que mi papá quería ponerme el nombre de Silvestre pero ella se opuso, y sugirió que me pusieran Urbano y así se hizo. Urbano El Esclavo, es un autobautizo.

Allá en mi tierra tenía aire limpio, cielo azul, campos de esmeraldas, bosques majestuosos, ríos navegables, bellos potreros y una rica y variada fauna; me subía a los árboles, cortaba frutas y nadie me decía nada; volaba papalotes, jugaba béisbol, trompo y platicaba con mis amigos cerca de mi casa hasta altas horas de la noche sin que nadie me llamara la atención. Me bañaba en el río y montaba bicicletas prestadas. Tenía toda la libertad del mundo y dentro de mi pobreza, era feliz.

Antes de decidir el viaje a la selva de concreto y asfalto tuve que liberarme del miedo; vencí la timidez y rompí las cadenas que me ataban a mi familia compuesta por mis padres y hermanos; también traté de triturar las supersticiones y, sin olvidarme de mi región, destrocé el cordón umbilical que me unía al terruño donde nací.

Cuando llegué a México empecé a sufrir por el frío, luego porque no encontraba trabajo y pasé las penurias que enfrentan los que llegan a la ciudad y no tienen quien los apoye. Tuve diversos empleos, estudié y me hice adulto. Enamorado me encadené a una linda mujer y juntos descubrimos que la dicha de vivir en pareja sólo se disfruta los primeros años; nos liberamos uno del otro, y luego reincidí; busqué nuevas cadenas. Con la compra de un departamento, a plazos, se fortalecieron los eslabones de la sujeción por veinticinco años; luego, siguiendo las costumbres sociales, mi salario se redujo al adquirir un auto a crédito; perdí más libertad al hacerme esclavo del pequeño vocho. Para sentirme importante acepté varias tarjetas de crédito, ¡no imaginé en los problemas en que me iba a meter! Para desperdiciar el tiempo, financiado por el banco, compré dos televisores, uno para la familia y otro para mi uso exclusivo, de esa manera quedaba cautivo a ciertos

programas de televisión y a las acostumbradas noticias distorsionadas. El fútbol, el gran negocio de unos pocos que envicia y deja sin comer a muchos, no me enajenó como a tantos que sufren, pelean, lloran, faltan a sus deberes y gastan hasta lo que no tienen por ver un partido. Mi vida se empezaba a enfermar al estar sumiso a ciertos horarios de trabajo. Los compromisos sociales, las visitas a familiares por afinidad, eran imposiciones que acrecentaban la opresión. El trabajo de oficina me imponía la obligación de usar el traje y la incómoda corbata; los pequeños dictadores del hogar, alentados por la voz materna, me ordenaban llevarlos al cine a ver películas que no eran de mi agrado; los convencionalismos sociales, las odiosas prácticas de hacer intercambios de regalos en Navidad, o tener que dar obsequios en contra de mi voluntad a personas no gratas hacían más tortuosa la sumisión, porque son actitudes hipócritas que se tienen que realizar para no ser cuestionado por la sociedad, pero que en verdad, a mí me hacen sentir el incómodo peso del yugo social. Luego como súbdito disciplinado tengo que cumplir con el pago de tarifas arbitrarias por consumo de energía eléctrica que la empresa me impone y de la cual no queda otra opción que la de pagar. Como siervo explotado de la clase gobernante debo, además, cubrir pagos de tenencia de automóvil, verificación del mismo, agua, predial, impuesto sobre la renta, impuesto al valor agregado y otros más que me tienen en el más espantoso cautiverio. Y no puedo omitir el comentario de los incrementos mensuales al gas doméstico y la gasolina, porque así lo exige el gobierno del país petrolero en que vivo. En el sindicato al cual estoy afiliado, el secretario general se ha perpetuado en el cargo y casi siempre actúa en contra de los intereses de la base sindical que dice representar; los Jueces, Ministerios Públicos, Magistrados y Ministros deciden, invariablemente conforme a los intereses de quienes los nombran, y no les importa afectar al pueblo con sus inicuas resoluciones. Lo mismo sucede con el Instituto Federal Electoral y El Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, cuyas sentencias, a veces de dudosas probidad, vulneran mi existencia de ilota moderno, víctima de la globalización, la cual se considera causante de la extrema pobreza mexicana y el acumulamiento de la riqueza en una minoría explotadora. La democracia y las votaciones para la elección de Diputados, Senadores, presidentes de la República, Gobernadores y

presidentes municipales es sólo demagogia; puro engaño porque casi siempre “ganan” las personas que interesan a la clase dominante, los dueños del país (no olvidemos que los que tienen el poder económico son los que imponen las reglas); la televisión, la radio y todos los medios impresos y electrónicos informan al pueblo lo que interesa a quienes detentan el poder, la verdad que deseo saber como subyugado que soy, esa no me la dicen. Si deseo un servicio religioso católico como: bautizo, presentación, primera comunión, confirmación, boda, misa, etc., debo someterme a las fechas y precios que arbitrariamente fijan las autoridades eclesiásticas, a quienes se le perdona el pago de los impuestos. Pero eso no es todo, esos “representantes” de Dios pretenden imponerme como obligación asistir cada ocho días a misa, dar limosna, comulgar y confesarme diciendo todos mis “pecados”. Yo pienso que eso de confesarme es un acto incongruente con lo que enseñan los Evangelios, pues éstos nos dicen que llegará el día del Juicio Final en que Dios vendrá y juzgará a los vivos y a los muertos. Entonces, si el Creador habrá de valorar, en su momento, mi conducta, pregunto: ¿Sirve de algo confesarme con los sacerdotes?

Las autoridades civiles gastan un dineral en propaganda invitándonos a que festejemos los doscientos años de Independencia y los cien años de Revolución. Y yo pregunto: ¿Cuál independencia vamos a festejar?, si casi todos los bancos son extranjeros, los más importantes medios de producción los controla una burguesía apátrida, la mayor parte de lo que consumimos nos llega del país vecino y el Gobierno Federal tiene una gigantesca deuda externa que lo hace dependiente de quien le suministra los préstamos; los débitos no los contrae el pueblo, pero es quien lamentablemente tiene que pagarlos. Son cargas que esclavizan y crecen inmensurablemente asfixiando al pueblo trabajador. Con respecto a la Revolución, la gente con frecuencia se pregunta: ¿para qué sirvió? A lo que responde: para quitar del gobierno a unos explotadores y poner a otros iguales o peores; porque después de cien años de esa guerra civil, tenemos más de 54 millones de mexicanos en vergonzosa pobreza; existe analfabetismo, corrupción y monopolios que los gobiernos revolucionarios no los han podido erradicar; las riquezas naturales del país las acapara un pequeño grupo de familias; el desempleo, la desnutrición infantil, la marginación de las etnias nacionales (nuestras

raíces) y las ruinas del agro mexicano, son un flagelo que al pueblo lo tienen hundido en la más horrorosa desesperación. El abismo entre los pocos ricos y la mayoría de millones de mexicanos, cada día es más profundo; la igualdad ante la ley es una utopía. Pobre México mío, tan castigado por los gobiernos “revolucionarios” y los representantes de la alternancia azul que, confabulados, han parchado para su beneficio cientos de veces la Constitución, otrora ejemplo a seguir en el mundo entero.

Para estar acorde con la tecnología compré un teléfono celular y así empezaron a molestarme a cada instante robándome un poco de tranquilidad. Los bancos me imponen multas injustas y me cobran de manera indebida muchos servicios; las personas que me insinúan les dé propinas las encuentro en los estacionamientos, en los cafés, tiendas departamentales, restaurantes y bares; así como en otros lugares donde por necesidad debo asistir. Todo eso me hace sentir un esclavo, y en verdad lo soy pues estoy cautivo, sometido a costumbres, leyes y autoridades injustas. Como derechohabiente del servicio médico obligatorio, tampoco me he librado de citas y terapias desatinadas de los galenos que laboran en esas deficientes y ya desprestigiadas instituciones; estoy a merced de ellos, sin opción de poder elegir un tratamiento diferente a la medicina alópata. ¡Qué hacer, soy un esclavo del sistema! De lo único que me libré fue de los siete años de mala suerte y siete de maldición al negarme a escuchar el canto del “sirenito” adulto de las calles de Bolívar.

A pesar de todo lo que me ha sucedido y que ningún mexicano está exento de que le ocurra, debo confesar que he tenido momentos hermosos, de placer desbordante, únicos e incomparables; todos esos instantes me los ha dado el paradisíaco ritmo del danzón. La opresión que sufro la olvido en las horas de sana diversión, esas que se viven en los bellos salones de baile y otros atractivos lugares de la danza, como son las plazas públicas. Bailar en el salón “Los Manantiales” de Xochimilco al compás de una danzonera, enlazado de una encantadora dama, tan linda como una flor de primavera, es una delicia divina; danzar al aire libre como se hace en la plaza de La Ciudadela al ritmo de Acerina, es algo maravilloso que transporta a etéreos confines del placer inigualable. Lucir los mejores pasos de danzón en una plaza pública es una experiencia tan

agradable que, la verdad, no quisiera uno que el tiempo transcurriera porque en cada minuto que pasa se nos escapa un pedazo de nuestras vidas y eso achica el periodo que tenemos para disfrutar el baile fino que ha fascinado a muchas generaciones.

Para olvidar las penas que me impone el nefasto sistema en que vivo, yo Urbano “l Esclavo deseo apelar a la bondad de los dioses del Olimpo. A ellos les quiero pedir, para regocijo de mi pueblo, que sensibilice el corazón de las autoridades para que conserven y difundan en todo lugar, principalmente en las plazas públicas, la cultura del baile elegante.

No tengo oro ni bienes materiales, pero para bailar conservo los sábados y domingos que son de todos, pero míos también. Poseo un bello sentimiento, agradables emociones y mi propia historia como amante apasionado del danzón; eso me hace feliz y aminora, por momentos, el yugo moderno que nos impone nuestra abominable plutocracia federal.

## ÍNDICE

PRÓLOGO	7
Agustín Guerrero Castillo	

### FINALISTAS

ANITA	11
Adrián González Reséndiz	
CRÓNICA DE LA CIUDAD FANTASMA	19
Fernando Guerreo Benítez	
LOS MERCADOS	29
María Elena Solórzano Carbajal	

### MENCIONES HONORÍFICAS

DEL SENTIMIENTO SOLIDARIO: 1984-1985	41
Laura Leyva Ibarra	
LA TOCADA	47
Vicente Óscar Machado Jacobo	
MIRADA DE LA CIUDAD EN UN DOMINGO	61
Lizeth Rocío Fuentes Cervantes	
¿ALGUNA VEZ SENTISTE QUE VOLABAS?	65
Pedro Filiberto Ramírez Ponzanelli	

## PARTICIPANTES

¡A QUIÉN LE INTERESE!	77
Edith Viridiana Ramírez Espinoza	
10 DE JUNIO EN LA CIUDAD DE MÉXICO	83
Dalid Moncada	
¡DIEZ MIL TAMALES PA' MI SANTO!	91
Jaime Carlos Sanromán Ruiz	
7:19. A.M.	103
Ricardo Flores Ham	
ACERCA DE TELÉFONOS PÚBLICOS Y BARDAS	105
Juan Cristóbal Castillo Peña	
ALAMEDA: UN RECUERDO DOMINGUERO	109
Antonieta Salazar Castillo	
CARTERAS Y CELULARES	113
Miguel Ángel Pérez Martínez	
CRÓNICA CIUDADANA, POR QUÉ OLVIDAR NUESTRA HISTORIA	127
José Luis Silis Manrique	
CRÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO ENTRE 1948 Y 2011	131
José Heleodoro Rivas Sánchez	
CRÓNICA DE UNA MAÑANA ANUNCIADA	139
Jorge Ramos Lemus	
CRÓNICA DE UNA TARDE EN PASEO DE LA REFORMA	145
Beatriz Ramírez González	
CUANDO DOS PERSONAS CAEN POR NEGLIGENCIA O INJUSTICIA DE LAS AUTORIDADES,	



SE LEVANTAN CIENTOS PARA RESTABLECER LA NORMALIDAD	149
Rafael Galicia Estrada	
DE UN SUEÑO A LA MEJOR EXPERIENCIA	161
Dulce Daniela Juárez Pineda	
DEFINITIVAMENTE TAL VEZ	165
Rodrigo A. Benedith Reyes	
DÍAS DE GUARDAR: CRÓNICA DE UN SOBREVIVIENTE A LA EPIDEMIA	173
Gregorio Quiñones Gutiérrez	
DOS DE BASTOS	185
Alfredo Trejo Villafuerte	
EL DESPERTAR	199
Jorge Arellano Z.	
EL DÍ EN UN DÍA CUALQUIERA DE VERANO	205
Alejandro E. Romero Romualdo	
EL DÍA MÁS CORTO DE MI VIDA	215
José Miguel Briseño Jiménez	
EL FANTÁSTICO MUNDO DEL ALAMBRERO Y SUS ENREDOS POPULARES	219
Rubén Pac Pérez	
EL PODER DE LA MANTA	229
Alejandro Villagarcía Jiménez	
ENTRADA TRIUNFAL DE LOS EJÉRCITOS ZAPATISTA Y VILLISTA A LA CIUDAD DE MÉXICO	237
Emilio Sánchez Ortega	
FUENTE DE INSPIRACIÓN	251
Nora Georgina López Rosete	

INJUSTICIA	255
Bonifacio Santiago Ramírez	
LA BASURA: CRÓNICA DE UN PROBLEMA CON POTENCIALES APLICACIONES A FUTURO	261
Antonio Zamora Munguía	
LA PIEDRA BLANCA Tlalpacoatl	273
LA SOMBRA DEL ALCOHOL	279
Arturo Razo	
LAS PLAYAS DE MI BARRIO	285
Gustavo Aquino Domínguez	
LO VERDE	289
Julio César Sosa López	
LOS FANTASMAS DE CASA LAMM	293
Samuel Maldonado Bautista	
LOS PALACIOS DE LA ILUSIÓN	301
Sergio Vicario García	
MI NOMBRE ES RICARDO	313
Arturo Razo	
ORGULLO EMPAPADO	317
Armando Garduño	
ROCKEROS DE PROFESIÓN	321
Alejandra González Martínez	
SEIS MOVIMIENTOS PARA OLVIDARTE	325
Jaina Itzel Mata González	
SENTIR EL CÉSPED	337
José Alfredo Palacios	

TERREMOTO	345
María Orlando Rodríguez Herrera	
TIERRA HÚMEDA	351
Dulce María Romo Zúñiga	
UN PEDAZO DE MI VIDA	
EN LA CIUDAD MONSTRUO-FÁBRICA	359
Raquel Campos Miguel	
UN REFLEJO OSCURO DE LA CIUDAD	367
Sergio Vicario García	
UN ROSTRO DE MÉXICO	375
Jesús Ortega Rodríguez	
URBANO EL ESCALVO	385
Alejandro E. Cornejo Mérida	

*Crónica de la Ciudad: Primer Concurso de Crónica sobre la ciudad de México* se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2011 en Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados.